



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE POSTGRADO

**SALIR DEL PAÍS NATAL PARA PODER REGRESAR:
DESPLAZAMIENTOS Y BÚSQUEDAS IDENTITARIAS EN LA
ESCRITURA DE MUJERES CARIBEÑAS CONTEMPORÁNEAS**

TESIS PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTORA EN LITERATURA CHILENA E
HISPANOAMERICANA

Autora: Lucía Stecher Guzmán

Director de la tesis: Grínor Rojo de la Rosa

Santiago, 2006

Para Anaís y Valeria, con todo mi amor

AGRADECIMIENTOS

La escritura de esta tesis ha sido posible gracias al apoyo constante, cariñoso y generoso de muchas personas. Le agradezco a mi tutor, Grínor Rojo, por la confianza depositada en este proyecto y la claridad que me aportó en momentos claves del proceso de escritura. Reconozco también su generosidad al invitarme a participar en el Centro de Estudios Latinoamericanos, que fue a lo largo de mi formación doctoral un referente intelectual y humano muy importante.

Agradezco a la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT) por el financiamiento otorgado a mis estudios de doctorado, así como por el apoyo concedido para participar en el Congreso de la Asociación de Estudios Caribeños en Santo Domingo el 2005 y la beca para la adquisición de material bibliográfico que me fue otorgada ese mismo año. Mis agradecimientos van también para el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile que, a través de un proyecto Mecesusup, me financió una pasantía de investigación en Puerto Rico en febrero de 2004.

Durante el proceso de elaboración de la tesis me han sido de gran utilidad las conversaciones sostenidas con mis amigas Natalia Cisterna y Ana María Baeza, indispensables compañeras de ruta... También mi familia ha estado muy presente en el proceso de escritura de esta tesis, al que han aportado con valiosos comentarios y sugerencias. Estoy muy agradecida por el interés y apoyo que he recibido de mi madre y mi padre, de Antonio y Ximena. La primera lectura del manuscrito, realizada por mi padre, constituyó un impulso fundamental para que este recorrido pudiera llegar a término.

Agradezco también a Adelina Galaz, que tuvo paciencia con mi desorden cotidiano y se comprometió día a día con el buen funcionamiento de mi casa y el cuidado dedicado de mis hijas.

Finalmente, la energía y el estímulo para escribir este trabajo se vieron constantemente renovados por el amor a mis hijas, Anaís y Valeria.

ÍNDICE

PREFACIO	1
INTRODUCCIÓN	4
PARTE I: APROXIMACIONES TEÓRICAS AL TEMA DE LAS IDENTIDADES	17
1. La reflexión filosófica	19
2. El debate contemporáneo en torno a las identidades	25
2.1 Una propuesta de caracterización de las sociedades actuales	25
2.2 La identidad personal	33
2.3.Las identidades colectivas	45
3. La construcción de identidades en situaciones de choque cultural	57
3.1 La ideología del mestizaje	59
3.2 La transculturación: de F. Ortiz a Ángel Rama	67
3.3 La heterogeneidad de Antonio Cornejo Polar	71
3.4 Sobre la hibridez y la crítica postcolonial	78
PARTE II: EL CONTEXTO CARIBEÑO	88
1. El contexto histórico: el Caribe como <i>societal area</i>	89
2. Migraciones caribeñas	102
2.1 Movimientos migratorios en la Cuenca del Caribe	102
2.2 Migraciones caribeñas en el contexto de la globalización	109
3. Movimientos identitarios y la emergencia de una literatura caribeña	121

3.1 La experiencia colonial, el aporte africano y el lugar de la cultura	123
3.2 Literatura e identidad en el Caribe anglófono	138
3.3 Experiencias metropolitanas e integración regional	143
PARTE III: ANÁLISIS DE LAS NOVELAS	151
Capítulo 1: Experiencias femeninas de la antillanidad	151
1. El <i>Bildungsroman</i>	152
1.1 La novela de formación de protagonista femenina	155
1.2 La novela de formación en el Caribe	164
2. Annie John y Abeng	170
2.1 La madre, la muerte, la distancia	170
2.2 Crecer en la colonia	194
2.3 Un cierre preliminar: historias de lectura y escritura en <i>Abeng</i> y <i>Annie John</i>	207
Capítulo 2: Escenificaciones del desarraigo en <i>When I was Puerto Rican, How the García Girls lost their Accents</i> y <i>Breath, Eyes, Memory</i>	212
1. La autobiografía de Esmeralda Santiago	216
1.1 Una breve aproximación teórica al género autobiográfico	216
1.2 Cómo se narra Esmeralda	223
2. Entre cultura e identidad: tensiones y apuestas de Sophie Caco en <i>Breath, Eyes, Memory</i>	236
3. La familia aquí y allá: tradición y modernidad en <i>How the García Girls lost their Accents</i>	250
3.1 La búsqueda de la individualidad	253

3.2 Las madres migrantes	262
Capítulo 3: Propuestas narrativas e identitarias en <i>Lucy</i> y <i>No Telephone to Heaven</i>	268
1. Las huellas de un poema: <i>Lucy</i> y “The Daffodils”	272
2. Una vez más, las madres	277
3. En defensa de la singularidad	287
4. De la construcción del sí mismo y la importancia del nombrar	293
5. El debate sobre las identidades y <i>No Telephone to Heaven</i>	299
Capítulo 4: Comunidades diaspóricas: el Caribe en Nueva Cork	329
1. La <i>immigrant analogy</i>	332
2. Las huellas de los 60: movimientos sociales, nuevas oleadas migratorias y la emergencia del multiculturalismo	335
3. El auge de la literatura étnica	341
4. Identidades compuestas: de migrantes a étnicas	352
5. Comunidades diaspóricas o de la imposibilidad del retorno	359
Reflexiones finales	379
Bibliografía	385

PREFACIO

Cuando me inscribí en el curso de la profesora Ineke Phaf sobre el Caribe, sólo pensé que sería interesante conocer un mundo del que hasta entonces sabía muy poco. No podía saber que las novelas y el universo cultural, que Ineke había traído para compartir, me fascinarían al punto de motivarme a escribir mi tesis doctoral sobre ellos. A partir de la lectura de algunas novelas de Edwidge Danticat y Jamaica Kincaid, empecé a explorar en la obra de otras autoras caribeñas que compartían la experiencia de haber migrado a Estados Unidos durante su infancia o temprana juventud. Lentamente fueron apareciendo otras escritoras, que me impactaron por su calidad literaria y su fuerza expresiva. Así, pude configurar el corpus narrativo que estudiaría en mi tesis doctoral

Pensaba que me adentraba en un mundo desconocido. El desafío era estimulante pero también me asustaba. No sólo se trataba de leer y analizar las novelas de las autoras seleccionadas, sino de profundizar en temas como la historia, la geografía, la política y, sobre todo, la producción cultural del Caribe. A medida que avanzaba por este camino, resultaba cada vez más evidente la inmensa complejidad y riqueza de la región que empezaba a conocer. Tuve la suerte de poder viajar a Puerto Rico y República Dominicana, lo cual no sólo me permitió acceder a bibliografía y contactos académicos sumamente valiosos, sino también a la experiencia de estar en una isla caribeña.

En mi primera etapa exploratoria, el Caribe aparecía como un territorio nuevo, en el que me aventuraba por primera vez. Pero no pasó mucho tiempo hasta que, en medio de lo nuevo y distinto, empezó a emerger lo familiar; heimlich y unheimlich al mismo tiempo. Poco a poco fui comprendiendo que mi gran atracción por el Caribe y las escritoras de la tesis no sólo se debía a mi gusto por los desafíos y por incursionar en

territorios nuevos, sino que también me conectaba con temas que a lo largo de la vida me han conmovido y preocupado mucho. La complejidad y diversidad de los distintos territorios caribeños; la riqueza de su producción cultural y la fragilidad de sus instituciones y de su tejido social; el racismo corrosivo y la injusta distribución de los recursos; el machismo opresivo; la sensación de muchos antillanos de vivir al borde de un precipicio al cual, en cualquier momento, se puede despeñar su país; la falta de oportunidades; la fantasía y los esfuerzos por mudarse a otro lugar; y, pese a todo, una terca voluntad de seguir viviendo, con una alegría que, como dijo alguna vez Charly García, no es sólo brasileña. Me reencontré a través del Caribe con mi experiencia peruana, con todo lo que quizás no era capaz de abordar directamente, porque resultaba más doloroso, demasiado cercano.

A las cercanías y similitudes que iban conectando mis descubrimientos antillanos con mis experiencias peruanas, se sumaba la resonancia cada vez más evidente entre los temas de migración y mi propia historia personal-familiar. Leer sobre migrantes, leer a migrantes, no podía sino hacerme pensar en mis abuelos que llegaron al Perú desde Alemania, cada uno impulsado por una motivación distinta y sin imaginar su encuentro futuro (fantasía especialmente difícil para mi abuelo, que era cura franciscano). Del lado de mi mamá siempre estuvo Chile. Pero su padre era peruano y había emigrado al país del sur huyendo de la persecución a los apristas. Del matrimonio de este abuelo peruano y mi abuela chilena nacieron mi madre y mis dos tías. Mi mamá se casó con un peruano y tuvo hijos que crecieron hablando con el acento que el abuelo, instalado en Chile, había ido suavizando. Luego yo me casé con un chileno y tengo hijas que hablan castellano con el dejo que distinguía a mi mamá en Lima. Múltiples ires y venires entre Santiago y Lima, que en mi familia aparecen como ciudades de frontera.

¿Qué se es, quién es una, cuando pertenece a una familia que se siente profunda e indiscutiblemente peruana en un medio que te percibe como alemana? Éramos los alemancitos en un barrio popular limeño, pero nunca nos sentimos como tales; nos

sentíamos lejanos de los que en Lima sí se esforzaban por cultivar su “alemanidad”. Mi mamá, que se asumía como chilena, terminaba siendo la más peruana. En el parque otros niños me gritaban “gringa machichi” y a lo largo de mi vida hubo muchas oportunidades en las que vi cuestionada mi identidad nacional. Los espejos en los que se reflejaba mi identidad fueron siempre múltiples y contradictorios; los “míos” y los “otros” nunca parecieron capaces de ponerse de acuerdo. Quizás por eso he tenido que andar y desandar muchos caminos: ir a vivir a Alemania y tener una hija en Berlín, la ciudad donde nació mi abuela; establecerme en Chile, extrañar el Perú y reencontrarlo difractadamente a través del Caribe.

Aunque las experiencias narradas puedan parecer muy distintas y efectivamente lo sean, estudiar las novelas incluidas en mi tesis ha sido como emprender un nuevo viaje. He salido muy lejos y conocido realidades nuevas que me han interpelado y enriquecido; he vuelto hacia mí, hacia mi historia y mis memorias, y me he sentido profundamente conmovida. Quizás sea sólo casual, pero no deja de parecerme significativo que las autoras que más me han gustado y con las que más he aprendido, pertenezcan a las culturas antillanas más lejanas. Me sentí especialmente cercana a las autoras a las que, en apariencia, menos me parecía. Las novelas de Edwidge Danticat, Michelle Cliff y Jamaica Kincaid fueron las más grandes motivaciones y los principales motores literarios que impulsaron esta aventura doctoral.

INTRODUCCIÓN

*Painting and Poetry are my battlefields...
Living in another country, I use my pen or my
brush to voice incantations to a particular
world that has created me and, to a certain
extent, now uses me to re-create itself.*

Marilene Phipps

El propósito de esta tesis es estudiar la narrativa de seis autoras caribeñas residentes desde la infancia o temprana juventud en los Estados Unidos, país al que llegaron siguiendo a sus padres que debieron dejar su tierra natal en búsqueda de mejores oportunidades económicas o huyendo de situaciones políticas adversas. Estas escritoras conforman así lo que Pérez-Firmat ha denominado “generación 1.5”, término que alude a aquellos migrantes que llegaron a Estados Unidos siendo niños y que se formaron tanto dentro de la cultura de la sociedad de origen como en la norteamericana. La pregunta principal que orienta el análisis de las narrativas seleccionadas para este estudio, se refiere a las formas que asume la expresión literaria de los procesos de construcción identitaria en contextos de migración y en situaciones en que entran en contacto distintos universos socioculturales. En la mayor parte de estas narrativas las autoras ficcionalizan sus propias experiencias migratorias y dan cuenta de las dificultades y desafíos asociados a sus procesos de inserción en la sociedad de recepción. Pero sobre todo, en la obra de estas escritoras destaca la importancia que se le concede a la recreación de la cultura del país de origen, la que aparece como un referente central para la constitución de identidades personales y colectivas en el marco de la experiencia migratoria. La distancia impuesta por el exilio se traduce, por otra parte, en el desarrollo de una mirada crítica con respecto a los discursos y las prácticas muchas veces naturalizados dentro del país natal. Las novelas estudiadas muestran la complejidad y las tensiones asociadas a la construcción de identidades de género en

circunstancias en que entran en contacto sistemas de estructuración sexo-genérica más tradicionales (los caribeños) con otros más liberales (el norteamericano de las grandes ciudades). La interacción de universos culturales distintos y la experiencia de vivir entre dos sociedades conlleva, asimismo, profundos cuestionamientos de los sentidos de pertenencia racial, étnica y nacional. En ese sentido, como se sugiere en el título elegido para la tesis, la salida del país natal también puede ser concebida como un movimiento que permite retornar en forma más activa y crítica a unos orígenes inmersos en la historia y que llevan asociados un conjunto de discursos y prácticas que revelan su carácter transformable.

La escritura de esta tesis también está motivada por el interés de profundizar en el rico mundo de la producción literaria e intelectual de la región caribeña, que desgraciadamente es muy poco conocida en nuestros países latinoamericanos. Las pocas nociones que se tienen con respecto al Caribe hispánico se restringen básicamente a Cuba y a la obra de algunos de sus autores de mayor renombre internacional. Si del Caribe hispánico, que comparte una historia cercana y la misma lengua que los hispanoamericanos, se sabe muy poco, ¿qué se puede esperar con respecto a los territorios de habla inglesa, francesa y holandesa? Aspiro, con este trabajo, a contribuir a la difusión y el conocimiento de los principales debates, reflexiones y expresiones literarias producidas por caribeños y caribeñas que residen tanto dentro como fuera de la región, la cual considero importante abordar en forma global, que es la única manera de oponerse a una historia de fragmentaciones y divisiones introducidas por la acción colonizadora en la región. Considero de gran importancia incluir al Caribe dentro de los trabajos y reflexiones de inspiración latinoamericanista, tanto por lo que a nosotros nos puede enriquecer el comprender sus procesos de desarrollo histórico, social, económico, intelectual y artístico, como por lo que puede aportar una mirada desde América Latina a los estudios y debates caribeñistas. Actualmente estos se mueven principalmente dentro de los parámetros desarrollados al interior de la academia norteamericana, en la que la crítica postcolonial, los estudios subalternos y los estudios culturales aparecen como

corrientes privilegiadas para aproximarse a una región caracterizada desde sus inicios por la fragmentación, la hibridez, la indeterminación y otros conceptos caros a las distintas formas de pensamiento que se presentan como parte de una sensibilidad “post”. A lo largo de esta tesis busco establecer un diálogo crítico con estas corrientes, en especial con la teoría postcolonial; aspiro, a su vez, a mostrar cómo en muchos casos las interpretaciones de prácticas y discursos desarrolladas en el marco de estas teorías no son las únicas posibles y, a veces, tampoco son las más adecuadas.

Impulsada por el interés por acercarme a la literatura del Caribe en forma global y, particularmente, por conocer la obra narrativa de sus escritoras mujeres, fui descubriendo una serie de autoras que me impresionaron, en primer lugar, por su calidad literaria. Por otra parte, me llamó la atención el rol que jugaba en gran parte de su narrativa el tema de los desplazamientos migratorios del Caribe hacia los Estados Unidos, abordado desde perspectivas que resaltaban el carácter genéricamente no neutral de las migraciones y que se enraizaban en las experiencias personales de las autoras. Así se fue configurando el corpus de esta tesis, conformado por la novela *Breath, Eyes, Memory* de Edwidge Danticat, *Abeng* y *No Telephone to Heaven* de Michelle Cliff, *Annie John* y *Lucy* de Jamaica Kincaid, *When I was Puerto Rican* de Esmeralda Santiago, *Dreaming in Cuban* de Cristina García y *How the García Girls lost their Accents* de Julia Álvarez. En este corpus se incluyen autores que provienen del Caribe anglófono (Jamaica y Antigua, por Michelle Cliff y Jamaica Kincaid, respectivamente), el francófono (Edwidge Danticat es de Haití) y el hispánico (Cuba por Cristina García, Puerto Rico por Esmeralda Santiago y República Dominicana por Julia Álvarez). Lamentablemente no encontré ninguna autora proveniente del Caribe holandés que escribiera actualmente en Estados Unidos, lo que probablemente se debe a que el principal flujo emigratorio desde esta subregión tiene como destino final Holanda. Por otra parte, la barrera lingüística también le puso trabas a mi interés por incluir a Surinam, Aruba y Curazao en mis esfuerzos de acercarme al Caribe en forma global.

Todas las novelas que conforman el corpus de la tesis están escritas en inglés, que es la lengua materna solamente de Michelle Cliff y Jamaica Kincaid. En el caso de las otras autoras, el inglés es el idioma de la escolarización y de la formación en la cultura de la sociedad receptora. Otro aspecto común de la obra de estas autoras, ciertamente relacionado con el hecho de haber sido escrita en inglés, es la amplia difusión y reconocimiento que ha recibido por parte del público y la crítica. Todas las escritoras de las que me ocupo en esta tesis han superado la condición de marginalidad asociada normalmente a la condición de migrantes y pueden vivir del ejercicio profesional de la literatura, por el que han recibido varios premios. Por lo general tienen además puestos en universidades prestigiosas, en las que dictan principalmente cursos de literatura y escritura creativa. Pese a esta relativa homogeneidad en el “desenlace” de las historias de estas autoras, sus orígenes y recorridos son muy diversos y permiten mostrar cuánto influyen en las experiencias migratorias factores como la pertenencia racial, social y nacional. Pero veamos brevemente sus historias y su obra literaria.

Edwidge Danticat nació en Puerto Príncipe, Haití, en 1969. Su padre emigró a Estados Unidos en 1971, en busca de mejores oportunidades económicas, y fue seguido por la madre de Edwidge dos años después. Edwidge y su hermano se quedaron en Haití a cargo de una tía hasta que sus padres los pudieron mandar a buscar. A los doce años la autora se reunió con sus padres en Nueva York, donde tuvo que aprender a convivir nuevamente con ellos y sus dos hermanos nacidos allá y donde se vio confrontada al racismo y anti-haitianismo de la sociedad norteamericana. Sólo dos años después de su instalación en la casa familiar en un barrio haitiano de Brooklyn, Danticat empezó a publicar en diarios y revistas sus primeros relatos en inglés. Gracias a su buen desempeño escolar, la autora pudo acceder a una beca para estudiar literatura francesa en Barnard College y luego escritura creativa en la universidad de Brown. Actualmente Danticat es una de las escritoras jóvenes más leídas y premiadas en los Estados Unidos. Ha escrito las novelas *Breath, Eyes, Memory* (1994), *The Farming of Bones* (1998) y *The Dew Breaker* (2005), la colección de cuentos *Krik? Krak!* (1995) y ha editado la

antología *The Butterfly's way. Voices from the Haitian Dyaspora in the United States* (2001). En la narrativa de Danticat destaca la importancia que se le concede a la recuperación de historias y memorias relacionadas con Haití y con vivencias de la propia autora.

De las autoras estudiadas en esta tesis, Michelle Cliff es la que resulta menos accesible en términos de información biográfica. Mientras otras autoras cuentan con páginas en Internet a través de las cuales publicitan su obra y establecen intercambios con sus lectores, Cliff parece ser bastante reacia a exponer su vida privada y a desarrollar actividades de promoción extra-literaria. Probablemente esto esté relacionado con el carácter más radical y contestatario de las propuestas de esta autora, las que se expresan tanto a nivel de la experimentación formal como de las temáticas tratadas en su obra. A través de su personaje reconocidamente autobiográfico Clare Savage, la autora elabora una serie de experiencias de su historia personal, poniéndolas siempre en relación con la situación de opresión colonial y neocolonial de su Jamaica natal, descrita como una sociedad prejuiciosa, racista e injusta. Cliff nació en esa isla caribeña en 1946 y se mudó siendo niña con sus padres a Nueva York. Como mulata de piel clara, Cliff se vio permanentemente conminada por su medio social jamaicano a tratar de “pasar” por blanca, imposición contra la que, en su vida adulta, se rebelará con fuerza. El título de su primera colección de poemas, *Claiming an Identity They Taught Me to Despise* (1980), es expresivo de los esfuerzos de la autora por construirse una identidad en forma autónoma, que le permita reconocerse como descendiente de africanos y como lesbiana. Además de *Abeng* (1984) y *No Telephone to Heaven* (1987) -las novelas analizadas en esta tesis- Cliff es autora de *The Land of Look Behind: Prose and Poetry* (1985), de la colección de cuentos *Bodies of Water* (1990), de la novela *Free Enterprise* (1993) y de *The Store of a Million Items: Stories* (1998).

Al igual que Michelle Cliff, Jamaica Kincaid (nacida como Elaine Potter Richardson en 1949) creció en una isla caribeña sometida al dominio colonial inglés. Pero a diferencia

de Cliff, quien podía pasar por blanca y pertenecía a una clase relativamente acomodada de Jamaica, Kincaid es una mujer negra, cuya familia formaba parte de la clase media baja en Antigua. Esta autora es la única de las estudiadas en la tesis que migró sola a los Estados Unidos, aunque su desplazamiento también obedeció a una decisión familiar. A raíz de la precarización de la situación económica de la familia provocada por la enfermedad del padrastro de Kincaid, se decidió enviar a la hija mayor a trabajar como *au-pair* en Nueva York. En esta ciudad Elaine Potter Richardson empezó a escribir y asumió el seudónimo de Jamaica Kincaid, bajo el cual ha producido toda su obra, compuesta por las siguientes novelas y ensayos: *At the Bottom of the River* (cuentos; 1983), *Annie John* (novela; 1986), *A Small Place* (ensayo; 1988), *Lucy* (novela; 1990), *The Autobiography of My Mother* (novela; 1996), *My Brother* (novela; 1997), *My Garden (Book)*: (ensayos; 1999) y *Mr. Potter* (novela; 2002), además de una gran cantidad de artículos y crónicas periodísticas aparecidas principalmente en el *New York Times*. La característica más sobresaliente de la obra de Kincaid es que en ella la autora vuelve una y otra vez sobre su historia personal, la cual es abordada desde distintas perspectivas y siempre en una prosa que, bajo una apariencia de sencillez, destaca por su complejidad y riqueza significativa. Por otra parte, la autora expresa en sus escritos una gran preocupación e indignación por los problemas de Antigua relacionados tanto con su reciente pasado colonial como con su actual situación entendida como neocolonial.

Si bien en todos los textos estudiados es posible reconocer la gran importancia que tiene la ficcionalización de las experiencias de vida de las autoras, el único que se presenta abiertamente como una autobiografía es *When I was Puerto Rican* (1994) de Esmeralda Santiago. Esta autora nació en Puerto Rico en 1948, donde vivió en un entorno de trabajadores rurales hasta los trece años. A esa edad partió a Nueva York de la mano de su madre y sus nueve hermanos menores, con quienes fue trasladándose de un estrecho departamento a otro, siempre dentro de Brooklyn. Pese a que las vidas de todas las escritoras estudiadas en esta tesis pueden ser concebidas como casos de integración exitosa a la sociedad norteamericana, las memorias de Santiago –narradas siguiendo un

orden cronológico en los volúmenes *When I was Puerto Rican, Almost a Woman* (1999) y *The Turkish Lover* (2004)- son las únicas que aparecen estructuradas narrativamente en función de la representación del ascenso social logrado por su autora. Las memorias de Santiago aparecen así como expresión del sueño americano logrado por una joven migrante talentosa que busca, a su vez, exponer en su narrativa los dolores y renuncias que ha debido afrontar en su camino. Un aspecto interesante de este recorrido es que muestra cómo la autora hace suya una ideología según la cual para tener éxito es necesario dejar atrás a la familia y comunidad de migrantes a la que se pertenece. El éxito en el caso de Santiago consistió, en primer lugar, en poder salir de la pobreza de Brooklyn y acceder a una formación profesional en Harvard. La escritura empieza a desarrollarse después y se presenta como una manera de volver a conectarse con su historia personal y familiar y de reencontrarse con sus referentes identitarios boricuas.

Del grupo de escritoras estudiadas, Cristina García y Julia Álvarez son las únicas que llegaron a Estados Unidos debido al exilio político de sus progenitores. Por otra parte, ambas tienen en común el pertenecer a la clase alta de su sociedad de origen y el ser blancas. Cristina García nació en Cuba en 1958, país que dejó a los dos años debido a la oposición de sus padres al régimen revolucionario. A diferencia de la mayor parte de los exiliados cubanos, la familia García se instaló en Nueva York, lo que le permitió a la futura escritora sustraerse del virulento anticomunismo de la comunidad de Miami. En *Dreaming in Cuban* (1992), su primera novela, Cristina García aborda el tema de la escisión de la sociedad cubana a raíz de la revolución y destaca la importancia de recuperar memorias personales y colectivas que permitan, por una parte, comprender mejor a quienes se encuentran en el bando opuesto y, por otra, hacer más abierta e inclusiva la noción de cubanía o identidad cubana. García ha escrito las novelas *Dreaming in Cuban*, *The Agüero Sisters* (1997) y *Monkey Hunting* (2003).

Julia Álvarez es la única escritora del corpus que nació en Nueva York, aunque sólo se quedó en esa ciudad hasta los tres meses. Luego retornó con sus padres a Santo

Domingo, donde vivió hasta los diez años. En 1960, su padre participó en un fallido atentado contra Trujillo, por lo que se vio obligado a buscar asilo político en Estados Unidos junto a su familia. Debido a que en Santo Domingo había asistido a colegios norteamericanos y a los estrechos vínculos de sus parientes con el país del norte, Julia Álvarez no enfrentó grandes dificultades para integrarse a la sociedad receptora. Sin embargo, sí se vio tensionada por las contradicciones y diferencias que separaban el universo cultural dominicano del norteamericano en términos de valores, costumbres y discursos, sobre todo aquellos asociados a la concepción de los roles de género. En su primera novela, *How the García Girls lost their Accents* (1991), la autora construye un mundo de ficción atravesado por los conflictos entre las concepciones tradicionales dominicanas y las más liberales de los norteamericanos. Luego de esta novela en que ficcionaliza sus propias experiencias y las de su familia, su obra ha seguido una evolución bifronte. Por un lado, ha continuado en *Homecoming: New and Collected Poems* (1996) y *Yo!* (1997) con una escritura de motivación autobiográfica. Por otra parte, ha desarrollado una línea de investigación y recreación histórica que, a mi parecer, constituye lo más logrado de su obra. En esa línea se inscriben las novelas *In the Time of the Butterflies* (1994), que narra la historia de las hermanas Mirabal, que fueran asesinadas por su oposición a la dictadura de Trujillo, e *In the Name of Salomé* (2000), centrada en las vidas de la poeta nacional dominicana Salomé Ureña y su hija Camila Henríquez.

Pese a todas las diferencias señaladas en términos de orígenes nacionales, extracción socio-económica, color de piel y pertenencia étnica, es posible reconocer una serie de coincidencias significativas en la producción narrativa de estas autoras. Probablemente estos rasgos comunes se ven reforzados debido a la selección, en todos los casos, de la primera novela de cada autora (con respecto a Kincaid y Cliff también se analizan las que pueden ser leídas como segundas partes de estas historias). Como señalé anteriormente, estas primeras escrituras se caracterizan por una importante presencia de elementos autobiográficos, entre los que destacan los relacionados con la experiencia

migratoria de las autoras y con sus esfuerzos por reconstituir, en y desde la distancia, el universo cultural asociado al país de origen. En términos de los procesos de construcción de una identidad personal, y sobre todo en lo relativo a su dimensión de género, la relación madre-hija es representada en todas las historias como una instancia crucial y definitiva.

Con el fin de ofrecer una contextualización teórica adecuada para el análisis de los procesos de construcción identitaria en las narrativas de las escritoras seleccionadas, he organizado esta tesis en tres partes. En la primera parte se desarrolla un marco teórico referido al tema de las identidades. En primer lugar, se presenta los principales hitos que han marcado la discusión filosófica en Occidente en relación a la identidad. A continuación, esta primera parte se detiene en el debate contemporáneo en torno a las identidades y en las formas que asumen en su interior las distintas conceptualizaciones referidas a las identidades personales y colectivas. Para este trabajo resultan de especial interés todos aquellos aportes que relevan la importancia de la reflexividad y el ejercicio de la capacidad narrativa en la construcción de identidades personales. En relación a las identidades colectivas, se recoge sobre todo aquellas teorizaciones relacionadas con la importancia que tienen hoy en día lo que Stuart Hall denomina identidades culturales. Finalmente, se analiza un conjunto de conceptos utilizados en la historia intelectual de Occidente, y sobre todo en América Latina y el Caribe, para dar cuenta de los procesos de construcción identitaria en situaciones en que culturas con distinto poder material y simbólico entran en contacto (o en choque). Se aborda así los conceptos de mestizaje, de transculturación (Ortiz y Rama), heterogeneidad (Antonio Cornejo Polar) y el de hibridez (crítica postcolonial).

En la segunda parte de la tesis se ofrece primero una introducción a aquellos aspectos de la historia del Caribe considerados como fundamentales para entender las configuraciones sociales y culturales contemporáneas de la región. Esta introducción está pensada principalmente en términos de la instalación del trabajo en un contexto

latinoamericano no familiarizado con los términos de los debates caribeñistas. La presentación de los procesos históricos a través de los cuales los territorios caribeños fueron poblados por grupos humanos de diversa procedencia, colonizados por distintas metrópolis y transformados en sociedades estructuradas en función de la economía de plantación, permite comprender los elementos que configuran el eje unidad/diversidad que organiza muchas de las aproximaciones contemporáneas a la región caribeña. En la historia de la Cuenca del Caribe los movimientos migratorios intracaribeños y hacia el exterior juegan un rol muy importante. Luego de repasar brevemente las principales características de esos movimientos, la exposición se detiene en las características de las migraciones caribeñas contemporáneas en el marco de la globalización y de la hegemonía ejercida por los Estados Unidos. De esta manera se reconstruye uno de los contextos más inmediatos que permiten comprender la situación de enunciación de las autoras estudiadas en esta tesis. Aunque aparentemente su presencia en Estados Unidos obedece a una decisión tomada por sus padres o madres como individuos aislados, es importante señalar que en realidad los movimientos migratorios transnacionales constituyen sistemas estructurados en función de las formas de organización de la economía mundial y el poder político. Finalmente, la segunda parte de la tesis ofrece una revisión de los principales movimientos identitarios y literarios desarrollados en el Caribe a lo largo del siglo XX. La aproximación a estos movimientos permite entender el contexto cultural del cual surgen y con el cual dialogan muchas de las narrativas estudiadas en esta tesis, que a su vez contribuyen a enriquecer la producción literaria de una región muy rica culturalmente.

La tercera y última parte de la tesis está conformada por cuatro capítulos, en los que se estudia las novelas del corpus. Estos análisis están orientados, en primer lugar, por las interpretaciones surgidas de la lectura cercana de los textos. Los conceptos de teoría literaria, psicoanalítica, postcolonial, etc. presentados además en estos capítulos, se desarrollan en función de los planteamientos surgidos a partir de estos ejercicios de lectura. En el primer capítulo se discute el concepto de *Bildungsroman*, así como la

propuesta de María Inés Lagos de hablar de novela de formación de protagonista femenina para incluir aquellas experiencias no consideradas en las elaboraciones canónicas con respecto a este subgénero literario. Asimismo, se presentan algunas reflexiones teóricas surgidas de la lectura de novelas de formación de protagonistas negros y caribeños, las que también han contribuido a expandir las fronteras del *Bildungsroman* tradicional. Para la comprensión de los procesos de individuación representados en las novelas de formación de protagonista femenina, los aportes del psicoanálisis, y en especial el de orientación feminista, resultan fundamentales. Estas herramientas teóricas son de gran utilidad para el análisis, presentado en el primer capítulo, de las novelas *Annie John* de Jamaica Kincaid y *Abeng* de Michelle Cliff. La lectura de estas dos novelas de formación de protagonista femenina se estructura en torno a dos ejes: en primer lugar, el constituido por la representación de la individuación de las protagonistas como un proceso doloroso de separación de las madres y diferenciación del entorno social; en segundo lugar, se analiza los mundos de ficción construidos en estas novelas, los cuales remiten a las sociedades coloniales de Jamaica y Antigua, cuya situación de alienación y subordinación es descrita en forma sumamente crítica en ambos textos.

El segundo capítulo de la tercera parte está referido principalmente al análisis de aquellas novelas del corpus centradas en la representación de los efectos del desplazamiento a otro país en los procesos de subjetivación de las protagonistas. *When I was Puerto Rican* de Esmeralda Santiago, *How the Garcia Girls lost their Accents* de Julia Álvarez y *Breath, Eyes, Memory* de Edwidge Danticat son novelas en las que las escenas de la partida o la escenificación del momento de desarraigo reciben un tratamiento especial. Estas narrativas relevan la importancia de la memoria y de los relatos para la construcción de identidades personales y el restablecimiento de vínculos colectivos. Asimismo, permiten explorar en las relaciones que se establecen, en los contextos de migración, entre identidad y cultura, y entre tradición y modernidad. Como en todas las novelas del corpus, uno de los principales desafíos que las protagonistas

enfrentan en su proceso de crecimiento, es poder desarrollar su individualidad a través de una separación de la madre que no implique una ruptura radical.

El tercer capítulo de análisis literario está dedicado a las novelas *Lucy* de Jamaica Kincaid y *No Telephone to Heaven* de Michelle Cliff, en las que se continúa, en forma más o menos explícita, la historia de Annie John (aunque transformada en Lucy en la nueva novela) y de Clare Savage, las protagonistas de *Annie John* y *Abeng*. Se analizan en este capítulo las representaciones literarias de los procesos de subjetivación de estas protagonistas, asociados a sus experiencias en las ciudades a las que migran y a la relación que establecen, desde la distancia, con su cultura de origen. En estas novelas las autoras retoman y profundizan su crítica a la educación colonial recibida en sus islas natales, a la que se agrega una mirada escéptica frente a la situación de Antigua y Jamaica después de la independencia.

Dreaming in Cuban de Cristina García es estudiada en el último capítulo de la tesis, en el que se retoman las lecturas previas de las otras novelas del corpus. En este capítulo se analiza la forma en que son representados, en las novelas del corpus, dos aspectos que suelen jugar un rol central en las narrativas del exilio. Se trata, en primer lugar, de la relación que establecen los migrantes con la sociedad de recepción, así como de la manera en que son acogidos por ésta y la posición que pasan a ocupar en su interior. Las novelas analizadas y la literatura especializada sobre este tema, muestran las diferencias que existen entre la experiencia de integración de quienes llegaron a Estados Unidos provenientes de Europa a principios de siglo y de las nuevas oleadas de migrantes caribeños, latinoamericanos y asiáticos. Esto ha conducido a un profundo cuestionamiento de lo que se conoce como la “immigrant analogy”, así como de la noción de “melting pot” o crisol de culturas. En relación a este tema también se discute la recepción crítica de las novelas de migrantes y las demandas asociadas a su clasificación como literatura ‘étnica’.

El segundo aspecto en que se centra este capítulo está relacionado con el rol que juega la idea del retorno en las escrituras analizadas. Asimismo, se discute la transformación de las comunidades de migrantes caribeños en comunidades diaspóricas.

Finalmente, se presenta una discusión de las conclusiones obtenidas a partir del trabajo realizado.

PRIMERA PARTE

APROXIMACIONES TEÓRICAS AL TEMA DE LAS IDENTIDADES

Dada la profusión contemporánea de escritos en torno a las identidades, así como la gran diversidad de ópticas y énfasis desde las cuales se aborda esta temática –que muchas veces son abierta e irreconciliablemente contradictorios-, resulta fundamental establecer con claridad el marco teórico que orienta la lectura e interpretación de los procesos de construcción identitaria en los textos seleccionados para esta investigación. Con este fin, se presenta en esta primera parte de la tesis¹ los desarrollos teóricos más relevantes producidos en Occidente al interior de las principales corrientes de la filosofía, las ciencias humanas y sociales en torno a la problemática que nos convoca. Esta revisión se detiene brevemente, en primer lugar, en los fundamentos filosóficos que sustentan el pensamiento occidental en torno a la identidad. Una vez establecido este marco filosófico, se procede a caracterizar las principales líneas del debate contemporáneo en torno a las identidades. Para poder entender la importancia de este debate en la reflexión actual, así como las principales transformaciones en términos de construcción identitaria de las cuales este debate no sólo se hace cargo sino también forma parte constitutiva², es importante repasar brevemente los principales cambios por los que han atravesado las sociedades occidentales a lo largo de su historia moderna. Estas distintas configuraciones societales llevan asociadas y se sustentan sobre concepciones disímiles

¹ Para la escritura de este apartado me fue de singular utilidad el documento *El devenir de las identidades en la sociedad contemporánea. Elementos para la discusión*, elaborado por Antonio Stecher, así como también los libros *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?* de Grinor Rojo e *Identidad chilena* de Jorge Larraín.

² Como señalamos en otro lugar: “Actualmente la pregunta en torno a las identidades, tanto personales como colectivas, constituye uno de los ejes centrales de los debates y reflexiones que se desarrollan en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales. Uno podría afirmar, con algo de cautela e ironía, que las reconstrucciones futuras sobre nuestra actualidad harán de la pregunta por la identidad una de las señas identitarias del pensamiento contemporáneo” (Stecher, Antonio y Lucía Stecher: *No Telephone to Heaven* o de las vicisitudes de las identidades contemporáneas. Reflexiones a partir de una novela de Michelle Cliff. Artículo por publicar).

de lo que es el sujeto y lo que constituye su identidad, así cómo distintas descripciones y prescripciones de lo que constituye la vida en común y el lugar de los individuos al interior de ésta.

Una vez establecido el contexto socio-histórico-cultural en el cual se desarrollan las reflexiones contemporáneas en torno al tema de las identidades, resulta fundamental, para los fines de esta investigación, detenerse en el concepto de identidad personal y establecer claramente con qué noción de sujeto y de identidad se abordan las escrituras que configuran el corpus de este estudio. Para el análisis de las construcciones identitarias que se desarrollan en estas narrativas recurro a lo que algunos críticos llaman el “sujeto sociológico”, una concepción según la cual la construcción de la identidad personal no se da en situaciones de vacío existencial. Muy por el contrario, el sujeto se constituye a partir de las relaciones que establece con otras personas y con los contenidos culturales que circulan en su sociedad.

No es posible pensar la identidad personal sin hacer referencia a las identidades colectivas en torno a las cuales se organiza (y como parte de ellas). Para este estudio resulta especialmente relevante tener en cuenta la relación de mutua dependencia entre identidades personales y colectivas. Es importante, por un lado, porque la situación de migración por la que atraviesan las protagonistas de las novelas seleccionadas las confronta a cambios de contextos culturales y a la reorganización de los referentes alrededor de los cuales articulan sus identidades personales. La identidad personal aparece así como un proceso dinámico, complejo y no carente de tensiones, dado que no siempre resulta sencillo articular los referentes ofrecidos por colectivos distintos, que además suelen ocupar posiciones diversas en las escalas de poder y valoración de una sociedad. Por otra parte, en algunas de las novelas que he escogido, la reflexión en torno a la(s) identidad(es) colectiva(s) ocupa un lugar tan importante como la historia personal de la protagonista de la historia narrada.

En el ámbito de las identidades colectivas resultan especialmente relevantes para este trabajo las reflexiones relacionadas con lo que Stuart Hall llama “identidades culturales”, término que engloba a las identidades étnicas, raciales, religiosas, de género, nacionales, etc. Estas identidades culturales estarían teniendo cada vez más importancia e incidencia en la configuración de sentidos individuales y colectivos en el mundo contemporáneo. El carácter plural, complejo y relacional de las identidades culturales resulta especialmente evidente en aquellas situaciones en que entran en contacto distintos universos culturales. Estas situaciones y sus consecuencias a nivel de la construcción de identidades, tanto individuales como colectivas, han sido pensadas desde diversas perspectivas, las cuales pertenecen y se nutren de tradiciones filosóficas muy distintas. Considero, por lo tanto, fundamental dedicar un último apartado de este capítulo al debate en torno al mestizaje, la transculturación, la hibridez y la heterogeneidad, que son algunas de las categorías principales desde las cuales se ha buscado pensar los procesos que desencadenan las situaciones de contacto cultural.

1. La reflexión filosófica

Como señala Pedro Güell (1996), la reflexión en torno a la identidad expresa la necesidad que han sentido distintas sociedades en diversos momentos de su historia de establecer referentes comunes y estables en torno a los cuales articular el conocimiento y significar las experiencias. A lo largo de la historia occidental esta reflexión ha sufrido importantes transformaciones, relacionadas principalmente con cambios en la forma de concebir los referentes y el tipo de relación que une a individuos y sociedades con ellos.

En las tradiciones metafísicas escolásticas y aristotélicas la identidad es concebida como una de las características del ser (relacionada con la conservación de su mismidad a través del tiempo) y como una de las leyes lógicas del pensamiento, la cual se sustenta sobre el principio de no contradicción (A no puede ser igual a no-A, es decir, una proposición no puede ser verdadera y falsa al mismo tiempo). Dentro de esta tradición,

continuada en el siglo XVII por el pensamiento de Leibniz, existe una esencia (Aristóteles) o un sí mismo (Leibniz) que antecede y constituye el referente de las acciones y de la identidad de los individuos. Una identidad auténtica o verdadera es aquella en la cual “los términos por medio de los cuales el lógico pone en relación el interior y el exterior, el fondo y la superficie, la esencia y la apariencia, calzan el uno con el otro en todas y cada una de sus partes” (Rojo, 2006, p.14).

Otra forma de pensar la identidad, que también tiene una historia de largo aliento en Occidente (que va “de Platón a Plotino a Porfirio a Nietzsche a Freud a Heidegger y Adorno (...) hasta desembocar en el Derrida de ‘La différance’”, en palabras de Grínor Rojo, (Ibíd., p.15) es aquella que indaga en su constitución a partir de la diferencia. Sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, con los desarrollos del postestructuralismo y postmodernismo, los conceptos de diversidad y diferencia aparecen cuestionando la misma noción de identidad (ya no es que la identidad se construya a partir de la diferencia, sino que se niega toda positividad que pueda darse por fuera del eterno “juego de las diferencias”).

Identidad como esencia o como efecto de diferencias, tales parecieran ser las dos posiciones antagónicas que recorren el pensamiento filosófico occidental, el cual se desarrolla en gran medida en torno a la compleja y esquiva figura del sujeto:

El sujeto-fundamento es precisamente el lugar temático donde la presunta ‘fuerza’ de la razón moderna se expresa como una forma de debilidad intrínseca. La historia de la subjetividad como problema filosófico incluye la imagen freudiana (la imagen, en general, de finales del siglo pasado) de la *conciencia* atravesada por necesidades y voluntades en conflicto que nunca terminan de hacerse explícitas; la imagen cartesiana de una interioridad pensante que ‘emite’ palabras entre otros ‘signos’ que designan pensamientos, cuyo sentido no es nunca adecuadamente compartible y determinable; y sobre todo –y lo que es más interesante- la idea kantiana y

cartesiana de un yo que no tiene ninguna *certeza* sobre la realidad del mundo externo y que sin embargo (o mejor dicho, justo por esta razón) se coloca como *fundamento* de la realidad completa y de la ciencia (D'Agostini, 2000, p.109, cursivas en el original).

La contradicción, el conflicto, la incertidumbre, son, para los pensadores mencionados en esta cita, elementos a superar o neutralizar en aras de construir totalidades o fundamentos sólidos sobre los cuales construir el conocimiento. En este sentido, la obra de Hegel constituye un aporte singular, ya que ve en la contradicción no algo que se deba superar y negar, sino precisamente el fundamento más profundo y esencial. Ella actúa como motor y fuerza vital, “pues sólo al contener una contradicción en sí, una cosa se mueve, tiene impulso y actividad.” (Hegel, citado por Rojo, 2006, p.16). Hegel emprende así “un programa de recobro y reivindicación de cuanto para Aristóteles y Leibniz constituía un sacrilegio sin perdón de Dios; recobro y reivindicación de que los seres y las cosas *puedan ser algo más, algo distinto y aun algo opuesto de lo que ellos/ellas son.*” (Rojo, 2006, p.16, cursivas suyas).

Grínor Rojo señala que, frente a la complejización aportada por el pensamiento hegeliano, Aristóteles y Leibniz,

son por sobre todo pensadores premodernos, para quienes la entereza y la durabilidad de los términos son datos autoevidentes. (...) Aristóteles y el matemático descubridor del cálculo infinitesimal están tratando de establecer el modo correcto de describir unas esencias a las cuales ellos habrán postulado desde la partida como indivisas o eternas o, mejor dicho, están tratando de establecer el modo correcto de usar las palabras y capturar los significados *en ese contexto*. La doctrina hegeliana, en cambio, es de una vocación ontológica inconfundiblemente moderna, por lo que nos habla del carácter heterogéneo y dinámico de la realidad que se ubica por detrás de las palabras y los significados (Ibíd., p. 17, cursivas en el original).

A la realidad estática y siempre idéntica a sí misma del pensamiento aristotélico y leibniziano, Hegel opone una concepción de la realidad que abre espacio a la contradicción, al cambio y a la posibilidad de autocrítica (inaugurando de esta manera, en opinión de Habermas, el discurso crítico de la modernidad). Esta apertura no implica, en el pensamiento hegeliano, una negación de la posibilidad, e incluso necesidad, de pensar en términos de una totalidad, “a la que él entiende como la unidad ‘en el espíritu’ de lo general y/o con lo particular y a la que preserva y presenta (es su adjetivo) como una totalidad ética” (Ibíd., p.31).

Este recurso a la totalidad, y la conocida fórmula hegeliana conducente a la síntesis, son algunos de los elementos de la filosofía de Hegel más criticados por el pensamiento *post*. No se debe confundir, entonces, la inclusión de la diferencia en el programa hegeliano con el recurso a la diferencia del postmodernismo, el cual explícitamente marca sus distancias y reservas con respecto al pensamiento dialéctico. Una de las críticas que se le hace a Hegel desde el pensamiento *post*, es que en su dialéctica todo lo diferente se identifica con lo negativo y termina por ser sometido al dominio de lo idéntico. Ya Trendelenburg había objetado a Hegel por no haber percibido la diferencia entre la negación como oposición y la negación como diferencia: es decir entre “a/no a” y “a/b” (ver D’Agostini, 2000). Para Deleuze, el pensamiento dialéctico produce la misma integración y neutralización de las diferencias que la razón metafísica clásica. Al igual que en ésta, en la dialéctica sobrevive un pensamiento dualista que funciona en términos del original y su copia, la cosa y su doble (los binarismos constitutivos del pensamiento filosófico occidental, cuya organización jerárquica Derrida busca atacar con su proyecto deconstructivo). El problema, ahora desde una perspectiva crítica al pensamiento *post*, es que en su crítica a todo lo “idéntico”, lo “positivo” y “esencial”, es posible advertir una peligrosa tendencia a convertir la diferencia en una nueva esencia. Esta tendencia postmoderna, aunada a la desconfianza frente a la idea de totalidad, tiene consecuencias

importantes para la reflexión en torno a las formas de relación posible y deseable de los distintos grupos que conforman sociedades multiculturales complejas.

Una matriz tripartita para pensar la identidad

En su ensayo citado, Grínor Rojo propone pensar la identidad en tres categorías o niveles, el de lo singular, el de lo particular y el de lo general o universal. Una advertencia o premisa fundamental para el tratamiento de estos niveles, es que deben ser investigados “dentro de su propio campo de acción y, por consiguiente, en su propio fundamento, con su propio abanico de discursos y hasta con su propia disciplina” (Rojo, 2006, p.25). Es decir, no aporta nada y más bien resulta distorsionador, el investigar las identidades que se desarrollan en uno de estos niveles con herramientas metodológicas desarrolladas en otro (como por ejemplo cuando se proyectan a los colectivos los resultados de las investigaciones psicológicas desarrolladas en individuos).

En el primer plano, el de lo singular, lo que se interroga es la identidad de un cierto individuo, es decir, aquello que lo constituye en un ser diferente y único en su especie (precisamente, su singularidad). Esta identidad personal se constituye “por obra de la conjunción de elementos endógenos y exógenos” y es aquello “que convierte a ese hombre o a esa mujer en *persona* y en *persona autónoma*” (Ibíd., pp.21 y 25).

El plano de la particularidad refiere a la identidad de un colectivo, a aquello que “hace que un grupo más o menos grande de personas sea el que es” (Ibíd, p.21) y que se construye en forma intersubjetiva e intercomunicativa. La identidad nacional se ubicaría, en este esquema, en el nivel de la particularidad.

En el último nivel, el de la generalidad, se ubica la identidad de los seres humanos en tanto humanos, que es también una idea, es decir una construcción particular surgida en circunstancias históricas concretas y que se puede transformar con el tiempo. Entre lo

universal y lo particular se establece, en términos hegelianos-lukacsianos, una constante interacción dialéctica:

La investigación concreta muestra siempre y en todas partes la relativización dialéctica de lo universal y lo particular. Bajo determinadas situaciones concretas ambos mutan el uno en el otro, en determinadas situaciones concretas se especifica lo universal, entra en una determinada relación con lo particular; pero también puede ocurrir que lo universal absorba, destruya las particularidades, o que aparezca en interacción con particularidades nuevas, o que algo anteriormente particular se desarrolle hasta convertirse en una generalidad, y viceversa (Lukács citado por Rojo, 2006, pp.33-34).

Como correctamente agrega el profesor Rojo, la interacción entre lo particular y lo universal y la lucha por el entronamiento de lo particular en universal o la caída de lo universal en lo particular, no puede ser entendida si no es considerando el rol que juega el poder en la determinación de lo que ocupa el lugar de lo universal y lo que queda subordinado al de lo particular. O, puesto en términos gramscianos, el ejercicio de la hegemonía otorga la prerrogativa de determinar qué es lo universal y qué no tiene derecho a ocupar ese sitio.

Las indagaciones realizadas en este trabajo se movilizan básicamente en torno a los dos primeros planos mencionados: el de lo singular, es decir la identidad personal, y el de lo particular, referido a las identidades colectivas. En lo que sigue de este capítulo teórico se busca dar cuenta del debate contemporáneo al interior de las ciencias humanas y sociales en torno al tema de esas identidades. Para una mejor comprensión de este debate, y de los procesos que contemporáneamente estarían incidiendo en una transformación de los modos de configuración identitaria, se incluye una breve reseña de una propuesta sociológica de caracterización de las distintas etapas atravesadas por las sociedades modernas, principalmente de Occidente.

2. El debate contemporáneo en torno a las identidades

2.1 Una propuesta de caracterización de las sociedades modernas

En su libro *Sociología de la modernidad*, Peter Wagner realiza una propuesta de periodización de las sociedades modernas que me parece útil para mi propósito de dar cuenta de los principales aspectos que caracterizan la etapa que vivimos actualmente y en la que se inscriben la producción y la temática de las novelas usadas como corpus de esta tesis. De acuerdo a Wagner, es posible reconocer tres períodos principales en las historias de las sociedades modernas, a lo largo de los cuales se fueron configurando nuevos modos de concebir la organización social y el rol de los individuos en su interior. Antes de referirme a esta propuesta de periodización³, creo indispensable hacer dos precisiones.

En primer lugar, es importante tener presente que el esfuerzo de Wagner se aboca a trazar las principales líneas de transformación de las formas de pensar las sociedades en los últimos tres siglos de historia occidental. Esto implica un alto grado de abstracción y también de generalización, lo que casi inevitablemente conduce a una simplificación de procesos que siempre son susceptibles de un tratamiento más complejizador y matizado. Además, lo que el sociólogo citado muestra, no son de ninguna manera procesos que involucren a todos los sectores de las sociedades caracterizadas; en muchos casos sólo son válidos para una pequeña minoría. Sin embargo, es precisamente al interior de estas élites que se discuten las ideas que más incidencia tendrán en los debates y la formulación de políticas referidas a la vida social, política y económica de su época y que marcan las tendencias de desarrollo de la sociedad. En efecto, en su estudio Wagner da cuenta básicamente de las concepciones hegemónicas (dominantes en términos de

³ Tomo de Wagner la propuesta de periodización y los nombres dados a las distintas etapas. En la enumeración de las características de cada una de ellas se incluyen también conceptos tomados de otros autores.

Raymond Williams) y su transformación a lo largo de los distintos períodos. En cada uno de ellos coexistieron y se relacionaron entre sí, experiencias de vida muy distintas, así como muy diversas formas de concebir la relación entre individuo y sociedad, el rol de la religión, del estado-nación, de las instituciones, de las comunidades minoritarias, etc.

En segundo lugar, me interesa destacar que, si bien Wagner distingue los períodos propuestos sobre la base de la observación de las sociedades europeas, los conceptos desarrollados ahí se extenderían y serían reapropiados posteriormente en todo Occidente (y también, aunque dando lugar a otras rearticulaciones, en aquellos territorios no occidentales en los que Europa intervino a distintos niveles). No se debe olvidar que la historia de la modernidad europea está inextricablemente ligada a los emprendimientos de distintos sectores de sus sociedades en la aventura colonial y luego imperialista⁴. Éstos ejercieron una influencia nunca suficientemente relevada sobre el desarrollo económico, político, social, ideológico y cultural de los países europeos, quienes, a su vez, determinaron en gran medida los discursos y modelos a través de los cuales se percibiría a los países colonizados y sus habitantes.

Pasando ahora sí a la propuesta wagneriana, ésta distingue una primera etapa que denomina como “sociedad de modernidad liberal restringida”, la cual se desarrollaría a lo largo del siglo comprendido entre 1750 y 1850. Este período correspondería al

⁴ En muchos casos, como muestra Susan Buck-Morss en su excelente libro *Hegel y Haití*, la historiografía y el discurso filosófico europeos parecen esforzarse por silenciar algunas de las conexiones más evidentes y menos virtuosas entre el desarrollo del continente y la explotación de las colonias y, sobre todo, de los esclavos. La siguiente cita muestra muy bien el divorcio que muchas veces existió entre las concepciones filosóficas y las prácticas reales: “En el siglo XVIII, la esclavitud se había convertido en la metáfora principal de la filosofía política de Occidente para connotar todo lo negativo de las relaciones de poder. La libertad, su antítesis conceptual, era para los pensadores del Iluminismo el más alto y universal de los valores políticos. Sin embargo, esta metáfora política comenzó a arraigarse en una época en que la práctica económica de la esclavitud –la sistemática y altamente sofisticada esclavitud capitalista de pueblos *no* europeos como fuerza de trabajo en las colonias- se iba incrementando cuantitativamente e intensificando cualitativamente, hasta el punto que a mediados de siglo todo el sistema económico de Occidente estaba basado en ella, facilitando paradójicamente la difusión global de los ideales iluministas con los que se hallaba en franca contradicción” (Buck-Morss, 2005, pp.9-10).

momento en que surge la cultura moderna, al interior de la cual la concepción individualista del sujeto humano juega un rol central. En este contexto, la sociedad aparece como la reunión voluntaria de individuos autónomos, racionales, responsables y libres, que a través de su capacidad de decisión y compromiso serían capaces de aportar al bien común. Tanto el desarrollo del comercio burgués, como el del discurso ilustrado y el surgimiento de la novela moderna dan cuenta de esta concepción del individuo como un ser capaz de construir su vida y de conquistar los mundos de las artes, las ciencias y la política. Estas sociedades constituidas al compás de la consolidación de la ideología liberal y del ascenso al poder de la burguesía, consolidaron un sistema de derechos y libertades al cual sólo unos pocos tenían acceso. Sólo los sujetos masculinos, blancos y propietarios participaban en la práctica de los derechos y prerrogativas que les concedía el discurso universalista moderno: ciudadanía plena, autonomía, libertad, igualdad. Fueron así muchos los que quedaron excluidos de la participación en los ideales emancipatorios de la modernidad. Sin embargo, con el correr del tiempo, estos grupos apelarían precisamente a estos ideales para reclamar una participación más igualitaria en las sociedades de las que formaban parte. Esta organización societal de la primera etapa de la modernidad entró en crisis, por un lado, por las presiones ejercidas por estos grupos excluidos y, por el otro, por los límites que el estado moderno le impuso al discurso liberal. La consolidación de los estados nacionales y sus esfuerzos por administrar sus territorios y su población fueron subordinando la autonomía de los individuos a los intereses de la nación, desde la perspectiva de los grandes intereses económicos.

No es posible comprender el desarrollo de las sociedades europeas sin considerar el rol jugado por sus empresas colonizadoras e imperialistas. Éstas le proporcionaron a Europa los recursos económicos y las materias primas necesarios para impulsar la industrialización, la investigación científica, el crecimiento de las ciudades, etc. En la primera de las etapas que distingue Wagner, mientras Portugal y España son imperios en declinación, Inglaterra y Francia están transformándose de poderes coloniales en poderes

imperialistas, es decir, están cada vez más abocados a ejercer un dominio más financiero que político y comercial sobre los territorios que controlan o tienen bajo su esfera de influencia. Por su parte, Estados Unidos empieza a perfilarse como un nuevo poder imperialista.

Más allá de (y ligada a) su evidente importancia económica y geopolítica, la empresa colonial e imperialista también tuvo un gran impacto en la configuración de los discursos de la modernidad europea. Los sujetos y comunidades con las que los europeos interactuaron en el transcurso de su aventura colonialista, fueron tempranamente construidos como aquellos “otros” que contribuían, en tanto elementos de diferenciación, a homogenizar y normalizar el discurso identitario occidental. Todo aquello que Occidente consideraba amenazante y necesitaba conjurar de su interior, era proyectado en esas y otras figuras de alteridad, convenientemente ubicadas en la periferia de Europa o de sus propias sociedades (en el caso de los locos, por ejemplo).

El segundo período que distingue Wagner corresponde a la “sociedad de la modernidad organizada”, que fue el modelo de organización social que consolidó su hegemonía entre 1890 y 1970. El fortalecimiento y la cada vez mayor capacidad organizativa del estado, así como las presiones de los grupos que apelaban al discurso ilustrado para su integración plena en la vida social, contribuyeron decisivamente a la transformación de la concepción de la sociedad como unión de individuos libres a la de sistema que debía ser planificado y controlado en forma centralizada por el estado. El nuevo orden social debía garantizar tanto una integración adecuada de la mayor parte de sus miembros como el funcionamiento ordenado y racional de la sociedad en su conjunto. La base para la construcción de la sociedad no se ubicará tanto en los individuos como en las clases sociales, las empresas y el sentimiento nacional. Dos referentes básicos articulan este modelo societal: la necesidad de fortalecer al estado nacional y la de regular el espacio social a partir de su organización en clases. En el seno de estas sociedades se consolida la orientación de la economía en torno al capital financiero (capitales bancarios e

industriales imbricados), de la política en torno al Estado nacional y los partidos, de la cultura oficial alrededor de la idea de comunidad nacional y de lo social en torno a la noción de clases sociales. En este contexto, los principales actores sociales se constituyen en torno a la gran producción industrial, el trabajo y la organización del estado, es decir, las dimensiones económico-productivas y políticas se constituyen en los ejes estructurantes del orden social. Las dimensiones culturales, por su parte, quedarán subordinadas a las tendencias homogeneizadoras y a la subsunción de la diversidad en la noción de una cultura nacional. La concepción de sujeto que subyace a esta construcción social es la de un individuo con una identidad estable, definido en gran medida por sus roles sociales y adaptado funcionalmente al orden social. En este período se consolidan, a la par de las grandes empresas y las industrias culturales, la sociedad de masas y de consumo.

En este segundo período en la clasificación wagneriana tienen un gran peso la formación de la Unión Soviética, las dos guerras mundiales, el ascenso al poder del fascismo en Alemania e Italia y, posteriormente, la división del mundo en dos grandes bloques divididos por la guerra fría. Los movimientos sociales, la amenaza del comunismo y el fascismo, así como las situaciones de crisis general en que quedó sumida Europa luego de los dos enfrentamientos bélicos, ciertamente incidieron en la aplicación de las reformas que darían forma el surgimiento de los estados de bienestar europeo. Con respecto al Caribe, es importante destacar que la Unión Soviética durante mucho tiempo se constituyó en un factor de contrapeso frente a los intereses colonialistas e imperialistas de Estados Unidos en la región y frecuentemente de distorsión del sentido de sus reivindicaciones emancipadoras. Las luchas de descolonización que empiezan a librarse en distintos lugares del mundo a finales del período de modernidad organizada, también se ven expuestas a las presiones e influencias ejercidas por los poderes norteamericano y soviético.

A partir de los años 70 del siglo XX empieza a surgir lo que Wagner denomina “sociedad de modernidad liberal ampliada”, modelo que se va gestando y consolidando al compás de una serie de mutaciones que empiezan a socavar las principales prácticas, instituciones, actores y discursos sociales que estructuraban las sociedades de la etapa anterior. Las principales transformaciones son impulsadas por cambios en la organización de la economía a nivel global, en especial por desarrollos en el sector de las tecnologías de comunicación e información y por la intensificación del comercio internacional. Esto va a permitir la intensificación de las comunicaciones, con lo que se consolidan y expanden a nivel global las industrias simbólicas y se establecen una serie de redes de comunicación globales (de las que se sirven también los movimientos anti-globalización). A nivel económico, la importancia de la producción industrial va cediendo paso a una forma post-industrial organizada principalmente en torno a los flujos de informaciones y el manejo de la finanzas (se trata de una economía más especulativa que la anterior). Los procesos productivos, por su parte, van a verse progresivamente automatizados, flexibilizados y desterritorializados. La hegemonía de una ideología neoliberal impuesta principalmente a partir de los gobiernos de Reagan y Thatcher, instala fuertemente la idea del mercado como principal mecanismo de regulación y organización social. Los mercados se van integrando progresivamente a nivel global y presentan una autonomía cada vez mayor con respecto a las regulaciones sociales y políticas de las sociedades particulares. A nivel político se observa el debilitamiento de los estados nacionales frente a la emergencia de nuevos actores transnacionales, de procesos de privatización y liberalización económica que escapan a los ámbitos de su jurisdicción y socavan su soberanía. Tanto a nivel de la comercialización de bienes materiales, como de la circulación de bienes simbólicos y contenidos culturales, las antiguas fronteras de los estados nacionales se van haciendo progresivamente más porosas (salvo para el flujo de migrantes, como veremos más adelante). Paralelamente se desarrollan nuevas formas políticas de coordinación global o multinacional para regular las relaciones entre los estados, el comercio internacional y la protección de sectores específicos. En este contexto, hay quienes afirman –sobre todo

dentro de las corrientes “post”- que esta última etapa se caracteriza por un borramiento de las fronteras entre centro y periferia. La globalización y los movimientos migratorios asociados a ella, habrían trasladado a los antiguos centros a grandes contingentes periféricos, a la vez que permitirían que el poder se ejerza desde cualquier lugar del planeta. Si bien es cierto que las llamadas ciudades globales actualmente albergan a muchos migrantes provenientes de distintos lugares periféricos, también lo es que éstas concentran, en gran medida, el poder financiero y político global. Sigue habiendo, entonces, centros y periferia en la distribución de los recursos, en la capacidad de tomar decisiones e influir en el curso de la política internacional.

En el ámbito social, en la “sociedad de modernidad liberal ampliada” se observa el desarrollo de nuevas formas de exclusión social, que operan tanto a nivel internacional – contribuyendo a acentuar las desigualdades en regiones enteras de la humanidad- como de cada sociedad. La desregulación, privatización y desmantelamiento del contrato social entre el capital y la mano de obra, que en la etapa anterior posibilitó la emergencia de poderosos sindicatos de trabajadores, a la vez que facilitan la dinamización de las economías y el aumento de la productividad, deja expuestos a los trabajadores a situaciones de precariedad laboral y sobreexplotación. A nivel general, se incrementan las sensaciones de riesgo, incertidumbre y fugacidad.

La relevancia actual de la pregunta en torno a las identidades, tanto al interior del debate académico y político como de la producción artística, es sin duda expresión de la profundidad y radicalidad de los cambios que están experimentando las sociedades e individuos en el tránsito de la sociedad de modernidad organizada a la actual forma de constitución societal. No se trata en ningún caso de procesos terminados, ni de la superación definitiva de la etapa anterior, cuyas instituciones, discursos y actores siguen siendo referentes importantes en la construcción de la vida social y de proyectos de cambio de la etapa actual. Aún es muy pronto para saber de qué manera se articularán los elementos de la etapa anterior con los que emergen en la constelación actual, ni qué

caminos seguirán las tensiones entre distintos sectores de cada sociedad y entre organizaciones de alcance internacional enfrentadas tanto por conflictos de intereses como por concepciones divergentes en torno a la política, la economía, la estructuración social, etc. Lo que es claro es que la hegemonía del pensamiento neoliberal está siendo impugnada desde distintos frentes –tanto desde ópticas más bien socialistas como liberales- con consecuencias que aún no podemos prever. En el marco de los propósitos de esta presentación teórica interesa retener las principales características y direcciones de cambio que caracterizan al momento actual, para entender de qué manera inciden sobre la construcción de identidades personales y colectivas.

El debate identitario contemporáneo se desarrolla en torno a dos líneas principales de reflexión, que se diferencian principalmente por preocuparse una, de los procesos de configuración de identidades personales, y por centrarse la segunda en los fenómenos asociados a la formación de identidades colectivas, principalmente de corte cultural. En el primer caso, los principales conceptos utilizados para describir la situación contemporánea son los de individualización y reflexividad. Actualmente estaríamos frente a la emergencia de identidades personales más individualizadas, dinámicas, plurales e inestables, organizadas en buena medida en torno al consumo y al ideal de autorrealización personal. La segunda línea de investigación se ocupa de la emergencia de las políticas de identidad y de diferencia, asociadas a la formación de identidades comunales, de nuevas formas de ciudadanía, de nuevos nacionalismos y revitalizaciones de la etnicidad.

En las novelas estudiadas en esta tesis es posible distinguir la presencia de estas dos líneas que caracterizan la reflexión identitaria contemporánea. Por un lado, la mayor parte de estas narrativas reconstruye procesos de individuación de personajes femeninos, que aspiran a constituirse en sujetos autónomos y reflexivos. Por otra parte, debido en gran medida a la experiencia migratoria de estos personajes y a su proveniencia de sociedades más tradicionales, la constitución de una identidad personal siempre se da en

el marco de negociaciones con los elementos culturales y los sentidos de pertenencia aportados principalmente por las sociedades de origen, y en menor medida por las de destino. Además de esta relación, por lo general tensionada, entre el desarrollo de una identidad personal y los sentidos de pertenencia colectivos, algunas de las novelas estudiadas en esta tesis también presentan interesantes reflexiones sobre las nuevas formas de comunalización basadas en la etnicidad, la cultura, la experiencia de las diásporas, etc.

2.2 La identidad personal

En este apartado me interesa detenerme en los aportes teóricos referidos al concepto de identidad personal que me parecen más productivos para el análisis de los procesos de construcción identitaria en las narrativas de autoras caribeñas contemporáneas. Se trata de aquellos aportes que, a la vez que consideran la importancia del contexto histórico-social-cultural como factor determinante en los procesos de construcción del “yo”, relevan también las capacidades reflexivas, autocríticas y las potencialidades de transformación de los sujetos. Siguiendo la clasificación de Stuart Hall (2001) sobre las distintas concepciones de sujeto que se han desarrollado a lo largo de la modernidad, estaríamos enfrentados a lo que él denomina “sujeto sociológico”.

Considero aquí la construcción de la identidad como un proceso complejo, en el que confluyen e inciden tanto los factores del entorno socio-cultural y el momento histórico determinado (qué referentes se encuentran a disposición, cómo se van transformando, con cuáles puedo efectivamente identificarme y cuáles quedan fuera de mi alcance) como las capacidades de autonomía, reflexión y cambio de los sujetos, en interacción permanente con los contenidos pulsionales inconscientes. No se trata, como afirman algunos pensadores postmodernos, de una libre y feliz circulación del sujeto por distintos referentes de los que se apropia performativamente. Si bien el sujeto puede, a lo largo de su historia personal, sentirse más ligado a unos que a otros referentes, hasta

llegar a dejar algunos de lado y adoptar nuevos, este proceso no es en absoluto sencillo y, en su mayor parte, se da a través de procesos inconscientes y no deliberados. Por otra parte, el sujeto construye el sentido de sí mismo que le permite orientar sus acciones y significar sus experiencias al interior de un campo de determinaciones y posibilidades históricamente situadas.

Algunos pensadores contemporáneos, más cercanos a la corriente psicológica en el estudio de las identidades, tienden a enfatizar principalmente los aspectos internos y subjetivos en la configuración de la identidad. Este sería el caso, en opinión de Jorge Larraín (2001), del concepto de identidad cualitativa propuesto por Tugendhat, el cual hace referencia “a una cualidad o conjunto de cualidades con las que una persona o grupo de personas se ven íntimamente conectados. En este sentido la identidad tiene que ver con la manera con que individuos y grupos se definen a sí mismos al querer relacionarse –“identificarse”- con ciertas características” (Larraín 2001, p.23). Para Larraín, el recurso a disposiciones internas debe verse necesariamente complementado por la consideración del rol de los otros en la constitución del sí mismo. Es precisamente la reflexión en torno al papel que juegan los otros y el medio social, lo que según Stuart Hall va a caracterizar el tránsito del “sujeto de la ilustración” al “sujeto sociológico”.⁵ El sujeto de la ilustración surge en el marco de la primera modernidad (siglos XVII-XVIII), cuyos filósofos piensan al individuo como poseedor de una esencia interna innata y a partir de la cual construye una identidad unificada, coherente, autónoma y constante. Este sujeto parece preexistir a la sociedad, la cual es considerada como el fruto de la reunión libre de seres racionales y autónomos (esta concepción de sujeto es la que está en la base de las sociedades de modernidad liberal restringida, según la descripción de Wagner reseñada en este capítulo).

⁵ En realidad se trata de la transformación en las formas de concebir al sujeto en los distintos periodos, por lo que más que de “sujeto de la ilustración” o de “sujeto sociológico” se debiera hablar de la “noción de sujeto ilustrado” o “noción de sujeto sociológico.” Sin embargo, continúo con los términos propuestos por Hall para no complicar la redacción del texto.

La consideración del rol del otro y de las determinantes histórico-sociales en la constitución del sujeto le debe mucho a las obras de Marx, James, Freud y George Mead. Marx señaló que los individuos son resultado de la historia que a su vez contribuyen a configurar, y que no es posible encontrar en un “yo” o sujeto individual el punto de origen del que surge el discurso, la historia o la agencia. De esta manera, Marx socavó la imagen de un sujeto soberano, en cuyo sólido interior se encuentra el fundamento último de sus discursos y acciones (ver Hall, 1999, p.85). Freud, por su parte, desestabilizó la idea del yo como una unidad capaz de autoconocerse reflexivamente. El descubrimiento del inconsciente empañó la ilusión de que el sujeto es capaz de conocerse plenamente y de construir su identidad en forma totalmente reflexiva y racional. En la configuración de la identidad confluyen procesos inconscientes a los que no tenemos ninguna posibilidad de acceder en forma deliberada y consciente. A partir de la crítica de Marx a las concepciones individualistas que desconocen que la conciencia individual es producto de las interacciones sociales, así como del pensamiento de Freud que, al introducir las nociones de inconsciente, pulsión y represión, subvierte la idea de un núcleo autoconsciente, estable y coherente, surgirá lo que Stuart Hall denomina el “sujeto sociológico” (S. XIX y XX). Éste ya no es considerado como pre-existente a su sociedad, sino más bien como constituido a partir de los distintos procesos y estructuras que tienen lugar en ella.

El sujeto sociológico porta en su interior una serie de contradicciones y opacidades, a las cuales, como ya señalamos, por lo general no tiene acceso consciente. No obstante, su proceso de individualización también consiste en el desarrollo de las potencialidades necesarias para transformarse a sí mismo y a su entorno. Como muestra Grínor Rojo, la dialéctica hegeliana permite iluminar esta doble condición de sujeción a determinaciones particulares y disposición de potencialidades de cambio:

Puesta la estructura de ser individual en contacto con la lógica dialéctica, sin embargo, se dará por descontado que el sujeto-persona dispone también de

la materia prima que, si es que él (o ella) así lo decide, le va a permitir desmarcarse de la relación que mantiene con aquel referente suyo y cambiarlo. Esto significa que entre todos quienes nos declaramos conformes con los presupuestos del pensamiento dialéctico a ninguno se le va a ocurrir poner en duda que ese individuo que, aun y a sabiendas de qué o quién es él, posee igualmente la capacidad potencial (que no es lo mismo que decir la capacidad efectiva (...)) para rebelarse contra ese que es y para canalizar su rebeldía por medio de la ejecución de unos actos de indisciplina cuyo blanco no es otro que la parte de su conciencia que lo hegemoniza, y que por consiguiente es también la que lo estabiliza, transformándose después de una tal contienda interna (o, como hubiera dicho Habermas, de semejante ejercicio de autocrítica) en un ser distinto del que ha sido hasta ahora en mayor o menor grado (Rojo, 2006, p.27).

El tercer tipo propuesto por Hall es el “sujeto postmoderno”, que surge en las últimas décadas del siglo XX al compás de la crisis de las sociedades de modernidad organizada. En el marco del pensamiento *post*, las determinaciones que constituyen al sujeto son ejercidas por el lenguaje y los discursos, es decir, éste es concebido como un “efecto de lenguaje” y no como origen y causa de su accionar en el mundo. La idea misma de identidad personal –entendida como la configuración de un si mismo estable y coherente, que garantiza la continuidad del individuo a lo largo de su vida- es seriamente cuestionada. La identidad en este contexto es concebida –si no se la condena simplemente a desaparecer- como fragmentaria, contingente, contradictoria; su constante transformación es producto de los distintos posicionamientos que van ocupando las personas en las diversas formaciones discursivas. Si bien las posturas postmodernas que han introducido esta fundamental dislocación en la concepción de identidad pueden haber aportado a un mayor reconocimiento del carácter dinámico, relacional, mediado por el lenguaje y plural de las identidades, también es cierto que tienden a negarle al sujeto la capacidad de transformarse tanto a sí mismo como al medio que lo rodea:

(...) hay que señalar el riesgo ético-político de aceptar las tesis del fin del sujeto y su capacidad de agencia y construcción de la realidad. Pensar el sujeto y las identidades como meros efectos fragmentados, de prácticas y discursos, reduce la posibilidad de los actores sociales de construir proyectos e transformación individual y colectiva. Estas narrativas pueden contribuir a una justificación ideológica del mundo tal cual existe, el que se presenta –y esto es habitual en los análisis económicos sobre los procesos de globalización- como un sistema que funciona por sí mismo y que no debe ser interferido por la voluntad política de los actores sociales, los cuales dejan de ser pensados como sujetos capaces de proponer y construir futuros alternativos (Stecher, Antonio, s/f. p.66).

Como ya señalé, abordo el análisis de los procesos de construcción identitaria en las novelas que componen el corpus de este trabajo, desde una perspectiva mucho más cercana a la que Hall describe como “sujeto sociológico” –y que incluye la mirada dialéctica aportada en la cita del profesor Rojo- que a la del sujeto de la ilustración o el postmoderno.

Para entender cómo y en base a qué elementos este sujeto sociológico construye su identidad, me referiré brevemente a los tres elementos que según Larraín (2001) sustentan esta construcción.

Componentes de la identidad personal

Larraín (2001) distingue tres elementos a partir de los cuales se constituye la identidad personal, que son el cultural, el material y la relación con los otros. El primer elemento permite situar la construcción de la identidad personal en un marco de identificaciones con ciertas cualidades que corresponden a categorías sociales compartidas. Las identidades personales se forman a partir de lealtades grupales o “características tales como religión, género, clase, etnia, profesión, sexualidad, nacionalidad, que son

culturalmente determinadas y contribuyen a especificar al sujeto y su sentido de identidad” (Larraín, 2001, p.26). Los contextos colectivos en los que se enraizan las identidades personales están determinados por la cultura, siendo cada una de esas categorías compartidas una identidad cultural.

El elemento material incluye el cuerpo y otras posesiones que otorgan al sujeto elementos de autoreconocimiento y posibilidades de identificación. Las cosas materiales no son ajenas al proceso de constitución de identidades personales, sino que aparecen como extensiones de la personalidad. Es a través de este aspecto material, según resalta Larraín (2001), que la identidad puede ser relacionada con el consumo y con las industrias tradicionales y culturales. La gente adquiere los objetos materiales, artísticos y las formas de entretenimiento que estas industrias producen. “Cada compra o consumo de estas mercancías es tanto un acto por medio del cual la gente satisface necesidades, como un acto cultural en la medida que constituye una manera culturalmente determinada de comprar o de consumir mercancías” (Ibíd., p.27). El acceso a bienes materiales permite reforzar lazos de identificación y diferenciación dentro y entre colectivo imaginados, contribuyendo así a reforzar sentidos de pertenencia (o de exclusión) con respecto a determinadas identidades. Actualmente, la importancia que se le concede al acceso al consumo en la construcción de identidades personales, conlleva el riesgo de propiciar un individualismo extremo que tiende a favorecer la fragmentación y el debilitamiento del vínculo social.

En las narrativas que estudio en esta tesis, los aspectos materiales que destacan en los procesos de construcción identitaria de los protagonistas son el cuerpo y la comida. Cuerpos migrantes que pasan a recibir una nueva valoración y categorización en la sociedad receptora: “morenos” dominicanos que en Estados Unidos aprenden a reconocer su herencia africana (ver Torres-Saillant, 1999); hombres y mujeres que se ven, caminan y hablan como extranjeros, que portan siempre consigo las señales de su diferencia. Los cuerpos de mujeres son, además, objeto permanente de cuidado y

control. Como veremos en los análisis, son las madres las encargadas de reprimir la sexualidad de las hijas; a través de ellas, la cultura patriarcal ejerce su control y reproduce su poder sobre las mujeres. Pero las madres no sólo conectan a las hijas con las dimensiones represivas de la tradición. A ellas les deben también la autoafirmación y la conservación de la conexión con productos alimenticios y prácticas culinarias del país de origen, las que permiten recuperar las dimensiones de pertenencia más placenteras y sensoriales.

El tercer elemento que distingue Larraín como central en la construcción de la identidad personal se refiere a la relación del yo con los otros. La constitución del sí mismo a partir de la relación con los otros se realiza a partir de tres tipos de procesos: de identificación, de diferenciación y de reconocimiento. Es en este sentido que Larraín (2001), siguiendo principalmente la corriente de interaccionismo simbólico inaugurada por Mead, distingue un doble sentido en que los otros son importantes para la construcción del sí mismo: en tanto proveen las imágenes, modelos de conducta y opiniones que van a ser internalizadas por el sujeto y porque constituyen elementos con respecto a los cuales éste se diferencia, estableciendo así su especificidad. La autoimagen de cada individuo se conforma a partir de la internalización de las expectativas y opiniones de los demás con respecto a su persona. Según Mead, a partir de las imágenes que le proporcionan los “otros significativos” (padres, amigos, parientes, profesores, etc.), las cuales pueden diferir entre sí, pero finalmente son integradas en un “otro generalizado”, se conforma un “sí mismo completo”. “El otro generalizado (...) está compuesto por la integración de las evaluaciones y expectativas de los otros significativos de una persona. De este modo la identidad socialmente construida de una persona, por ser fruto de una gran cantidad de relaciones sociales, es inmensamente compleja y variable, pero al mismo tiempo se supone capaz de integrar la multiplicidad de expectativas en un sí mismo total coherente y consistente en sus actividades y tendencias” (Ibíd., p.29). Por otra parte, la definición del sí mismo también

pasa por la diferenciación con respecto a los modos de vidas, ideas, formas de ser, creencias, valores y costumbres de otros.

En la descripción de Larraín los “otros de diferenciación” aparecen sobre todo en términos de la constitución de colectivos y se distinguen claramente de los “otros” con respecto a los cuales nos identificamos. Considero, sin embargo, que las fronteras entre los otros “de identificación” y los de “diferenciación” son menos claras de lo que propone Larraín, o que incluso ambos “otros” pueden estar encarnados en las mismas personas. Me parece, por lo tanto, que más que distinguir entre “otros” con los que el sujeto se identifica y “otros” con respecto a los cuales se diferencia, interesa ver la construcción de identidad como procesos de identificación y diferenciación. Esta perspectiva deja más espacio a la ambigüedad, ambivalencia y a las tensiones que muchas veces caracterizan las relaciones de los sujetos, que pueden identificarse y a la vez buscar diferenciarse de la misma persona (en el caso, por ejemplo, de la relación con los padres) o rechazar en el otro justamente aquellos aspectos de sí mismo que no es capaz de aceptar (esto explicaría la homofobia de un homosexual reprimido o el racismo de alguien fenotípicamente no muy distinto a los que discrimina).

El tercer proceso que juega un rol central en la constitución de las identidades personales es el del reconocimiento. Para que un individuo pueda construir una identidad integrada, con un autoreconocimiento que toma la forma de auto-confianza, auto-respeto y autoestima, tiene que haber experimentado esas instancias de reconocimiento por parte de los otros. Es en este sentido que “nuestro autoreconocimiento es una función del reconocimiento de los otros que hemos internalizado (...). En otras palabras, la construcción de la identidad es un proceso intersubjetivo de reconocimiento mutuo.” (Ibíd., p. 29). La falta de reconocimiento que experimenta un individuo o un colectivo puede llevarlo a introyectar autoimágenes degradadas y a construir una autoestima menoscabada. En las últimas décadas muchas luchas colectivas se han articulado en torno a demandas por el reconocimiento. La reflexión en torno a la importancia del

reconocimiento en la conformación de identidades personales y colectivas ha jugado un rol muy importante en las discusiones en torno a las políticas de la identidad, la diferencia y el multiculturalismo, como veremos en el apartado sobre identidades colectivas.

Reflexión y narración en la constitución de la identidad personal

La constitución de la identidad personal se da entonces en el marco de las relaciones intersubjetivas en las que el sujeto está inserto desde su nacimiento y en relación a los bienes materiales y a los contenidos simbólicos que su condición socio-económica y la cultura en la que nace le proporcionan. Pero el sujeto no asume ni podría asumir una posición pasiva con respecto a estas relaciones y condicionantes; desde muy temprano emprende activos procesos de selección, apropiación, acomodación y también de resistencia con respecto a los otros con los que se relaciona, el reconocimiento que se le concede y los discursos que atraviesan su universo simbólico. Estos procesos obedecen a leyes psicológicas y sociales, pero sus características y resultados difieren de persona a persona. En esta medida, las capacidades de autointerpretación, autoreflexividad y de constitución de narrativas biográficas por parte de los sujetos constituyen elementos centrales para el estudio de la identidad de las personas.

Como señala Giddens, no es posible estudiar la identidad del yo como un objeto al cual puedo fijar y describir desde una posición externa y plenamente objetiva. Esto se debe a que la identidad es considerada como inseparable de las interpretaciones y producciones de sentido que el yo realiza a lo largo de su biografía:

La identidad del yo supone conciencia refleja (...) no es algo meramente dado como respuesta de las continuidades del sistema de acción individual, sino algo que ha de ser creado y mantenido habitualmente en las actividades reflejas del individuo(...) La identidad del yo no es un rasgo distintivo, ni siquiera una colección de rasgos poseídos por el

individuo. Es el yo entendido reflexivamente por la persona en función de su biografía (Giddens, 1997, p. 72).

A lo largo de su vida los sujetos van significando sus experiencias y orientando su acción en el mundo a través de procesos que los llevan a interrogar y reconfigurar permanentemente su identidad. Esto no significa negarle a la identidad una continuidad o coherencia –como lo hace el pensamiento postmoderno- sino precisamente busca ubicar la posibilidad de establecer continuidades en la capacidad autoreflexiva y autointerpretativa del sujeto. Entender la identidad como un proceso que se desenvuelve en una trama de relaciones intersubjetivas, en el marco de condiciones históricas, sociales y económicas determinadas, permite dar cuenta del carácter a la vez determinado y creativo de las identidades. Y recordar que, así como los individuos están inmersos en redes y sistemas que los constituyen, éstos no existen en forma independiente al accionar de los individuos y sólo pueden ser transformados desde la agencia humana.

Para estudiar la identidad del yo es necesario interrogar los sentidos a través de los cuales un individuo se define a sí mismo, así como las prácticas que surgen o son orientadas por estos procesos de significación. Los sentidos que construye el sujeto se van transformando en forma dinámica al compás de sus experiencias en el mundo, de las tramas relacionales en las que se inserta y del universo simbólico que lo rodea (que tampoco es estático ni carece de tensiones y contradicciones). Estas transformaciones, este devenir de las identidades, remiten a una comprensión de la vida como una historia que se despliega en el tiempo y que puede ser narrada:

Logramos nuestra identidad personal y el concepto de nosotros mismos mediante el uso de la configuración narrativa, y damos unidad a nuestra existencia entendiéndola como la expresión de una historia singular que se despliega y desarrolla. Estamos en medio de nuestras historias y no podemos estar seguros de cómo van a terminar: tenemos que revisar

constantemente el argumento a medida que se añaden nuevos acontecimientos a nuestras vidas. El yo, por consiguiente, no es una cosa estática o una sustancia, sino una configuración de acontecimientos personales en una unidad histórica, que incluye no sólo lo que uno ha sido sino también previsiones de lo que uno va a ser (Polkinghorne, 1988, p.150).

La capacidad narrativa le permite al individuo distinguir entre distintas etapas, entender el pasado y reinterpretarlo a la luz del presente, organizar y planificar sus acciones futuras, a la vez que le garantiza la sensación de una continuidad vital. Según Melucci (2001), el acto de narrar le permite al individuo integrar sus diversas experiencias, interpretarlas y mantenerse abierto al cambio, dejando espacio para que surjan nuevas significaciones. La falta de coherencia y la fragmentación extremas que según Hall caracterizan al sujeto postmoderno, se verían conjuradas, desde esta perspectiva, por su capacidad de articular narrativas de su propia historia. Estas narrativas les permiten a los sujetos reconocerse y presentarse ante los otros como actores de su vida, lo cual les devuelve la capacidad de agencia que las visiones extremadamente deterministas (ya sea en lo económico social o en lo lingüístico discursivo) tienden a escamotearles. Por otra parte, esta perspectiva permite dar cuenta de la importancia del lenguaje y de las capacidades narrativas en los procesos de construcción identitaria.

Hablar de narrativas personales y su importante papel en la configuración de una noción de coherencia y unidad al interior de la vida de un sujeto, no implica ni requiere que las historias construidas sean completas, miméticas con respecto a una realidad “exterior”, y sin contradicciones. Toda narrativa, y esto lo sabemos bien los que nos dedicamos a la literatura, contiene silencios que pueden ser muy significativos, contradicciones, elementos polisémicos, opacidades, incongruencias. Pese a esta falta de transparencia y univocidad de las historias de vida –pero también gracias a sus altos niveles de complejidad-, éstas constituyen herramientas centrales para que podamos construir nuestra identidad.

La importancia que actualmente se le concede, en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades, a la construcción de historias de vida, es expresión de la profundización de los procesos de individualización que caracterizan la época actual. A su vez, la atención dispensada desde estas disciplinas a estas temáticas contribuye a la consolidación de su centralidad en la vida contemporánea. En opinión de Bauman (2001), actualmente la individualización se caracterizaría por la expansión de la libertad y las posibilidades de autorrealización personal a costa de la pérdida de seguridad y del aumento de los niveles de incertidumbre. En un mundo en permanente transformación, en que los modernos referentes identitarios como la familia, el estado-nación, el trabajo, las clases sociales, la industria, los partidos políticos, las carreras profesionales se encuentran en crisis, cada individuo se ve confrontado a la necesidad y obligación de construir su propia biografía e identidad. Ya no tiene un lugar relativamente asegurado y predeterminado en el mundo como sus antepasados al interior de las sociedades tradicionales (o como son percibidas éstas en retrospectiva), ni lo acoge un sistema estructurado administrado por un estado que le proporciona niveles de seguridad y certeza a lo largo de un camino vital más o menos predecible. Ante la crisis de las narrativas de progreso y el debilitamiento del estado-nación, frente a la sobreexposición a la publicidad y mensajes simbólicos fugaces provenientes de los lugares y contextos más disímiles, confrontados al debilitamiento y fragmentación del espacio público y del vínculo social, el desarrollo de la autonomía y los proyectos personales pareciera ser lo único relativamente gestionable para los individuos de la época:

Vivimos una era en la que el orden social del estado nacional, la clase y la familia tradicional están en decadencia. La ética de la realización y el triunfo individual es la corriente más poderosa en la sociedad moderna. El personaje central de nuestro tiempo es el ser humano capaz de escoger, decidir y crear, que aspira a ser autor de su propia vida, creador de una identidad individual (Beck, 2001, p. 234).

Para Guy Bajoit, actualmente estamos transitando desde un modelo cultural industrial, fundado en los principios centrales del progreso y el predominio de la razón científica e instrumental, a un modelo cultural identitario, basado en los principios de independencia y autorrealización individuales. Si bien la individualización, entendida como la posibilidad de construcción reflexiva y autónoma de la propia identidad, ha sido un motor central en el desarrollo de la modernidad y la formulación y posterior ampliación de sus ideales emancipatorios a los grupos originalmente excluidos de éstos, también es cierto que en la actualidad su exacerbada importancia puede contribuir a la fragmentación y el debilitamiento del tejido social. El principal riesgo se ubica, según Bauman (2001), en la tendencia a confundir individualización con un individualismo autoreferente, para el cual la autonomía se reduce a la posibilidad de elegir entre diversos bienes de consumo previamente seleccionados por el mercado.

2.3 Las identidades colectivas

La perspectiva del sujeto sociológico implica tener siempre presente que las identidades individuales se construyen dentro de y en relación a procesos sociales y culturales. Las identidades personales y las colectivas están inextricablemente ligadas entre sí y no pueden existir sino es a partir de sus relaciones de reciprocidad. Como señala Larraín (1996), los individuos se definen por sus relaciones sociales y la sociedad se reproduce y cambia a través de acciones individuales y colectivas. Las identidades personales son formadas por identidades colectivas culturalmente definidas, pero éstas no pueden existir separadamente de los individuos. Esto se puede ejemplificar pensando que, para que una persona pueda definirse como evangélica, es necesario que exista un colectivo, inmediato o mediato, con este nombre, al cual se pueda sumar, participando de sus ritos, costumbres y creencias. Asimismo, este colectivo sólo puede existir en la medida en que existan actores sociales que participen de él y le den vida. Para usar una formulación de Giddens, las identidades colectivas son el medio y el resultado de las identidades individuales a las que recursivamente organiza.

Frente a posturas como la de Brünner, quien afirma que no es posible hablar de identidades colectivas debido a que los grupos no se juzgan a sí mismos, no se representan como agentes ni tampoco son juzgados externamente por otros colectivos, Grínor Rojo argumenta:

Todos hemos tenido oportunidad de darnos cuenta de que los colectivos también se representan, que se juzgan y juzgan a otros colectivos, y que esto es algo que a ellos les acontece en la madeja de unas relaciones que son tan discernibles como investigables empíricamente, y las que por cierto pueden ser y son interfamiliares, interestamentales, interclases, intranacionales e incluso supranacionales (Rojo, 2006, p.14).

Lo que es importante subrayar es que estos juicios, autopercepciones y representaciones, deben ser estudiados a partir de conceptos y herramientas desarrollados específicamente para tal fin. Es decir, no es posible estudiar las identidades colectivas como si fueran identidades personales. Históricamente, esta confusión de niveles –expresada principalmente en la “importación” de categorías psicológicas para el estudio de pueblos, razas, etnias, grupos sociales- ha sido responsable de la construcción y perpetuación de estereotipos y juicios racistas y clasistas con respecto a numerosos colectivos.

Al interior de las sociedades de modernidad organizada, la pertenencia a un determinado estado nacional, a una clase social, y la relación que se mantenía con el trabajo, constituyeron los principales referentes en torno a los cuales se construían las identidades colectivas. La consolidación y el fortalecimiento de los estados nacionales a lo largo de esta segunda etapa de modernidad permitieron la organización y regulación más centralizada de los procesos sociales. Los estados estuvieron abocados principalmente al esfuerzo por modernizar sus sociedades, en función de los intereses económicos dominantes, viéndose también expuestos a las demandas de modernización

desde abajo que les planteaban los diversos actores y grupos políticos.⁶ Estas demandas se articulaban principalmente en torno a temas de igualdad, de acceso a recursos materiales, de interacción social y de participación ciudadana. Se trata entonces de sociedades estructuradas principalmente en torno a las dimensiones económicas-productivas y políticas, las cuales determinaban en gran medida los roles y la identidad de cada individuo y colectivo en su interior.

En el contexto de la modernidad organizada, las dimensiones culturales quedaron subordinadas a las tendencias homogenizadoras y la diversidad subsumidas en la categoría de una cultura nacional. Lo mismo ocurrió con respecto a los proyectos personales y las necesidades de la organización social de la que formaban parte: ésta última tenía prioridad por sobre los primeros.

Estamos ante sociedades relativamente estables y con una alta tendencia a la homogenización, a la regulación y normativización de la vida social y de los comportamientos de los individuos; así como a la exclusión e invisibilización de todas aquellas subjetividades que se resisten o que no se ajustan al proyecto modernizador que se presenta como encarnación de una razón y un sujeto histórico universal. Sociedades donde el estado, que tiene el monopolio de la fuerza militar y de la construcción simbólica, administra y gestiona un territorio tanto en términos productivos y económicos, como en términos políticos y de integración social. Un estado nacional encargado de normar, organizar, regular y conducir los procesos sociales (idealmente orientados a la modernización) de un territorio nacional, capaz de otorgar un referente simbólico de identificación y sentido a los individuos y sus

⁶ De acuerdo a Wagner (1997) la modernización de las sociedades se da a través de la acción combinada, y muchas veces tensionada, de ofensivas modernizadoras desde arriba y desde abajo. Las primeras son impulsadas por los sectores de la sociedad que aprovechan el diferencial de poder existente a su favor para generar cambios y crear instituciones que les permiten acceder a nuevas oportunidades, así como consolidar su posición hegemónica. Más adelante, los grupos inicialmente excluidos de esta nueva institucionalidad presionaron por participar en ella. Las ofensivas modernizadoras desde abajo se conforman a partir de movimientos de oposición que buscan defender a distintos grupos de la sociedad de los efectos de exclusión que conllevan las ofensivas modernizadoras desde arriba.

prácticas, y encargado (en la figura idealizada del estado de bienestar europeo) de sostener redes y políticas de protección, movilización e inclusión social (Stecher, Antonio, s/f p.13).

Las identidades culturales

Las formas de identidad colectiva predominantes durante la modernidad organizada van a irse transformando progresivamente, al compás de los diversos procesos que confluyen en la configuración de la actual etapa de modernidad tardía. A su vez, estas transformaciones a nivel de las identidades van a incidir sobre las formas de hacer política y pensar la sociedad, muchas veces acelerando los procesos de cambio, otras resistiéndose a ellos y tratando de reorientarlos.

En la descripción de la etapa de modernidad liberal ampliada, realizada en el apartado anterior, destacamos el rol jugado por los procesos de globalización económica, los desarrollos a nivel de las tecnologías de información y comunicación y la progresiva instalación de una ideología neoliberal que concibe al mercado como principal mecanismo de regulación y organización social y lo libera de algunas de las regulaciones estatales. Estos cambios han conllevado un debilitamiento de los estados nacionales, la intensificación de los tránsitos migratorios a nivel internacional, la crisis de legitimidad y sentido de las instituciones y organizaciones de la sociedad civil construidas en torno al estado democrático y al contrato social entre capital y trabajo (ver Stecher, Antonio, s/f).

El debilitamiento de los estados nacionales y su proyecto modernizador basado en concepciones homogenizantes y universalistas, posibilitó la emergencia de una serie de colectivos articulados en torno a referentes identitarios distintos –y muchas veces

planteados como opuestos- a los de la nación, la clase y el trabajo.⁷ Es en este contexto que adquieren especial relevancia las identidades culturales, término utilizado por Stuart Hall para referirse a las identidades étnicas, de género, de clase, opción sexual, nacionalidad, etc. La identidad cultural es en esta concepción una posición asumida por los individuos a partir de su pertenencia a contextos culturales y sociales determinados. Estos colectivos pueden ser de distinto tamaño (el barrio, la clase social, la comunidad religiosa) y un mismo individuo se identifica, por lo general, con más de uno a la vez. Es decir, las identidades culturales son plurales, no se excluyen entre sí, ni tampoco juegan todas el mismo rol en la vida, los proyectos y las construcciones significantes de sus miembros:

(...) cada identidad cultural demanda una cantidad diferente de compromiso de cada miembro individual o supone un grado diferente de fraternidad imaginada, y (...) esto puede cambiar históricamente. Las identidades culturales no son estáticas. La clase social, la nacionalidad y la sexualidad casi no tenían presencia antes de que llegara la modernidad y por lo tanto no contaban en la construcción de identidades personales. Hoy día hay signos de que la clase social y la nacionalidad han empezado a declinar con la llegada de la modernidad tardía. La modernidad temprana trajo consigo y expandió las naciones-estado por todos lados; la modernidad tardía y la globalización acelerada han empezado a erosionar su autonomía. Por lo

⁷ Las formas más extremas de estos procesos se dieron en Europa del Este y territorios de la antigua Unión Soviética en los años 90, en los que la radicalización de las identificaciones, en torno principalmente a adscripciones étnicas, llevó a cruentos enfrentamientos entre vecinos que hasta entonces habían podido convivir en forma relativamente pacífica. El desmembramiento de la Yugoslavia de Tito y la disolución de “lo yugoslavo” como referente de integración terminó por sumir a su población en guerras de corte fascista, guiadas por preceptos de limpieza étnica. No se trata de sacar conclusiones rápidas ni de buscar explicaciones causales simplificadoras. Los conflictos entre serbios, bosnios, croatas y albanos no surgieron del brusco cierre del paraguas que los mantenía reunidos y claramente también están relacionados con las formas en que se construyó el estado yugoslavo. Lo que quiero mostrar acá es uno de los caminos –muy peligrosos por cierto- que ha seguido en la historia reciente –en un contexto determinado, con sus propias condicionantes particulares- la emergencia de las nuevas comunas culturales. En este caso se hace especialmente evidente que no es posible pensar la identidad sin relacionarla con la diferencia, y lo peligrosas y destructivas que pueden ser las versiones que exacerban la diferencia para consolidar la identidad.

tanto, las identidades colectivas comienzan históricamente, se desarrollan y pueden declinar o desaparecer (Larraín, 2001, p.39).

Por otra parte, los individuos que se sienten portadores o adscriben a una identidad cultural particular no se refieren a ella o la describen en los mismos términos. Los diversos rasgos que componen las identidades culturales no siempre son armónicos entre sí e incluso pueden llegar a ser opuestos o contradictorios (Tugendhat, 1996). Además, las identidades culturales son siempre incompletas, abiertas y por ello cambiantes e históricas, es decir, están permanentemente sometidas a las transformaciones nacidas de la interacción entre las tensiones internas y los cambios socioculturales (Vergara, 2005). El ritmo de cambio no es el mismo para todas las identidades culturales, apareciendo algunas como muy estables, mientras otras aparecen como más bien transitorias. Los niveles de estabilidad o mutabilidad de las identidades culturales guardan estrecha relación con los contextos histórico-culturales en los que se constituyen y a los que, a su vez, contribuyen a configurar: “Las identidades culturales expresan, pero a la vez contribuyen a conformar la sociedad y la cultura donde han surgido y se desarrollan” (Vergara, 2005, p.147).

El carácter social de la identidad, concebida como un proceso dialógico en su dimensión individual y colectiva, se expresa en la interrelación e interdependencia que establecen entre sí las identidades culturales. Para autodefinirse establecen tanto sus relaciones de similitud con otras identidades, con las cuales comparten importantes horizontes de sentido, como su diferencia con respecto a otras. Por ejemplo, en el caso de los emergentes movimientos indígenas en América Latina, los portadores de distintas identidades étnicas, si bien reconocen y afirman sus particularidades culturales, también reconocen la importancia de impulsar la construcción de una identidad cultural más amplia que integre a los distintos grupos originarios que han sufrido similares situaciones de despojo y opresión.

El reconocimiento social juega un rol fundamental para la constitución de identidades culturales plenas y logradas. Y es que en este proceso no sólo juegan un rol central las relaciones de pertenencia que cada individuo define para sí mismo, sino también las adscripciones que recibe desde fuera (lo que Vergara (2005) describe como autoidentidad o identidad para sí y alteridentidad o identidad para otros). Es decir, no importa sólo lo que el individuo piense o sienta que es, a qué grupo siente que pertenece, sino también lo que los otros le señalan como pertenencias posibles (o imposibles). Esto, evidentemente, también es válido para identidades más tradicionales como las de clase, pero puede ser especialmente dramático en contextos en los que las adscripciones identitarias se presentan como más electivas y fluidas pero chocan en la práctica con sistemas de exclusión tanto o más drásticos que en las sociedades estructuradas en torno a sistemas de clase.

En sociedades de gran heterogeneidad y desigualdad económica y social, una brecha muy grande entre las autoidentidades y las alteridentidades de los distintos grupos que la componen, puede constituirse en un gran obstáculo para la integración y formación de un “nosotros” compartido (Lechner, citado por Vergara, 2005). También en contextos multiculturales son frecuentes las contradicciones entre autodefiniciones y definiciones externas, las cuales pueden tener resultados extremos, como la marginalización y hasta expulsión de individuos de un territorio dado.

A diferencia de las construcciones identitarias de la modernidad organizada, que guardaban una estrecha correspondencia con el sistema económico político, las identidades culturales se construyen, como su nombre sugiere, en torno a características definidas culturalmente y compartidas por muchos individuos (ver Larraín, 2001). Lo cultural, que en el orden anterior había quedado subsumido al proyecto político económico de los estados nacionales y la organización industrial, aparece así con mucha fuerza en estos nuevos contextos. El término cultura hace referencia aquí no a la denominada alta cultura ni a determinados logros de la civilización, sino a la totalidad de

los modos de vida –prácticas sociales, representaciones, lenguajes, valores, costumbres, significados compartidos, bienes materiales– de los miembros de una sociedad históricamente determinada. La cultura aparece entonces como el lugar de producción de significados comunes que permite a los individuos orientar su acción en el mundo y en torno a los cuales se puede fundar sentimientos de colectividad. A su vez, la cultura surge precisamente a partir de los esfuerzos de sujetos y colectivos por significar sus experiencias. De acuerdo a esta concepción, las preguntas por los procesos de significación que llevan a cabo individuos y colectivos deben considerar, necesariamente, la dimensión de las prácticas sociales concretas en las que estos se desarrollan. Por otra parte, la cultura constituye en esta acepción el principal campo en el que se debate y negocia la hegemonía, es decir, el terreno en el cual se libran las principales disputas entre grupos que defienden y persiguen distintos intereses y metas y buscan establecer sus propias significaciones y sistemas de representación.

En la modernidad contemporánea la cultura nacional –concebida como fundamentalmente homogénea y anclada en un origen histórico y territorial determinado- aparece acosada desde dos frentes que socavan, desde posiciones opuestas, su integridad. De un lado, las industrias culturales transnacionales que tienden a la homogenización de las culturas a nivel global, exportando un modelo único a los distintos confines del orbe: el norteamericano (lo que algunos denominan la Mcdonalización de la cultura). Sin embargo, esta producción cultural transnacional descansa en gran medida sobre la productivización de las diferencias, por lo que puede ser considerada como homogénea desde el punto de vista del control financiero, político y también por muchos de los formatos de los que se sirve, pero buscando incorporar una estética en que la diferencia aparece como una marca de distinción⁸. De otro lado se

⁸ Después de la 2° posguerra surge una sociedad de masas en estrecha relación con la consolidación del capitalismo nacional organizado y la apuesta por un desarrollo económico permanente basado en el crecimiento de la industria y el consumo nacional. El desarrollo de un consumo bastante homogéneo de productos estandarizados fue uno de los mecanismos importantes de integración social: mientras estas sociedades requerían de producción homogenizada, las postmodernas hacen de la diferenciación su principal estrategia de producción y mercadeo de bienes.

ubican las culturas locales y las comunas culturales que demandan tanto a la cultura nacional como a la nueva cultura globalizada, su derecho a preservar su especificidad y a vivir acorde a ella.

Al compás de esta revaloración de lo cultural y de las transformaciones sociopolíticas y económicas que he venido señalando, las formas tradicionales de hacer política se debilitan y lo cultural pasa a ser más evidentemente que nunca espacio de agencia política. Surgen así las políticas de la identidad, que se basan en colectivos que afirman la primacía de uno de sus rasgos identitarios por sobre otros (el género, la religión, la etnia, la raza, la opción sexual, la adscripción territorial, etc). Es posible reconocer en los movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos de los años 60, en las luchas del movimiento feminista, de los afroamericanos, chicanos, puertorriqueños e indios americanos, un importante punto de partida en la instalación de formas de acción política que se despliegan fuera de los partidos políticos tradicionales y que evidencian los límites de la categoría de clase como principal eje articulador de la sociedad.

Las formas de lucha política organizadas en torno a la elevación de algún componente identitario al rango de principal, suelen atravesar por distintas etapas. En un primer momento, los colectivos organizados en torno a un referente identitario común demandan principalmente el acceso a los derechos ciudadanos de los que se han visto excluidos en razón de su diferencia de género, identidad étnica, color de piel, opción sexual etc. Se trata de derechos garantizados en forma universal a todos los miembros de una comunidad política en razón de su pretendida igualdad ‘ciega’ ante la ley. En la práctica, la ley y los derechos no se aplicaron ni concedieron con la pretendida ceguera y fue el acceso a la igualdad ciudadana lo que reclamaron los diversos grupos sociales subordinados. Pero en una segunda etapa, con la emergencia de las denominadas políticas de la diferencia, ya no sólo se demanda el acceso a los derechos universales, sino que se exige el reconocimiento de la diferencia que los define como un colectivo particular y un tratamiento diferenciado que permita el libre desenvolvimiento de su

particularidad. A nivel de la filosofía política, han sido los multiculturalistas, como Kymlicka y Taylor, los principales defensores de la necesidad de conformar estados multiculturales que reconozcan derechos diferenciados a grupos minoritarios (Canadá y Nueva Zelanda son pioneros en incluir en sus constituciones la filosofía del multiculturalismo). Este otorgamiento de derechos diferenciados a colectivos minoritarios se justifica –en el marco de la corriente de pensamiento liberal, para la cual el sujeto-individuo constituye el centro en torno al cual se articulan unos derechos por principio ciegos a las diferencias- por la importancia que tiene el reconocimiento para que los individuos puedan construir identidades autónomas, plenas e integradas.

Estos colectivos que se articulan en torno a algún referente principal no son, de modo alguno, internamente homogéneos ni monolíticos. En su interior muchas veces se producen los clásicos conflictos que enfrentan las aspiraciones de autonomía del individuo a las demandas muchas veces coercitivas de la comunidad. También se producen al interior de estos movimientos las tensiones que provoca la sumisión de una parte de sus miembros a la hegemonía ejercida por otros. Pienso en los conflictos característicos de distintas ubicaciones en términos de clases sociales, pero, sobre todo, en la situación de las mujeres en el marco de las luchas de minorías étnicas estructuradas en forma patriarcal y machista. En estos casos, los esfuerzos de las mujeres por mejorar su condición al interior de su comunidad, son considerados como traiciones a la integridad y cultura del grupo como un todo. Los reclamos feministas y también los que abogan por el respeto de la homosexualidad son tachados de traiciones y expresiones de un abandono de la cultura tradicional y asunción de los valores “blancos” dominantes. Un buen ejemplo de esta situación está representado por los escritos de Gloria Anzaldúa, quien con gran lucidez reclama su derecho a luchar contra aquellas dimensiones de su cultura que considera opresivas, sin que ello signifique tener que renunciar a ella, ni mucho menos estar traicionándola frente al mundo de los blancos:

Though I'll defend my race and cultura when they are attacked by non-mexicanos, conozco el malestar de mi cultura. I abhor some of my culture's ways, how it cripples its women, como burras, our strengths used against us, lowly burras bearing humility with dignity. The ability to serve, claim the males, is our highest virtue. I abhor how my culture makes macho caricatures of its men. No, I do not buy all the myths of the tribe into which I was born. I can understand why the more tinged with Anglo blood, the more adamantly my colored and coloreless sisters glorify their colored culture's values –to offset the extreme devaluation of it by the white culture. It's a legitimate reaction. But I will not glorify those aspects of my culture which have injured me and which have injured me in the name of protecting me (Anzaldúa, 1999, pp.43-44).

Esta oposición entre reivindicaciones individuales y aspiraciones colectivas –una fuente de conflicto que, bien canalizada, puede contribuir a la construcción de colectivos más igualitarios y democráticos- remite a otra de las explicaciones que se desarrollan actualmente en el esfuerzo por entender el auge de las identidades comunitarias. De acuerdo a esta explicación, el fortalecimiento de las comunas culturales estaría relacionado con el debilitamiento, en los sectores más desfavorecidos de la población mundial, de los potenciales de construcción de identidades personales más autónomas (como la de Gloria Anzaldúa, capaz de reclamar una pertenencia que no pasa por acatar todas y cada una de las tradiciones y normas de su cultura de origen). Este debilitamiento está estrechamente relacionado con las nuevas formas de exclusión que instala la globalización, que no sólo son de orden material sino que afectan el universo de lo simbólico. Así, si bien es posible afirmar que los procesos de individualización han alcanzado una gran profundidad y expansión en esta etapa de modernidad tardía, también es cierto que son muchas las personas que carecen de los recursos simbólicos y materiales para acceder y gestionar la construcción de identidades reflexivas y autónomas. Ante la exclusión de las redes globales de consumo e interacción simbólica y la incertidumbre que generan las constantes transformaciones del mundo actual, las

comunidades culturales de base religiosa, nacional o territorial parecen proporcionar importantes refugios para la construcción de sentidos y vínculos de pertenencia. Castells distingue en este contexto entre identidades grupales de carácter propositivo y aquellas más reactivas y defensivas:

(...) junto con la revolución tecnológica, la transformación del capitalismo y la desaparición del estatismo, en el último cuarto de siglo hemos experimentado una marejada de vigorosas expresiones de identidad colectiva que desafían a la globalización y al cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y sus entornos. Estas expresiones son múltiples, están diversificadas y siguen los contornos de cada cultura y de las fuentes históricas de la formación de cada identidad. Incluyen movimientos propositivos que pretenden transformar relaciones humanas en un nivel global como el feminismo y el ecologismo, pero también todo un conjunto de movimientos reactivos que construyen trincheras de resistencia en nombre de dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, esto es, las categorías fundamentales de la existencia milenaria, ahora amenazadas bajo el asalto combinado y contradictorio de las fuerzas tecnoeconómicas y los movimientos sociales transformadores (Castells, 2001, p. 24).

Es importante señalar que procesos aparentemente tan opuestos como la profundización de los procesos de individualización y la emergencia y proliferación de las políticas de identidad, lógicas de la diferencia y constitución de comunidades culturales, conllevan tanto potenciales emancipadores y democratizadores, como importantes riesgos para las posibilidades de convivencia en el nuevo mundo global, amenazado por la fragmentación individualista y comunitaria (ver Stecher, Antonio, s/f).

3. La construcción de identidades en situaciones de choque cultural

En el marco de este trabajo resulta especialmente relevante preguntarse por los procesos de construcción de identidades culturales en situaciones en que convergen distintas culturas étnicas o nacionales. Si bien todas las culturas son internamente heterogéneas y los miembros de todas las sociedades se ven permanentemente confrontados a distintas formas de organizar y significar la vida, hay situaciones en las que las diferencias son especialmente notables. Esto es evidente si pensamos en la historia moderna de América Latina y el Caribe, la cual se inaugura con acontecimientos tan traumáticos como el descubrimiento y la conquista por parte de los europeos. Los universos culturales que entran en contacto en estas situaciones son radicalmente distintos, siendo las diferencias que entran en relación (o colisión) inconmensurables. Esta condición de origen sigue siendo determinante para comprender las realidades latinoamericanas y caribeñas de hoy, y las categorías con que se busca pensar las consecuencias del encuentro o choque cultural son a su vez expresión de distintas posturas ideológicas frente a la complejidad de la realidad latinoamericana y caribeña. En el próximo capítulo se abordarán con cierto detalle los procesos históricos que confluyen en la constitución de las sociedades del Caribe; el propósito de este apartado es establecer un diálogo crítico entre las distintas perspectivas desarrolladas para pensar las situaciones de contacto cultural. Éstas no se reducen, por cierto, a la del primer contacto entre las culturas de los conquistadores y la de los pueblos originarios, sino que se están produciendo y reproduciendo constantemente.

Por otra parte, el pensamiento contemporáneo, y no sólo las corrientes que se identifican con el prefijo *post-*, se aboca con especial énfasis a reflexionar en torno a temas relacionados con lo diverso, lo múltiple, lo contradictorio, lo heterogéneo y lo fragmentario. Este interés tiene relación con los procesos que se viven en el mundo a nivel económico, político, social y cultural como consecuencia de la actual fase de

globalización, que ha interconectado las distintas partes del planeta a niveles sin precedentes. Los desarrollos tecnológicos, que han aumentado notablemente la rapidez de los desplazamientos y la fluidez de las comunicaciones, contribuyen a hacer más perceptibles y cercanas las diferencias. Además, el incremento de los flujos migratorios –también impulsado por la internacionalización de las redes económicas, así como por los efectos de exclusión y pobreza que genera la globalización- conlleva la coexistencia en un mismo espacio –sobre todo en las llamadas ciudades globales o en las megalópolis latinoamericanas- de personas de distinta procedencia⁹. Sobre estas realidades en las que se dan múltiples situaciones de contacto cultural se centran la mayor parte de las reflexiones contemporáneas en torno a la alteridad, la diferencia, la pluralidad y el multiculturalismo.

Entre los paradigmas teóricos más importantes que buscan dar cuenta de la compleja realidad cultural latinoamericana y del Caribe -configurada a partir de la presencia, en un mismo territorio, de individuos y comunidades de diversas procedencias-, y que se ocupan de las situaciones contemporáneas de contacto y mezcla cultural, se encuentran los de mestizaje, transculturación, heterogeneidad e hibridez. Como señala Martín Lienhard, los paradigmas se construyen en el esfuerzo por dar cuenta y poner cierto orden en la concepción que se tiene de la realidad: “El paradigma no es el sistema o un conjunto de reglas que rige la realidad, sino un modo, siempre provisional, para pensarla –o para pensar alguno de sus aspectos” (Lienhard, 1996, p.65). Lo que habría que agregar a la definición de Lienhard es que la construcción de paradigmas y modelos no está sólo asociada a esfuerzos por conocer y describir científicamente (es decir, en forma más objetiva y pretendidamente neutral) la realidad, sino que también suele formar parte de esfuerzos por construir determinadas visiones y difundir e imponer algunos sentidos

⁹ Esto no significa que esos niveles de interacción, complejidad y confluencia entre distintas culturas no tengan precedentes en la historia de la humanidad. La historia de la Torre de Babel hace referencia precisamente a situaciones de intenso encuentro e intercambio (y confusión) cultural.

“comunes”¹⁰. Es decir, no se debiera estudiar la historia y evolución de paradigmas y conceptos determinados sin considerar también los proyectos ideológicos dentro de los que fueron concebidos, las tradiciones de pensamiento dentro de las que surgieron y que fundamentaron, y las consecuencias éticas que se siguen de la asunción de sus postulados. A continuación se ofrece un breve e inevitablemente incompleto recorrido por la historia de cada uno de los conceptos mencionados.

3.1 La ideología del mestizaje

Como todos los conceptos que me propongo tratar en este breve deslinde teórico/terminológico, el de mestizaje también tiene una fuerte carga de ambigüedad semántica. Esta polisemia da cuenta de las complejas circunstancias biológicas, históricas, culturales, sociales y políticas en las que surge y de las que busca dar cuenta este término, que no son otras que las que marcan a las sociedades latinoamericanas nacidas de la violencia de la conquista, la colonización y el consecuente choque y cruce de razas y culturas (dejo de lado referencias a las mezclas de razas en momentos anteriores de la historia).

Antes de referirme a las distintas interpretaciones que se generan actualmente en torno a lo que quiere decir “realmente” la palabra mestizaje, considero de primera importancia reconstruir su historia en tanto concepto. Sólo a partir de este ejercicio –y lo mismo es válido para el concepto de hibridez que trataré más adelante- es posible afirmar que existe una interpretación del término que tiene mayor consistencia histórica. Por otra parte, conocer esta historia permite entender un poco mejor por qué este término sigue

¹⁰ Stephen Jay Gould ha sido uno de los científicos más comprometidos en el esfuerzo por privar a la ciencia de su aura de objetividad e imparcialidad. Probablemente uno de los textos más directos en relación a este tema es su *La falsa medida del hombre*. En éste, el autor muestra de qué manera los intereses científicos e ideológicos/políticos se han coludido en muchos momentos de la historia para “demostrar científicamente” la inferioridad de negros, mujeres, indígenas y otros grupos explotados y marginados (Ver Jay Gould, 1988).

siendo capaz de generar tan apasionadas reacciones de adhesión o rechazo según sea el caso.

Aunque el mestizaje es motivo de opiniones y reflexiones desde la misma conquista, el paradigma del mestizaje como proceso fundamental en la conformación de una sociedad, remite al pensamiento que surge en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX y que estaba relacionado con las teorías del nuevo racismo o racismo científico desarrolladas en Europa. Éste surge en el contexto de las prácticas expansionistas e imperialistas de las principales potencias europeas, las cuales, como señala Young con respecto a Inglaterra, además de los evidentes incrementos de riquezas y poderes, también generaban ansiedad por sus efectos sobre la pretendida pureza de la raza y cultura ‘blancas’:

The characteristic cultural movement produced by capitalist development in the nineteenth century was one of simultaneous processes of unification and differentiation. The globalization of the imperial capitalist powers, of a single integrated economic and social system, the imposition of a unitary time on the world, was achieved at the price of the dislocation of its peoples and cultures. This latter characteristic became visible to Europeans in two ways: in the disruption of domestic culture and in the increasing anxiety about racial difference and the racial amalgamation that was apparent as an effect of colonialism and enforced migration. Both these consequences for class and race were regarded as negative, and a good deal of energy was expended on formulating ways in which to counter those elements that were clearly undermining the cultural stability of a more traditional, apparently organic, now irretrievably lost, society (Young, 1995, p.4).

De la cita de Young se desprende la inmensa preocupación de la Inglaterra decimonónica por los temas raciales y por todo lo relativo a la mezcla de sangres. Esta centralidad de la raza muestra cómo las teorías modernas “have often placed a central

emphasis on physical appearance in defining the ‘Other’, and on common ancestry in explaining why groups of people display differences in their attitudes and aptitudes.” (Appiah, 1990, p.274). Para el pensamiento racista no sólo es evidente que existen distintas razas humanas (lo que es negado por la biología contemporánea, según la cual no existen diferencias significativas que sustenten una división de la humanidad en distintas razas¹¹), sino que existe una correlación positiva entre los fenotipos distintivos de cada grupo racial y sus características morales e intelectuales¹².

Uno de los debates decimonónicos que más atención y pasiones despertaba se desarrollaba en torno a la pregunta sobre si las distintas razas humanas tenían o no un origen común. Según la hipótesis poligenésica, cada raza tenía un origen distinto por lo que no se podía hablar de una sola especie humana (esta hipótesis entraba en franca contradicción con el relato bíblico, lo que ponía en no pocos apuros y obligaba a sus defensores a inventar salidas ingeniosas); la hipótesis monogenésica, por el contrario, defendía la existencia de una sola especie humana, dentro de la cual se habrían desarrollado distintas ramas representadas por las razas. En este debate adquirió una singular importancia la pregunta por la fertilidad o infertilidad de la prole de padres de distintas razas, es decir, por la aplicabilidad del término ‘híbrido’ –tomado de la biología, donde se utiliza para referirse al producto del cruce de dos especies distintas, el

¹¹ Como correctamente señala Appiah, el hecho de que científicamente se niegue la existencia de distintas razas entre los humanos no implica que la reflexión en torno a este tema deje de ser importante y significativa: “For (...) races are like witches: however unreal witches are, *belief* in witches, like belief in races has had –and in many communities continues to have- profound consequences for human life.” (Appiah, 1990, p.277, cursivas en el original). Por otro lado, el que no se pueda denominar como raciales las diferencias fenotípicas entre diferentes etnias, no significa que éstas no existan y que no generen una percepción de diferencia.

¹² En su artículo señero “Racial formation in the United States”, Omi y Winant describen en los siguientes términos el pensamiento racista imperante en el siglo decimonónico y hasta 1920: “The (...) biologicistic paradigm had evolved since the downfall of racial slavery to explain racial inferiority as part of a natural order of humankind. Whites were considered the superior race; white skin was the norm while other skin colors were exotic mutations which had to be explained. Race was equated with distinct hereditary characteristics. Differences in intelligence, temperament and sexuality (among other traits) were deemed to be racial in character. Racial intermixture was seen as a sin against nature which would lead to the creation of ‘biological throwbacks’” (Omi y Winant, 1986, pp. 14-15).

cual, por lo general, es infértil.¹³ Pese a que era evidente que en las distintas colonias europeas los miembros de distintas razas concebían hijos que a su vez seguían teniendo descendencia, los defensores de la hipótesis poligenésica postulaban que esta descendencia se iría degenerando progresivamente hasta llegar o bien a la infertilidad o bien a la recuperación de una de las razas ‘originales’. En cualquiera de los dos casos, las razas “mixtas” o “híbridas” estarían condenadas a desaparecer.

Si bien la hipótesis poligenésica no carecía de defensores apasionados, finalmente se fue imponiendo la que postulaba un origen común para todos los humanos. No obstante, persistieron los esfuerzos por dejar claramente establecidas las diferencias en términos de grados de civilización (o cultura) y continuaron en pie las obsesiones frente a los temas de mezcla de sangre, pureza y degeneración. Estas preocupaciones de corte racista encontraron en la obra del Conde de Gobineau –sobre todo en los cuatro volúmenes que contienen su conocido *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855)- su más acabada expresión pretendidamente científica. La convicción de Gobineau, de que las razas superiores producían culturas también superiores y de que las mezclas raciales resultaban en la degradación del acervo racial superior, proporcionaría un importante sustento a las distintas teorías racistas desarrolladas en los siglos XIX y XX. Una importante corriente dentro del racismo científico estuvo dada por los tratados de corte psicologicista, que buscaban establecer correlaciones positivas entre el fenotipo individual (el color de la piel como principal indicador), el carácter de su portador y, por extensión, la psicología general del pueblo, colectividad o raza del que formaba parte. Obras como *La Psychologie des foules* (1895) de Gustave Le Bon o, ya en las primeras décadas del siglo XX, *La rebelión de las masas* y *La decadencia de Occidente* de Ortega

¹³ Más adelante, en su apropiación y defensa del término ‘híbrido’, García Canclini señalará que también existen híbridos fértiles y que son muy importantes actualmente en los desarrollos agropecuarios. Sin embargo, en sus orígenes, el concepto híbrido claramente remite al producto de una mezcla que no es fértil. La importancia de tomar en cuenta la historia de los conceptos resulta evidente si consideramos el origen de un término como “mulato”, que muy poca gente reconoce como derivado de mula y que surge precisamente de la preocupación (¿esperanza?) de que los “híbridos” humanos fueran estériles (ver Elia, 2000).

y Gasset tuvieron gran impacto en la difusión de estas concepciones psicologistas de la identidad colectiva.

En la América Latina decimonónica, todos estos debates y estudios ‘científicos’ fueron seguidos con especial interés por quienes estaban preocupados por los temas de construcción nacional en los países recientemente constituidos. El nacimiento de estas naciones a partir del ‘encuentro’ de por lo menos dos razas distintas, la preocupación por los supuestos efectos de degeneración o debilitamiento que produciría el cruce de las sangres, los temidos efectos deletéreos sobre las culturas surgidas de estas mezclas; todos estos temas formaban parte de las preocupaciones e interrogantes que ocupaban a las nuevas élites latinoamericanas. Estos temores de notable corte racista se daban en un contexto en que era evidente la conflictividad de las relaciones entre culturas que tenían por detrás toda una historia de enfrentamiento y en la que una de las culturas –en muchos países la mayoritaria en términos numéricos- había sido dominada y sometida al poder de la otra. Pero además, se da en un contexto en que en muchos países latinoamericanos y caribeños la élite blanca se siente amenazada por su condición de minoría numérica frente a los indios y mestizos, o negros y mulatos. En los países con porcentajes significativos de población negra, esclava o libre, la revolución e independencia haitianas de 1804 creó un verdadero clima de temor frente a la posibilidad de que en sus territorios se dieran también insurrecciones negras que demandaran la abolición de la esclavitud o, peor aún, aspiraran a asumir el poder. En un país tan lejano (con respecto a Haití) como el Perú se hablaba, por ejemplo, de la amenaza “haitiana” que podían representar los negros concentrados principalmente en la costa del país. En Puerto Rico, el temor a posibles levantamientos negros y el recelo frente a la emergencia de un sector social mulato de creciente pujanza económica, se tradujo en políticas que incentivaron activamente la inmigración de extranjeros blancos. En muchos otros países, principalmente sudamericanos, los incentivos a la inmigración estaban directamente relacionados con el afán de “blanquear” sus poblaciones. Este tipo de medidas muestra la estrecha relación que puede existir entre la formulación de

discursos (racistas en este caso) y la configuración de prácticas sociales y políticas orientadas según sus contenidos. Es decir, los discursos racistas –tanto en Europa como en América Latina y el Caribe- no estuvieron restringidos a un ámbito de debate científico y académico, sino que tuvieron repercusiones directas en la configuración de políticas destinadas a preservar la pretendida pureza de la raza blanca y, sobre todo, a garantizar su posición hegemónica en las sociedades coloniales o recientemente independizadas.

En gran parte de las colonias latinoamericanas y caribeñas que obtuvieron su independencia a lo largo del siglo XIX, no existía una nación que preexistiera al estado constituido una vez obtenida la liberación. Los nuevos estados, entonces, se vieron confrontados a la necesidad de conformar la nación sobre la cual debían gobernar. Las élites intelectuales jugaron un importante rol en este proceso, constituyendo la literatura, y particularmente el género eminentemente moderno de la novela, herramientas claves para la promoción y consolidación de sentimientos nacionales. La nación es concebida en este contexto como una unidad homogénea, armónica e integrada, es decir, de acuerdo a los parámetros románticos-herderianos que veían en el origen, la lengua y la cultura comunes los fundamentos de la vida nacional. Estos ideales de unidad, homogeneidad y armonía se encontraban en abierta discrepancia con realidades en las que predominaban la fragmentación, las diferencias (de raza, de lengua, de origen, de cultura) y el conflicto social. Frente a esta discrepancia y conflictividad surge la ideología del mestizaje, que postula al mestizo como figura en la que confluye y se funden las corrientes blanca e india (el amoroso abrazo del blanco conquistador y la princesa Inca que describe románticamente el hispanista peruano José de la Riva Agüero). Para Antonio Cornejo Polar la categoría de mestizaje reproduciría

una cierta ansiedad por encontrar algo así como un *locus amoenus* en el que se (re)conciliaban armoniosamente al menos dos de las grandes fuentes de la América moderna: la hispana y la india, aunque en ciertas zonas, como el

Caribe, se incluyera por razones obvias la vertiente de origen africano. Naturalmente, este deseo no era ni es gratuito, ni tampoco se enclaustra en el espacio literario: su verdadero ámbito es el de los fatigosos e interminables procesos de formación de naciones internamente quebradas desde la Conquista. Asumir que hay un punto de encuentro no conflictivo parece ser la condición necesaria para pensar-imaginar la nación como un todo más o menos armónico y coherente –punto que sigue siendo un curioso *a priori* para concebir (incluso contra la cruda evidencia de profundas desintegraciones) la posibilidad misma de una verdadera nacionalidad (Cornejo Polar, 1996, p.54).

Sin embargo, la síntesis surgida a partir de este encuentro entre dos culturas no puede ser postulada, en ningún caso, como constituida por aportes igualitarios de ambas vertientes. Lo que propugnan las ideologías del mestizaje es una síntesis en la que claramente prevalece el componente español sobre el indio; esto es especialmente evidente si pensamos que la lengua del mestizo es el español y la cultura en la que se desarrolla es la occidental. De esta manera, al ensalzar el mestizaje como camino y meta para lograr la integración de las naciones latinoamericanas, las élites criollas buscan asegurar su hegemonía e imponer su cosmovisión occidental en detrimento del universo cultural andino (o de origen africano en el caso del Caribe). La ideología del mestizaje no toma en cuenta ni las asimetrías sociales y de poder entre los dos universos que entran en contacto, ni los violentos orígenes y traumáticas consecuencias de esta interacción.

Ahora bien, el mestizaje no siempre fue evaluado en los mismos términos por todos los intelectuales y pensadores latinoamericanos. Mientras en algunos autores, como Euclides da Cunha y Alcides Arguedas, el mestizaje condena a los pueblos a la degeneración y la enfermedad (siguiendo con los supuestos del racismo científico que ve en la mezcla racial la peor amenaza para la supervivencia de la especie humana), otros ven en él el proceso en el cual se funda la identidad nacional (es el caso de Gilberto Freyre en Brasil, de José Vasconcelos y su poderosa “raza cósmica” en México, del

“cholo peruano” de Varallanos, de Nicolás Palacios en Chile, del dominicano Pedro Henríquez Ureña, etc.). Mientras en los intérpretes negativos del mestizaje el acercamiento a éste es eminentemente biologicista y racista, en los segundos se trata más bien de una mirada cultural al tema del mestizaje, la cual se desarrolla principalmente a partir de los años 20 del siglo XX. El desplazamiento hacia lo cultural no implica, sin embargo, que lo expuesto anteriormente con respecto al marcado predominio del elemento blanco y occidental deje de tener vigencia. Como señala Grínor Rojo con respecto a Henríquez Ureña:

Henríquez Ureña cree que esas culturas y esas lenguas originarias [las indígenas] están llamadas a disolverse de manera paulatina en el melting pot hegemónico, el de la cultura y la lengua nacionales, y que lo que las políticas públicas deberían hacer es crear las condiciones para facilitar ese tránsito y, con él, la integración de las comunidades respectivas en la sociedad nacional” (Rojo, s/f, pp.8-9).

A lo largo del siglo XX el concepto de mestizaje será retomado en distintas oportunidades por autores que lo significan de maneras muy diversas y muchas veces contradictorias entre sí. “Para algunos será sinónimo de mezcla y de síntesis de pueblos y culturas, para otros de lucha y antagonismo entre culturas, también aparecerá como superposición, como una estratigrafía de capas que conformando un todo no se alían unas con otras” (Montecino, 2005, p. 658). A mediados de este siglo José María Arguedas ve en el mestizo la figura en que podrán confluír en forma feliz “todas las sangres” que dan vida a la nación peruana; hacia finales de siglo la chicana Gloria Anzaldúa habla de la “nueva mestiza” como aquella mujer capaz de transitar entre las distintas culturas en las que habita y que la habitan con una conciencia nueva y autónoma (bien mirada, su propuesta de mestiza es más cercana al concepto de hibridez postmoderna, aunque tampoco calza totalmente con éste).

Pese a las divergentes interpretaciones que se le da actualmente al término mestizaje y a los nuevos usos y apropiaciones de que éste pueda ser objeto, creo que la breve reconstrucción histórica realizada acá nos permite definir cuáles son los significados más estables e influyentes asociados a este concepto. Podemos concluir entonces, que el mestizaje hace referencia al resultado del cruce, en primer término biológico, de miembros de distintas razas (la india y la blanca, la negra y la blanca); posteriormente se extenderá esta significación para abarcar también al producto del cruce de distintas culturas. La concepción de sujeto que resulta de este cruce, así como la cultura que lo/la produce y que él/ella reproduce, es estable, homogénea, unitaria y coherente. La fragmentación y el conflicto original son así superados gracias a la “feliz síntesis” encarnada por el mestizo. Sobre la base de esta figura y su cultura se podría construir entonces la nación homogénea y libre de contradicciones del proyecto criollo.

3.2 La transculturación: de Fernando Ortiz a Ángel Rama

El tema del contacto cultural, y en particular de la relación entre la cultura latinoamericana y las centrales o metropolitanas, fue abordado por Ángel Rama desde una perspectiva fuertemente influenciada por la antropología culturalista. A partir de la apropiación y adaptación del concepto de transculturación propuesto por Fernando Ortiz, Rama busca desarrollar un modelo teórico que le permita dar cuenta de la relación entre culturas distintas. Le interesa particularmente dar cuenta de la especificidad de la literatura latinoamericana, nacida de la violenta experiencia de la conquista y la imposición a sangre y fuego del colonialismo europeo y las lenguas metropolitanas. Rama se distancia en su propuesta tanto de quienes plantean un desarrollo independiente y aislado de las literaturas latinoamericanas, como de quienes postulan su carácter totalmente tributario con respecto a los desarrollos metropolitanos. Es precisamente el concepto de transculturación el que le va a permitir dar cuenta de cuanto hay de apropiación, re-articulación, adaptación e invención en la relación de lo latinoamericano con lo europeo.

En el *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Fernando Ortiz cuestiona una noción muy arraigada en los estudios antropológicos de los años 40 del siglo XX. Según estos estudios, las culturas colonizadas, al entrar en contacto con modelos foráneos, pierden sus contenidos propios para asumir los de la cultura colonizadora. Desde esta perspectiva teórica, la cultura es concebida como un continente que para “hacer espacio” a nuevos contenidos, debe liberarse de los anteriores. Las culturas subalternas o colonizadas, en particular, son concebidas como entidades pasivas, dispuestas a adoptar todos los elementos foráneos en perjuicio de los propios. La antropología culturalista recurría al término “aculturación” para describir esta situación de pérdida de contenidos culturales propios.¹⁴ Fernando Ortiz propone reemplazar el término aculturación por el de transculturación, con el fin de subrayar el carácter dinámico de las culturas subalternas al entrar en contacto con los procesos de modernización impulsados por las culturas centrales. Según el antropólogo cubano, las comunidades colonizadas no adoptan sin restricciones lo que proviene de afuera, sino que realizan procesos activos de selección que les permiten incorporar aquellos elementos que les resultan útiles o que pueden ser acomodados en su universo cultural.

Fernando Ortiz distingue tres etapas en las situaciones de contacto entre culturas. En un primer momento se produce una parcial deculturación de la cultura subalterna, es decir, ésta pierde algunos elementos de su identidad cultural. Por lo general se trata de elementos percibidos como obsoletos dentro de la tradición, que terminan por ser eliminados a raíz de la influencia extranjera. En una segunda etapa, la cultura colonizada incorpora activamente elementos de la foránea. En un tercer momento, los elementos

¹⁴ Friedhelm Schmidt señala que en realidad Ortiz realiza una mala traducción del término “acculturation”, tal como fue definido por Redfield y otros en 1936. De acuerdo a Schmidt, en realidad “acculturation” significa “contacto de culturas” y no pérdida de contenidos culturales por parte de la cultura colonizada. Pese a ello, el crítico alemán reconoce que Ortiz complejiza la postura de los antropólogos norteamericanos al tomar en cuenta el carácter violento y asimétrico de este contacto entre culturas. (Schmidt, 1996, p.38). Rama por su parte también hace mención al error de traducción de Ortiz; pese a ello adopta su concepto de “transculturación” debido a su “perspectivismo latinoamericano” (Rama, 2004, p.33).

conservados por la cultura colonizada se articulan con aquellos de la cultura metropolitana que fueron apropiados en una etapa previa, produciéndose una “neoculturación”.¹⁵

Ángel Rama ve en el concepto acuñado por Ortiz una eficaz herramienta teórica para describir lo que sucede con las literaturas cultas latinoamericanas, sobre todo las regionalistas, al verse sometidas a los impactos modernizadores metropolitanos. Rama observa que, luego de un inicial movimiento de repliegue frente a los embates modernizadores, las culturas regionales más dinámicas fueron capaces de seleccionar activamente algunos elementos foráneos, los cuales fueron resemantizados e integrados al propio universo cultural. Sobre los elementos propios también operó un proceso de selección, que llevó a descartar algunos y revalorar otros (a diferencia de Ortiz, Rama también estudia cómo opera la selectividad a nivel de la cultura propia). A partir de ambos conjuntos –lo apropiado de la cultura foránea y lo conservado de la propia- las culturas regionales fueron capaces de crear algo nuevo y distinto. En su estudio de la literatura regionalista o neo-regionalista, Rama describe las formas en que opera la transculturación a nivel de la lengua, la estructura literaria y la cosmovisión. Los autores José María Arguedas, J. Guimaraes Rosa, Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez representaban para Rama los principales exponentes de la literatura de la transculturación en Latinoamérica.

Si bien el aporte de Rama al estudio de la literatura latinoamericana es innegable, sus propuestas con respecto a los procesos transculturadores en la región también han recibido críticas importantes. Friedhelm Schmidt, por ejemplo, señala cómo, a diferencia de Ortiz, que también describe la transformación de las culturas dominantes en su interacción con las dominadas, “los procesos de transculturación descritos por Rama implican únicamente cambios de las culturas dominadas” (Schmidt, 1996, p.38). Otra

¹⁵ En realidad considero más apropiado considerar que estas etapas ocurren simultáneamente y no secuencialmente. Tiene más sentido, a mi parecer, pensar que la pérdida de elementos culturales propios se da simultáneamente a la incorporación de componentes foráneos y se ve impulsada por ella.

crítica central planteada por Schmidt a la propuesta de Rama es que ésta se basa en la percepción de la cultura latinoamericana como una sola cultura homogénea. Para Ángel Rama, la literatura de la transculturación actuaría precisamente como “reforzamiento unificador del sistema literario latinoamericano” (Ibid., p.41). Esta unificación se daría en términos de la creación de una literatura mestiza.

Este planteamiento de la existencia de una unidad literaria latinoamericana, sintetizada en el concepto de “literatura mestiza”, motiva a Antonio Cornejo Polar a preguntarse si la categoría de transculturación, “en sus versiones de Ortiz y Rama –o en otras- es el dispositivo teórico que ofrece una base epistemológica razonable al concepto (...) de mestizaje; o si propone, por el contrario, una propuesta epistemológica distinta” (Cornejo Polar, 1996, p.55). La respuesta del crítico peruano favorece la primera interpretación: que la transculturación puede ser vista como el mecanismo a través del cual se llega al nivel sincrético postulado por la teoría del mestizaje. Aunque la categoría de la transculturación considere e incluso haga hincapié en el carácter violento y asimétrico del contacto entre la cultura metropolitana y la latinoamericana, finalmente postula la gestación de una unidad desproblematizada y sin mayores tensiones. Por otra parte, al igual que en los discursos sobre el mestizaje revisados en el apartado anterior, en los desarrollos de Rama el espacio en el que se configura esta síntesis es siempre el de la cultura-literatura hegemónica. Además, sus postulados muchas veces obviarían “la asimetría social de los contactos que le dan origen [a la situación de unidad final]; y finalmente (...) dejaría al margen los discursos que no han incidido en el sistema de la literatura ‘ilustrada’” (Ibid.). Pese a estas observaciones, Cornejo-Polar destaca que “el concepto de transculturación es harto más sofisticado que el de mestizaje y que tiene una aptitud hermenéutica notable” (Ibid.).

3.3 La heterogeneidad de Antonio Cornejo Polar

Los discursos referidos a la homogeneidad y síntesis socio-cultural que se alcanzaría a través de los procesos de transculturación que eventualmente conducirían al mestizaje, no soportan en buen pie la confrontación “con algunas de las realidades culturales observables: la evidente diferenciación sociocultural interna de las sociedades latinoamericanas y la autonomía (relativa), resistencia y creatividad de los sectores subalternos, populares o marginados” (Lienhard, 1996, p.68). La enorme complejidad cultural de América Latina y el Caribe, donde no sólo están presentes los componentes amerindios y blancos, sino también los africanos y asiáticos, no parece poder ser pensada en forma productiva desde una categoría conceptual que soslaya esta diversidad.

El evidente contraste entre los discursos armonizadores del mestizaje y la conflictiva realidad peruana de su presente y del pasado, la atenta lectura crítica de textos que escondían bajo su aparente uniformidad agudas tensiones y conflictos y la recepción del análisis de Mariátegui sobre las distintas formas de producción que coexistían en el Perú, llevaron a Cornejo Polar a construir un dispositivo teórico que “pudiera dar razón de situaciones socio-culturales y de discursos en los que las dinámicas de los entrecruzamientos múltiples no operan en función sincrética sino, al revés, enfatizan conflictos y alteridades” (Cornejo Polar, 1996, p.55). A partir de sus estudios de la literatura peruana, y pensando en y desde esta práctica, Cornejo Polar propuso a fines de los años 70 el concepto de heterogeneidad, destinado en primer lugar “a esclarecer la índole de procesos de producción discursiva en los que al menos una de sus instancias difería, en cuanto filiación socio-étnico-cultural, de las otras” (Ibíd.). La literatura indigenista, que constituyó el principal objeto de estudio del crítico peruano y en relación a la cual desarrolló la categoría de heterogeneidad, permite ejemplificar la frase citada. En las obras que se inscriben dentro de esta corriente, el emisor, el género textual

y el receptor pertenecen a un mismo universo socio-cultural, el de las culturas letradas occidentales-; el referente, por su parte, se ubica en otro sistema, el de la cultura ágrafa andina. Es decir, la literatura indigenista constituye un conjunto discursivo que se produce y circula dentro de una cultura, pero que refiere a otra, a la que trata de comprender. Más adelante, Cornejo Polar reconoció que en cada una de estas instancias está también contenida la heterogeneidad, “haciéndolas dispersas, quebradizas, inestables, contradictorias y heteróclitas dentro de sus propios límites” (Cornejo Polar, 1994, p.17).

Esa heterogeneidad que Cornejo Polar reconoce en la literatura indigenista –y que es también característica de la literatura gauchesca, el negrismo, la cronística o la poesía indígena de la conquista- no puede ser entendida si no se considera la naturaleza heterogénea de las sociedades en que surgen estas producciones discursivas. Es importante recordar acá que para el crítico peruano “la literatura es signo (...) [e] inevitablemente remite a categorías que la exceden: al hombre, la sociedad, la historia” (Cornejo Polar, 1982, p.14). Es decir, Cornejo suscribe la posición de quienes consideran que el estudio de la literatura debe, necesariamente, tomar en cuenta y detenerse en los modos específicos en que se articula *esa* literatura con la sociedad en la que se origina.

Un referente central en la obra de Cornejo Polar es José Carlos Mariátegui, quien en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de 1928 señalaba la coexistencia, en la formación histórico-social peruana, de distintos modos de producción, asociados a su vez a formas particulares de organización social y cultural. Mariátegui distingue en el Perú de comienzos del siglo XX la presencia de un modo de producción capitalista, desarrollado principalmente en la costa, de un modo de producción feudal, sobre todo en las haciendas de la sierra, y de un modo de producción comunitario primitivo de las comunidades indígenas o ayllus, también en la sierra. Un elemento común a todos estos sistemas de producción es la situación de subordinación y explotación a la que se

encuentra sometida la población indígena, que conformaba la mayor parte del campesinado peruano; este ‘problema indígena’ constituía el principal desafío que, en la formulación mariáteguiana, debía enfrentar el Perú en su esfuerzo por constituirse como nación.¹⁶

Mariátegui se preocupó también del rol que juega o ha de jugar la literatura en este proceso de construcción nacional. Uno de sus diagnósticos más importantes fue que la literatura peruana carecía de un carácter orgánicamente nacional, ya que la independencia, al haber transformado casi exclusivamente la estructura política pero no la organización económica y social heredada de la colonia, no permitió superar la profunda fractura que escinde a un mundo que seguía estando dividido entre herederos de conquistadores y conquistados. A partir de esta heteróclita realidad no podía nacer sino una literatura heterogénea. Esta constatación no busca ser únicamente una descripción por parte de Mariátegui, sino que se plantea como un posicionamiento político, según el cual no puede advenir una literatura verdaderamente nacional mientras no se superen el colonialismo y el cosmopolitismo y mientras, y esto es lo más importante, no se le dé solución a la situación menoscabada en que vive la población indígena. Como sabemos, lo que Mariátegui buscaba era el camino que pudiera conducir al Perú hacia un socialismo acorde a las particularidades de este país.

El problema nacional puesto en relación con la actividad literaria ocupó también un importante lugar en las reflexiones de Cornejo Polar. Él hace suya la incitación mariáteguiana a estudiar la literatura considerando no sólo los textos, “sino también sus contextos; es decir, a investigar la fina urdimbre de relaciones sígnicas, referenciales y de productividad tendidas entre las series literaria e histórico-social” (Bueno, 2004, p.88). La relación entre literatura y constitución de una identidad nacional fue uno de los

¹⁶ Escribe Mariátegui sobre la enorme brecha que fractura al Perú: “En el Perú el problema de la unidad es mucho más hondo, porque aquí no hay que resolver una pluralidad de tradiciones locales o regionales, sino una dualidad de raza, de lengua y de sentimiento, nacida de la invasión y conquista del Perú autóctono por una raza extranjera que no ha conseguido fusionarse con la raza indígena, ni eliminarla, ni absorberla” (Mariátegui, 1969, p. 206).

temas que desde muy temprano preocupó a Cornejo Polar. Él señaló cómo el afán por construir la imagen de *una* literatura nacional peruana pasaba por negar y esconder una realidad profundamente heterogénea y poco armónica:

Durante un extenso período la literatura resultó ser, entonces, uno de los espacios privilegiados para la discusión sobre la identidad nacional peruana. Por razones absolutamente obvias los temas de lo nacional y de la literatura nacional tenían que plantearse en función de la índole heterogénea de la realidad y cultura del país, pero dentro de algún proyecto que transmutara – siquiera en el plano del deseo- lo heterogéneo en homogéneo, lo múltiple en lo único y hasta los conflictos en armonía. Se trataba de encontrar la categoría unitaria que permitiera hablar de una literatura nacional peruana (Cornejo Polar, 1982, pp. 19-20).

Estos esfuerzos por crear una imagen unitaria y coherente de una literatura nacional están relacionados con una concepción de la nación que no deja espacio para lo diferente ni contradictorio¹⁷. La ideología del mestizaje es tributaria de esta misma concepción, ya que no concibe que se pueda constituir una comunidad nacional sino es sobre la base de una fusión que permita superar (borrar) las diferencias. Pero, como ya vimos para el caso del mestizaje y como también explicita Cornejo Polar con respecto a la construcción de la imagen de una literatura nacional, esta unidad sólo puede lograrse a expensas de los aportes de la cultura subalterna: a través de la negación de las lenguas y culturas indígenas y de origen africano; mediante la exclusión del sistema literario de la literatura producida en idiomas no occidentales y, también, de la escrita en estos idiomas por sujetos populares.¹⁸

¹⁷ Recuérdese la discusión anterior sobre las concepciones aristotélicas y leibnizianas de la identidad, en las que se postulaba una esencia inmutable y siempre idéntica a sí misma, que si era A no podía ser al mismo tiempo no-A. También está presente en esta concepción de la nación el pensamiento romántico alemán que ve en la lengua (única) y la cultura común los fundamentos últimos de la vida nacional. El caso de Suiza demuestra de que otra concepción es posible.

¹⁸ Cornejo Polar reconoce la coexistencia en el Perú de al menos tres sistemas literarios: “el de la literatura erudita escrita en español, que es la que normalmente ha monopolizado la denominación de literatura

La propuesta de Cornejo Polar, tanto con respecto a la constitución de nación como al acercamiento a la literatura nacional, enfatiza la importancia de reconocer la heterogeneidad fundamental de ambos sistemas. Se cuestiona así la supuesta necesidad ineludible de que exista una unidad para sobre ella constituir la nación y la literatura nacional; esta unidad es en realidad “sinónimo de parcialidad y fragmentación” (Cornejo Polar, 1982, p.38) ya que se construye sobre la negación de lo diverso. Un acercamiento a estos objetos (la nación y la literatura nacional) que acepte su carácter de multiplicidades heterogéneas, podría ser facilitado por el método dialéctico.

La inclusión de una mirada histórica en el estudio de las realidades heterogéneas, muestra que, por más disímiles que éstas sean, forman parte de un proceso histórico común. Esta consideración de la historia lleva a Cornejo Polar a desarrollar otra categoría fundamental en su análisis de la realidad y la literatura peruanas: la de totalidad contradictoria. Se llega a esta categoría oponiendo, en primer lugar, el principio de pluralidad al de unidad, al cual tiende a sustituir; en un siguiente paso, y considerando que los elementos que conforman esa pluralidad están inscritos en un mismo proceso histórico, se elabora una categoría teórica superior: la de la totalidad. La contradicción decisiva se establece aquí entre los conceptos de unidad y totalidad.

La noción de totalidad contradictoria permite pensar las zonas de confluencia e intercambio que se establecen entre los distintos componentes de la realidad (y entre los distintos sistemas literarios), superando el carácter estático y ahistórico que puede asumir un concepto como el de pluralidad. Por otra parte, asumir este carácter contradictorio permite reconocer que las diferencias en las sociedades latinoamericanas (y probablemente en todas, aunque a distintos niveles) están asociadas a distribuciones profundamente desiguales del poder y del acceso a bienes materiales y simbólicos. Es

peruana, el de la literatura popular en español, y el de las literaturas en lenguas nativas, donde prima con toda evidencia la literatura oral quechua” (Cornejo Polar, 1982, p.24).

decir, los elementos heterogéneos que conforman la totalidad no coexisten entre sí con los mismos derechos, valoración y legitimidad. Es justamente a una coexistencia más igualitaria y justa de las diferencias –y no a su fusión y superación- que apunta la aspiración todavía utópica de Cornejo:

Como es claro, no basta, pero es indispensable, subrayar la doble condición, nacional y literaria, de los sistemas literarios hasta ahora marginados. Puesto que la literatura no es más que una forma específica de la producción social, esa reivindicación dual tiene que englobarse dentro de un proyecto general que implique la aceptación del carácter multinacional del Perú, pero, por cierto, bajo el principio rector de la real igualdad entre cada una de esas “naciones interiores”. En este sentido, la imagen desiderativa de la literatura peruana no tiene por qué seguir dependiendo de una idea de unidad abstracta, que en el fondo sería sólo la universalización del patrón dominante; al contrario, puede y debe postularse la preservación de su multiplicidad, siempre que pueda desligarse de su actual significado opresivo. Sólo desde esta perspectiva la pluralidad se convierte en plenitud. La realización de esta alternativa, que Arguedas expresó como la opción del hombre peruano de “vivir feliz todas las patrias”, no es ya tarea literaria: es obra política (Cornejo Polar, 1982, p.31).

Los sujetos que nacen y se desarrollan en estas sociedades heterogéneas no se comportan de acuerdo al modelo clásico que les atribuye, como ya vimos, una identidad estable, coherente, autónoma y sin fisuras. Se trata más bien de un sujeto heterogéneo, que se constituye en el siempre inestable y precario cruce de distintos sistemas sociales y culturales, los cuales llevan asociados valoraciones y posiciones de poder muy disímiles. Es un sujeto que se construye en y a través “de la relación con otros sujetos, pero también (y decisivamente) por y en su relación con el mundo” (Cornejo Polar, 1994, p. 22). Es decir, estamos frente a un modelo de sujeto mucho más cercano al que en un apartado anterior denominamos como sociológico.

Para terminar este breve recuento del concepto de heterogeneidad desarrollado por Antonio Cornejo Polar, me gustaría señalar que tanto en su obra como en la de otros autores preocupados por estudiar las dinámicas que surgen del cruce de distintas culturas, está totalmente ausente cualquier reflexión en torno al rol del género como eje estructurante de la vida social, simbólica y económica de las sociedades. El carácter pluricultural de las sociedades latinoamericanas y caribeñas también se expresa en la coexistencia de distintas formas de concebir las relaciones y roles de género, aún cuando estemos hablando, en todos los casos, de sociedades organizadas patriarcalmente. Como señala Kemy Oyarzún, tomar en cuenta las diferencias sexo-genéricas permitiría productivizar y enriquecer el concepto de heterogeneidad:

Se ha afirmado que la primera forma de diferenciación coercitiva en la historia de la humanidad fue la de los géneros sexuales. Consecuentemente, podríamos afirmar también que la ‘primera’ heterogeneidad simbólica es también genérico-sexual. En literatura, las implicaciones son vastas. La mayoría de los casos en que el referente es femenino, nos encontramos con una situación de hibridación textual; sobre todo si tenemos en cuenta que la mujer escasamente ha sido ‘emisora’ (Oyarzún, 1996, p.94).

A lo largo del siglo XX la situación descrita por Oyarzún en la cita anterior ha sufrido importantes transformaciones, impulsadas principalmente por las luchas feministas desplegadas en distintos lugares del mundo y condicionadas por la creciente incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo, primero más bien subalterna, crecientemente también dirigente. Cada vez más, las mujeres emiten sus propios discursos y buscan contribuir activamente a la configuración y transformación de los imaginarios simbólicos y de la ordenación sexo-genérica de sus sociedades. Sin embargo, la heterogeneidad simbólica asociada al rol estructurador que tiene el género sexual, no ha dejado de existir. Considero que en el caso de la escritura de mujeres la principal instancia de heterogeneidad está dada por la lengua que, como señala Patrizia

Violi, “inscribe y simboliza en el interior de su misma estructura la diferencia sexual, de forma ya jerarquizada y orientada” (Violi, 1991, p. 36). Las mujeres, entonces, escriben y se inscriben en un sistema lingüístico que está marcado sexo-genéricamente y que participa activamente en la producción y reproducción de los roles sexuales. Pero, a su vez, a través de su actividad literaria las escritoras aportan a la transformación de las codificaciones de lo femenino presentes en el lenguaje.

En las novelas analizadas en esta tesis, la heterogeneidad aparece como una de las marcas características de prácticamente todas las instancias que participan del proceso discursivo. La migración de las autoras de un contexto cultural a otro las lleva a constituirse como sujetos heterogéneos, que portan en su interior las marcas de distintas y muchas veces conflictivas adscripciones identitarias. Al igual que en el caso de las literaturas indigenistas, a partir del cual desarrollara Cornejo Polar su categoría de heterogeneidad, las obras de estas escritoras suelen ser producidas y leídas en un universo socio-cultural distinto a aquél en el cual se ubica el referente. Pese a no ser el inglés la lengua materna de la mayor parte de estas escritoras, éste es el idioma que ellas eligen para escribir, lo cual determina en gran medida su orientación a un público de habla inglesa y su circulación al interior del mercado norteamericano. En el último capítulo de esta tesis profundizo sobre lo qué significa esta orientación hacia el mercado norteamericano, considerando tanto sus aspectos positivos como los riesgos que entraña.

3.4 Sobre la hibridez y la crítica postcolonial

Acercarse al debate en torno a la hibridez requiere de un importante esfuerzo de esclarecimiento terminológico. El término hibridez aparece en diversos momentos históricos y asociado a corrientes de pensamiento distintas y hasta contradictorias. Tal como en el caso del concepto de mestizaje, un breve recuento histórico puede ser útil para esclarecer las diferentes significaciones que se le han atribuido a la hibridez, así como para delimitar el área de pensamiento a la cual está asociada actualmente.

Tal como mencioné brevemente al tratar el concepto de mestizaje, el de hibridez se desarrolla en el siglo XIX en el contexto del despliegue de las teorías del racismo científico. En ese momento de la historia, ambos conceptos –el de mestizaje e hibridez– pertenecían a una misma matriz de pensamiento y permitían dar cuenta de preocupaciones semejantes: se trata de las elucubraciones del positivismo sobre las amenazas que puede traer consigo la mezcla de sangres para la continuidad y viabilidad biológica de la especie humana. En esta fase biologicista del debate, la pregunta central es si la progenie de padres de distintas razas, o sea los mestizos, son o no ‘productos’ híbridos. Es decir, se utiliza el término hibridez con la misma connotación de esterilidad que tiene para la biología de la época.

Posteriormente, y hasta la actualidad, los debates en torno al mestizaje y la hibridez se desarrollarán en el campo de la cultura y no en el de las diferencias raciales. Sin embargo, contemporáneamente estos dos conceptos han sido apropiados por corrientes de pensamiento muy distintas y su uso tiene implicancias teóricas y políticas muchas veces opuestas. Mientras el concepto de mestizaje pertenece a un área de reflexión eminentemente moderna¹⁹ –y de una modernidad más clásica y metafísica que dialéctica–, el de hibridez es usado en el contexto de los debates *post*, especialmente dentro de la crítica postcolonial. Así, al hablar de un sujeto mestizo en el ámbito del pensamiento del mestizaje cultural desarrollado en América Latina a partir de los años 20 del siglo pasado, se está haciendo referencia a una entidad en la que se sintetizan los aportes de dos afluentes distintos y que constituye un todo estable, centrado y homogéneo. Un sujeto híbrido representa exactamente lo opuesto: es alguien que carece de un centro, que está internamente fragmentado y en vez de una identidad fija va asumiendo contingentemente distintas identificaciones o posiciones identitarias.

¹⁹ Esto no quiere decir que no se recurra al término mestizaje también en el marco de discursos postmodernos, postestructuralistas o postcoloniales. Pero lo que me interesa acá es delimitar el área en que se dio su principal desarrollo y a la que pertenece con más rigor. La misma aclaración es válida para el concepto de hibridez, que también se encuentra en distintos contextos pero tiene un ámbito más propiamente suyo.

La hibridez es un concepto que le permite condensar al pensamiento *post* muchas de sus más caras preocupaciones. Estas están relacionadas con la crítica del postestructuralismo, el postmodernismo y el postcolonialismo a las nociones modernas de sujeto e identidad –la cual asume, por supuesto, diversas modulaciones en cada una de estas corrientes e incluso entre distintos exponentes al interior de las mismas-. La matriz filosófica común a todos estos desarrollos *post*- es la que Grínor Rojo describe como el “irracionalismo nietzscheano, heideggeriano-neossaussureano-lacaniano-derridiano” (Rojo, 2006, p.52). Esta matriz se desarrolla en rechazo a los discursos totalizadores, universales y binarios del pensamiento moderno, al cual se oponen mediante el rescate y la celebración de la diferencia, la pluralidad y todo aquello que quedó en los márgenes de las construcciones hegemónicas. Según el diagnóstico postmodernista, actualmente estaríamos en una época de radical pluralidad, extendida a todos los ámbitos de la vida. La consecuencia de esta pluralidad es que no existe un solo marco general que pueda ser válido para todos, es decir, ninguno de los metarrelatos modernos puede hacer justicia a todas las formas de experiencia que se despliegan actualmente. De esta manera, la noción de pluralidad surge de la disolución de la de totalidad (exactamente lo contrario a lo que pasaba en el pensamiento de Cornejo Polar, quien, como vimos, postulaba la necesidad de pasar de la pluralidad a una categoría superior: la de totalidad). De la mano de la impugnación del concepto de totalidad se da la de cualquier pretensión de alcanzar algún significado o verdad estable. La única forma en que, según el postestructuralismo, se puede permitir el “libre juego de las diferencias”, es reconociendo la radical apertura y el carácter incontrolable de las estructuras. Éstas carecen de un centro o punto fijo en el que el sistema pueda detenerse a descansar; en otras palabras, la pretensión de alcanzar un significado verdadero, no esquivo ni equívoco, significaría la condena a la parálisis de la estructura.

Es a través de su inscripción en esta matriz *post*- que el crítico argentino, García Canclini, celebra el que los estudios de hibridación hayan permitido modificar “el modo

de hablar sobre identidad, cultura, diferencia, desigualdad, multiculturalidad, y sobre parejas organizadoras de los conflictos en las ciencias sociales: tradición-modernidad, norte-sur, local-global” (García Canclini, 2001, p.I). Esta difuminación de distinciones hasta ahora consideradas claves para entender la cultura, va de la mano de una relativización de la noción de identidad (Ibíd., p.VI), cuya centralidad como objeto de estudio debiera ser reemplazada, en opinión de García Canclini, por el interés sobre la heterogeneidad y la hibridación interculturales. De esta manera, este antropólogo urbano logra esquivar un concepto tan espinoso para el pensamiento *post* como es el de identidad, para concentrarse en el estudio de procesos en los que siempre se habla en términos de diferencia, flujos y contactos.

En respuesta a los comentarios recibidos tras la publicación de la primera edición de *Culturas híbridas* (1989), García Canclini saca al aire en 2001 una nueva versión, con un prólogo que procura responder y contrarrestar las críticas a su concepto de hibridez. Una de las críticas evidentes es que en la primera versión de este libro, este concepto – cuya centralidad es innegable- aparece definido en una nota al pie de página y sólo en términos de su diferencia con respecto a los conceptos de mestizaje y sincretismo. Haciéndose cargo de esta falencia, el autor ofrece en el nuevo prólogo una definición más acabada de su concepto: “entiendo por hibridación procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas” (Ibíd., p.III). A continuación, y también a modo de respuesta ante otro conjunto de críticas recibidas con anterioridad, el crítico argentino aclara que esas estructuras o prácticas discretas fueron a su vez resultado de hibridaciones, es decir, que no existen en un estado puro. Lo que habría que reconocer, siguiendo la propuesta de Brian Stross, es que existen “ciclos de hibridación”, es decir que “en la historia pasamos de formas más heterogéneas a otras más homogéneas, y luego a otras relativamente más heterogéneas, sin que ninguna sea “pura” o plenamente homogénea” (Ibíd.).

En su nuevo prólogo, García Canclini también plantea que la hibridación no debe ser comprendida como la “fácil integración y fusión de culturas, sin dar suficiente peso a las contradicciones y a lo que no se deja hibridar” (Ibíd., p.VIII). Cornejo Polar había advertido el sesgo de *Culturas híbridas* al presentar, en tono celebratorio, sobre todo aquellos casos de hibridación feliz (Cornejo Polar, 1998), lo cual soslaya precisamente aquellas situaciones en que la hibridez es contradictoria y conflictiva o simplemente no se da. En respuesta a esto, García Canclini reafirma su interés por estudiar no la hibridez en sí sino los procesos de hibridación, de manera de “reconocer lo que contienen de desgarramiento y lo que no llega a fusionarse. Una teoría no ingenua de la hibridación es inseparable de una conciencia crítica de sus límites, de lo que no se deja o no quiere o no puede ser hibridado” (García Canclini, 2001, p. X). García Canclini reconoce así la importancia de acercarse a la realidad desde una perspectiva histórica, con lo que se distancia de las posturas ahistóricas de muchos de los exponentes del pensamiento *post*.²⁰

Lo que resulta llamativo en la obra de García Canclini –y en esto sigue la misma tendencia de muchos de los culturalistas latinoamericanos que publican de los 80 en adelante- es que, salvo por las mencionadas referencias a Cornejo Polar surgidas de las críticas que éste le planteara a su concepto de hibridación, en su obra no hay ninguna referencia a la producción latinoamericana anterior a la suya. El diálogo se establece directamente con las reflexiones contemporáneas llevadas a cabo, principalmente, en la academia norteamericana. En esto se acerca notablemente a la propensión de los pensadores *post* a presentar como fenómenos recientes –y descubiertos por ellos-, realidades que ya habían sido pensadas y descritas con anterioridad.

²⁰ Para el estructuralismo y postestructuralismo “la historia en cuanto a sucesión de acontecimientos casualmente determinados es (...) una ilusión óptica impuesta por una visión antropocéntrica de las cosas. No existe conexión temporal de los acontecimientos, sino un desarrollo discontinuo que va desde un cierto estado estructural del saber a otro a través de ‘eventos’ lingüísticos (‘enunciados’) que constituyen, según la expresión de Bachelard, ‘rutas epistemológicas’, *cortes* de la realidad, cesuras, gracias a las cuales comenzamos a hablar de ciertas cosas como ‘objetos’ analizables” (D’agostini, 2000, pp.442-443, cursivas en el original).

También resulta por lo menos curiosa la omisión en *Culturas híbridas* de referencias a los aportes de la crítica postcolonial al estudio de las hibridaciones que se producen en situaciones de contacto cultural resultantes de la colonización. Para Homi Bhabha, el ejercicio del poder colonial conlleva la producción involuntaria de hibridaciones, surgidas principalmente de la malinterpretación de los signos y mensajes del colonizador por parte del colonizado que ignora los códigos que los rigen. Estas hibridaciones provocan que los discursos dominantes pierdan su poder de producir un significado único y queden expuestos a las huellas del lenguaje del otro. Las señas de la alteridad que se introducen de esta manera en los discursos hegemónicos provocan una pérdida de autoridad y de capacidad plena de dominio y control. Es por esto que la hibridación aparece como un espacio de resistencia, aún cuando ésta no tenga, en la formulación de Bhabha, un carácter necesariamente consciente y asociado a algún nivel de articulación política.²¹

Además de estudiar las situaciones de hibridación que se producen a partir del encuentro violento de colonizadores y colonizados, Bhabha se interesa por aquellas que se generan en los espacios entre-medio (in-between) surgidos de la confluencia, en las ciudades globales, de distintos grupos étnicos. Según Bhabha, el espacio entre-medio -también denominado ‘tercer espacio’ (‘third place’)- actúa como lugar de hibridaciones que posibilita la comunicación, negociación y traducción de discursos de distinta filiación cultural. Sin embargo, en ningún caso la hibridación debe ser entendida como una

²¹ María José Vega explica, en términos mucho más claros que los usados habitualmente por Bhabha, de qué manera se genera el potencial subversivo de los procesos de hibridación: “Bhabha supone que la autoridad colonial se asienta sobre la presunción de que la referencia discursiva es transparente, y de que existen reglas claras de reconocimiento cultural que delimitan el significado. Ahora bien, las interpretaciones e inscripciones de otras culturas empañan y confunden la claridad de las reglas. La autoridad colonial necesita subrayar las diferencias (ser blanco, ser europeo, ser francés, ser inglés, ser cristiano) para limitar y señalar las bases diferenciales de la autoridad, pero cada nuevo encuentro cultural puede originar un desplazamiento de esa autoridad y, en la aproximación de Bhabha, todo desplazamiento de autoridad es indicio de que existe alguna forma de resistencia. De este modo, la *resistencia* no es necesariamente un acto con intención política, ni tampoco la negación o la exclusión del ‘contenido’ de otra cultura: es más bien la introducción de un efecto de ambivalencia en las reglas de reconocimiento de los discursos dominantes, ya que éstos son los que articulan los signos de la diferencia cultural y, por tanto, las relaciones del poder colonial (Vega, 2003, p.317, cursivas en el original).

posición de síntesis que resuelve la dialéctica de dos culturas, si no más bien como un proceso abierto, de mezcla e indeterminación, en el cual no hay sitio para la originalidad o la plenitud, sino únicamente para el desplazamiento y la diferenciación.

Si bien muchos críticos postcoloniales se esfuerzan por destacar el carácter político y contestatario del concepto de hibridez, sus desarrollos son también blanco de las críticas que se les suele hacer a las distintas versiones del pensamiento *post* con respecto a las consecuencias éticas y políticas de muchos de sus planteamientos²². Una de sus falencias más notorias dice relación con la disolución o impugnación del concepto de totalidad. Sin el recurso a normas o marcos regulatorios de carácter general que permitan afrontar la pluralidad, no queda claro cómo se puede garantizar la coexistencia de las celebradas diferencias. Por otra parte, tampoco es evidente que estas diferencias puedan establecer un ‘juego libre y descentrado’ en estructuras sociales claramente injustas, asimétricas y atravesadas por relaciones de poder opresivas. También el rechazo del concepto de identidad pone a estos pensadores en no pocos aprietos, ya que los deja sin una plataforma en la cual fundar la capacidad de agencia de los sujetos y colectivos. Para tratar de superar este impasse algunos pensadores *post* proponen conceptos como el de posicionamiento (Mouffe) o identidad estratégica (Spivak), que refieren a la posibilidad de asumir un lugar dentro de un discurso que posibilite el habla y la agencia. Lo importante es que este posicionamiento sea considerado como estratégico y no esencial, es decir, que pueda ser abandonado en cualquier momento. Aún así, ¿cómo, frente a tanta transitoriedad y relatividad, pueden establecerse compromisos relativamente estables que permitan la construcción de propuestas de cambio?, ¿desde dónde articula su capacidad de agencia un sujeto fragmentado y descentrado?

²² “The question of agency constitutes another tension both within and around postcolonial theory. Post-structuralism in particular has criticised existing models of individual subjectivity, above all the bourgeois liberal concept of the autonomous individual, while post-modernist theory, in the shape of Jean-Francois Lyotard, has announced the end of ‘les grands recits’, the ‘grand narratives’ of the Enlightenment, which, among other things, promised emancipation and provided the basis and legitimation for collective action and large-scale mobilization” (Williams y Chrisman, 1994, p.6).

Todas las críticas expresadas hasta aquí no implican necesariamente un rechazo total al concepto de hibridez, ni tampoco desconocer el interés y aporte de muchos de los trabajos de terreno de García Canclini. Considero que este concepto puede contribuir a la comprensión de algunos de los procesos que tienen lugar en las zonas de contacto cultural y que efectivamente es enriquecedor pensar en términos que no se limiten a descripciones dicotómicas de la realidad. Quizás aproximarse a algunas situaciones en términos de hibridez permita también evidenciar que los contactos entre distintas culturas no tienen porqué ser conflictivos de por sí, que lo problemático son las relaciones de poder opresor y de discriminación sustentados sobre las diferencias. Lo que resulta más complicado es asumir todo el bagaje *post* asociado a este concepto, sobre todo por sus ya mencionadas falencias para pensar el compromiso y la agencia política. Por otra parte, creo que no está demás preguntarse, siguiendo la inquietud de Young, por qué un pensamiento supuestamente progresista y abierto a la alteridad, asume y se apropia de un término que tiene claras raíces racistas: “Today, therefore, in reinvoking this concept [hybridity] we are utilizing the vocabulary of the Victorian extreme right as the notion of an organic process of the grafting of diversity into singularity” (Young, 1995, p.10).

A modo de cierre preliminar

Antes de pasar a la segunda y tercera parte de esta tesis, en las que me ocupo de la reconstrucción del contexto sociocultural caribeño y del análisis de las novelas del corpus, respectivamente, me interesa destacar aquellos conceptos presentados en este apartado teórico que tendrán especial relevancia para lo que sigue de este trabajo. Se trata principalmente de aquellos desarrollos relacionados con las identidades personales y colectivas y su articulación recíproca. En las obras seleccionadas para este estudio, se analizan las formas de contenido y expresión a través de las cuales se representan los procesos de construcción identitaria de las protagonistas, en los que juega un rol central la experiencia migratoria y de confrontación con distintos universos culturales. En estas

narrativas se muestra cómo la identidad personal se va configurando en diálogo permanente con los sentidos de pertenencia a la comunidad de origen, al colectivo de migrantes y a la sociedad de recepción. Las sujetos migrantes de estos relatos aparecen permanentemente confrontadas a distintos códigos culturales, que las obligan a cuestionar activamente valores y costumbres que en otros contextos podrían haber aparecido como esenciales y naturales. Pero las situaciones de migración también pueden traducirse en una mayor rigidez y conservadurismo culturales, provocados en gran medida por el temor de que lo propio y tradicional se contamine y diluya al contacto con el nuevo universo socio-cultural. Espero poder dar cuenta, a lo largo de este trabajo, de la complejidad y de los múltiples sentidos e interpretaciones que se le puede dar a los procesos de construcción identitaria, tanto personales como colectivos. Estos procesos se dan en contextos históricamente determinados y no pueden ser comprendidos si no se toma en cuenta las relaciones de poder en las que están insertos, que se traducen en una desigual distribución de las oportunidades de acceso a bienes materiales, simbólicos y sistemas de prestigio. Las dificultades asociadas a muchas situaciones de contacto cultural no se deben, por lo general, sólo a la dificultad para comprender y traducir los elementos de otra cultura al sistema epistémico propio, sino que se originan, principalmente, en las distintas posiciones de poder en las que se ubican las culturas que interactúan. Al interior de estas mismas culturas, por otra parte, las experiencias también pueden variar profundamente en función del sector social y el nivel de educación al que pertenezca el o la migrante y su colectivo de referencia más cercano.²³

²³ Es interesante pensar, por ejemplo, en lo distintas que pueden ser las experiencias de los migrantes en función de la valoración que se le conceda, en la sociedad de recepción, a sus culturas de origen. Sin pretender soslayar que todas las experiencias de desarraigo son difíciles y dolorosas, es importante tener presente lo distinto que era llegar como europeo blanco a los países sudamericanos que ansiaban “blanquear” la raza, a arribar como oriental “amarillo” a trabajar en condiciones de semi esclavitud en un país como el Perú. Asimismo, es muy diferente llegar a Estados Unidos a trabajar como profesional del mundo de las finanzas y las TICs, que hacerlo como ilegal para tratar de insertarse en el sector de servicios ¿tradicional?. Aunque parezcan obvias, hacer estas distinciones permite recordar que no es lo mismo “migrar” que “migrar” y que las experiencias específicas de algunos grupos o personas no pueden hacerse extensivas, automáticamente, a otros contextos.

Mi aproximación a los personajes femeninos de las novelas seleccionadas se funda sobre una concepción afín a la noción de sujeto sociológico discutida en esta primera parte de la tesis. Me interesa explorar la forma que asumen las relaciones intersubjetivas al interior de las cuales se constituyen las identidades de estos personajes, las cuales también se ven determinadas por las condiciones materiales y los contenidos simbólicos a los que tienen acceso en función de su lugar de nacimiento y formación inicial, y, posteriormente, de la posición que ocupan en la sociedad a la que migran. Pero estos sujetos así determinados también cuentan con la capacidad de aproximarse en forma crítica y reflexiva a los contenidos culturales que les ofrece su comunidad de origen y la de recepción. A través de la elaboración de relatos autobiográficos, que en la mayor parte de las novelas estudiadas aparecen multiplicados en distintos niveles de la narración, las protagonistas van construyendo una identidad propia e individual, tejida a partir de selecciones, olvidos, silencios y diálogos significativos.

SEGUNDA PARTE

EL CONTEXTO CARIBEÑO

En la primera parte de esta tesis se elaboró un marco teórico en el que se presentó una serie de reflexiones y conceptos referidos al tema de las identidades individuales y colectivas, así como a su transformación en situaciones de contacto o choque cultural. Muchas de estas reflexiones –sobre todo las relacionadas con la conceptualización de la identidad y las transformaciones de las nociones de sociedad y sujeto a lo largo de la modernidad- han sido producidas por científicos sociales y humanistas europeos a la luz de la observación de sus propias sociedades. Así, si bien muchas de estas teorías innegablemente contribuyen a la comprensión de la situación actual de las sociedades y comunidades de migrantes caribeños –sobre todo en el marco de una globalización que profundiza notablemente las relaciones entre los países y de una producción simbólica que tiende a la homogenización por parte de las industrias culturales transnacionales- no pueden ser trasladadas acríticamente del contexto en el que fueron producidas a otras realidades que presentan sus propias dinámicas y particularidades históricas. Por otra parte, es importante tener en cuenta que el Caribe es una región profundamente marcada y modelada por su historia colonial y neocolonial. Es decir, guarda desde sus inicios de región incorporada violentamente al mundo occidental, una intensa y conflictiva relación con las metrópolis europeas y, sobre todo desde fines del XIX, con la norteamericana. Esta situación de dependencia y sometimiento político, económico, social y cultural a los poderes coloniales ha influido notablemente en la producción intelectual y literaria de los caribeños preocupados por comprender y aportar a los procesos de construcción de naciones e identidades más autónomas, que puedan valorarse en su diferencia y particularidad con respecto a los patrones europeos hegemónicos.

Este apartado tiene el objetivo de presentar una breve introducción a los procesos históricos a través de los cuales se han ido constituyendo las sociedades caribeñas. Se busca ofrecer una visión general del Caribe como región en la cual es posible reconocer tanto patrones comunes a sus distintos territorios, como aspectos diferenciadores atribuibles principalmente a su colonización por diversas metrópolis. Después de la discusión de los aspectos más relevantes que sentaron las pautas de la conformación de las sociedades caribeñas en los primeros siglos de colonización, se reconstruye el contexto más inmediato de la producción escritural analizada en esta tesis, el que dice relación con el Caribe como territorio de migraciones. El énfasis estará puesto sobre los movimientos migratorios contemporáneos, principalmente aquellos en los que participan mujeres desplazándose hacia los Estados Unidos (como en el caso de las autoras cuyas obras son analizadas en este trabajo). Finalmente, se retoma el tema identitario desarrollado en el capítulo anterior pero esta vez centrado en las principales corrientes y movimientos caribeños que en distintos momentos del siglo XX se abocaron a la tarea de estudiar, reflexionar y escribir en torno a los procesos de configuración identitaria en sus territorios particulares y en la región en general.

1. El contexto histórico: el Caribe como *societal area*

I do not know if coffee and sugar are essential to the happiness of Europe, but I know well that these two products have accounted for the unhappiness of two great regions of the world: America has been depopulated as to have land on which to plant them; Africa has been depopulated so as to have the people to cultivate them.

Bernardin de Saint Pierre, 1773

La colección *General History of the Caribbean*, surgida a partir de un proyecto historiográfico impulsado por la UNESCO, se inicia con un prefacio encabezado por la

pregunta: “How should the Caribbean be defined?” (Mayor, 1997, p.vi). Esta pregunta aparece bajo distintas formulaciones en muchos de los textos que se ocupan de la historia, la literatura, la cultura y otros aspectos de la realidad caribeña. Esta preocupación reiterada por definir los alcances y límites de esta subregión del mundo expresa la falta de consenso sobre qué territorios deben ser considerados, y cuáles no, como caribeños.

Entre las principales opciones de delimitación de la región destacan la que considera como Caribe sólo los territorios insulares (las Antillas Mayores y Menores) y aquella que incluye bajo esa denominación a todos los territorios bañados por el mar Caribe. Esta segunda opción, que considera la Cuenca del Caribe como criterio para delimitar la región, es la preferida por la mayor parte de caribeñistas contemporáneos y es también la elegida por el autor del prefacio a la *General History of the Caribbean* como respuesta a la pregunta que él mismo planteara: “It [the Caribbean] is here understood as encompassing not only the islands but also the coastal part of South America, from Colombia to the Guyanas and the riverine zones of Central America, insofar as these parts of the mainland were the homes of people engaged from time to time in activities which linked their lives with those of people in the islands” (Mayor, 1997, p.vi).

Esta conceptualización de la región en tanto cuenca del Caribe (aún cuando tampoco en este caso existe un consenso claro en torno a cuáles territorios continentales incluir y cuales no en la definición),²⁴ actualmente parece estar precisando una nueva ampliación, debido a la importancia creciente que juegan interna y externamente las comunidades de caribeños asentadas en territorios metropolitanos, principalmente en Estados Unidos. La importancia que la dimensión diaspórica tiene en el imaginario de los que se quedan y los que se van, se expresa muy bien a través de formulaciones que identifican Nueva

²⁴ Por ejemplo, Knight (1989) define el Caribe como el territorio compuesto por las islas desde las Bahamas a Trinidad y los enclaves continentales de Belice, Guyana, Surinam y la Guyana Francesa. También hay quienes, como Rogozinski (1999), consideran que las islas y las zonas continentales constituyen regiones muy diversas, por lo que incluye bajo Caribe sólo el territorio insular.

York como un pueblo más de Puerto Rico (como en “La guagua Aérea” de Luis Rafael Sánchez) o en la creación imaginaria de un décimo distrito haitiano.²⁵ La incidencia que tienen los “dominicanos ausentes”, los nuyoricans, los haitianos de la diáspora etc., sobre la vida económica, política y cultural de sus sociedades de origen, justifica plenamente su explícita inclusión en las reflexiones en torno a las formas contemporáneas de la caribeñidad.

El Caribe es una de las regiones de la tierra con mayor grado de diversidad lingüística, racial, cultural y topográfica (James, 1999, p.2). Las sociedades indígenas caribeñas experimentaron una brutal transformación –que en muchos casos terminó en su total aniquilación- frente al impacto de las colonizaciones españolas, primero y, más de un siglo después, de las impulsadas por países europeos vecinos. En los siglos XVII y XVIII esta región se convirtió en el epicentro de la lucha entre España, Portugal, Francia, Inglaterra y Holanda por la primacía en el mercado y la política internacionales (Pizarro, 2002). En estas dos centurias, y principalmente en el S. XVIII, las colonias caribeñas se contaban entre las más importantes para el colonialismo europeo, debido a que la explotación de tierras y personas para la producción y comercialización de azúcar, café, algodón, tabaco y especias generaba ingentes riquezas individuales y nacionales (ver Knight, 1989). En el siglo decimonónico el Caribe era importante económicamente sólo para España, debido a que Cuba contribuía al tesoro nacional, y para EEUU, que cada vez expandía y consolidaba con más firmeza su hegemonía hemisférica.²⁶

²⁵ “My country, I felt, was something that was then being called the tenth department. Haiti has nine geographic departments and the tenth was the floating homeland, the ideological one, which joined all Haitians living in the *dyaspora*” (Danticat, 2001, p.xiv).

²⁶ La sistemática y continua intervención de los Estados Unidos en la vida económica y política del Caribe Hispánico (invasión de Cuba y Puerto Rico en 1898 que condujo a la anexión colonial de la segunda isla; invasión de República Dominicana en 1965 para evitar la asunción al gobierno de Juan Bosch, intento de derrocar el gobierno de Fidel Castro en 1961) se expandió hacia el Caribe anglófono a partir de los años 50 del siglo XX (el gobierno norteamericano intervino para impedir la constitución de la Guyana británica en 1953, presionando al gobierno inglés para que posponga la concesión de independencia hasta comienzos de los años 60. En 1983 Estados Unidos invadió Granada para sacar del poder a Maurice Bishop) (ver Knight, 1989).

Esta historia de múltiples presencias europeas explica que en la actualidad se hablen en la región cuatro lenguas metropolitanas (español, inglés, francés y holandés), además de las distintas lenguas criollas²⁷ surgidas del contacto entre los idiomas de los colonizadores y los de los esclavos africanos: creole (francés e inglés), papiamentu (Caribe neerlandés insular) y sranan (Surinam). Además, los gobiernos europeos impulsaron distintas formas de colonización e incentivaron la mantención de relaciones verticales entre las colonias y las metrópolis en desmedro de la relación horizontal entre los territorios caribeños.²⁸ Si bien con la descolonización de la mayor parte de las islas caribeñas, a partir de los años 60 del siglo XX, se han desplegado importantes esfuerzos por incentivar la integración regional, la mayoría de los caribeñistas concuerda en que ésta sigue siendo insuficiente.²⁹

Sin embargo, más allá de la evidente diversidad y fragmentación impuestas por sus complejas historias coloniales, los distintos territorios caribeños también comparten una apreciable cantidad de rasgos comunes. Ya en las crónicas y reportes de los primeros

²⁷ Las lenguas criollas o creoles “began to emerge by the end of the eighteenth century, enabling slaves from different tribes to communicate with each other in forms that varied from that of their masters. White children learnt this Creole from their nurses and, as the language of childhood, it infiltrated West Indian society as a whole” (James, 1999, p. 106).

²⁸ En una conversación sostenida con el escritor martiniqueño Edouard Glissant, el poeta de Barbados Kamau Brathwaite describe muy bien esta situación de desconexión entre las distintas islas caribeñas, que no se condice en absoluto con la distancia geográfica real que las separa: “If I would have lived on the island of St. Lucia in the year 1400, and wanted to visit Glissant in Martinique, I could go to the Morne above Castries, send a signal to him or his uncle, by a mirror or smoke-signal, to say to him: I am coming over that afternoon in a canoe. And we could plough into the waves at the right time and would no doubt safely arrive on the beach. Today, if I wish to get to Glissant from St. Lucia to Martinique, all I have to do is to take an ocean-liner from San Lucia to London across the channel to Calais and then take a French liner. Even the telephone goes that way. That is the distance that is part of the problem. It is not only linguistic or political; it is part of a whole communication compartmentalization (comparMENTALization) system” (Pfhaf-Rheinberger (ed.), 2005, pp. 123-124). También la narradora de Lucy relata esta distancia artificialmente impuesta desde las metrópolis a las islas caribeñas: “I once had a pen pal on a neighboring island, a French island, and even though I could see her island from mine, when we sent correspondence to each other it had to go to the ruler country, thousands of miles away, before reaching its destination” (Lucy, p.136).

²⁹ Después de la revolución cubana, el nuevo gobierno de la isla desarrolló una importante tarea tendiente a la mayor integración entre los distintos territorios caribeños. Sobre todo en el ámbito de la cultura, y en particular en el de la literatura, se generaron políticas que favorecieron la recepción por parte del público hispanohablante de las producciones del Caribe inglés y francés principalmente (traducción, formación de Casa del Caribe, etc).

conquistadores y viajeros europeos que recorrían las distintas colonias caribeñas, destaca el interés por determinar si en éstas predominaban los elementos comunes o eran más importantes las diferencias. La diversidad de diagnósticos da cuenta de la complejidad de la pregunta. Así, mientras el historiador inglés James Anthony Froude destaca en el siglo XIX la magnitud de las diferencias entre las principales ciudades del Caribe anglófono e hispánico, en el siglo XVII Père Labat se impresionó por las semejanzas que observaba a nivel de la cultura de los distintos territorios (a las cuales se refiere principalmente en términos de un ritmo común). Hoy en día, el eje unidad/diversidad y las polémicas entre posturas que resaltan la importancia de las fuerzas centrífugas o centrípetas en las configuraciones del imaginario antillano ocupan un lugar importante en los esfuerzos por definir la “caribeñidad” (ver Benítez Rojo, 1989, p.7).

Los términos unidad/diversidad no sólo son importantes para la caracterización de la relación de los distintos territorios caribeños entre sí, sino que también inciden sobre la construcción de las identidades culturales en cada uno de los territorios de la región. Stuart Hall propone pensar estas identidades en términos de su articulación alrededor del vector de similitud/continuidad y el de diferencia/ruptura. Estos vectores están permanentemente interactuando entre sí y, en su articulación dialógica, se constituyen como referentes centrales para la constitución de las identidades caribeñas. El vector de la unidad dice relación con el pasado común que comparte la población antillana; el de la diferencia recuerda que lo que unifica a todos los miembros de esa población es la experiencia de una profunda discontinuidad: “the peoples dragged into slavery, transportation, colonisation, migration, came predominantly from Africa –and when that supply ended, it was temporarily refreshed by indentured labor from the Asian subcontinent” (Hall, 1994, p.395).

Para dar cuenta de los factores que proporcionan un carácter común a las diversas tierras caribeñas, es necesario remontarse a los inicios de la historia moderna de la región. Esta comienza, brutalmente, con la llegada de Colón a lo que él creía que eran las Indias

Occidentales (este equívoco pervive en la designación actual del Caribe inglés y francés como “West Indies”) y la posterior colonización española de las Antillas Mayores y Tierra Firme (el territorio latinoamericano). La presencia europea en la región caribeña produjo el prácticamente total exterminio de la población aborigen, conformada por caribes, taínos, ciboneys y arawaks, debido a su utilización como fuerza de trabajo forzada y al contagio con enfermedades europeas.³⁰ Es importante tener conciencia de que el impacto de la colonización europea en el Caribe fue de una magnitud sin precedentes en la historia de la humanidad: “Unique among former colonial transformations, the Caribbean was transformed from its aboriginal condition and re-created into a remarkably different (...) region within two centuries after Columbus arrival” (Richardson, 1989, p.204). La transformación demográfica de las islas se dio de la mano de una total modificación del ecosistema, del cual desaparecieron muchas especies nativas ante la introducción de cultivos foráneos (principalmente la caña de azúcar).

Frente a la prácticamente total desaparición de la población indígena en el Caribe, los colonizadores recurrieron a la importación de esclavos africanos. Aproximadamente la mitad de los diez millones de africanos trasplantados al “nuevo mundo” durante la era esclavista, terminó radicado en alguna colonia caribeña. Su presencia ha jugado un rol fundamental como elemento unificador de las distintas regiones caribeñas y también incide en las diferencias que es posible reconocer entre ellas. También establecen patrones de continuidad y diferencia las posteriores “importaciones” de trabajadores desde otras regiones del mundo, las cuales buscaron paliar la disminución de mano de

³⁰ Algunas cifras permiten dar cuenta del fatal efecto de la presencia europea sobre las poblaciones aborígenes del Caribe: se calcula que en 1492 la isla La Española contaba con entre doscientos y trescientos mil indígenas; para el año 1514 esta población se había reducido a aproximadamente catorce mil personas. En 1548 difícilmente habrían habido más de 500 indios. En islas más apartadas e inicialmente ignoradas por los españoles, las culturas aborígenes resistieron más tiempo y en algunos lugares perviven asentamientos de estos grupos (la última guerra contra los caribes se libró en la isla St. Vincent en 1797 y en Dominica existe hoy en día un asentamiento de este grupo indígena). Actualmente Guyana y Belice son los países en los que se puede reconocer un mayor aporte de raíces culturales precolombinas (James, 1999, p. 2).

obra forzada que tuvo por consecuencia la abolición de la esclavitud.³¹ Sobre todo los territorios dedicados al cultivo de caña de azúcar –que requiere de inmensos contingentes de trabajadores- impulsaron una política de captación de trabajadores de origen asiático, principalmente de China, India y Java (la mayor parte de los indios fue a las colonias inglesas³² y a Surinam, los chinos fueron sobre todo a Cuba y los malayos se concentraron en Surinam; también llegaron a algunas islas portuguesas e irlandesas pobres). Estos nuevos pobladores de las Antillas fueron sometidos a condiciones de trabajo escasamente mejores que las sufridas por los esclavos negros.³³

Los complejos patrones de población en el Caribe se vieron determinados, en gran medida, por el establecimiento de la plantación³⁴ como estructura de producción en todas las islas caribeñas. Es por eso que Antonio Benítez Rojo (1989), siguiendo a

³¹ Algunas fechas oficiales (que demoraron mucho tiempo en ser reales) de la abolición de la esclavitud son: en el Caribe inglés entre 1833 y 1838; en Haití la abolición de la esclavitud se consolidó gracias a la gran revuelta de esclavos entre los años 1791 y 1804, la cual siguió al intento de Napoleón de reintroducir la esclavitud en las colonias francesas (lo cual sí logró en Martinica y Guadalupe, donde la esclavitud recién se abolió en 1848). Para el Caribe hispánico las fechas son: 1873 para Puerto Rico, 1886 para Cuba y 1822 para República Dominicana (fueron los haitianos quienes liberaron a los esclavos dominicanos cuando invadieron el territorio vecino).

³² Entre 1838 y 1917 casi medio millón de indios llegaron a trabajar a las plantaciones de caña de las Antillas Inglesas. En Surinam, Trinidad y Guyana constituyen actualmente la principal mayoría étnica. El escritor de Trinidad, V.S. Naipaul, premio Nobel de Literatura, se ha referido irónicamente al complejo proceso de configuración de identidades culturales para los antillanos provenientes de la India: “the West Indian East Indians became East Indian West Indians” (citado por James, 1999, p.2).

³³ Estos trabajadores llegaron al Caribe como “indentured servants”, que fue la misma modalidad utilizada para atraer a muchos de los primeros colonos europeos a la región. Un “indentured servant” era alguien que se comprometía a trabajar para otra persona o para alguna corporación a cambio de alojamiento, comida y del financiamiento de los costos del traslado al lugar de trabajo (frecuentemente otro país). Una vez finalizado el período estipulado por el contrato, que por lo general era de siete años, el trabajador quedaba libre para trabajar y desplazarse en forma autónoma. En la práctica, sin embargo, la devolución de lo adeudado por el trabajador se organizaba de tal manera que éste se mantuviera el mayor tiempo posible trabajando para el mismo empleador sin percibir ingresos.

³⁴ “Una plantación es una unidad de producción organizada que produce una sola materia prima de origen agrícola destinada a la exportación (o, al menos, a ser enviada fuera de la región) y que, por ende, es controlada por un mercado extranjero (o exterior), aun cuando la plantación propiamente dicha sea propiedad de una persona o grupo natural de la región; la plantación debe encontrarse en un país o una región que posea una estructura económica dependiente de carácter colonial o neocolonial; su eficiencia debe basarse en la economía de escala, explotando grandes regiones de tierra fértil (...); y, finalmente, debe usar principalmente mano de obra en masa y no especializada bajo la forma de esclavos, peones, hombres que trabajen para pagar deudas, o trabajadores con contrato, o una combinación de las diversas formas de proletariado agrario explotado. Además, para que una unidad de producción sea considerada una plantación debe poseer todas y cada una de estas características” (Moreno Fraginals, 1997, p. 153).

Sydney Mintz, propone considerar al Caribe como un *societal area*, cuya unidad se funda sobre los fenómenos socio-estructurales comunes. El Caribe fue modelado por Europa para la plantación y es el carácter repetitivo de este modo de producción el que da cuenta de las principales coincidencias históricas que se puede reconocer en los distintos territorios de la región (por ejemplo la ya mencionada introducción de esclavos africanos y posteriormente la de trabajadores asiáticos).

Las primeras plantaciones de caña fueron establecidas en La Española hacia 1520, como parte del esfuerzo por sobrevivir desplegado por los colonos que se quedaron en la isla (muchos colonos se habían marchado hacia los territorios de Tierra Firme en busca de riquezas que una isla ya sin oro ni indios no parecía capaz de ofrecer). Al poco tiempo, la Corona empezó a patrocinar activamente el cultivo de caña con préstamos a los colonos, moratorias de deudas, apoyo técnico y sobre todo, autorizando la creciente introducción de esclavos africanos. Si bien a lo largo del siglo XVI se fueron incrementando los ingenios y trapiches en La Española y también en otras colonias españolas como Cuba –lo cual le aportó importantes ingresos a La Corona-,³⁵ a inicios del XVII la fabricación de azúcar había dejado de ser un gran negocio en Las Antillas. Pese a que la bonanza azucarera en esta primera fase de plantación en La Española y otras colonias hispánicas duró poco tiempo, la introducción de este modo de producción determinó la aparición de ciertas constantes que alcanzarían su clímax más adelante con la expansión de la plantación a todo el Caribe. La introducción masiva de esclavos africanos, que, como tempranamente observó el Padre Bartolomé de Las Casas, morían mucho más rápidamente en las plantaciones que en cualquier otro tipo de trabajo; la concentración de la propiedad de los ingenios azucareros en manos de los funcionarios de la Corona y un estrecho círculo de la sociedad colonial, que conllevó la constitución de una oligarquía azucarera, o sacarocracia, que concentraba todo el poder económico,

³⁵ Como señala Benítez Rojo refiriéndose a la primera mitad del siglo XVI: “pronto el número de ingenios en La Española creció de tal manera que el famoso Alcázar de Toledo fue construido con el dinero recaudado mediante un impuesto sobre el azúcar que de la isla llegaba a Sevilla” (Benítez Rojo, 1989, p.11).

político y social; la gran dependencia que los productores de azúcar tenían con respecto a la metrópoli, sobre todo por la inmensa necesidad de esclavos que demandaban sus cultivos. Estos son los principales rasgos que aparecen tempranamente en las colonias hispánicas como consecuencia de la introducción del sistema de plantaciones (Benítez Rojo, 1989).

Sin embargo, no es posible hablar de la instalación de una política de plantación y de la estructuración en torno a ella de una sociedad de Plantación (Benítez Rojo habla de la Plantación, con mayúsculas, para referirse al tipo de sociedad que se estructura en torno al sistema productivo de la plantación) en el Caribe hispánico hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Para ese entonces, las colonias inglesas y francesas ya se habían convertido en verdaderas máquinas plantadoras. Si se considera que la plantación era un cultivo que requería grandes cantidades de buenas tierras, importaciones masivas de esclavos y todo un sistema de protección comercial, militar y administrativa (tanto para participar de la trata de esclavos, como para proteger las exportaciones del ataque de piratas y bucaneros) no es difícil entender la tendencia a que las islas de la región se convirtieran en monoproductoras de azúcar.³⁶ Esta tendencia se vio reforzada hacia finales del siglo XVII, en que el cultivo de caña volvió a reportar ingentes ganancias a los hacendados y gobiernos metropolitanos (debido sobre todo a la introducción de máquinas más modernas que abarataban los costos de producción, así como a la ampliación del mercado consumidor europeo).

La herencia cultural africana de estos esclavos y su destino brutal en las tierras a las que fueron trasladados, perviven en la memoria colectiva del Caribe contemporáneo en forma de núcleos simbólicos que también contribuyen a configurar una unidad de área. De acuerdo a Ana Pizarro, el primero de estos núcleos simbólicos está asociado a la

³⁶ La importancia de la plantación de azúcar en la historia del Caribe queda muy bien expresada por el uso de la expresión “revoluciones del azúcar” para referirse a las “series of interrelated changes that transformed the agriculture, demography, society, and culture of the Caribbean, as well as its politics and economy” (Knight, 1989, p.6).

memoria de la trata de esclavos y la esclavitud, el segundo a la memoria de la rebelión durante la esclavitud (que asumía formas que iban desde la lentificación del trabajo y la destrucción de herramientas para afectar la producción hasta la recuperación de la libertad a través del cimarronaje) y el tercero a la pervivencia del mundo religioso africano.

Además, la introducción masiva de esclavos africanos influyó notablemente en las formas de estructuración de las sociedades caribeñas, en las cuales la raza y el color fueron internalizados como indicadores de status y jerarquías sociales. La raza, el color y la condición legal (libre o esclavo) pasaron a determinar los sistemas de valoración y la posición social de los habitantes de las islas (ver Knight, 1997, pp. 275-276). El rol estructurante jugado por la raza en las sociedades caribeñas incluso conllevó una relajación de las divisiones fundadas sobre la diferencia de clases sociales entre los colonos europeos.³⁷

No obstante, pese a compartir estos núcleos simbólicos y una estructuración social fundada en las diferencias raciales, las distintas subregiones caribeñas también presentan importantes diferencias entre sí. Como señala Benítez Rojo, el estudio global de la región caribeña se ve dificultado por “su fragmentación, su inestabilidad, su recíproco aislamiento, su desarraigo, su complejidad cultural, su dispersa historiografía, su contingencia y su provisionalidad” (Benítez Rojo, 1989, p.ii). De acuerdo a este autor, considerar las características de los sistemas de plantación también permite una mejor comprensión de las raíces históricas de esta diversidad. Así, las diferencias que existieron entre las colonias del Caribe, y aun las que se perciben en la actualidad,

³⁷ El plantador jamaicano, Bryan Edwards, se refirió en 1793 a los cambios observados en las actitudes de los colonos europeos a partir de la introducción de esclavos negros: “The poorest white person seems to consider himself nearly on a level with the richest, and, emboldened by this idea approached his employer with extended hand, and a freedom, which in the countries of Europe, is seldom displayed by men in the lower orders of life towards their superiors. It is not difficult to trace the origin of this principle. It arises, without doubt, from the preeminence and distinction which is necessarily attached even to the complexion of a White Man, in a country where the complexion, generally speaking, distinguishes freedom from slavery” (citado por Knight, 1997, p.277).

proviene en gran medida de las distintas épocas en las que la plantación se generalizó en ellas. Estudiar el Caribe en forma global requiere tener en cuenta la forma escalonada en que se introdujo la plantación en los distintos territorios: la economía dominada por este modo de producción se impuso primero en Barbados (en el siglo XVII), luego en Saint-Domingue (que luego de la independencia recuperaría el nombre taíno de Haití y que a lo largo del siglo XVII fue la colonia más rica del mundo debido a la producción azucarera) y finalmente en Cuba (en el siglo XIX), por nombrar sólo los casos más importantes.

Si bien existe una correlación positiva entre el momento en que la plantación se establece como modo de producción hegemónico y la incidencia demográfica de la población negra (siendo ésta numérica y proporcionalmente superior en aquellas sociedades en que la plantación se instaló más tempranamente como monocultivo), esta relación se invierte cuando se considera el grado de participación de los componentes culturales africanos en la cultura de cada sociedad, es decir, lo que Benítez Rojo llama el grado de africanización de la cultura (Haití, Cuba y Jamaica, en ese orden, serían las culturas más africanizadas, y Barbados la de menor africanía)³⁸. Así, en aquellas sociedades, como la de Barbados, en que la plantación se instaló muy tempranamente, hubo una penetración cultural africana mucho menor que en culturas como la cubana,

³⁸ Belinda Edmonson señala que los poderes europeos aplicaron distintas estrategias para enfrentar la presencia de elementos africanos en las culturas de las islas: “In nineteenth century Cuba, African ethnic difference was often institutionalized in the government-sponsored cabildos, lodge-type associations where black slaves of different ethnic groups could congregate. Even as this meant that Cuba retained a high degree of African survivalisms, it also meant that black Cubans were prevented from seeing themselves as a group: they were not “black” but “Ashanti”, and so forth. Compare this to the British policy, which persecuted all African manifestations. The difference in the colonial vision of how to control the black population had inevitable consequences in how that population perceived its sense of black cultural identity” (Edmonson, 1999, pp.7-8). Esta cita es interesante para las discusiones que se desarrollaran más adelante en la tesis con respecto a temas de identidad étnica y cultural, ya que muestra cómo un mismo tipo de políticas puede tener, a la vez, dimensiones e interpretaciones positivas y negativas. En el caso del trato recibido por los africanos por parte de las autoridades cubanas, es posible afirmar que si bien favorecía la conservación de sus particularidades y diferencias culturales, también es cierto que dificultaba la integración de los negros como un grupo enfrentado a un poder opresor común. Por otro lado, la persecución indiscriminada de todo lo africano por las autoridades inglesas, actitud basada en una negación de las diferencias entre los distintos grupos de negros, tenía el efecto no buscado de favorecer el desarrollo de alianzas inter-étnicas.

donde hubo menos negros esclavos y cada vez más libertos y mulatos, con mayor capacidad de movimiento y posibilidades de entrar en situaciones de intercambio cultural:

(...) la menor o mayor africanía actual de las culturas insulares no se corresponde necesariamente con la importancia demográfica de la población negra, sino más bien puede explicarse por la época en que la máquina Plantación es puesta a funcionar. (...) En las condiciones de Plantación, a pesar del enorme porcentaje que alcanza el número de esclavos con respecto a la población total, el africano está reducido a vivir bajo un régimen carcelario de trabajo forzado, el cual obstaculiza sus posibilidades de influir culturalmente sobre la población europea y criolla. Más aún, vivía bajo un régimen deculturador que actuaba directamente contra su lengua, su religión y sus costumbres, pues las prácticas africanas eran miradas con sospecha y muchas de ellas estaban controladas o prohibidas. (...) En mi opinión, habría que concluir que el negro esclavo que llegó a alguna colonia caribeña antes de que la Plantación se organizara, contribuyó mucho más a africanizar la cultura criolla que el que arribó dentro de las grandes cargazonas típicas del auge de la Plantación (Ibíd., pp. 48-49).

Los diferentes momentos históricos en que la Plantación se estableció como sistema monopólico, así como las distintas formas de concebir la empresa colonizadora e imperial por parte de las metrópolis europeas, determinaron en buena medida las principales diferencias entre las colonias del Caribe hispánico, anglófono y francófono. Las colonias hispánicas fueron concebidas como territorios de asentamiento en los que se instalaron los colonos españoles; esto, ligado a la ya mencionada introducción tardía de la plantación como sistema monopólico, permitió una mayor interacción cultural entre los distintos grupos étnicos y raciales, lo que conllevó un temprano mestizaje así como al surgimiento de una élite criolla local. Por su parte, las sociedades del Caribe anglófono y francófono surgieron a partir de colonizaciones de enclave, cuyo fin

principal no era el establecimiento de colonos, sino la explotación de la tierra para la producción de caña de azúcar (la cual era procesada en la metrópolis, impidiendo también el surgimiento de una manufactura e industria locales). De esta manera, las colonias inglesas y francesas del siglo XIX se distinguían de las españolas por “(...) un menor grado de diversificación económica, un menor número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras (...)” (Ibíd., p.42).³⁹

Este recorrido panorámico por la historia de la región caribeña muestra cómo diversos procesos han delineado territorios diversos pero interrelacionados, en los que “el colonialismo exterminó las culturas aborígenes, impuso una economía de plantación basada en la esclavitud de hombres africanos, trajo a emigrantes asiáticos a los que aplicó nuevas formas de servidumbre” (Rodríguez, 1989, p.7). Posteriormente, la región continuará integrada y escindida a la vez por las formas en que desarrollaron sus esfuerzos independentistas, las luchas anticoloniales y sus relaciones de dependencia coloniales o neocoloniales con respecto a Europa y Estados Unidos. Actualmente coexisten en el Caribe estados independientes (Antigua, las Bahamas, Barbados, Belice, Cuba, Dominica, República Dominicana, Granada, Guyana, Haití, Jamaica, Santa Lucía, San Kitts-Nevis, San Vicente y las Granadinas, Surinam y Trinidad y Tobago) naciones con estados políticos ambiguos y excepcionales (es el caso de Puerto Rico como Estado Libre Asociado de Estados Unidos; de la Guyana Francesa, Martinica y Guadalupe en tanto Departamentos de Ultramar franceses; de las islas Saba, San Martin, San Eustasiu, Curazao, Bonaire y Araba como territorios autogobernados pero asociados a Holanda), y

³⁹ Algunos datos que permiten ilustrar estas diferencias entre las colonias hispánicas y las inglesas: en el Caribe hispánico las primeras universidades se fundaron en Santo Domingo en 1528 y en Cuba en 1728. El Caribe anglófono, por su parte hubo de esperar hasta 1949 para la apertura del University College of the West Indies en Jamaica (ver James, 1999).

regímenes directamente coloniales como el de Montserrat, Anguilla, las Islas Turk y Caicos y las Islas Vírgenes británicas.

2. Migraciones caribeñas

The indigenous Carib and Arawak Indians, living by their own lights long before the European adventure, gradually disappear in a blind, wild forest of blood. That mischievous gift, the sugar cane, is introduced, and a fantastic human migration moves to the New World of the Caribbean; deported crooks and criminals, defeated soldiers and Royalist gentlemen fleeing from Europe, slaves from the West Coast of Africa, East Indians, Chinese, Corsicans, and Portuguese. The list is always incomplete, but they all move and meet on an unfamiliar soil, in an unpredictable and infinite range of custom and endeavour, people in the most haphazard combinations, surrounded by memories of splendour and misery, the sad and dying kingdom of Sugar, a future full of promises. And always the sea!

George Lamming

2.1 Movimientos migratorios en la Cuenca del Caribe

El breve repaso de la historia general de la región caribeña presentado hasta acá permite hacerse una idea del importante rol jugado por los movimientos migratorios en la constitución de sus sociedades. Como vimos, a raíz del pronto y casi total despoblamiento de las islas de sus habitantes originarios, los colonizadores recurrieron a distintos mecanismos para proveerse de fuerza de trabajo: el de mayores y más trágicas implicancias se relaciona con la trata de esclavos africanos, pero también hubo trabajadores europeos contratados como *indentured servants*, y posteriormente,

llegarían, bajo una modalidad similar, habitantes del sudeste asiático. Las distintas posiciones ocupadas por los colonos de diverso origen social, geográfico, cultural muestra cómo la categoría de “blanco” –si bien ya lleva incorporada una situación de privilegio al ser contrapuesta a la de “negro”- no era en absoluto homogénea. El Caribe fue poblado tanto por blancos de diversos orígenes –con lenguas, religiones, sistemas culturales distintos- como por negros provenientes de distintas regiones de la costa Este de África y cuyas culturas también presentaban importantes diferencias entre sí. Las situaciones de contacto, encuentro y conflicto cultural fueron entonces muy complejas desde los inicios de la historia moderna del Caribe. Es por ello que el antropólogo cubano Fernando Ortiz se refiere al Caribe como uno de los territorios del mundo con mayor afluencia y tránsito multicultural, donde se producen lo más complejos procesos de migración y consiguiente transculturación.

Las emigraciones e inmigraciones constantes caracterizaron a las islas caribeñas desde los primeros tiempos de la colonización. La partida de colonos en masa ante promesas de prosperidad en otras tierras (sobre todo en México y Perú, territorios que atrajeron a muchos colonos empobrecidos de las Antillas Mayores); la partida de los españoles de Jamaica y la parte occidental de La Española (ambas todavía en manos de España) frente al acecho constante de corsarios y piratas ingleses y franceses; la huida de esclavos cimarrones al interior de las islas más grandes o a otras islas para buscar refugio fuera del alcance de sus antiguos amos:⁴⁰ estas son sólo algunas de las situaciones que impulsaron los primeros desplazamientos de distintos grupos e individuos entre las islas caribeñas y hacia el exterior.

Un aspecto central en la configuración del Caribe como territorio de migraciones, que tiene un carácter estructural vigente hasta nuestros días, es la radicalidad de las

⁴⁰ Sería muy interesante investigar con profundidad en qué medida perdura en el imaginario caribeño la asociación entre migración en forma de cimarronaje y obtención de libertad. Es posible suponer que el hecho de que el abandono del lugar de vivienda, trabajo y reclusión constituyera durante mucho tiempo la única posibilidad que tenían los esclavos para ser libres, haya tenido efectos en la forma en que se constituyó simbólicamente el tema de las migraciones en estas sociedades.

transformaciones impuestas por la colonización europea a la región. Como señalé anteriormente, las políticas colonialistas produjeron una calculada re-constitución demográfica y ecológica de los territorios antillanos. La imposición de monocultivos (principalmente de caña de azúcar) que requerían grandes extensiones de tierra, afectó la producción agrícola para consumo local, al punto que en muchas islas era necesario importar comida para poder alimentar a los esclavos. Las decisiones tomadas por los plantadores no respondían a las necesidades ni características ambientales locales, sino a las demandas y presiones de las metrópolis y los mercados europeos. Estas tempranas políticas productivas han dejado un legado de tierras dramáticamente erosionadas, las cuales escasamente pueden responder a las necesidades de sus habitantes. Debido a esto el factor ambiental también debe ser considerado como una de las presiones importantes para la emigración, la cual, como señala Richardson, siempre debe ser analizada tomando en cuenta la historia de la región.

It is appropriate that an understanding of Caribbean migration, a topic of immense contemporary significance, should depend so heavily on the past. The forced immigration into the region, which provided the Caribbean's "native" peoples, combined with the systematic alteration of the region's physical environment have produced local conditions with which the inhabitants subsequently have had to cope. One means of coping has been through individual and group mobility, which has brought hundreds of thousands of Caribbean peoples to the doorsteps of the colonial and neocolonial nations that have historically created the conditions encouraging these migrations in the first place (Richardson, 1989, p.227).

La asociación histórica entre cultivo de caña y trabajo esclavo, explica que, una vez abolida la esclavitud, la gran mayoría de los recién liberados se resistiera a seguir trabajando para los grandes plantadores. Estos, sin embargo, continuaban poseyendo la mayor parte de las tierras, así como el poder político necesario para influir sobre la emisión de leyes que reprimieran la movilidad de los ex-esclavos. De esta manera

buscaban asegurarse la continuidad de amplios contingentes de mano de obra a los que podían pagarle muy barato. Sobre todo en las islas de menor tamaño del Caribe inglés, en que quedaban muy pocas tierras para que los antiguos esclavos pudieran realizar alguna labor campesina, esta situación generó importantes flujos migratorios, semiclandestinos, hacia islas de la región con mayor disponibilidad agrícola o mejores condiciones de trabajo. A mediados del siglo XIX, Trinidad y la Guyana inglesa constituían los principales destinos de migración de los habitantes de las islas británicas. Uno de los aspectos remarcables de estos desplazamientos era su carácter no definitivo; existen diversos testimonios que hablan del retorno de los migrantes a su lugar de origen: “as early as 1854, colonial officials on Saint Kitts-Nevis reported that travelers had returned from Trinidad arrayed in “gaudy” and distinctive clothing. Successful Caribbean migrants of the mid-nineteenth century, interestingly, seem to have adorned themselves back home in modern, fashionable clothes they had purchased at their destinations” (Richardson, 1989, p.207). Esta observación es interesante en la medida en que sugiere que desde muy temprano la imagen del migrante que retorna triunfante a su tierra de origen fue abriéndose espacio en el imaginario caribeño.

La posición de dominio asumida por las Antillas Mayores en la producción de caña a partir de mediados del siglo XIX, se debió no sólo a las transformaciones técnicas y a las inyecciones de capital interno, sino también a la presencia del mercado de azúcar norteamericano. Las plantaciones azucareras del Caribe hispánico pasaron a depender cada vez más de los intereses y las políticas de Estados Unidos, iniciándose el siglo XX con un Caribe casi totalmente dominado por los intereses norteamericanos. En correspondencia, en este período el movimiento de miles de trabajadores caribeños a través de la región estuvo asociado casi exclusivamente a las demandas laborales norteamericanas. Una de las empresas que mayor movilidad migratoria imprimió a la región fue la construcción del Canal de Panamá, en la que participaron trabajadores de Jamaica, Barbados, Guadalupe, Martinica y otras islas más. Muchos caribeños murieron durante la construcción del Canal. Otros siguieron camino hacia el oeste, en busca de

nuevos trabajos en las nuevas plantaciones bananeras que los norteamericanos impusieron en Honduras y en la provincia de Limón en el oriente de Costa Rica. Cientos de colonos del Caribe anglófono participaron en el regimiento británico de las Indias Occidentales durante la Primera Guerra Mundial y lucharon contra los turcos en Palestina (ver Richardson, 1989). Muchos trabajadores de la caña caribeños vivían migrando permanentemente entre las distintas islas;⁴¹ otros se marchaban a Nueva York en busca de otros trabajos. En palabras de María Cristina Rodríguez: “Caribbean people have been migrating from countryside to city, from island to island, from island to metropole in search of a better life ever since sugar cane became the most marketable product in Europe and the Americas” (Rodríguez, 2005, p. 1).

Estas migraciones laborales intracaribeñas y hacia el exterior de la región, involucraban principalmente a hombres jóvenes debido al tipo de trabajo requerido. Se trataba, en la mayoría de los casos, de grandes obras o empresas que atraían inmensos contingentes de trabajadores de distintas regiones, los cuales permanecían en el lugar mientras duraba el proyecto para luego seguir desplazándose en busca de otras oportunidades de trabajo. Estos constantes flujos migratorios determinaron una composición demográfica típica de las sociedades de migrantes: sobre todo en las islas más pequeñas del Caribe tendía a haber muchas más mujeres, niños y viejos que hombres jóvenes y adultos. El carácter estacional de muchos de los trabajos que ocupaban a los migrantes, provocaba que en la época en que estos retornaban a sus islas de origen, solieran generarse situaciones de tensión social debido a la falta de recursos y de oportunidades de ocupación local. En períodos como la gran depresión de los años 30, que afectó enormemente a toda la región caribeña, los altos niveles de desempleo y pobreza se tradujeron en continuas y violentas protestas sociales. Las distintas situaciones de crisis que afectaron en varios

⁴¹ Las plantaciones modernas, introducidas en el Caribe hispánico de 1860 en adelante, requerían que grandes cantidades de caña llegaran a las centrales para ser procesadas. Esto implicaba que durante tres o cuatro meses al año se requiriera de grandes cantidades de trabajadores agrícolas (cortadores de caña) que eran despedidos después de la cosecha. Para poder sobrevivir, estos trabajadores se veían obligados a migrar entre distintas regiones y distintas islas, asumiendo siempre trabajos temporales, mal pagados y con un mínimo de beneficios sociales (Moreno Fraginals, 1997, p.156).

momentos del siglo XX la posibilidad de los caribeños de migrar al interior de la región y las consecuencias que esto tuvo sobre la vida social, política y económica de sus naciones, ponen en evidencia el carácter de válvula de escape de las migraciones frente a los graves problemas estructurales que afectan a muchas islas de la región.

La presencia europea en el Caribe no sólo alteró radicalmente la faz de la región al provocar el reemplazo de la población aborígen por grupos humanos procedentes de distintas partes del planeta, sino que también se tradujo en importantes desplazamientos de contingentes de caribeños hacia la metrópolis correspondiente. En las dos guerras mundiales del siglo XX, colonos del Caribe inglés y francés participaron en divisiones especiales de los ejércitos del poder colonizador correspondiente; asimismo, estos colonos asumieron posiciones administrativas y de supervisión en las colonias africanas. Una vez finalizada la Segunda Guerra mundial y ante la necesidad de reconstruir ciudades como París y Londres,⁴² se atrajeron hacia estos centros a aquellos trabajadores caribeños que se encontraban dentro de la órbita de poder del respectivo país europeo. Así, entre los años 50 y 60 llegaron a Francia numerosos trabajadores provenientes de Martinica y Guadalupe, a Inglaterra los del Caribe anglófono y a Holanda los originarios de Surinam y las Antillas holandesas. El Caribe hispánico tiene en este caso una situación distinta al de las otras colonias o ex colonias, no sólo debido a la más temprana independencia de sus países (o del cambio de poder colonial en el caso de Puerto Rico) y a que España no les otorgaba a sus habitantes ni la nacionalidad ni el derecho a la residencia (con lo que sí contaban los de las otras subregiones caribeñas), sino también a que España era en sí mismo, bajo el franquismo, un país emisor de trabajadores a los países más desarrollados de Europa. Por otra parte, los países de las Antillas Mayores tuvieron desde mucho más temprano una relación de dependencia neocolonial con

⁴²Después de la Segunda Guerra Mundial, los países europeos se vieron en la necesidad de atraer grandes cantidades de trabajadores para poder reconstruir sus ciudades y sus economías. A lo largo de la década del 50 y 60 llegaron grandes cantidades de inmigrantes; a inicios de los 70 la mayor parte de estos países decretó un freno a la inmigración y promovió políticas orientadas a incentivar la repatriación de los trabajadores extranjeros (Sassen, 1997).

respecto a los Estados Unidos, país que los invadió y sometió econonómicamente desde que empezó su carrera imperial.⁴³

Las migraciones hasta ahora mencionadas están relacionadas con el reclutamiento en empleos de baja paga de personas de escasos recursos y baja escolaridad. Existe, sin embargo, otra tradición de desplazamientos caribeños que lleva asociada un mayor grado de prestigio y selectividad. Se trata del viaje emprendido por los jóvenes – principalmente hombres- anglo- y franco- caribeños para continuar su formación formal e informal en las capitales metropolitanas. Esto era incentivado por los poderes coloniales que requerían de la conformación de una élite colonial asimilada a la cultura europea que actuara como mediadora entre sus instituciones y el pueblo colonizado.

El desplazamiento hacia la metrópolis era especialmente importante para los antillanos que querían desempeñarse como intelectuales y, sobre todo, como escritores. La partida de la isla natal se hacía imperativa para quienes buscaban educación y lecturas, y en especial para aquellos que querían ser publicados y buscaban un público lector más amplio y diverso (los altos grados de analfabetismo y la escasez de industrias editoriales locales hacían imposible cumplir este anhelo en la sociedad de origen).

Además de la objetiva necesidad de mudarse a la metrópolis para acceder a la industria editorial y a un público lector, los principales escritores de las Indias Occidentales han reflexionado abundantemente en torno a la importancia de la distancia impuesta por el exilio para llevar a cabo su labor.⁴⁴ Sobre todo los intelectuales caribeños residentes en

⁴³ Cuba y Puerto Rico fueron invadidas por EEUU en 1898. Puerto Rico fue anexo por Estados Unidos, mientras en Cuba se mantuvo la ocupación hasta 1902 para repetirse entre 1906 y 1908. Si bien la República Dominicana era nominalmente independiente desde 1844, los conflictos internos del país fueron la excusa para que en 1905 los Estados Unidos se adjudicaran la potestad de recaudar y administrar los derechos de aduana de la isla. En 1915, ante la posible elección de un gobierno no “favorable”, Estados Unidos invadió República Dominicana hasta 1924. En 1965 y ante la misma perspectiva, volvieron a ocupar la isla (Moreno Fragnals, 1997).

⁴⁴ Entre las principales obras escritas en el exilio londinense por antillanos anglófonos a mediados del siglo XX se cuentan varias que se ocupan explícitamente del tema del exilio y la alienación metropolitanas. Entre ellas destacan el conjunto de ensayos, *The pleasures of Exile* (1960) y la novela

las capitales metropolitanas hacia la segunda mitad del siglo XX, manifiestan una sensación de profunda alienación con respecto a su lugar de origen. Se sienten así viviendo un doble exilio: un exilio interno característico de la relación alienada del intelectual con su sociedad y uno externo derivado de su necesidad de partir a la metrópolis para poder tomar distancia del paisaje caribeño, con el fin de, eventualmente, poder reintegrarse a él. Otra dimensión de la condición de exiliado está relacionada con la percepción de la situación colonial como un estado de perpetuo exilio (George Lamming). Más adelante nos referiremos al gravitante rol jugado por la experiencia metropolitana en el marco de la constitución de movimientos identitarios a lo largo de todo el Caribe.

2.2 Migraciones caribeñas en el contexto de la globalización

A partir de los años 60 –en que se independizan la mayor parte de las colonias del Caribe anglófono⁴⁵- y especialmente con los desarrollos de la economía mundial en las últimas décadas del siglo XX, el eje que unía a las colonias caribeñas con las metrópolis europeas se desplaza hacia los Estados Unidos, país convertido en la nueva Meca de quienes buscan prosperidad económica (o simplemente poder sobrevivir)⁴⁶. En el caso del Caribe hispanico, las relaciones con Estados Unidos han sido históricamente

Emigrants (1954) de George Lamming, las novelas *Escape to an Autumn Pavement* (1960) y *The Adventures of Catullus Kelley* (1969) de Andrew Salkey, así como *The Lonely Londoners* (1956) de Samuel Selvon. Un antecedente importante en esta tradición es la novela *Banana Bottom* (1933) de Claude McKay, la que no fue escrita en la Jamaica de McKay sino en Nueva York, donde constituyó un importante aporte a la *Harlem Renaissance* (ver James, 1999, capítulo 7).

⁴⁵ Jamaica y Trinidad fueron las primeras islas del Caribe anglófono en independizarse (en 1962). Barbados y Guyana se independizaron en 1966; las Bahamas en 1973, Granada en 1974, Dominica en 1978, Antigua y Barbuda en 1981. Con la independencia de sus colonias y ante la masiva inmigración recibida en la primera mitad del siglo XX, Inglaterra promulgó un acta que restringía drásticamente el ingreso de habitantes del Caribe inglés a su territorio (Commonwealth Immigrants Act de 1962).

⁴⁶ Uno de los factores que favoreció el incremento de migrantes caribeños a Estados Unidos fue la promulgación, en 1965, del Acta de Inmigración norteamericana, la cual modificó el sistema de migración que favorecía la entrada de ciudadanos europeos. En la actualidad, el Caribe es la subregión del mundo que emite mayor cantidad de migrantes hacia Estados Unidos, en números absolutos y en proporción a la población de sus países. Los caribeños –sin México- son la tercera parte del total de inmigrantes en Estados Unidos. La diáspora del Gran Caribe representa un porcentaje de su población mayor que el de ninguna otra área del mundo: Cuba, República Dominicana y Haití: alrededor del 9% de la población; Jamaica y El Salvador: 18%, Barbados: 25% (Ver Rodríguez Chávez, 2001).

estrechas debido a su proximidad geográfica, a sus frecuentes intervenciones militares en la región y a la incorporación de las islas en la esfera de expansión de su economía. Si bien todos los territorios del Caribe hispánico tienen una historia previa de migración hacia Estados Unidos –recordemos a Martí y a otros luchadores por la independencia que se refugiaron en ese país a fines del XIX-, es sobre todo a partir de los años 40 y 50 del siglo XX que estos flujos empiezan a incluir a grandes porcentajes de la población caribeña. La frase del escritor puertorriqueño Ramos Otero, señalando a Nueva York como otra isla del Caribe, muestra hasta que punto esta ciudad puede ser considerada como una extensión geográfica, económica y simbólica del Caribe hispánico (ver Martínez-San Miguel, 2003). En general los migrantes provenientes de América Latina y el Caribe de habla hispana son considerados como “hispanics”, sin que se realicen muchos esfuerzos por reconocer y respetar las diferencias entre los distintos grupos nacionales. Por otra parte, este tratamiento indiferenciado de los migrantes que hablan castellano, ha favorecido en muchos casos el desarrollo de identidades y solidaridades colectivas que trascienden las delimitaciones impuestas por los distintos orígenes nacionales.

Hasta comienzos del siglo XX, Cuba era considerada más un territorio de inmigración que de emigración. Con la crisis mundial de 1929 a 1933, y el consecuente colapso de la producción azucarera, esta situación se revierte y por primera vez empieza a ser mayor el número de cubanos que deja la isla. El destino más elegido es Estados Unidos, a donde se dirigen sobre todo los miembros de las clases más desposeídas –en la que negros y mulatos son mayoría- para buscar trabajo principalmente en Nueva York y Nueva Jersey. A partir de 1959, con el triunfo de la revolución cubana, los patrones de emigración cambian, pasando a jugar el tema político un rol central⁴⁷. Mientras los cubanos que salieron de Cuba en los primeros años del gobierno de Fidel (sobre todo

⁴⁷ Entre 1959 y 1999 salieron de Cuba, por todas las vías posibles y hacia diferentes lugares del mundo, más de un millón setenta y nueve mil personas. Actualmente se calcula que viven en Estados Unidos aproximadamente un millón de cubanos, tres cuatros de los cuales se concentra en el área sur de Florida (ver Richardson, 1989, p.221).

entre 1959 y 1962) recibían automáticamente el estatuto de refugiados políticos y se autodefinían como exiliados, en el caso de las migraciones posteriores a los 90 las motivaciones y aspiraciones empiezan a diferenciarse, siendo menos exacerbado el factor político y más relevante el de orden económico y los deseos de reunificación familiar (Ver Aja Díaz, 2001).

En el caso de la República Dominicana, hubo escasa emigración en los años que duró la dictadura de Trujillo (1930-1961). La excepción la constituyen algunos miembros de las clases altas que llegaron a Estados Unidos como turistas, diplomáticos o en busca de asilo político. A partir de 1961, tras el asesinato de Trujillo, y sobre todo desde la invasión norteamericana de 1965 (destinada a evitar la asunción al mando del presidente electo Juan Bosch, debido a sus ideas socialistas y su cercanía al régimen de Fidel Castro), la tasa de emigración aumentó dramáticamente, llegando a vivir fuera de tierras dominicanas entre el 8 y el 9% de la población (Informe CEPAL, 2002). Los aproximadamente 350000 dominicanos residentes en Estados Unidos están en su gran mayoría concentrados en la ciudad de Nueva York. La experiencia dominico-norteamericana constituye un caso paradigmático de migración circular. Este patrón se caracteriza por un continuo ir y venir –no sólo de personas, sino también de bienes e información- principalmente entre las islas de La Española y Manhattan, donde los dominicanos constituyen el mayor grupo de inmigrantes (Suárez Orozco, 2001).

Puerto Rico representa un caso particular en el contexto de las naciones caribeñas y latinoamericanas debido al estatuto de Estado Libre Asociado (ELA) que ostenta desde 1952. Ya desde 1917, los puertorriqueños son oficialmente ciudadanos norteamericanos, por lo que pueden desplazarse libremente entre la isla y el continente. Pero el masivo éxodo de puertorriqueños al continente no puede ser atribuido simplemente a su libertad de ingreso, sino que se asocia, una vez más, a las actividades desplegadas por el gobierno norteamericano en su isla natal. La presencia militar norteamericana en Puerto Rico –que data de 1898- y su posterior injerencia en todos los niveles de la vida

nacional, se tradujo en una radical transformación de la estructura económica y social de la nación. Las compañías norteamericanas convirtieron gran parte del territorio en plantaciones azucareras, sumiendo en una profunda crisis a los hacendados y pequeños propietarios. En 1948, año en que se empieza a desplegar la principal ofensiva modernizadora en Puerto Rico (con el programa “manos a la obra” dirigido por el gobernador Muñoz Marín), se atraieron grandes inversiones de capital norteamericano y se propició la emigración hacia la metrópolis como una medida para frenar el acelerado crecimiento del desempleo. Desde 1970 hasta nuestros días, Puerto Rico vive una situación de crisis permanente, que se traduce en altos niveles de inflación y galopantes tasas de desempleo (un 40% de la fuerza de trabajo). Esta situación ha llevado a que en la actualidad aproximadamente dos millones de puertorriqueños residan en los Estados Unidos (ver Richardson, 1989, p.220). Pero pese a su condición de ciudadanos norteamericanos, en la práctica son percibidos y tratados por la población de Estados Unidos como un grupo más de “hispanos”, lo que se traduce en condiciones de vida y de empleo muy inferiores a las de sus conciudadanos.

Los destinos de inmigración para los haitianos varían en función de su situación socioeconómica de origen. Mientras Francia representa la meta para quienes provienen de las clases alta y media –por lo general estudiantes, profesionales, miembros del cuerpo diplomático, muchos de los cuales entran con el estatus de refugiados políticos-, la gran masa de haitianos pobres hace grandes esfuerzos por ingresar, legal o ilegalmente, a Canadá (en especial Québec), Estados Unidos, República Dominicana y las Bahamas. Desde 1972, los números de haitianos pobres que tratan de ingresar en precarias embarcaciones a Estados Unidos se encuentran en permanente incremento (en este país son llamados, despectivamente, “boat people”).

En el caso del Caribe inglés, si bien a lo largo del siglo XX hubo una constante migración hacia Estados Unidos, ésta sólo empieza a hacerse realmente importante y notoria a partir de 1965. La gran mayoría de los aproximadamente 600 000 antillanos

anglófonos que viven en los Estados Unidos están radicados en la ciudad de Nueva York, donde existe una importante comunidad jamaicana (sin embargo, hay que señalar que, en general, los caribeños de habla inglesa suelen ser tratados como jamaicanos aún cuando provengan de otras islas).

La migración como sistema estructurado

Es un lugar común en los discursos sobre movimientos migratorios –de legos y también de especialistas- el depositar la responsabilidad de la migración en los individuos particulares, así como el establecer una fácil ecuación entre subdesarrollo/pobreza y emigración. Se piensa que las personas migran debido a la pobreza, al estancamiento económico y la sobrepoblación de sus países de origen.⁴⁸ Sin embargo, diversos estudios demuestran que los deseos individuales de emigrar no constituyen una explicación adecuada ni suficiente para los movimientos migratorios,⁴⁹ aun cuando ciertamente es posible reconocer que los que se animan a dejar su país suelen compartir ciertos rasgos de personalidad como la audacia, el emprendimiento, la capacidad de asumir riesgos, etc. Tampoco la condición de pobreza general de un país –vista en forma aislada- permite comprender estos movimientos. De hecho, es muy pequeño el porcentaje de la población de las regiones más pobres del mundo que emigra realmente.

Para poder entender los desplazamientos particulares es necesario tomar en cuenta su integración en sistemas y estructuras de migración, las cuales determinan el alcance, la duración y la dirección geográfica de los movimientos migratorios. Estas estructuras, de las que participan los gobiernos, la economía, los medios y la población, se sustentan en

⁴⁸ Esto no significa que la sobrepoblación, la pobreza y el estancamiento económico no constituyan factores que favorecen la emigración. Ciertamente lo son, pero lo que interesa mostrar acá es que la correlación no es simple y que tales condiciones no bastan, por sí solas, para producir emigraciones de carácter masivo.

⁴⁹ No se trata únicamente de que esta explicación no se corresponda con la realidad. El principal problema es que las políticas inmigratorias de los países se rigen por el supuesto de que el individuo aislado es el único responsable de su traslado a otro territorio, por lo que se convierte en el sitio para el ejercicio de la autoridad del Estado. Según esta concepción, el país receptor es un agente pasivo, no implicado en el proceso de emigración y muchas veces construido como “víctima” del mismo.

gran medida en las relaciones entre el país emisor y el receptor y se pueden desarrollar de diversas maneras (Sassen, 1997).

El señalado incremento de las tasas de emigración en el Caribe se da en el contexto de la actual fase de profundización de las relaciones de globalización económica, la cual se inicia en los años 60-70 del siglo pasado. Saskia Sassen destaca que los actuales flujos migratorios deben ser considerados “como parte de los mismos procesos que integran el desarrollo de las finanzas globales y la circulación del capital” (Sassen, 2003, p.10).

Pienso que hay representaciones de la globalidad que no han sido reconocidas como tales o que son representaciones discutidas. Estas representaciones incluyen la inmigración y sus ambientes culturales asociados, a menudo agrupados bajo la noción de etnicidad. Aquello que aún narramos en el lenguaje de la inmigración y la etnicidad, diría, son en realidad una serie de procesos relacionados con la globalización de la actividad económica, de la actividad cultural y de la formación de la identidad. Demasiado a menudo, la inmigración y la etnicidad son constituidos como “otredades.” Entenderlas como una serie de procesos por los cuales los elementos globales son localizados, los mercados internacionales de trabajo son constituidos y las culturas de todo el mundo son desterritorializadas y reterritorializadas las coloca justo allí, en el centro, junto a la internacionalización del capital, como un aspecto fundamental de la globalización (Ibíd., p. 29).

Con respecto a las regiones del mundo que nos ocupan (el Caribe como territorio emisor y Estados Unidos como receptor de migrantes), Sassen muestra convincentemente cómo el papel central -militar, político y económico- que juega Estados Unidos en el desarrollo del actual sistema económico global, contribuye “tanto a la creación de potenciales emigrantes en el extranjero como a la formación de conexiones entre países industrializados y en desarrollo, que subsecuentemente servirían como puentes para la migración internacional” (Ibíd., p.67). Pero no necesariamente esos nuevos y potenciales

migrantes se crean porque la globalización afecte negativamente la situación económica de su país (lo que no significa que eso no suceda). Paradójicamente, las mismas medidas que el discurso político de los países desarrollados presenta como orientadas a disminuir las tasas de inmigración, pueden tener el efecto contrario. Un porcentaje importante de los que migran actualmente a Estados Unidos proviene de países en los que la inversión extranjera y el desarrollo de una industrialización orientada hacia la exportación lograron elevar considerablemente las tasas de crecimiento macroeconómico (tal es el caso, por ejemplo, de Corea del Sur y Taiwán).

En el Caribe y América Latina el crecimiento del flujo migratorio se observa tanto en países que atraviesan por períodos de expansión económica (Puerto Rico, México, Colombia, República Dominicana), como por procesos de estancamiento o retroceso económico, sujetos a no, a conflictos políticos (Haití y Centroamérica) (ver Rodríguez, 2001). Sin embargo, sabemos muy bien que no siempre el crecimiento macroeconómico de un país se traduce en una mejora en la calidad de vida de sus habitantes. En efecto, muchos de los países latinoamericanos que han logrado expandir su crecimiento económico en los últimos años, siguen presentando alarmantes cifras de desigualdad, pobreza, exclusión social, desempleo, entre otros. Por otra parte, en muchos de estos países las emigraciones masivas son un fenómeno de las últimas décadas del siglo XX, pero sus habitantes vivían en condiciones de pobreza desde hace mucho más tiempo. (¿Por qué entonces empiezan “inopinadamente” a migrar? Esa es la pregunta que busca responder Sassen a través de la consideración de las transformaciones estructurales impulsadas por la globalización económica).

En el Caribe, la inversión extranjera está orientada principalmente al sector de manufacturas para la exportación. Las maquilas –que configuran verdaderas zonas francas y tienen, según Sassen (2003), un efecto desnacionalizador en parte el territorio de los países en los que se instalan- absorben cantidades importantes de mano de obra, lo que afecta drásticamente las estructuras laborales tradicionales. Así, muchas personas

abandonan el mundo rural para trabajar en las nuevas zonas industriales; también se tiende a perder empleos en los sectores económicos orientados al mercado interno del país, que se ven afectados por estrategias de desarrollo que suelen orientarse casi exclusivamente hacia la exportación. Por otra parte, si bien la inversión en el sector exportador genera empleo, éste favorece –aunque sea con salarios bajos y bajo precarias condiciones- sólo a algunos sectores de la población: son principalmente las mujeres jóvenes las que encuentran trabajo en las nuevas manufacturas, lo que aumenta las tasas de desempleo entre los hombres. Los trabajadores del sector exportador que pierden su empleo -debido en la mayor parte de los casos a que las empresas contratan gente más joven o trasladan la producción a otros países- se ven confrontados a una situación de desarraigo de sus formas tradicionales de vida y a la falta de empleo en otros sectores de la economía. No les queda así mucho más opción que emigrar.

La inversión extranjera en la producción para la exportación no sólo erosiona las estructuras ocupacionales tradicionales, sino que también contribuye al desarrollo de vínculos económicos, ideológicos y culturales con los países centrales. Estos vínculos acercan a los trabajadores –y también a todo su entorno- a las formas y expectativas de vida de las sociedades más desarrolladas. Como señala Sassen, para los empleados en plantas ensambladoras, orientadas a prácticas y modos de pensar occidentales en su experiencia cotidiana en el trabajo, “la distancia entre la planta o la oficina *offshore* y un trabajo comparable en el país industrializado mismo está subjetivamente reducida” (Ibid, pp. 76-77).

También inciden sobre la creación de potenciales migrantes, las transformaciones estructurales que se están produciendo al interior de las sociedades receptoras, en este caso particularmente en Estados Unidos. Así, la modificación de la estructura ocupacional y de ingreso en este país –a su vez resultante de los procesos de internacionalización de la producción- ha resultado en la expansión de la oferta de trabajos de baja remuneración. La importancia del sector manufacturero ha decrecido,

mientras el sector servicios se ha visto robustecido con las nuevas tendencias de la economía. Esto ha derivado en el aumento de trabajos temporales y de tiempo parcial, así como en una general precarización de las condiciones de trabajo (en gran parte provocada por la reducción de las oportunidades de hacer carrera al interior de una misma empresa y por el debilitamiento generalizado de los sindicatos de trabajadores). Las nuevas características del mercado de trabajo norteamericano facilitan la absorción de la mano de obra del creciente número de inmigrantes, que se ocupa en empleos mal remunerados y manuales en el sector servicios y finanzas. Entre estas características se cuenta también la generación de puestos de trabajo muy bien pagados en bancos de inversión o empresas consultores. Es fácil colegir de esto que la estructura de ingresos en Estados Unidos se ha polarizado en las últimas décadas, existiendo cada vez menos puestos de ingreso medio (lo que significa el angostamiento de la franja ocupada por la clase media).

Todos estos procesos que internacionalmente están contribuyendo a la generación de numerosos flujos migratorios, encuentran en el Caribe un terreno especialmente fértil, tanto por las transformaciones económicas ya mencionadas como por la gran tradición de migración que tiene la región. La literatura y la producción ensayística del Caribe dan cuenta de un imaginario y de construcciones simbólicas fuertemente ligadas al tema de los desplazamientos territoriales. En tiempos recientes, este imaginario se ve reforzado por el hecho de que prácticamente todas las familias tienen por lo menos a uno de sus miembros viviendo en el exterior. La conformación de comunidades de migrantes en el exterior, por otra parte, contribuye a que los potenciales migrantes se animen a dar el paso: saben que encontrarán a su llegada a un grupo dispuesto a acogerlo y a orientarlos en su adaptación a la sociedad receptora. Por otra parte, la corta distancia geográfica que separa las islas caribeñas de los Estados Unidos, así como la disminución en las tarifas aéreas y la popularización y perfeccionamiento de los distintos medios de comunicación, hacen que la emigración aparezca cada vez más como una etapa reversible y que no implique, en ningún caso, la necesidad de romper los lazos con la familia y los amigos

en el lugar de origen. Más aún, los inmigrantes y las comunidades diaspóricas que conforman en el exterior, tienen cada vez mayor incidencia en la vida económica, política y cultural de sus países de origen. En efecto, la sustentabilidad económica de muchos países caribeños y centroamericanos depende del envío de remesas desde los Estados Unidos.⁵⁰ Sin embargo, como se verá en más de una oportunidad a partir del análisis de las novelas seleccionadas en este estudio, la relación entre las comunidades de caribeños de “aquí” y “allá” no es necesariamente fluida. Las acusaciones van y vienen y uno de los principales malestares expresados por los migrantes se refiere al hecho de sentir que su sociedad de origen les niega una identidad nacional que ellos no dejan de reclamar (y de cultivar).

La feminización de las migraciones

Además de la creciente importancia de los Estados Unidos como destino de migración para la mayor parte de los antillanos, los movimientos migratorios en la región también se han transformado en términos de su composición de género. De una emigración predominantemente masculina en la primera mitad del siglo XX, se pasa en las últimas décadas a un número creciente de mujeres viajando solas a las principales ciudades norteamericanas. Esto tiene un efecto importante sobre la configuración de las sociedades caribeñas, las cuales durante mucho tiempo se caracterizaron por una composición familiar centrada en torno a una figura materna presente y un padre

⁵⁰ Torres-Saillant se refiere en los siguientes términos a la importancia vital de las remesas para la economía dominicana: “El éxodo no sólo ha creado un respiro benéfico para la clase media y el Estado [en la medida en que los libera de las presiones que ejercería el inmenso contingente de desempleados si se quedara al interior del país]. También se ha convertido en un sostén económico principal de la economía nacional. El mismo desecho poblacional que fuera extirpado de la tierra natal aporta anualmente al país alrededor de 1200 millones de dólares por concepto de remesas, lo cual equivale a más de la mitad del presupuesto nacional. El aporte monetario de los dominicanos en el extranjero ha venido a amortiguar la caída de la industria azucarera y el fantasmagórico derroche de recursos causado por la corrupción administrativa. Las remesas superan el aporte que hacen a la economía el turismo y las zonas francas, las otras dos fuentes de ingresos principales. Se podría conjeturar que si los dominicanos residentes en el exterior detuvieran los envíos que hacen regularmente a sus familiares y allegados en la tierra natal, la economía nacional sencillamente se desplomaría” (Torres-Saillant, 1999, pp.40-41).

ausente. Los padres emigrados servían a su vez como modelos para los hijos que dejaban las islas natales una vez alcanzada la edad adulta.

Entre los factores que explican las crecientes tasas de emigración femenina, se cuenta la ya mencionada tendencia por parte de las empresas exportadoras a contratar mujeres jóvenes. Éstas son así las que más directamente experimentan el desarraigo de las tradiciones y estructuras de producción locales y las que más estrecho contacto establecen con la cultura y formas de organización de las sociedades más desarrolladas. Al quedar desempleadas, estas trabajadoras se enfrentan a grandes dificultades para reinsertarse laboralmente en su país, lo que amenaza su supervivencia y la de sus familias. Por otra parte, la creciente oferta de trabajos en el sector servicios norteamericano –el cual ocupa una importante proporción de mujeres- hace que la emigración aparezca como la mejor o la única alternativa para escapar a la pobreza. También incide sobre la decisión de migrar el hecho mismo de haber tenido una experiencia laboral y haber experimentado cierto nivel de autonomía gracias a la obtención de ingresos personales. Eso refuerza el sentimiento de las mujeres de que pueden salir adelante solas, incluso en otro país.

La experiencia metropolitana de las mujeres que migran suele profundizar los márgenes de libertad ganados a través del previo acceso al trabajo. También hay muchos casos de mujeres que acceden al trabajo e ingresos propios recién a partir de la experiencia migratoria. En ambos casos, la obtención de un salario contribuye a que las mujeres tengan mayor control sobre sus vidas y sus decisiones, a que puedan luchar por su espacio propio, “something very difficult to do even if you are professional and middle class in most Caribbean island societies.” (Rodríguez, 2005, p. 15). A nivel de las relaciones de género, aumenta la independencia de las mujeres con respecto a los hombres, de la mano de su capacidad para negociar el presupuesto, así como demandar un mayor apoyo masculino en las tareas domésticas. Las mujeres son también las principales mediadoras entre sus hogares y los servicios y otros recursos públicos, lo que

favorece el establecimiento de vínculos con algunos sectores de la sociedad de llegada. A través de su participación en las instituciones para la asistencia pública y privada y en la comunidad de migrantes de la que forman parte, muchas mujeres tienen más posibilidades de acceder a la esfera pública que en sus lugares de origen (Sassen, 2003). Las migraciones también inciden sobre la relación de padres y madres con sus hijos y el rol que éstos juegan en el escenario familiar. Los hijos e hijas suelen ser los primeros en aprender la lengua y muchos de los códigos de la sociedad de llegada, por lo que asumen el rol de intérpretes de sus progenitores. Esto repercute sobre las estructuras familiares más jerárquicas, permitiendo que los hijos asuman una posición menos subordinada. No son pocas las tensiones y conflictos asociados a estas transformaciones de las relaciones familiares, que generalmente chocan con la resistencia de los miembros que sienten cuestionados sus roles y poderes tradicionales.

Por otra parte, muchas de las novelas seleccionadas para esta tesis revelan la gran incidencia que tiene en la vida de las mujeres migrantes la confrontación de los valores más tradicionales de sus sociedades de origen con los más liberales de la sociedad norteamericana. La emigración permite tomar distancia de lo que en las condiciones de vida “normal” aparece como natural e inmutable. La organización de la vida social y la distribución de los roles en función del género pueden ser cuestionados en la medida en que se revela su carácter construido. Al ver que en la nueva sociedad las mujeres gozan de mayores derechos y prerrogativas, las migrantes se atreven a reclamarlos también para sí mismas⁵¹.

⁵¹ En distintos momentos de esta tesis sostengo que las novelas analizadas muestran a las mujeres migrantes como las encargadas de preservar la tradición y los códigos morales de las sociedades de origen. Esta imagen es construida principalmente cuando las narradoras o protagonistas llegan como niñas a Estados Unidos y se ven permanentemente escindidas y conflictuadas por los valores que les transmiten sus madres y los que reciben en su nuevo país. Sin embargo, esto no debiera ser considerado como una contradicción con respecto a lo afirmado en el texto principal. Por una parte da cuenta de la complejidad de los procesos vividos por las mujeres migrantes (nadie se libera de sus valores, creencias, tradiciones automáticamente, ni siquiera cuando estas contribuyen a cimentar y reproducir su situación de subordinación). Por otra parte, vista desde fuera de la óptica de las hijas y su propia lucha de liberación, la vida de estas mujeres (las madres) sí sufre importantes transformaciones a raíz de la migración. Se observa en las novelas las referidas ganancias en autonomía y libertad, así como también las pérdidas ocasionadas por el desarraigo y las continuas experiencias de discriminación.

Ninguno de los procesos reseñados es sencillo ni está exento de conflictos. La autonomía en lo privado se gana a través de luchas cotidianas y muchas veces es contestada con un aumento de las situaciones de violencia contra la mujer. Por otra parte, las mujeres migrantes suelen trabajar en condiciones de explotación y sus expectativas de salario son menores que las de sus contrapartes masculinos. Prácticamente no existen posibilidades de que las mujeres migrantes sean empleadas en el sector industrial o productivo de la economía, por lo que se mantienen ligadas al sector servicio –muchas a nivel doméstico- y a actividades informales. Las experiencias cotidianas de las mujeres migrantes, tanto en el trabajo como en sus demás relaciones con la sociedad receptora, suelen estar atravesadas por múltiples factores de discriminación. La sociedad receptora las segrega permanentemente en razón de su género, de su origen nacional, su clase social, su pertenencia étnica y sus características raciales.

3. Movimientos identitarios y emergencia de una literatura caribeña

El eje unidad/diversidad propuesto para acercarse al Caribe en tanto región, también puede ser productivo para abordar las distintas propuestas y proyectos de construcción identitaria desarrollados en las distintas épocas y zonas de la cuenca antillana. Así, mientras en el Caribe hispánico las reflexiones en torno a la identidad nacional y su rol en la construcción de naciones independientes datan del siglo XIX y se realizan en permanente diálogo con procesos latinoamericanos análogos (pensemos nomás en los aportes de Martí o De Hostos), en las subregiones anglófonas y francófonas éstas recién empiezan a gestarse en las primeras décadas del siglo XX. Estas diferencias también se observan a nivel de la producción literaria de las distintas regiones, siendo posible reconocer para la de habla hispánica una tradición mucho más temprana que para las de colonización inglesa y francesa. Es por ello que Ana Pizarro (2002) señala que en la

mayor parte de la región, la literatura como sistema en la acepción de Antonio Candido, se inicia recién en el siglo XX.

Las diferencias que separan a las distintas zonas lingüísticas del Caribe en términos de producción intelectual y literaria, se remontan históricamente a las diversas experiencias de colonización y descolonización de cada una de ellas. Con las excepciones de Haití dentro del Caribe francófono y de Puerto Rico en el hispánico (la primera por su temprana independencia en 1804, la segunda por su nunca resuelta situación colonial), la primera subregión en independizarse es la que estaba sometida a España, mientras la francófona sigue formando parte del estado francés, si bien bajo la figura de departamentos de ultramar. Como ya vimos, las colonias inglesas empiezan a independizarse en los años 60 del siglo XX, salvo algunas pequeñas islas que siguen bajo dominio británico. La naturaleza, radicalidad y los énfasis desarrollados por los movimientos identitarios en cada una de las zonas caribeñas, sólo pueden ser comprendidos si se toma en cuenta su situación con respecto a los poderes coloniales y neocoloniales.

Pese a las diferencias señaladas también existen continuidades y similitudes en los procesos de construcción identitaria de las distintas subregiones antillanas. Todas ellas se han visto en la necesidad de confrontarse a una común historia de desaparición de la población aborigen y con ello a la pérdida de la memoria de un pasado no determinado por la presencia europea. En el origen de todas las sociedades caribeñas encontramos entonces no una génesis asociada al territorio en el que se asientan, sino múltiples heridas provocadas por el trasplante forzado desde otros territorios. A la consideración de la inmensa heterogeneidad social y cultural resultante de la confluencia en un mismo lugar de grupos humanos provenientes de regiones muy distintas, hay que agregarle la dificultad de reconciliar las inmensas divisiones introducidas por una historia esclavista y una estructuración social sustentada sobre diferencias raciales. Así, más tarde o más temprano, con mayores o menores resistencias, todas las naciones caribeñas se han visto

interpeladas por la necesidad de elaborar su pasado esclavista y de repensar el rol que juega en su interior la herencia africana. Según George Lamming, también la experiencia de sujeción colonial requiere de especiales esfuerzos de elaboración, incluso hasta mucho después de su término formal. Es interesante destacar que hay momentos en esta historia identitaria del Caribe en que surgen, simultáneamente y sin que existan relaciones de influencia mutua evidente, voces aisladas o movimientos más organizados que buscan promover debates en torno a problemas centrales para la organización de la sociedad. Uno de esos problemas claramente está representado por el rol que se le concede al aporte negro en la cultura nacional. Movimientos como el negrismo en el Caribe hispánico y la negritud en el francófono y anglófono, que se dan en un contexto de emergencia del panafricanismo⁵² en diversas partes del mundo, constituyen claros esfuerzos por aportar nuevas visiones frente a este tema.

3.1 La experiencia colonial, el aporte africano y el lugar de la cultura

No es posible entender la génesis y el desarrollo de la reflexión identitaria en el Caribe sin tener en cuenta el temprano impacto que tuvo sobre la región la revolución haitiana de 1804. Ésta se desarrolló en pleno apogeo del sistema esclavista y en el interior de la más rica de las colonias del Nuevo Mundo. La constitución de Haití –nombre taíno elegido por los ex esclavos en reemplazo del colonial Saint Domingue- se convirtió en una verdadera pesadilla para los franceses y las otras naciones imperialistas que temían permanentemente que sus esclavos imitaran tan temido modelo. Los temores no eran

⁵² Los orígenes del panafricanismo se remontan a los movimientos de repatriación de negros de Martin Delany, Paul Cuffe y otros a mediados del siglo XIX. En el siglo XX el panafricanismo se desarrolló en dos frentes. Por un lado, a través de una serie de conferencias internacionales realizadas en Europa y en Estados Unidos entre 1900 y 1945, organizadas en su mayor parte por W.E.B. DuBois. Estas conferencias estaban orientadas sobre todo a la descolonización de África. De otro lado estaba el frente desarrollado a través de la formación de la Universal Negro Improvement Association (UNIA), liderada por Marcus Garvey. Este movimiento es uno de los principales pilares del panafricanismo moderno y ha jugado un rol importante como inspirador de otros movimientos de nacionalismo negro. El gran aporte del panafricanismo consiste en haber denunciado la relación entre las formas específicas de opresión que los negros enfrentan en varias sociedades del mundo entero con la explotación capitalista del continente africano. Los negros del mundo, unidos por su experiencia común de explotación y su identidad “negra”, conformarían una nación negra universal (ver Omi y Winant, 1986).

infundados: gracias a los haitianos, los esclavos del lado oriental de la isla (la actual República Dominicana) fueron liberados mucho antes que los de cualquier otra colonia. Pero, sobre todo, Haití instaló en el imaginario de la región que era posible vencer el dominio imperial y que los negros eran capaces de constituirse en una república y de gobernarse a sí mismos. En este proceso de constitución de una sociedad independiente, se desarrollaron en Haití importantes debates y reflexiones en torno a la relación entre la cultura, lengua e identidad haitianas y los modelos y lenguajes impuestos por la historia colonial.

La revolución haitiana inició una nueva etapa de nacionalismo anti-colonialista en la región, actuando a la vez como estímulo y freno de las aspiraciones autonómicas de las élites, sobre todo en el Caribe hispánico. Estímulo por encarnar la posibilidad de derrotar a un poder colonial, que era a su vez el objetivo por el que luchaban los movimientos independentistas en América Latina; freno por el temor que les generaba a los miembros de estas mismas élites que los negros de sus países pudieran seguir el ejemplo de los ex esclavos haitianos y reclamar su participación en el poder. El bloqueo al que fue sometido Haití por parte de los países occidentales, así como también los problemas y divisiones internas que se sucedieron luego de la independencia, también afectaron en alguna medida los anhelos independentistas de los países caribeños, aunque en países como Cuba y República Dominicana estos se fueron fortaleciendo cada vez más.

La producción literaria decimonónica del Caribe hispánico evidencia el esfuerzo por desarrollar una estética adecuada para expresar sus ideales de constitución nacional, entre los que se contaba el garantizar un ordenamiento social adecuado en términos de los lugares que debían ocupar los miembros de los distintos grupos en las nuevas naciones. Pese a las diferencias que se pueden encontrar entre las novelas fundacionales de la subregión, en todas ellas es posible reconocer el esfuerzo por construir una imagen de nación articulada en torno a los proyectos e intereses de las élites criollas. Estos

claramente no incluyen el cultivo de los elementos culturales de origen africano, los que más bien se busca neutralizar o “blanquear”.

Si bien en Cuba estas novelas se caracterizan por su participación en la causa abolicionista (se habla de la novela abolicionista cubana, que incluye desde *Petrona y Rosalia* de Felix Tanco Bosmeniel (1838), *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde (1838 y 1882), *Francisco* de Anselmo Suárez y Romero (1839), hasta *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1841) y *El negro Francisco* de Antonio Zambrana y Vásquez (1875)), presentando a nivel del contenido fuertes denuncias de las iniquidades asociadas a la esclavitud, en sus universos narrativos nunca les corresponde a los negros jugar papeles activos para mejorar su situación. La rebeldía de los esclavos no aparece en estas historias como un mecanismo legítimo para hacer frente a la explotación esclavista. Más bien, los negros son construidos como seres pasivos, resignados a su suerte y a la espera de que su situación mejore gracias a la acción de blancos de “buen corazón.”

La prédica abolicionista en estas novelas cubanas iba dirigida sobre todo a mostrar el efecto moralmente pernicioso de la esclavitud sobre los blancos. Las pocas veces en que el foco se ponía sobre los personajes esclavos, éstos eran representados en los mismos términos que los criollos blancos (se trata sobre todo de personajes negros que son elevados por sobre los demás gracias a sus virtudes y su lealtad y cercanía con el mundo blanco). Roberto Márquez señala que en la literatura cubana “the exploration of the many layers of Cuban society, revealing both a will to define its distinctiveness and the problematic centrality of the black –or mulatto- protagonist within it, did not preclude a posture that, except as they might be ‘bleached’ or made gradually to ‘disappear’, excluded the darker hues from any acceptable definition of Cuban nationality⁵³.” (Márquez, 1998, p.298) Si bien con la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y la

⁵³ En lo que sigue del texto Márquez cita a dos eminentes políticos cubanos de la época, el reformista liberal Domingo del Monte y el conservador José Antonio Saco. Según el primero “The task of all Cubans of hearts and of noble and sacred patriotism, ought to be, first, to end the slave trade, and then go on little by little to the supresión of slavery without convulsions and violence, and, in the end, to clean Cuba of the African race.”, y para Saco “Cuban nationality is formed by the white race” (Márquez, 1998, p.298).

abolición de facto de la esclavitud, surgen voces que aspiran a construir una nación cubana más inclusiva –entre éstas destaca, naturalmente, la de José Martí–, la población afrocubana ha constituido históricamente el grupo más marginado y empobrecido de esa sociedad.⁵⁴

En Puerto Rico y República Dominicana, la literatura que busca expresar las aspiraciones de autonomía y de constitución de una identidad nacional, optan por una estrategia de ‘blanqueamiento’ basada en la invisibilización de la presencia negra. *El Jíbaro* (1849, 1884) de Manuel A. Alonso, es considerado como el texto fundacional de la literatura puertorriqueña. Este libro está compuesto por una serie de escenas o viñetas costumbristas escritas en prosa y en verso, que aspiran a representar las costumbres de la isla, sobre todo aquellas asociadas al universo rural en el que habita el campesino puertorriqueño. Salvo por alguna breve e incidental aparición, no encuentran en el libro espacio de representación ni negros ni mulatos, los que son así excluidos de cualquier participación en la construcción de la imagen del puertorriqueño “típico”, es decir, el jíbaro. Con la invasión y colonización norteamericanas, el jíbaro pasará a encarnar la defensa más férrea de lo auténticamente puertorriqueño, cada vez más estrechamente asociado a todo aquello relacionado con la herencia tradicional española.

La obliteración del componente africano que lleva a cabo la novela considerada como fundadora de la literatura e identidad dominicanas –*Enriquillo* (1882) de Jesús Galván– expresa muy bien el temor de las élites criollas a ser anexados por Haití⁵⁵ y a ver totalmente africanizada su cultura. En *Enriquillo*, la dominicanidad se construye a partir de la confluencia de los aportes aborígenes y los españoles, pasándose totalmente por

⁵⁴ Incluso si pensamos en la revolución cubana, llama la atención la escasa presencia negra en las imágenes que de la misma se conocen en distintos lugares del mundo. Ni por las figuras emblemáticas de la revolución, ni por su iconografía, uno podría pensar en Cuba como un país con fuerte herencia africana.

⁵⁵ Durante toda la primera mitad del siglo XIX la República Dominicana vivió bajo la amenaza de las invasiones haitianas que aspiraban a unificar la isla bajo su dominio. En 1801 Toussaint Louverture invadió la parte oriental de la isla y proclamó la abolición de la esclavitud en territorio hispano. En 1822 el presidente haitiano Jean Pierre Boyer invadió la parte hispánica de la isla, la cual se mantuvo anexada a Haití hasta 1844.

alto la participación de los elementos de origen africano (pese a que, cuando se escribió la novela, prácticamente no quedaba ningún indígena y negros y mulatos constituían un importante porcentaje de la población). Como señala Márquez, esta unión simbólica aborígen-hispánica “proved a rather persuasive fusion. Dominicans, whatever their ethnic origin or color, could –would, and occasionally still would- identify themselves as descendants of Enriquillo and, hence, as in some sense ‘Indian’. Blacks of darker skinned mulattoes were, as a result of this double fiction, cast as ‘foreigners’, ‘Haitians’ or ceased effectively to exist” (Ibíd, p. 302).

Al igual que los personajes de la novela abolicionista cubana, y que el jíbaro elegido como emblema de la puertorriqueñidad, el Enriquillo de Galván representa ideológica y estéticamente el esfuerzo de las élites del Caribe hispánico por construir una imagen de nación integrada y armónica. Las diferencias culturales y raciales son abordadas desde una perspectiva que opera de forma similar a como lo hará la ideología del mestizaje en América Latina a partir de los años XX (ver capítulo anterior). Discursivamente, se destaca la importancia de lograr una síntesis o fusión a partir de los distintos componentes que constituyen la sociedad. Sin embargo, lo que se espera es que en este proceso lo blanco y occidental ejerza una clara hegemonía y que se logre imponer, ojalá hasta eliminarlo, sobre cualquier huella que remita a los desvalorizados orígenes africanos.

El creciente poder que Estados Unidos adquiere en la región caribeña desde la fecha clave de 1898 –año en que invade Cuba y Puerto Rico- va a repercutir también en la configuración de discursos identitarios y en la búsqueda de referentes con respecto a los cuales organizar los afanes de independencia o la vida de las jóvenes repúblicas. El dominio neocolonial norteamericano va a provocar mucho rechazo en un sector importante de la intelectualidad latinoamericana y del Caribe hispánico, la cual buscará alertar a sus sociedades del peligro representado por el materialismo, pragmatismo y afanes expansionistas del país del norte. En este contexto surge el *Ariel* (1898) del

uruguayo José Enrique Rodó –en el que el personaje shakesperiano Calibán aparece representando el materialismo norteamericano, mientras Ariel encarna el idealismo de los países latinos- y la protesta antiasimilacionista del puertorriqueño José de Diego (1866-1918). A inicios del siglo XX y siendo cada vez más evidente para puertorriqueños y cubanos que los norteamericanos no habían acudido sólo para liberarlos de los españoles –es decir, que tenían serias intenciones de mantener la ocupación de sus islas-, se profundiza la desconfianza frente a Estados Unidos y la tendencia a idealizar el aporte cultural ibérico. En Puerto Rico, la obra de Antonio S. Pedreira, y sobretodo *Insularismo* (1934), condensa ejemplarmente el esfuerzo de las elites criollas por ligar la construcción de la nación a paradigmas blancos, hispanófilos, profundamente católicos, que a nivel local estarían encarnados en la bucólica figura del jíbaro. El fuerte determinismo racial del clásico de Pedreira adquiere especial virulencia cuando se trata de las amenazas que la herencia africana supondría para la puertorriqueñidad.

El primer esfuerzo por rescatar la presencia negra en la cultura del Caribe hispánico y por desarrollar un discurso alternativo al hispanófilo conservador, surge en el marco del negrismo. Entre sus principales exponentes se cuentan el puertorriqueño Luis Palés Matós (1898-1959), los cubanos Ramón Guirao (1908-1949), Emilio Ballagas (1908-1954), José Z. Tallet (1893-1955) y el dominicano Manuel del Cabral (1907-1999). Estos poetas reconocieron y celebraron la vitalidad de los componentes africanos en la cultura popular de sus naciones, cuyas tradiciones orales se abocaron a recuperar y representar literariamente. Sin embargo, al igual que en el caso de la mayor parte del indigenismo latinoamericano de comienzos del siglo XX, el negrismo se caracterizó por desarrollar una mirada muy externa con respecto a su referente –es por eso que Antonio Cornejo Polar lo cita como otro ejemplo claro de literatura heterogénea. Muchos de los poemas de los autores mencionados –que en su gran mayoría son blancos- se caracterizan por establecer una distancia formal con respecto al mundo negro, el cual es retratado en modo pintoresco y exotizante. Probablemente uno de los mayores

problemas de este enfoque, y una de las causas de que el movimiento prácticamente desapareciera de la escena literaria hacia los años 40, fue haber ignorado las condiciones de vida reales de los negros caribeños cuya cultura supuestamente buscaban retratar. La excepcionalidad del poeta Nicolás Guillén (Cuba, 1902-1989) justamente radica en haberse podido identificar con los negros concretos y sus condiciones materiales de vida. De esta manera su poesía logra transmitir internamente tanto la cultura y los ritmos afrocubanos, como denunciar la situación de marginalidad en la que vivía la mayor parte de los negros de su país.

La hegemonía de los discursos que veían en el mestizaje el elemento fundante de las sociedades del Caribe hispánico y en el sincretismo la principal característica de la identidad nacional, explica que no se encuentren en el negrismo gestos de rechazo ni de cuestionamiento al aporte cultural de España. Este es uno de los aspectos que diferencia al negrismo hispánico de los movimientos de la negritud desarrollados en el Caribe anglófono y francófono. En estos, la crítica de la hegemonía cultural europea es mucho más radical, así como también lo son los esfuerzos por rescatar los aportes africanos. Su mayor rechazo hacia los componentes culturales metropolitanos se explica por la presencia directa de los colonizadores europeos en sus sociedades.

El movimiento de la negritud está asociado principalmente a la figura de Aimé Césaire, y representa el primer hito fundamental en el desarrollo de la cultura del Caribe francófono y anglófono en el siglo XX. Este movimiento impulsó en la región una serie de procesos de confrontación con y reconocimiento de la importancia de la herencia africana en la constitución de las sociedades de la región. Con el referente africano negado por su reducción a condición de herencia salvaje e innombrable, las sociedades caribeñas, durante toda su historia colonial –y también postcolonial-, se constituyeron en torno a discursos, modelos y proyectos europeos. Ahora bien, lo interesante y paradójico es que el primer paso hacia la revaloración de ese pasado africano por parte de los caribeños, se da a través de la mediación de la mirada de artistas europeos que, a

comienzos del siglo XX, descubren con entusiasmo el arte negro. Éste influenció la obra de pintores como Picasso, Braque, Matisse, Derain, Juan Gris, Vlaminck y Léger, de escritores como Apollinaire, Soupault, Moran, Gide, Tzara, entre otros. Las vanguardias europeas se dirigieron a las artes denominadas primitivas en busca de la espontaneidad y renovación estética que no encontraban en las producciones europeas tradicionales (ver Figueredo, 2002).

El encuentro de intelectuales y estudiantes del Caribe francófono con las propuestas de las vanguardias, así como con otros miembros de la diáspora africana, se vio favorecido por las políticas francesas que estimulaban la asimilación de los colonizados a su cultura⁵⁶. El martiniqueño Aimé Césaire partió en 1931 rumbo a París para terminar allá sus estudios superiores. Ahí se encontró con un ambiente artístico e intelectual revolucionado por las propuestas vanguardistas y la activa recepción de la obra de pensadores como Freud, Marx, Nietzsche y Heidegger. Sobre todo la ya mencionada búsqueda de modelos en el arte negro tiene que haber tenido un impacto considerable en quien hasta entonces había aprendido que sólo lo europeo era digno de imitación. Por otra parte, en París Césaire tuvo la oportunidad de relacionarse con negros antillanos, americanos y africanos, muchos de los cuales habían participado en movimientos que dieron lugar a la emergencia de una nueva conciencia negra. Entre los principales antecedentes de la negritud cesariana se cuentan las obras literarias y las enseñanzas de los participantes en el Renacimiento de Harlem⁵⁷ (los jamaquinos Marcus Garvey y Claude McKay y el afroamericano Langston Hughes), así como el desarrollo en Haití de fines de los años veinte de un creciente interés por el descubrimiento de las raíces africanas. Este movimiento, conocido como indigenismo haitiano y cuyo principal

⁵⁶ Michael Dash caracteriza en los siguientes términos la política educacional francesa en sus colonias: "One of the cultural peculiarities of the cultural politics of French colonialism is its emphasis on the elitist and hierarchical notion of culture. The French language and its acquisition by a select few, tellingly categorized as 'évolués', meant entry into an enlightened culture, a universal civilization that stood in stark contrast to the unenlightened, folk culture of the native population. Consequently, to belong to the 'francophone' world, the gift of francophonie, meant admission to a superior world" (Dash, 1995, pp.7-8).

⁵⁷ En su tesis escrita en París, Césaire analizó la obra de los escritores afro-americanos del Renacimiento de Harlem (ver Césaire, 2000).

exponente fue Jean Prince Mars con su obra *Ainsi parla l'oncle*, se articuló en torno a la oposición a la ocupación norteamericana que se prolongaría de 1915 a 1934.

El encuentro en París de africanos y antillanos francófonos funcionó como instancia catalizadora de una fuerte crítica al imperialismo francés. La política asimilacionista francesa, tuvo así consecuencias muy distintas a las planificadas (a ellas se dirige Césaire cuando reclama: “Acomódate yourself to me/ I won’t acomódate myself to you.” En París, el martiniqueño Césaire, el senegalés Senghor de Senegal, y el guyanés Damas, entre otros, formaron parte de un movimiento intelectual articulado en torno a la publicación de la revista *L’Etudiant noir*. En 1935, Césaire publicó en esta revista un tratado en contra de la asimilación, en el cual aparece por primera vez el término “negritud” (ver Kelley, 2000, p.12). Éste será retomado y ampliado por el autor en el *Cahier d’un retour au pays natal*, un extenso poema publicado en 1939, que puede ser considerado como una suerte de manifiesto del movimiento de la negritud. El sujeto de la enunciación reconstruye aquí su viaje de retorno a su isla natal luego de un largo exilio físico y espiritual y expresa su necesidad de volver a ser parte activa del desarrollo de su país sometido a una situación de opresión colonial. Ya de vuelta en Martinica en 1939, Césaire funda con su esposa, Suzanne Césaire y con otros intelectuales martiniqueños como Rene Ménéil y Lucie Thésee, la revista *Tropiques*, la que realizó notables aportes tanto al pensamiento surrealista radical como a la reflexión anticolonial.

El movimiento de la negritud cesariana constituye entonces un primer gran hito de resistencia a la opresión colonial francesa en África y en las Antillas y en general a la deshumanización del negro que sustentaba el proyecto imperial europeo. Durante mucho tiempo, Europa había utilizado la supuesta inferioridad y barbarie de los africanos para justificar la esclavitud, el sometimiento y la colonización de África. Ante esto, la

negritud busca rehabilitar la cultura negra, recuperar el orgullo y la ancestralidad de una raza a la que se intentó confinar a los márgenes de la humanidad.⁵⁸

Es importante destacar que la desvalorización eurocéntrica de lo negro, y en general del territorio y las realidades del mundo colonial, se desarrolló dentro de matrices discursivas modeladas sobre las relaciones de poder tradicionales que sometían la feminidad a la masculinidad. Lo negro y lo colonial fueron así construidos en términos de lo femenino que requería ser sometido al poder patriarcal. En efecto, en el discurso colonial se da un doble cruce que conlleva la “racialización” de las categorías de género y la “generización” de los discursos de dominación sustentados en la diferencia racial. La conocida expresión freudiana que refiere a la mujer como “el continente negro”, muestra cuán difundida estaba la asociación entre lo femenino y lo negro, entendido como lo misterioso, incognoscible, irracional. Debido a esto, la obra de los poetas e intelectuales de la negritud también expresa la importancia de enfrentar la emasculación a la que fueron sometidos por el proyecto imperial. La necesidad de reconstituir una masculinidad agraviada, tuvo también consecuencias sobre la escritura de mujeres y, en particular, sobre la expresión artística de mujeres negras. Éstas tuvieron muy poco espacio dentro del movimiento de la negritud, tanto a nivel de objetos de representación (Belinda Edmonson (1996) llama la atención sobre la casi total ausencia de mujeres negras en la literatura escrita por hombres caribeños) como en tanto productoras de sus propios discursos.

Muchas de las críticas que se le hicieron posteriormente al movimiento de la negritud están dirigidas contra su tendencia a atribuirle a “lo negro” un carácter esencial, ahistórico y universal. Al seguir pensando las razas como esencias, la negritud le haría el juego al pensamiento racista blanco, responsable precisamente de racializar las

⁵⁸ Poetas como León LaLeau de Haití y León Damas de Guyana, expresan en sus versos la lucha contra la asimilación y el posicionamiento activo como portavoces del componente africano: “This haunted heart that doesn’t fit/... the words of France/ This heart that comes to me from Senegal” o “they dare to/ treat me white/ though everything within me/ wants only to be black” (LaLeau y Damas, respectivamente, citados por Márquez, 1989, p. 315).

relaciones sociales y de poder. Por otra parte, en muchos de los exponentes de la negritud es posible reconocer la tendencia a simplemente invertir el signo con el cual se califica los supuestos atributos de los negros. Así, se acepta que los negros se caracterizan por su emocionalidad, impulsividad, sensualidad, etc., sólo que se las pasa a connotar positivamente.

Pensadores como Frantz Fanon, Walter Rodney y René Depestre critican la imagen mítica de África construida por el movimiento de la negritud, la cual tendría poco o nada que ver con la situación real del continente. El mismo Césaire reconocerá posteriormente que su primera aproximación al África fue libresca e idealizada.⁵⁹ Sin embargo, incluso los autores de las críticas más duras a este movimiento, suelen reconocer su importancia para que los negros africanos y de la diáspora accedieran a una imagen más positiva de sí mismos, algo muy importante para iniciar el necesario proceso de descolonización de sus mentes y su vida interior. Como señala Nelly, “Negritude turned out to be a miraculous weapon in the struggle to overthrow the ‘barbaric Negro’” (Nelly, 2000, p.22).

No obstante, una lectura detenida de la obra de Césaire revela a un pensador mucho más matizado y sutil de lo que hacen suponer las críticas esgrimidas contra su proyecto. Sobre todo el análisis presentado en *Discurso sobre el colonialismo*, libro publicado en 1950, contribuye notablemente a la comprensión del colonialismo en tanto proceso dialéctico que afecta tanto al colonizado como al colonizador. Césaire muestra aquí cómo la colonización termina por convertir en bárbaro a quien pretende jugar un rol civilizador. A través del uso del odio, la tortura, la violencia y el racismo, el colonizador termina por caer en los más bajos niveles de barbarie. El colonizado, por su parte, es construido como el “otro” del discurso europeo, como aquel que necesita ser civilizado

⁵⁹ En una entrevista concedida en 1971, Césaire afirma: “Creo que el África representó para mí, evidentemente, la vuelta a las fuentes, a la tierra de mis padres, por lo tanto una inmensa nostalgia y, por consiguiente, un lugar de realización. (...) Creo que no hubiera sido lo que soy sino hubiese conocido al África a mi manera, si no hubiese encontrado a los africanos. (...) Está claro que mi conocimiento del África era libresco, yo era tributario de lo que escribían los blancos” (citado por Figueredo, 2002, p.37).

y, por lo tanto, sometido y dominado. Lo peor, como muestra Césaire y después analizará con gran profundidad Fanon, es que en este proceso el colonizado es llevado a interiorizar su inferioridad, llegando a convertirse en un ser “cosificado”.

La larga historia europea de “cosificaciones” de otros a los que presuntamente se busca civilizar, constituye para el autor del *Discurso...* el más claro precedente de la emergencia del nazismo en Alemania. Para Césaire, el fascismo no es un fenómeno que hace su aparición espontánea en Europa con personajes como Hitler, sino que se expresa desde mucho antes en los discursos y prácticas europeas referidos a los “otros” de sus colonias. Hitler no es sino, para el poeta martiniqueño, el castigo que se autoinflinge Europa por las atrocidades cometidas en ultramar:

[I am driving] at this idea: that no one colonizes innocently, that no one colonizes with impunity either; that a nation which colonizes, that a civilization that justifies colonization –and therefore force- is already a sick civilization, a civilization which is morally diseased, which irresistibly, progressing from one consequence to another, one denial to another, calls for its Hitler, I mean its punishment (Césaire, 2000, p.39).

Si el nazismo hitleriano fue resistido en Europa y llevó a sus países a enfrentarse en una guerra de proporciones mundiales, fue debido a que empleó con europeos blancos los mismos procedimientos que históricamente habían sido utilizados contra los habitantes de sus colonias. Kelley destaca la filiación de estas ideas de Césaire con los planteamientos de intelectuales negros radicales como W.E.Dubois, C.L.E James, George Padmore y Oliver Cox, quienes “understood fascism not as some aberration from the march of progress, an unexpected right-wing turn, but a logical development of Western Civilization itself. They viewed fascism as a blood relative of slavery and imperialism, global systems rooted not only in capitalist political economy but racist ideologies that were already in place at the dawn of modernity” (Kelley, 2000, p.20).

La propuesta de Césaire para superar la doble situación de alienación del negro –por su raza y por su clase-, no pasa, como se afirma a veces, por un retorno a un África mítica suspendida en un pasado intemporal. Tampoco se trata, para el martiniqueño, de negar los valores y avances de la cultura europea, dentro de cuya tradición él mismo se formó. Él apuesta, más bien, por la construcción de una sociedad sin clases orientada hacia el futuro:

Once again, I systematically defend our old Negro civilizations: they were courteous civilizations.

So the real problem, you say, is to return to them. No, I repeat. We are not men for whom it is a question of “either-or”. For us, the problem is not to make a utopian and sterile attempt to repeat the past, but to go beyond. It is not a dead society that we want to revive. We leave that to those who go in for exoticism. Nor is it the present colonial society that we wish to prolong, the most putrid carrion that ever rotted under the sun. It is a new society that we must create, with the help of all our brother slaves, a society rich with all the productive power of modern times, warm with all the fraternity of olden days (Césaire, 2000, pp.51-52).

Frantz Fanon, también martiniqueño y brillante estudiante de Aimé Césaire, dedicó prácticamente toda su vida a reflexionar, escribir y actuar en pos del advenimiento de esa sociedad liberada del dominio colonial. Al igual que su maestro, aunque en forma más radical, Fanon vinculó siempre su reflexión intelectual a la praxis política, la que lo llevó a combatir en Argelia junto al Frente de Liberación Nacional.⁶⁰

⁶⁰ En realidad, Césaire fue mucho más radical en sus escritos poéticos y políticos que en su praxis concreta, en la que impulsó, por ejemplo, la departamentalización de Martinica (es decir, su conversión en Departamento de ultramar francés o DOM; más tarde el propio Césaire consideró que ésta no le había aportado a la isla los beneficios esperados). La generación que siguió a la de Césaire, conformada por intelectuales como Fanon y Glissant de Martinica, y Alexis y Depestre de Haití, se caracterizó por asumir un activismo más radical y arriesgado.

En *Piel negra, máscaras blancas*, publicada por primera vez en 1952, Fanon –psiquiatra de formación- muestra de qué forma interactúan los factores psicológicos y políticos en la configuración y consolidación de estructuras de dominio colonial. El autor muestra que la hegemonía no se impone sólo por las armas, sino que en gran medida se sostiene a través del control de la cultura y la vida interior de los colonizados. Los discursos europeos racistas no sólo han sido funcionales a la construcción discursiva de la colonización como una empresa “civilizadora” (lo que para Césaire no es más que una gran hipocresía), sino que han logrado inferiorizar al negro. El gran problema, y uno de los aspectos de la colonización más difíciles de enfrentar, es que, en el marco de una educación y una vida cultural dominada por los poderes coloniales, esa inferiorización pasa a ser interiorizada por los mismos negros. En este proceso de alienación de la población negra, los distintos medios de representación blancos juegan un rol fundamental, ya que a través de ellos los negros aprenden a ver el mundo y construirse como sujetos desde una perspectiva que no puede sino enajenarlos. Así, los negros antillanos desconocerían íntimamente que son negros, ya que desde muy temprano han aprendido a identificarse con personajes y cosmovisiones europeas. En este contexto, Fanon destaca la importancia de la experiencia metropolitana, a partir de la cual los caribeños se ven confrontados a la mirada de los europeos que sí los identifica con el continente africano.

Tomando en cuenta la situación de alienación e inferiorización en que han vivido los negros durante mucho tiempo, Fanon reconoce que el movimiento de la negritud jugó un rol importante al ayudar a los negros de la diáspora a ligarse a una matriz cultural que les permitiera unirse en la resistencia contra el discurso estigmatizador de los blancos. Sin embargo, él también se hace eco de las críticas al esencialismo, ahistoricismo y universalismo del movimiento, el cual implícitamente niega las diferencias reales que existen entre los negros y entre las distintas sociedades conformadas por ellos. Sobre todo, Fanon no ve en la negritud un verdadero camino de salida para la situación de alienación de los negros.

Para entender las alternativas de cambio planteadas por Fanon frente al diagnóstico que él mismo realiza, es importante tener en cuenta que produjo su obra en medio del fragor de las luchas independentistas que llevarían a la liberación de la mayor parte de las colonias del mundo a partir de 1960. En este contexto, Fanon está convencido de que la única solución para los problemas de los negros y de las sociedades colonizadas, consiste en enfrentar al poder opresor con el fin de constituir naciones independientes. Pero no se lo puede enfrentar en nombre de una construcción abstracta como “los negros”, o en base a una solidaridad continental o universal con personas que muchas veces sólo tienen en común la oposición a los blancos. Más que este universalismo abstracto, lo que se necesita es la acción conjunta de personas que comparten una misma historia de sujeción a un poder metropolitano concreto y que están dispuestas a reaccionar violentamente contra la violencia estructural de la colonización. La cultura juega en esta lucha por la soberanía un rol muy importante. Pero no se trata de ir al rescate de una cultura pasada, ni de la celebración de un folklore o unas tradiciones que hunden sus raíces en el tiempo precolonial. La cultura que defiende Fanon es la que se gesta en el mismo proceso de resistencia, la que lo moviliza y se va transformando en su devenir:

Creemos que la lucha organizada y consciente emprendida por un pueblo colonizado para restablecer la soberanía de la nación constituye la manifestación más plenamente cultural que existe. No es únicamente el triunfo de la lucha lo que da validez y vigor a la cultura, no hay amodorramiento de la cultura durante el combate. La lucha misma, en su desarrollo, en su proceso interno desarrolla las diferentes direcciones de la cultura y esboza otras nuevas. La lucha de liberación no restituye a la cultura nacional su valor y sus antiguos contornos. Esta lucha, que tiende a una redistribución fundamental de las relaciones entre los hombres, no puede dejar intactas ni las formas ni los contenidos culturales de ese pueblo.

Después de la lucha no sólo desaparece el colonialismo, sino que también desaparece el colonizado (Fanon, 2001, p.225).

Esta cita muestra el carácter dinámico y complejo que Fanon le atribuye a la cultura, la cual es analizada a lo largo de su obra como uno de los principales *locus* de resistencia al poder colonial. Por otra parte, para este autor la cultura sólo puede realizarse plenamente y constituirse en forma de expresión creativa en el contexto de una nación que se organiza en forma independiente. Lo interesante y muy destacable del pensamiento fanoniano, es que ve en esta autonomía y en el desarrollo de una verdadera conciencia nacional, una condición necesaria e ineludible para que la cultura nacional pueda recibir y aportar en su interacción con otras culturas: “La conciencia de sí no es cerrazón a la comunicación. La reflexión filosófica nos enseña, al contrario, que es su garantía. La conciencia nacional, que no es el nacionalismo, es la única que nos da dimensión internacional” (Ibíd., p.226).

3.2 Literatura e identidad en el Caribe anglófono

También en el Caribe inglés surgen, a lo largo del siglo XX, una serie de corrientes literarias e intelectuales que comparten la convicción de que sólo la descolonización y la consolidación de estados independientes permitirían la emergencia de literaturas más genuinas e identidades nacionales propias⁶¹. En las postrimerías de la primera guerra mundial, y debido a la situación de crisis en que ésta dejó a Europa, las antiguas metrópolis fueron perdiendo su rol de modelos únicos en torno a los cuales se debía articular las sociedades coloniales. Los intelectuales caribeños empezaron, así, a volcarse cada vez más hacia su propia región, esforzándose por conocer, descubrir y

⁶¹ En Jamaica los primeros autores que se esforzaron, a comienzos del siglo XX, por escribir en torno a temas relacionados con su isla y para un público local (Tom Redcam y De Lisser), no consideraban que la situación colonial fuera óbice para el desarrollo de una cultura propia. Sin embargo, su misma producción literaria, sustentada en gran medida sobre la reproducción de modelos y corrientes europeas, muestra cuán difícil es gestar una cultura autónoma en un contexto de dependencia política, económica e ideológica (ver Sanz, Ileana, 1987-1988).

representar sus particularidades y riquezas. En general, como señala Márquez, la producción literaria del siglo XX se caracteriza por una mayor aceptación e incluso valoración de la composición multiétnica de las sociedades caribeñas:

Where writers of the previous century typically regarded ethnocultural amalgamation (and its class associations) as something to be overcome or reluctantly tolerated, as an ‘exotic’ liability or, more benignly, as an unavoidable, strategic necessity, the facts –and forms– of creolization would now [in the 20th century] be pointed to in the context of a more positive vision of synthesis, on the one hand, and a heightened appreciation of the contributions of the African ancestor, on the other. It was the cultural complement and reflection of a more broadly based call for a radical change in the traditional social order (Márquez, 1989, p.309).

Las condiciones para que pudiera surgir un grupo de escritores e intelectuales críticos en el Caribe anglófono y francófono empezaron a gestarse a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La emancipación de los esclavos “broke the stranglehold that slavery had held over the society and its institutions, and it set free new forces and new energies” (Bonham, 1989, p.86). Si bien la rígida estructuración económica y social de las sociedades esclavistas no sufrió importantes transformaciones, en lo inmediato, con la abolición de la esclavitud, la liberación de esclavos y su huida de las plantaciones iniciaron lentos procesos de reconfiguración social. Los ex esclavos que conseguían subsistir lejos de los cañaverales, incidieron en la conformación y el crecimiento de nuevas comunidades y pueblos que empezaron a ejercer presiones sobre los recursos del estado. En pueblos y ciudades, los ex esclavos interactuaron con la incipiente clase media formada por propietarios, profesionales, pequeños negociantes, artesanos y profesores negros y mulatos. A través de la educación y del ejercicio de un rol mediador entre los trabajadores negros y los poderes coloniales y los plantadores blancos, esta clase media luchó por establecerse como un sector con legitimidad política y con la capacidad de representar a las masas de su país. La composición racial de este grupo

social, así como su posición intermedia entre los pocos blancos con poder y los muchos negros desposeídos, permiten comprender su mayor sensibilización frente a los problemas de segregación racial (ver Márquez, 1989).

La primera mitad del siglo XX fue una época de mucha convulsión política y social en el Caribe inglés. A inicios de siglo, en Jamaica, Marcus Garvey (1887-1940) participó e impulsó la fundación de sindicatos para luchar por mejores condiciones laborales para las explotadas masas negras. Su experiencia laboral en Costa Rica, donde interactuó con trabajadores provenientes de distintos lugares, así como sus viajes como periodista por todo el Caribe, le permitieron darse cuenta de que en todas partes los negros sufrían similares situaciones de discriminación. Garvey dedicó su vida a la lucha contra esta realidad. Con este propósito fundó en 1914 la UNIA (Universal Negro Improvement Association), asociación con la que se instaló poco después en Harlem, donde se transformó en el primer movimiento activista negro de carácter masivo. Las prédicas de Garvey, que resaltaban la dignidad y el orgullo de la raza negra, así como la importancia de que sus miembros pudieran retornar a la tierra de la que fueron arrancados (por lo que a partir de 1920 participó en las gestiones para que Liberia recibiera a negros de la diáspora), fueron retomadas en los años 30 por el movimiento Rastafari en Jamaica. Según Palmer (1989), este movimiento fue el primero en impugnar la ideología oficial jamaicana, según la cual en su territorio reinaría una gran armonía racial (el lema de la independencia de Jamaica se sustenta en esa percepción: “Out of many, one people”). Los rastafaris desarrollaron un nacionalismo negro radical y denunciaron activamente la situación de opresión y pobreza en la que vivía la mayoría negra en Jamaica. A partir de los años 50, este grupo radicalizó sus demandas de un retorno masivo a África, más específicamente a Etiopía, que representaba la tierra prometida en la que reinaba su profeta Haile Selassie (en realidad un terrible dictador).

Los numerosos sindicatos y uniones de trabajadores fundados en distintos territorios del Caribe inglés en las primeras décadas del siglo XX bajo el alero del pensamiento

marxista, constituyeron una importante base social para la articulación, en los años 50 y 60, de grupos de presión para lograr la independencia de Inglaterra. En ellos participaron, directa o indirectamente, muchos importantes escritores comprometidos con la creación de una cultura y literatura autónomas. Gran parte de ellos había participado y se había formado al interior de una serie de revistas literario-políticas publicadas por caribeños dentro y fuera de la región.⁶² Escritores como Edward Brathwaite y George Lamming de Barbados, Wilson Harris de Guyana, John Hearne, Roger Mais, Orlando Patterson, Eileen Bliss, Una Marson, Louise Bennett y V.S. Reid de Jamaica y C.L.R. James y Sam Selvon de Trinidad⁶³, entre otros, forman un grupo heterogéneo pero unido en su afán por desarrollar estéticas y lenguajes que les permitieran expresar desde dentro las realidades particulares de sus países, a cuya transformación aspiraban a contribuir.

Para los escritores del Caribe inglés –y en gran medida también para los del francófono-, el desarrollo de una voz literaria más autónoma muchas veces requería del establecimiento de un doble distanciamiento previo. Por una parte, estos autores sentían la necesidad de evaluar críticamente los modelos europeos adquiridos y asimilados a lo largo de su educación colonial. Cada vez más, estos modelos aparecían como insuficientes o inapropiados para dar cuenta de la particularidad de la experiencia caribeña. Por otra parte, estos autores debían luchar contra los criterios de valoración de

⁶² No sólo en el Caribe inglés, sino también en el francés y entre los grupos de caribeños que vivían en las metrópolis, las revistas literarias constituyeron un espacio privilegiado para la expresión y difusión de ideas y proyectos asociados a la emergencia de conciencias nacionales. Los nombres de las revistas más importantes son testimonio de este proceso: *Revue du monde noir* (1930), *Légitime Défense* (1932), *L'Étudiant Noir* (1934) y *Présence Africaine* (1947-) en París; *Tropiques* (1941-1945) en Martinica; *Trinidad* (1929) y *The Beacon* (1931-1933, 1939); *Bim* (1942-) en Barbados; *Focus* (1943, 1948, 1956, 1960, 1983) en Jamaica, *Kykoveral* (1945-1962) en Guyana; y *La Trouée* (1927), *La Revue Indigène* (1927-28), *Le Petit Impartial, journal de la Masse* (1927-1931), *Les Griots* (1938-40) y *La Ruche* (1946) en Haití (ver Márquez, 1989, pp.317-318).

⁶³ A estos nombres de escritores anglófonos habría que agregar los de los más representativos de sus colegas de las otras regiones caribeñas –el de Jacques Stéphen Alexis de Haití, Alejo Carpentier de Cuba, Edouard Glissant de Martinica, Pedro Mir de República Dominicana, Rosario Ferré, Ana Lydia Vega y Luis Rafael Sánchez de Puerto Rico, Simone Schwarz-Bart y Maryse Condé de Guadalupe-, para así dar cuenta de lo extraordinariamente prolífica y creativa que fue la segunda mitad del siglo XX para las Antillas.

la literatura imperante entre los círculos letrados de las sociedades coloniales, de los cuales ellos también formaban parte. De acuerdo a estos criterios, sólo eran valiosos aquellos escritores caribeños que conseguían crear obras de naturaleza universal, es decir, europea. Varios autores antillanos relatan cuán difícil les fue darse cuenta del carácter colonizador de semejante mandato, el cual en gran medida habían introyectado como consecuencia de su propia formación colonial. La tarea, entonces, consistía en aprender a valorar las manifestaciones artísticas relacionadas con la expresión de realidades, personajes y tradiciones locales; por otra parte, era importante adaptar el legado europeo a las propias necesidades expresivas.

We fail utterly to understand... why anyone should want to see Trinidad as a miniature *Paradiso*, where gravediggers speak like English M.P.'s.... The answer is obviously that the average ... writer regards his fellow-countrymen as his inferiors, an uninteresting people who are not worth his while. He genuinely feels (and by this, of course, asserts his own feeling of inferiority) that with his people as characters his stories would be worth nothing (Reinhard Sander, citado por Márquez, 1989, p.316).⁶⁴

Según Belinda Edmonson, estos escritores anglófonos nacionalistas, preocupados por encontrar una voz propia y por definir la identidad nacional de países que estaban alcanzando su independencia, no consiguen dejar totalmente de lado los moldes victorianos de su formación literaria. Se trata de una escritura que se despliega permanentemente tanto dentro como en contra de la tradición inglesa: “what is now recognized as West Indian oppositional discourse to Britain is still marked by a utilization of a specifically English vision of what constitutes intellectual production”

⁶⁴ Aimée Césaire considera que tanto Haití a inicios del siglo XIX como Martinica a lo largo del XX, presentan rasgos de bovarismo cultural, es decir de una actitud mimética con respecto a la cultura metropolitana. En una entrevista que le hace René Depestre, Césaire recuerda la anécdota de “a poor little Martinician pharmacist who passed the time writing poems and sonnets which he sent to literary contests, such as the Floral Games of Toulouse. He felt very proud when one of his poems won a prize. One day he told me that the judges hadn't even realized that his poems were written by a man of color. To put it in other words, his poetry was so impersonal that it made him proud. He was filled with pride by something I would have considered a crushing condemnation” (Césaire, 2000, p.89).

(Edmonson, 1999, p.5). Según esta concepción inglesa, la autoría literaria está reservada a los miembros de las clases medias y altas inglesas, y por lo tanto blancas; en otras palabras, para participar en forma legítima del medio intelectual era necesario ser un “gentleman”. Por lo tanto, para los negros de las colonias que querían ser reconocidos como intelectuales era necesario acceder y desarrollar formas discursivas que los ubicaran como parte del reino de los “gentlemen” ingleses. Estas concepciones eminentemente masculinas de la autoría dejaban poco espacio para el desarrollo de una escritura de mujeres, la cual, según Edmonson (1999), va a necesitar de discursos legitimadores y antecesores distintos a los enarbolados por los escritores hombres. En efecto, la primera generación de escritores nacionalistas del Caribe anglófono constituye un movimiento eminentemente masculino. Como procuraré mostrar a lo largo de esta tesis, la escritura de mujeres recibe un mayor impulso de la experiencia migratoria a los Estados Unidos y el “descubrimiento” de una tradición de escritura de mujeres afroamericanas.

3.3 Experiencias metropolitanas e integración regional

Al igual que en el caso del Caribe francés, la continuación de los estudios en la metrópolis inglesa constituía un hito muy importante en la formación de los miembros de las élites coloniales. En la década de los 50, Londres fue el escenario en el que se dieron encuentro y dieron a conocer su obra un importante número de autores antillanos: “This historical fact is that the ‘emergence’ of a dozen or so novelists in the British Caribbean with some fifty books to their credit or disgrace, and all published between 1948 and 1958, is in the nature of a phenomenon.” (Lamming, 1960, p.29). Muchas de estas obras ofrecen testimonio de la importancia de la experiencia metropolitana para el descubrimiento de la antillanidad de sus autores. Estos por primera vez se vieron tratados en forma genérica como “West Indians”, sin que el origen particular fuera considerado relevante para la mirada inglesa.

El encuentro londinense de caribeños de las distintas islas del Caribe anglófono, estimuló un reconocimiento y un trabajo conjunto sin precedentes en la historia de la subregión. El programa de la BBC, *Caribbean Voices*, transmitido desde Londres a todas las islas de las Antillas inglesas, fue a partir de 1946 un importante punto de encuentro para los escritores emigrados. A través de este programa, ellos permanecían en contacto con sus islas de origen, ante las que exponían sus ideas y avances literarios. Para James, esto jugó un rol importante para que los autores se encontraran con las tradiciones orales de sus lugares de origen:

Although there was some editing, *Caribbean Voices* was spoken, and by West Indians, breaking down the barrier between print and the popular oral tradition at a time when writers were beginning to challenge the colonial linguistic models. It linked the Caribbean with its emigrants and forged a common identity between the islands themselves” (James, 1999, p.93, cursivas en el original).

En la obra desarrollada por los autores emigrados en Londres, destacan tanto las reflexiones en torno a lo que significa la experiencia de vivir fuera de la isla natal y verse confrontados a la dura vida metropolitana, como el interés por representar literariamente la vida de los sectores desfavorecidos de las sociedades de origen. Los esfuerzos nacionalistas por crear una literatura en la que tengan cabida las experiencias silenciadas de la vida antillana, así como por dotar de un origen y una historia nacional a sus países, se dan en una atmósfera internacional sumamente encendida. Fanon es activamente leído y discutido en los círculos antillanos de Londres, donde se sigue con atención las luchas descolonizadoras que se libran en África, así como las protestas que se desarrollan en el Caribe. Desde Estados Unidos llegan las reivindicaciones de los activistas de los movimientos por los derechos civiles y en particular la prédica de Martin Luther King –quien visitó Londres en 1964- y los afroamericanos.

En este contexto se funda en Londres en 1966 el ‘Caribbean Artists Movement’ o CAM, que a lo largo de dos décadas aportó notablemente a la integración de las distintas islas caribeñas. El CAM publicaba un boletín informativo (*Newsletter*) y entre 1970 y 1989 una revista llamada *Savacou*. En las contribuciones aparecidas en estos medios destaca el empeño por desarrollar una mirada propia para dar a conocer y comprender las culturas caribeñas, tomando en cuenta su historia, configuración social, realidad educativa, producción literaria, artística, folklórica y actividad editorial. El movimiento destacaba la importancia de desarrollar una mirada pancaribeña para fortalecer las posibilidades de autonomía y autogobierno de los países de la región (ver James, 1999).

También al interior del Caribe se desarrollaron, a partir de los años 60, importantes esfuerzos por fomentar la integración regional. La conciencia epocal de que era necesario conquistar la autonomía política y cultural para poder dar luz a una escritura realmente propia, recibió un impulso considerable con el triunfo de la revolución cubana en 1959. El rechazo radical por parte del nuevo gobierno cubano de los acuerdos neocoloniales que regían la vida de los países caribeños y sus relaciones con los antiguos y nuevos poderes metropolitanos, infundió nuevas energías a los movimientos anticoloniales del archipiélago. La revolución cubana, por otra parte, también contribuyó notablemente a la articulación cultural del área:

Like the Haitian Revolution before it, the revolution in Cuba also gave a new dimension and vitality to the cultural articulation of the area. It stimulated a growing confidence in the region’s capacity to achieve a genuine independence as well as in the value and necessity of relying on one’s own reservoir of native resources, courage, and imagination as the only sure guarantee of that independence. One of its real achievements was, precisely, the inauguration of what amounted to a cultural renaissance, an enthusiastic, multifaceted blossoming of cultural and intellectual activity. Extending the compass of their vision and the commitments of their publication programs to include the nonhispanophone areas of the region,

institutions like Casa de las Américas also gave renewed vigor and currency to a Pan-Caribbean outlook that the collapse of the West Indies Federation and a long tradition of mutual isolation between and among imperial regions had prevented from emerging more forcefully (Márquez, 1989, pp.333-334).

La inauguración en Guyana, en 1972, de la primera Carifesta, un masivo festival artístico que congregó a miles de delegados provenientes de los distintos territorios caribeños, expresa también el interés por estrechar los lazos horizontales al interior del archipiélago. Las reflexiones intelectuales producidas en el Caribe en este contexto también se orientan, en gran medida, a repensar la caribeñidad o antillanidad. La escritora de Guadalupe, Maryse Condé, describe la antillanidad como una segunda fase con respecto a la representada por el movimiento de la negritud⁶⁵. Asimismo, para el martiniqueño Edouard Glissant, este nuevo concepto surge como respuesta a las generalizaciones realizadas por el movimiento de la negritud, el cual reconocía más similitudes entre los negros del África y de la diáspora, que entre los habitantes de los territorios caribeños. Para Glissant, el movimiento liderado por Césaire constituyó un necesario *détour* o “desvío” que apelaba a otro lugar, el África, como fuente de raíces que permitieran rehabilitar la desprestigiada imagen del negro. A este *détour* de los orígenes, se suma el metropolitano, que como ya hemos mencionado también juega un rol importante en los procesos de descubrimiento y construcción identitarios de los intelectuales caribeños. Frente a estos dos movimientos de desvío, Glissant destaca la importancia de un *retour* que rescate lo “real antillano”. En *Le discours antillais*, el fortalecimiento de los lazos culturales y políticos intra-caribeños aparece como un camino para llevar a Martinica, y a los departamentos franceses de ultramar en general, hacia una situación de independencia con respecto a la metrópolis: “The notion of

⁶⁵ “Negritude in the Antilles was a total, passionate, blind, refusal, born of the assumption of an acute awareness of the condition of being an exploited person, economically and culturally underdeveloped. The Antillanité we want to oppose to it, is no more than the second phase: that in which, after total refusal, the Antillean creates out of his complex inheritance and strives to express it in every one of its forms” (Condé, citada por Márquez, 1989, p.319).

Caribbean unity is a form of cultural self-discovery. It fixes us in the truth of our existence, it forms part of the struggle for self-liberation” (Glissant, 1989, p.8).

Por otra parte, el retorno a la realidad antillana constituye una condición necesaria para el desarrollo de lenguajes y estilos que desplieguen una mirada interna para abordar las experiencias de los pueblos caribeños. En este contexto, los autores se encuentran abocados a un ejercicio permanente por hacer consistente “aquello que dicen” y “cómo lo dicen”, es decir, por armonizar las formas de expresión y contenido utilizadas. Glissant desarrolla así el concepto de “oralitura”, para dar cuenta de la emergencia de un espacio en el que se encuentran las tradiciones orales y las escritas, que históricamente habían sufrido una separación jerárquica.

La figura de Edouard Glissant resulta interesante para pensar las direcciones que caracterizan actualmente a un sector importante de la reflexión identitaria en el Caribe. Este territorio, caracterizado por experiencias de mucha fragmentación, dislocación y pluralidad, en las últimas décadas ha sido “descubierto” por pensadores de la postmodernidad –generalmente europeos y norteamericanos- como un “laboratorio natural” de hibridaciones, descentramientos y procesos de flujo constante. Muchos pensadores caribeños, a su vez, han tomado conceptos de la teoría postmoderna para aproximarse a la compleja realidad de su región. Sin embargo, y aquí la referencia a Glissant es central, esta apropiación de conceptos post metropolitanos no se da en forma automática ni acrítica, sino con una clara conciencia de la necesidad de adaptarlos a las problemáticas reales de la propia realidad. En muchos casos, estas adaptaciones terminan por subvertir desde dentro los conceptos apropiados. Dos ejemplos concretos permiten ilustrar este proceso. Por una parte, la obra de Glissant pareciera inscribirse dentro de lo que se denomina como “la crisis del sujeto”, que constituye uno de los pilares del pensamiento postmoderno. Pero, si bien este autor martiniqueño efectivamente busca desmitificar las nociones de autoría y las relaciones de filiación intelectual que reproducen las formas de autoridad paternal, su propuesta teórico-

artística en realidad apunta hacia el rescate de un sujeto colectivo (él desarrolla la novela del “nosotros”) y la construcción de una identidad martiniqueña y antillana que destaca la importancia de la nación, como Derek Walcott, al afirmar: *I and We/Either I am nobody or I am a nation* (citado por Glissant, 1989, p.xii). Glissant advierte contra el peligro de que la celebración de la muerte del sujeto, termine por dejar sin voz al antiguo colonizado, quien actualmente debe asumirse como constructor de su propia narrativa. Esta, en la perspectiva de Glissant, no tiene por qué imitar el modelo burgués que impuso una voz narrativa monológica, sino que debe abrir espacio para la emergencia de las voces del sujeto colectivo antillano. Un segundo ejemplo de apropiación resistente del discurso postmoderno la proporciona el jamaicano Michael Dash, quien ha traducido al inglés parte importante de la obra de Glissant, a quien además le ha dedicado un escrito biográfico. Dash, sin desconocer la naturaleza transcultural y fluida de la creación literaria contemporánea –que fundamenta la noción del escritor como un “wanderer across cultures” (Dash, 1998, p.2)- defiende la importancia de mantener categorías regionales para pensar la literatura. El borramiento total de estas categorías podría significar que la producción caribeña pase de ser totalmente marginada por el pensamiento eurocéntrico del pasado, a ser “swamped in a postmodern flood of metanarratives that sweep away all boundaries.” (Ibíd.). Para conjurar este último riesgo, Dash propone el concepto de Nuevo Mundo (New World) para aproximarse a la creación estética del Caribe en tanto región.

A lo largo de este apartado dedicado a la emergencia de movimientos identitarios y literarios en el Caribe, he procurado desarrollar una mirada diacrónica que permita reconocer las principales problemáticas y desafíos a los que se han visto confrontados los intelectuales caribeños. En los procesos de conformación de identidades culturales, los antillanos se han visto en la necesidad de elaborar, una y otra vez y con distintos énfasis en cada oportunidad, los aportes de lo que Stuart Hall, siguiendo la propuesta de Aimé Césaire y Léopold Sédar Senghor, identifica como las tres presencias centrales en

las sociedades del archipiélago: la presencia africana, la presencia europea y la presencia americana:

Présence Africaine is the site of the repressed. Apparently silenced beyond memory by the power or the experience of slavery, Africa was, in fact, present everywhere: in the everyday life and customs of the slave quarters, in the languages and patois of the plantations, in names and words (...). Africa, the signified which could not be represented directly in slavery, remained and remains the unspoken unspeakable ‘presence’ in Caribbean culture. [...]

What of the second, troubling, term in the identity equation –the European presence? For many of us, this is a matter not of too little but of too much. Where Africa was a case of the unspoken, Europe was a case of that which is endlessly speaking –and endlessly speaking us. The European presence interrupts the innocence of the whole discourse of ‘difference’ in the Caribbean by introducing the question of power. ‘Europe’ belongs irrevocably to the ‘play’ of power, to the lines of force and consent, to the role of the *dominant*, in Caribbean culture.

[...]

The Third, ‘New World’ presence, is not so much power, as ground, place, territory. It is the juncture-point where the many cultural tributaries meet, the ‘empty’ land (the European colonizers emptied it) where strangers from every other part of the globe collided (Hall, 1994, pp. 398-400).

En los siguientes capítulos de esta tesis –que conforman su tercera y última parte–, me interesa mostrar de qué manera estas “presencias” y los debates y movimientos identitarios articulados en torno a ellas, son abordadas en las novelas de seis autoras caribeñas contemporáneas residentes en Estados Unidos. En algunos de estos escritos, la cultura norteamericana se perfila como una cuarta presencia, cada vez más importante para la configuración de discursos identitarios tanto dentro del Caribe como en la diáspora. En el último capítulo de la tesis, la discusión sobre los movimientos

identitarios caribeños se verá ampliada y actualizada a través de la exposición de las líneas centrales del pensamiento diaspórico producido en Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XX.

TERCERA PARTE
ANÁLISIS DE LAS NOVELAS

CAPÍTULO UNO

***Annie John* y *Abeng*: experiencias femeninas de la antillanidad**

There is usually some discomfort connected with the discovery of who you are which helps in remembering it.

Deborah Manley

Being woman and Antillean is a destiny difficult to untangle... The Antilles is my natural mother and it is with her that I have accounts to settle, like any daughter with her mother, before becoming completely an adult.

Maryse Condé

Las novelas *Annie John* de Jamaica Kincaid y *Abeng* de Michelle Cliff fueron escritas en Estados Unidos, país al que ambas autoras migraron y en el cual desarrollaron una carrera literaria orientada en gran medida por los esfuerzos de reconfigurar simbólicamente el espacio caribeño. Al volverse narrativamente sobre su propia niñez, estas autoras emprenden un movimiento de retorno hacia el lugar de origen. Con esto se ubican dentro de una de las principales tendencias de la tradición literaria caribeña, que se ha caracterizado desde sus inicios por el desarrollo de obras narrativas que, escritas desde el exilio –principalmente londinense en la primera etapa de la literatura del Caribe

inglés, posteriormente más de carácter migratorio en Estados Unidos- retornan una y otra vez sobre distintos aspectos de la realidad de la isla natal.

El proceso de crecimiento e individuación de una niña en el seno de una sociedad colonial, constituye el tema central de *Annie John* y *Abeng*. Ambas obras pueden ser consideradas como novelas de formación de protagonista femenina, siguiendo la proposición terminológica de María Inés Lagos. Se trata de las primeras novelas de ambas autoras y en ellas es posible reconocer la presencia de importantes elementos autobiográficos, así como de las principales propuestas teóricas y estéticas que Kincaid y Cliff seguirán desarrollando en su obra posterior.

Me interesa leer estas novelas de formación centrándome en lo que considero los ejes principales comunes a ambos relatos, aunque, como veremos a lo largo del análisis, su importancia relativa va a variar de una novela a otra. Estos ejes están constituidos, por un lado, por la descripción del crecimiento de las niñas como un doloroso proceso de separación de las madres y diferenciación con respecto a su medio social. El segundo eje está constituido por la construcción en estas novelas de un mundo colonial, el de Antigua y Jamaica en el presente de la narración, en el cual se produce el crecimiento y la educación de las protagonistas. Ambos textos denuncian la alienación y distorsión que producen en el colonizado una educación y una historiografía elaboradas e impuestas por el poder metropolitano.

1. El *Bildungsroman*

Annie John de Jamaica Kincaid y *Abeng* de Michelle Cliff, pueden ser consideradas como *Bildungsromane* o novelas de formación, en tanto constituyen representaciones literarias “de las experiencias de la niñez y adolescencia en un proceso de aprendizaje y maduración que tiene como finalidad la integración del individuo a su contexto social” (Lagos, 1996, p.30).

El *Bildungsroman* es un subgénero literario que busca expresar la complejidad del desarrollo humano, sobre todo en la crucial transformación que lleva de la niñez-juventud a la edad adulta. En las novelas de formación el desarrollo del individuo ocupa un lugar central en la narración, la cual se estructura casi exclusivamente en torno a la descripción del conflictivo proceso a través del cual se logra superar el desajuste yo-mundo. Esta tensión entre el individuo y su medio social juega, para Lukács, un rol primordial en el desarrollo de la novela moderna y es resuelto en forma particularmente positiva en el *Bildungsroman*, el cual en su forma clásica suele terminar con la adecuada integración del héroe en su medio social.

La novela *Los años de formación de Wilhelm Meister* de Goethe es considerada como iniciadora del *Bildungsroman*, el cual alcanzó su forma clásica en la Alemania del siglo XVIII. En este país, un conjunto de circunstancias socio-históricas particulares favoreció la producción, difusión y arraigo de esta forma narrativa. La burguesía alemana, que se desarrolló más lenta y tardíamente que las francesas e inglesas, encontró en el *Bildungsroman* una forma novelesca que expresaba el ideal humanista de fines del siglo XVIII, el cual abogaba por una formación integral de los individuos (ver Lagos, 1996 y Salmerón, 2002). Esta concepción de la formación humana postula un modelo de desarrollo orgánico, acumulativo, gradual y total –en el cual cada estadio tiene su propio valor intrínseco y forma la base para el estadio siguiente-, fundado en la tradición idealista ilustrada y su creencia en la perfectibilidad humana y el progreso histórico. Los objetivos y metas de la formación de un individuo guardan relación, por un lado, con el despliegue de las capacidades físicas, intelectuales, emocionales, morales y espirituales inherentes a su personalidad y, por otro lado, con su lograda integración a su medio social. Una formación exitosa requiere, entonces, de un contexto social que facilite el desarrollo de las capacidades personales internas, apoyando la transformación del joven héroe ingenuo e ignorante en un adulto maduro y sabio (ver Abel, Hirsch y Langland, 1983, pp.4-6).

Marta López-Luaces señala que el *Bildungsroman* habría jugado un rol central en la difusión y conservación de la familia en tanto institución burguesa de la modernidad. Sobre todo a lo largo del siglo XIX y principios del XX este subgénero novelesco habría servido para establecer

una compleja interrelación entre la configuración de la subjetividad y la conceptualización del origen a través de una organización de la ficción en la que el primogénito es el centro. La relación entre hermanos y entre hermano y hermana aparece relegada y sólo se consigna en función del desarrollo y el éxito del protagonista. Es el primogénito, no obstante, quien se rebelará contra la autoridad paterna, sólo para aceptarla luego, antes de pasar a reemplazar al padre y ocupar su puesto (López-Luaces, 2001, pp.20-21).

Sin embargo, estos ideales de formación –exitosa integración de un individuo maduro y sabio a un entorno social que contribuirá a hacer cada vez mejor; asunción del rol del padre asegurando continuidad a la tradición y al linaje- funcionan más en el plano ideal que en el real, dando cuenta la mayor parte de los *Bildungsromane* de las dificultades y enfrentamientos que debe confrontar el héroe en relación con su entorno social, al cual no siempre logra integrarse exitosamente. Esta difícil correspondencia entre las expresiones novelescas concretas y los ideales teóricos asociados al *Bildungsroman*, puso en evidencia la necesidad de ampliar la conceptualización de esta categoría literaria. Así, algunos críticos han procurado expandir las definiciones de *Bildungsroman*, descentrándolo de su origen en el idealismo alemán y de los aspectos conservadores de la novela alemana, para llevarlo hacia una visión del desarrollo concebido más bien como una serie de enfrentamientos con el medio social. Éste, más que favorecer el despliegue de las capacidades humanas, tiende a afectar su realización. Es por eso que en muchas novelas, la integración del héroe a su medio implica en gran medida una renuncia a sus ideales y capacidades y no su realización. Aquellos que no pueden o no están dispuestos a asumir esos compromisos, a menudo terminan en una

situación de ostracismo social, rebelión o incluso optan por el suicidio (Ver Abel, Hirsch y Langland, 1983, p.6).

1.1 La novela de formación de protagonista femenina

Las descripciones canónicas de *Bildungsroman*, desarrolladas por críticos como Dilthey, von Blanckeburg, von Morgenstern, Lukács, Lugowski, Bajtín, Buckley, entre otros, surgen del estudio de narraciones en que el protagonista es un niño o joven varón. El sesgo que imprime esta selección del corpus al establecimiento de los rasgos característicos de este subgénero literario resulta evidente en la enumeración que hace Buckley de estos rasgos:

El protagonista es un niño sensible que crece en el campo o en la provincia y cuya familia se opone a sus fantasías y ambiciones, razón por la cual no logra educarse. Deja la provincia y se marcha a la ciudad, lleva una vida independiente y allí comienza su verdadera educación. Tiene por lo menos dos aventuras amorosas, una representa el amor puramente físico y la otra el amor verdadero. Se adapta a su ambiente social, madura y se siente preparado para volver a su hogar (Buckley, citado por Lagos, 1996, p.33).

Para que una novela sea incluida en la categoría de *Bildungsroman* debe presentar, según la propuesta de Buckley, todos estos rasgos, pudiendo faltar en algunos casos sólo dos o tres de estas características. Evidentemente resulta muy improbable, aún en nuestros días, que el desarrollo de una niña siga los cauces descritos para el crecimiento de un niño. Dado que los procesos de confrontación y acomodación al medio social juegan un rol central en la estructuración de los relatos de formación, no es de extrañar que las distintas posiciones asignadas por el sistema sexo-genérico a hombres y mujeres determinen también distintos caminos de desarrollo, del cual, por lo demás, se esperan distintos resultados. Los estudios psicológicos y psicoanalíticos realizados a lo largo del siglo XX en torno a la individuación de niños y niñas, adolescentes hombres y mujeres,

muestran también que existen importantes diferencias en la forma en que los miembros de uno y otro género se ven a sí mismos, se desarrollan en relación a los otros y conciben el lugar y la función que cumplen en su medio social.

El estudio *En tono mayor: Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica* (1996) de María Inés Lagos, constituye un importante aporte a los esfuerzos por ampliar las definiciones canónicas de *Bildungsroman* a través de la inclusión de la categoría de género. Lagos estudia la producción escritural de mujeres latinoamericanas que a lo largo del siglo XX produjeron novelas que, por estar centradas en el proceso de crecimiento de un individuo, debieran ser incluidas en la categoría de *Bildungsromane*. Sin embargo, al ser estos individuos mujeres, los hitos principales y las metas del desarrollo difieren de aquellos establecidos por la crítica canónica como característicos para esta categoría narrativa. Así, si de un adolescente varón se espera que llegue a ser un adulto autónomo, independiente y exitosamente inserto en el mundo público, a la joven mujer se la conmina a ser sumisa, dependiente y a permanecer en el mundo del hogar y la domesticidad. En general, como observa Annis Pratt en *Archetypal Patterns in Women's Fiction*, las obras de ficción escritas por mujeres suelen tematizar la discrepancia entre los deseos de la(s) protagonista(s) y los roles y expectativas que el medio social deposita en ellas. En la novela de formación esta discrepancia va a constituir uno de los focos principales del relato.

Otro esfuerzo por redefinir y ampliar las definiciones tradicionales de *Bildungsroman* proviene del trabajo de Elizabeth Abel, Marianne Hirsch y Elizabeth Langland, quienes en *The Voyage In. Fictions of Female Development* reúnen una serie de ensayos dedicados al estudio de novelas de formación de protagonista femenina. En la introducción a este volumen, las editoras muestran cómo muy pocas de las definiciones tradicionales referidas al proceso de desarrollo de los hombres son extensibles a las experiencias de las mujeres, siendo la discrepancia especialmente notable cuando se analizan las narrativas femeninas del siglo XIX. En la mayor parte de estas ficciones, las

protagonistas mujeres se desarrollan más tardíamente que los hombres. Frecuentemente, el impulso para el desarrollo o para un proceso de transformación importante surge de la frustración de muchas mujeres después de haber logrado lo que convencionalmente se considera un propósito central en sus vidas: casarse y ser madres. El carácter autoritario y coercitivo de muchos matrimonios lleva a muchas heroínas decimonónicas a retraerse en su mundo interno, que es lo único que pueden desarrollar dadas las consabidas restricciones impuestas a su participación en la vida pública (no pueden partir de viaje y vivir aventuras en la ciudad como lo hace su contraparte masculina, y si lo hacen deben enfrentar una inmensa sanción social). Pero muchas veces el retiro a su interioridad termina por conducir a la protagonista a la locura e incluso la muerte.

Naturalmente, el conjunto de posibilidades y constricciones que cada sociedad les plantea a sus miembros va a ir transformándose al compás de los cambios históricos, culturales y sociales. Los héroes y heroínas de los relatos de formación escritos contemporáneamente no enfrentarán, de modo alguno, las mismas dificultades que sus antecesores de otras épocas. Sus desafíos, oportunidades, tensiones y dificultades guardarán relación con las nuevas configuraciones del entorno social. En el caso de las protagonistas femeninas –de novelas escritas principalmente por autoras mujeres- cada vez aparece como más importante su participación en el ámbito de lo público, apareciendo el matrimonio y la maternidad sólo como algunas entre muchas oportunidades y metas del desarrollo. Esto no significa, sin embargo, que no siga teniendo una gran importancia el distinguir entre las posibilidades y aspiraciones de desarrollo de hombres y mujeres, sobre todo si, como veremos más adelante, el desarrollo psicológico de ambos presenta importantes diferencias que se expresan en sus formas particulares de concebir el desarrollo del yo en relación con su medio afectivo y social.

Las editoras de *The Voyage In* proponen en su introducción una definición de *Bildungsroman* que, a la vez que enfatiza las diferencias de género, comparte las

presuposiciones y aspectos genéricos de las caracterizaciones tradicionales de esta categoría narrativa:

Belief in a coherent self (although not necessarily an autonomous one); faith in the possibility of development (although change may be frustrated, may occur at different stages and rates, and may be concealed in the narrative); insistence on a time span in which development occurs (also the time span may exist only in memory); and emphasis on social context (even as an adversary) (Abel et al, 1983, p.14).

La especificación de la influencia del género en el desarrollo del yo y en sus oportunidades sociales permite identificar, según Abel et al., algunos aspectos característicos de las novelas de formación de mujeres. En estas es posible reconocer estructuras narrativas y tensiones temáticas recurrentes. Abel et. al reconocen el predominio de dos patrones narrativos. En el primero, denominado de aprendizaje, la narración es esencialmente cronológica y muestra un desarrollo continuo de la niñez a la adultez, siguiendo la estructura lineal del *Bildungsroman* masculino tradicional. El segundo patrón presenta heroínas que no se desarrollan gradualmente pasando de una etapa a otra, sino que sufren una o más transformaciones repentinas, generalmente de carácter interno. En estas narraciones, que reciben el nombre de “novelas del despertar” (of awakening), el desarrollo puede darse condensado en breves momentos epifánicos.

A nivel temático es posible reconocer –siempre siguiendo las propuestas de las editoras de *The Voyage In-* distintas tensiones narrativas generadas por el desafío que les plantea a las mujeres el tener que desarrollarse en un medio cultural en el que predominan los valores y normas masculinas. Las principales tensiones se dan entre lograr autonomía y mantener relaciones, entre separación y comunidad, entre la lealtad a las mujeres y la atracción por los hombres. Reiteradamente, las protagonistas femeninas se encuentran en derroteros traicioneros que las ubican en la encrucijada “between the penalties of expressing sexuality and suppressing it, between the costs of inner concentration and

direct confrontation with society, between the price of succumbing to madness and of grasping a repressive ‘normality’” (Abel et al., 1983, p.13). Estas tensiones narrativas recurrentes constituyen tendencias que no son de ninguna manera estáticas ni inmutables, sino que se van transformando a medida que cambia el entorno cultural y social en el que surgen y se inscriben las narrativas de mujeres.

La mirada psicoanalítica

El psicoanálisis, desde los tiempos de Sigmund Freud, ha intentado explicar los distintos caminos y resultados del desarrollo psíquico de niños y niñas. El padre del psicoanálisis y sus seguidores más ortodoxos atribuyen las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres a la anatomía, ocupando la tenencia o carencia de pene un lugar central en su modelo de subjetivación. Así, si en un primer momento todos los infantes – independientemente de su sexo- establecen una relación primaria dependiente, fusionada y simbiótica con la madre, los siguientes pasos, conducentes hacia la subjetivación, diferirán para niños y niñas. En su primera época, Freud pensaba que existía una simetría entre el desarrollo de los niños de ambos sexos, postura que él mismo revisará en sus últimos escritos.

Para que el infante pueda constituirse en sujeto es necesario, de acuerdo al modelo psicoanalítico, que la díada madre-hijo se rompa⁶⁶. En el caso del niño varón esta simbiosis con la madre está cargada de “phallic/sexual overtones” (Chodorow, 1978). El niño percibe a su padre como un rival por el amor de su madre y desea reemplazarlo, fantaseando que toma su pene, lo asesina o lo castra. Esas fantasías lo llevan a temer las represalias de su padre, específicamente que éste lo quiera castrar. De esta manera, el

⁶⁶ Esta separación del primer apego con la madre constituye el momento inaugural de la estructuración del psiquismo y asume una importancia especialmente central en las conceptualizaciones de Lacan sobre el desarrollo de la subjetividad: “El origen del sujeto se constituye a partir de la ausencia materna, que se traduce en el concepto más generalizado de pérdida originaria, de una falta constitutiva del sujeto que aparece desplazada y velada por el lenguaje, pero que persiste alentando el deseo inconsciente. (...) Su [del infante] renuncia a la madre determinará su incompletad y, a la vez, su deseo que se desplazará indefinidamente en el lenguaje” (Vilches, 2003, p.66).

niño entra en conflicto entre su amor propio (el interés narcisista en su pene e integridad corporal) y el amor por su madre (catexis libidinal). Como resultado de esta amenaza de castración, el niño renuncia a la unión heterosexual con su madre, reprimiendo y negando en forma radical los sentimientos que lo ligan a ella. Al mismo tiempo, la resolución exitosa de esta crisis edípica requiere que el niño siga siendo heterosexual, es decir, que rompa el vínculo heterosexual con la madre para que en su vida adulta pueda religarse con otra mujer.

La intervención de la Ley del Padre es determinante para el advenimiento de la crisis edípica, que va a permitir el ingreso del niño en el Orden Simbólico y la adquisición del lenguaje (Lacan). El niño emerge de esta crisis con un nuevo sentimiento de identificación con el padre y con una estructura psíquica modificada. La incorporación de las prohibiciones paternas es determinante en la configuración del super-yo y en la constitución de un sujeto adulto capaz de participar en la vida social, de ser autónomo y de sublimar sus pulsiones.

Las niñas, en la descripción freudiana original, entran en el Edipo más tardíamente que los niños y lo resuelven en forma menos lograda que éstos. Pese a ello, en lo fundamental, el desarrollo femenino es concebido como simétrico al masculino. Aproximadamente a los tres años de edad, al hacer su ingreso en la fase genital, las niñas descubren que no tienen pene. De ese descubrimiento infieren que han sido castradas, que son inferiores; este momento se constituye como una herida narcisista en la subjetividad de la niña. La envidia del pene que experimentaría la niña en este momento, pasaría a jugar un rol psíquicamente estructurante, equivalente al que juega la amenaza de castración en la subjetivación del niño. La niña, entonces, pasa a despreciar a la madre por su carencia de pene y la culpa, además, de no haberle dado uno a ella (o de habérselo quitado). Se vuelven hacia el padre, con la esperanza de que él pueda darle el preciado apéndice. En este vuelco, la niña deja de ser sexualmente activa para

convertirse en pasiva en relación al padre, de quien posteriormente esperará que le dé un hijo como sustituto simbólico del pene.

En la descripción freudiana del desarrollo de la niña, la resolución edípica no es totalmente exitosa, ya que la envidia del pene no actúa tan poderosamente sobre ella como la amenaza de castración en el niño: “La niña permanece dentro de él [el complejo de Edipo] indefinidamente, y sólo más tarde e incompletamente lo supera. En estas circunstancias la formación del super-yo tiene forzosamente que padecer, no puede alcanzar la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural”. (“La femineidad”, Freud 1995).

En el caso del niño, el impulso a separarse de la madre e identificarse con el padre es tan fuerte que conduce a una ruptura total con la primera. Es por eso que en los niños la subjetivación aparece bajo el signo de separación y búsqueda de autonomía. Para Freud, la carencia de ese impulso de mayor individuación determina que las mujeres tengan un súper yo menos desarrollado y menor capacidad de sublimación. Es decir, en relación al modelo y las metas de subjetivación planteadas a partir de las observaciones de niños, el desarrollo de las niñas aparece como deficitario.

Sin embargo, hacia el final de su vida el mismo Freud puso en cuestión la validez de sus observaciones con respecto al desarrollo de las niñas, llegando a preguntarse con estupefacción: “¿qué desea la mujer?” (carta a Marie Bonaparte, citada en Olivier, 1984, p.49).⁶⁷ El descubrimiento de casos de complejo edípico negativo en algunas niñas, consistente en la mantención del vínculo con la madre y sentimientos de rivalidad con respecto al padre, impulsó la revisión del postulado de simetría entre el desarrollo edípico en el niño y la niña.

⁶⁷ En 1925 Freud reconoce públicamente que: “Sabemos mucho menos de la vida sexual de la niña que la del niño. Pero no nos avergoncemos demasiado: la vida sexual de la mujer es todavía un continente negro para la psicología” (citado por Olivier, 1984, p.49).

Las interrogantes en torno al camino de subjetivación de las niñas develaron la necesidad de echar luz sobre una etapa poco considerada hasta el momento: la fase pre-edípica. En esta fase, tanto niños como niñas están ligados exclusivamente a la madre, con quien establecen la primera y fundamental relación de apego. En el caso de las niñas, el período previo a la aparición del Edipo es excepcionalmente largo, ya que dura hasta aproximadamente los tres años de vida, a veces incluso hasta los cuatro o cinco. En sus últimas observaciones, Freud resalta la centralidad de esta etapa en la vida de las niñas, en la cual el vínculo es tremendamente intenso y ambivalente. La calidad e intensidad de esta etapa determina en gran manera el vínculo que la niña construya con su padre y, posteriormente, con otros hombres.

A partir de los años 70, psicólogas e investigadoras feministas desarrollaron una serie de investigaciones y reflexiones en torno a los procesos de subjetivación de niños y niñas. En Estados Unidos, estos estudios estuvieron en gran medida orientados por el esfuerzo de dar cuenta del desarrollo diferencial –es decir no simétrico- de los infantes de distinto sexo. Un factor esencialmente cultural y social aparecía jugando el papel principal en los modos de subjetivación dominantes en el contexto de la sociedad industrial contemporánea: se trata del hecho de que sean siempre mujeres –las madres- las encargadas en forma exclusiva del primer cuidado de los bebés. Si bien esto es especialmente cierto para el caso de configuraciones sociales en las que cada vez se tiende más hacia la constitución de familias nucleares, para teóricos como Isaac Balbus esta exclusividad del cuidado materno se da en todas las sociedades patriarcales y constituye una de las principales fuentes de reproducción del machismo y la misoginia:

El fenómeno hasta ahora culturalmente universal del patriarcado echa sus raíces y se reproduce en el hecho igualmente universal de la responsabilidad femenina, virtualmente exclusiva, del cuidado de los niños en sus primeras etapas, y por este hecho se reproduce. En todas las culturas es una mujer – sea ésta la madre biológica o una madre sustituta- quien es a la vez la fuente de satisfacción y frustración de las imperiosas necesidades del niño; es al

mismo tiempo el ser con el que el niño inicialmente es identificado indistinguiblemente y quien fuerza la disolución (que nunca es más que parcial) de esta identificación. De este modo, es la madre la que se convierte en la receptora de la hostilidad inconsciente que se acumula en los niños de ambos sexos como resultado de esta separación inescapablemente dolorosa. Esta madre, que es amada, necesariamente también es odiada (Balbus, 1990, p.171).

El miedo y la aversión culturalmente universales hacia lo femenino es el resultado de la transferencia subsiguiente de este odio hacia la madre a todas aquellas que llegan a representarla, i.e., las mujeres en general. La historia tiene un significado y ese significado es volar de la madre y repudiarla (Ibíd.)

Según Nancy Chodorow –para quien más que las diferencias anatómicas lo que determina el curso del desarrollo infantil son las primeras experiencias relacionales que establecen los infantes⁶⁸- esa necesidad de huir de la madre y diferenciarse de ella es especialmente válida en el caso de los varones, quienes sienten como una amenaza la catexis libidinal que la madre establece con ellos en la fase pre-edípica, así como el hecho de que la madre carezca de algo que ellos sí tienen y que les podría ser arrebatado: el pene. Las niñas, por el contrario, nunca rompen totalmente su apego y simbiosis pre-edípica con la madre, que es, por lo demás, la figura con la que se identifican socialmente (el niño rompe con la madre para pasar a identificarse con el padre). De acuerdo a Chodorow, esta asimétrica resolución del complejo de Edipo explica el que los niños se constituyan como seres autónomos e independientes, mientras las niñas construyen una individualidad que es mucho más empática, relacional y con un ego de fronteras más difusas. En una sociedad en que los valores masculinos son hegemónicos, las características de socialización femenina aparecen connotadas como deficientes e inadecuadas para un exitoso desenvolvimiento en la vida social.

⁶⁸ Esto es lo que en psicoanálisis se conoce como teoría de las relaciones objetales.

Estas concepciones psicoanalíticas referidas al desarrollo asimétrico de niños y niñas resultan esenciales para los esfuerzos de la crítica feminista de acercarse a la producción escritural de las mujeres, y en particular a aquella que ofrece una recreación literaria de las experiencias de crecimiento y maduración de niñas y adolescentes. Para el análisis de *Annie John* y *Abeng* resultan especialmente iluminadores los planteamientos feministas en torno a la importancia de la relación con la madre y la constitución de una individualidad femenina profundamente anclada en la fase pre-edípica.

1.2 La novela de formación en el Caribe

Las observaciones de Lagos, Abel, Hirsch, Langland y otras críticas literarias, con respecto al origen restringido y restrictivo de las categorías teóricas referidas al *Bildungsroman* –en tanto desarrolladas exclusivamente en torno a relatos de formación de protagonista masculino- es válida no sólo en relación a la diferencia de género, sino también si se toma en consideración las diferencias raciales, étnicas y culturales. Y es que el protagonista de los relatos de formación en los que se basan los estudios críticos no sólo es siempre un varón, sino que además es blanco y occidental. Confrontada entonces a la creciente y significativa producción de *Bildungsromane* en los que los protagonistas son mujeres o negros, o indios, o mujeres negras, caribeñas, etc., la crítica contemporánea se ha visto en la necesidad de detenerse y estudiar las características de esta producción tomando en cuenta su propia especificidad cultural, nacional, de género y étnica.

El libro de Geta Le Seur, *Ten is the Age of Darkness. The Black Bildungsroman*, se ocupa de la representación literaria de distintas experiencias de crecer como niño o niña negros. Este trabajo estudia en forma comparativa novelas de formación de escritores afro-americanos y afro-caribeños, a la vez que señala los aspectos comunes de la producción de origen afro, los cuales permiten hablar del “black bildungsroman” como una categoría singular de este subgénero narrativo.

The Black experience in the United States or the West Indies cannot be limited or defined by parochial frames of reference and value that are derived from traditions (White and European) from which Black people have been largely excluded. Contemporary Black writers have therefore turned their attention inward, seeking to identify the traditions of their race by defining people individually, thus capturing a collective experience that is unique in terms of its circumstances of history and geography. They do not seek an entrée into the mainstream of European or American writing, but wish to explore the indigenous currents of those experiences –to communicate, often to educate, interpret, and reveal the varied experiences of four hundred years of suffering. (...) The bildungsroman as a form has been adapted to serve part of that purpose (Le Seur, 1995, p. 2).

De acuerdo con Le Seur, en su forma tradicional el *black Bildungsroman* tiende a ser altamente autobiográfico. El héroe, principalmente masculino en las primeras etapas de esta producción, suele ser un niño muy dotado y/o de una gran sensibilidad. En algún momento de su desarrollo, este niño va a rechazar las restricciones del hogar, abandonándolo para emprender un viaje alrededor del mundo. A lo largo de este viaje el protagonista deberá enfrentarse con una serie de obstáculos para, idealmente, llegar a encontrar una adecuada y genuina posición en el mundo. En este proceso le serán de gran ayuda una serie de guías o mentores, los que lo confrontarán con distintas cosmovisiones, incluyendo una “philosophy of darkness” (Ibíd., p. 18).

El tropo del viaje aparece como un elemento común a los *Bildungsromane* de protagonista masculino, sean estos blancos o negros. El movimiento generalmente lo lleva del campo o la provincia a la ciudad, en la cual el héroe encontrará una serie de dificultades y vivirá experiencias fundamentales para su proceso de maduración. Entre ellas el despertar sexual y los encuentros erótico-amorosos con una o más mujeres

jugarán un rol central, pudiendo ser considerados como uno de los principales ritos de iniciación del joven en su camino a la adultez.

Sin embargo, el racismo de la mayor parte de las sociedades en las que crecen estos jóvenes determina que la posición que les es adjudicada al interior de ellas sea muy diferente. El niño y joven blanco, por más pobre y marginal que sea, va a ser más valorado y aceptado en el seno de una sociedad racista que el héroe negro. En buena parte de las novelas afroamericanas, la salida del joven negro de su familia y comunidad de origen –que tiende a ser homogéneamente negra⁶⁹- transformará el color de la piel en un referente central para la constitución de su identidad, el cual le será permanentemente “recordado” por su medio social. La existencia de una “color line” que separa nítidamente a los norteamericanos blancos de los afroamericanos hace que esta experiencia de segregación aparezca como vitalmente determinante en los *Bildungsromane* afroamericanos, en los cuales, según Le Seur, la experiencia personal es usada para plantear “a viable protest that is almost always about race, slave history, and the White establishment” (Ibíd., p. 1).

En los *Bildungsromane* afrocaribeños, la dimensión de denuncia es mucho menos importante, según Le Seur, que los esfuerzos “to recall childhood roots and to discover the truth about self and home” (Ibíd.). En estas novelas –escritas, por lo general, desde una situación de exilio o migración- la infancia suele ser recordada como un momento bastante idílico, de participación en una vida comunitaria y familiar que, pese a

⁶⁹ En su “sketch” autobiográfico “The Ethics of Living Jim Crow” el escritor afroamericano Richard Wright muestra claramente el nivel de segregación entre el mundo de blancos y negros en el Sur de Estados Unidos, a inicios del siglo XX: “It was a long time before I came in close contact with white folks again. We moved from Arkansas to Mississippi. Here we had the good fortune not to live behind the railroad tracks, or close to white neighborhoods. We lived in the very heart of the local Black Belt. There were black churches and black preachers; there were black schools and black teachers; black groceries and black clerks. In fact, everything was so solidly black that for a long time I did not even think of white folks, save in remote and vague terms. But this could not last forever. As one grows older one eats more. When I finished grammar school I had to go to work. My mother could no longer feed and clothe me on her cooking job. There is but one place where a black boy who knows no trade can get a job, and that’s where the houses and faces are white, where the trees, lawns, and hedges are green” (Wright, 1995, p. 24).

frecuentes vivencias de precariedad económica, se constituyen en sólidos referentes afectivos. Dentro de este mundo las mujeres juegan un rol central, ya que, al igual que para los niños afroamericanos, la figura del padre suele ser bastante lejana sino totalmente ausente. La madre es entonces la principal o la única responsable tanto de la manutención del hijo como de su formación afectiva y de su educación. De esta manera, el niño suele carecer de una figura paterna con la cual identificarse, por lo que construirá su identidad de género principalmente a partir de un proceso de diferenciación y rechazo de los rasgos maternos y de acercamiento a patrones de conducta masculinos que recoge de su entorno grupal y comunitario. En este contexto, resulta difícil que el niño aprenda sobre sus propias responsabilidades como futura pareja y padre, lo cual evidentemente contribuye a la reproducción de este sistema (ver Le Seur, 1995, pp. 5- 6).

La escritora surinamesa Astrid Roemer caracteriza las familias negras como unidades rotas, en gran parte debido a esta ausencia paternal, la cual tiene sus raíces en la historia de esclavitud:

The slave status was for man, woman, and child absolutely outside the realm of the law and burdened with an unbearable arsenal of enforced duties. Everything that developed in a human sense as relations/patterns/sub-cultures, against any form of oppression, was immediately punished; each 'black' life was particularly characterized by a series of violently broken relations with the Human Being, Nature and Culture (Roemer, 1996 p.38).

Of course, the development and consolidation of significant family relations was impossible in such a situation. And: The marks which these experiences during two hundred years have traced over the soul/psyche of the Africans collectively and individually display and disguise themselves in the twentieth century in numerous and complex varieties of behaviour (Ibíd).

Lo que sin duda resulta interesante –y lo que merecería una investigación más profunda que la que puedo realizar yo acá- es observar que en los *Bildungsromane* escritos por autoras caribeñas, el padre está más presente y juega un rol más importante que en el caso de los novelistas hombres. Para las protagonistas de muchas de las novelas de formación escritas por mujeres, el padre aparece jugando un doble rol, que no deja de estar cargado de ambigüedad: por un lado aparece mediando entre madre e hija, aliviando la tensión de la que suele estar cargada esta relación; pero, por otra parte, su papel de mediador muchas veces es percibido por las hijas como una intromisión que tiende a exacerbar aquello que más les duele en su proceso de crecimiento: el progresivo distanciamiento de la madre.

Otro tema importante en los *Bildungsromane* caribeños es el de la educación, pudiendo ésta ser entendida en términos informales (con lo que nos acercamos al término más general de formación) o formales. En este último caso la escuela aparece jugando un rol central en tanto institución en la que niños y niñas tienen, por un lado, la oportunidad de socializar estrechamente con sus pares, y, por el otro, la de acceder a una serie de conocimientos y destrezas que, idealmente, debían ayudarles a comprender el mundo y a manejarse mejor dentro de él. Efectivamente, la escuela en el Caribe anglófono y francófono aparece como la instancia más importante y efectiva en la introducción de los alumnos en el mundo del inglés y francés oficiales. Mientras en la casa y en la comunidad los creoles respectivos constituyen el principal instrumento de comunicación, las posibilidades de acceso al mundo letrado y a un status de mayor prestigio cultural y social, presuponen la adquisición y el dominio de los idiomas metropolitanos. En el caso de las burguesías coloniales (y también en el de las poscoloniales) el manejo del inglés o francés reviste una gran importancia no sólo para acceder a la educación formal en las islas de origen, sino también como herramientas indispensables para la continuación de los estudios superiores en alguna universidad de la metrópolis. De esta manera, la educación en las escuelas coloniales aparece como un importante instrumento de movilidad social, tanto por permitir el acceso a la cultura

letrada local como por posibilitar el desplazamiento hacia los respectivos centros de saber metropolitano.

Sin embargo, la educación colonial, organizada centralmente desde Francia e Inglaterra, aparece como escasamente adecuada para la comprensión de la realidad colonial. El conocimiento impartido es absolutamente eurocéntrico y prácticamente no considera las particularidades de la historia, geografía, sociedad y cultura locales. A través de este sistema educativo se difunden y legitiman los valores y saberes de la cultura hegemónica, cuya ideología va a permear los distintos sectores y grupos sociales del mundo colonial. Por otra parte, es importante tener en cuenta que los principales críticos caribeños de esta situación de alienación, surgieron precisamente de los sectores de la sociedad colonial que tenían mayor y mejor acceso a una educación formal orientada según parámetros europeos. Es decir, la misma educación que contribuía a alienarlos de su propia realidad, en algunos casos también podía proveer los instrumentos y recursos para cuestionar sus valores y contenidos.

La mayor parte de los intelectuales y escritores caribeños siguieron, hasta los años 70-80 del siglo XX, una trayectoria formativa similar: primera formación en las Antillas, culminación de la educación formal –y también sentimental- en la respectiva metrópolis europea. Pero la discriminación de la que solían ser objeto en el primer mundo –al que la mayoría pertenecía en términos de nacionalidad, pero que los rechazaba por su color, origen y acento- llevó a muchos caribeños a fuertes crisis de identidad. Es por eso que el viaje a Europa aparece fuertemente relacionado a los procesos de descubrimiento y reivindicación de una identidad antillana, así como al reconocimiento de los vínculos históricos y fraternales de las comunidades afro dispersas por distintas partes del mundo.

En el caso de muchos escritores y escritoras caribeñas, estos procesos de búsqueda, y construcción de una identidad caribeña, afrocaribeña, o ligada a la isla natal, se traduce en la producción de obras que vuelven la mirada sobre sus realidades particulares. Se

aspira así a construir una historia propia, que privilegie la mirada local y confronte la historiografía oficial y su visión eurocéntrica. La geografía isleña es recuperada y reescrita, las culturas locales son revalorizadas y, lo que constituye un paso de decisiva importancia, muchos escritores le conceden un sitio de legitimidad a las lenguas que hasta el momento habían estado excluidas de la representación literaria. La literatura se enriquece así con la inclusión de distintas variedades lingüísticas, que permiten expresar la diversidad y riqueza del mundo de la oralidad en el Caribe.

2. *Annie John* y *Abeng*

2.1 La madre, la muerte, la distancia

Annie John relata la historia de la niña del mismo nombre en el período comprendido entre sus diez y diecisiete años de edad. La novela está narrada en primera persona por la protagonista, quien, desde un presente inespecífico, va recordando los principales acontecimientos del final de su infancia y de su adolescencia. El relato se desarrolla siguiendo una cronología lineal interrumpida en algunos puntos por analepsis que reconstruyen sucesos ocurridos en épocas anteriores al tiempo central de la narración. Pero en lo fundamental se trata de un relato lineal alimentado por la necesidad de la narradora de reconstruir y tratar de comprender el camino que la llevó de ser una niña amada y protegida por su madre a una adolescente que, al sentirse rechazada por su progenitora, ve en la ruptura total el único camino hacia la constitución de una identidad íntegra (y menos vulnerable a la indiferencia materna). A medida que Annie John y su madre se van distanciando, otros afectos empiezan a ocupar un rol central en la vida de la niña, quien deposita en su amiga “de turno” todo el amor que alguna vez la unió a su progenitora. Con cada nueva amistad, Annie John descubre y desarrolla distintos aspectos de su personalidad, muchos de ellos opuestos y complementarios: poder y sadismo con Sonia; capacidad de enamoramiento e intimidad con Gwen, aunque progresivamente se vaya alejando también de ella; sumisión y fascinación ante la

rebeldía de la “Red Girl”, con quien tiene una relación clandestina que constituye otro hito en lo que se va trazando como un irremediable alejamiento de la madre. Y es que la novela aparece como la historia de una caída: de la intimidad total con la madre, de la unión más perfecta y sólida, de una relación que parece reconstruir el paraíso en la tierra a través de los rituales que la consolidan (la niña y la madre revisan periódicamente el baúl donde se guardan los objetos más importantes de la vida de la primera, cada uno de los cuales va acompañado de un recuerdo amoroso que la madre reconstruye para la hija; la niña y la madre se bañan juntas en una tina de agua caliente en la que han puesto cortezas y flores de distintos árboles, aceites aromáticos; ambas se visten con vestidos hechos de la misma tela) a la distancia y agresividad más demoledoras. Es tal el desgaste que provoca en Annie John este cambio que finalmente cae gravemente enferma, sin que nadie pueda determinar cuál es el mal que la aqueja. Durante tres meses y medio – exactamente el tiempo en que llovió en forma ininterrumpida sobre la isla, después de un año entero de sequía- la protagonista de la novela no puede pararse de su cama ni comunicarse con los demás debido a su debilidad extrema. Con el fin de las lluvias llega también la recuperación de Annie John, lograda en gran parte, como veremos más adelante, por los esfuerzos de su abuela materna, Ma Chess, de restituirla a una situación de afecto y acogida. Finalmente, la narradora da cuenta de cómo después de su enfermedad –de la que sale más alta y delgada, con una figura cada vez más de mujer- se radicaliza su sensación de alienación con respecto a su familia y su medio social (en el colegio es cambiada a un curso de niñas mayores donde no encuentra ninguna amiga). La narración termina con la partida de la protagonista, ya de diecisiete años, hacia Inglaterra. El motivo aparente de su partida es el proyecto de estudiar enfermería, el verdadero motor, sin embargo, lo constituye su necesidad de alejarse de todo su mundo dolorosamente personal: “I did not want to go to England. I did not want to be a nurse, but I would have chosen going off to live in a cavern and keeping house for seven unruly men rather than go on with my life as it stood. (...) I especially never wanted to lie in my bed and hear my mother gargling again” (*Annie John*, p.131). Más que un acto deseado o esperado, la partida aparece en esta novela como la única alternativa que tiene

Annie John para preservar el nuevo y precario sentido de identidad surgido luego de la crisis en la relación con su madre y gracias al “renacimiento” que le permitió vivir su abuela.

En el caso de *Abeng*, la relación de la protagonista con su madre también juega un rol importante en su proceso de desarrollo, pero no constituye el eje principal de estructuración del relato, como sí ocurre en la novela de Kincaid. *Abeng* cuenta la historia de Clare Savage, una niña jamaicana que vive escindida entre distintos universos que son semilla y fruto de la fragmentación de la sociedad en la que la vemos crecer. Clare es hija de un padre que se siente blanco por ser descendiente de un plantador inglés (que cuenta con la dudosa reputación de haber prendido fuego a sus esclavos frente a la inminente abolición de la esclavitud) y que niega todas las evidentes trazas de sangre negra en su historia familiar. Sin embargo, pese a su admiración por el mundo blanco, contrae matrimonio con Kitty Freeman, la madre de Clare, que es mulata y siente, además, un reconocido apego por el mundo negro del cual proviene. De hecho, Clare siente que el cariño y la pasión de su madre se orientan, en forma exclusiva y casi obsesiva, hacia esos dos distintos polos: su padre, por un lado, y el mundo de los negros y desposeídos de Jamaica, por el otro. Para ella y su hermana menor, la madre reserva un trato más bien frío y distante, que es resentido por Clare (“With her children Kitty was restrained—in both anger and warmth. She didn’t believe in too much physical affection between parents and children” (*Abeng*, p.52)

Por el contrario, hay una fuerte presencia del padre en la vida de Clare, la cual se traduce principalmente en los esfuerzos del progenitor por compartir con su hija sus convicciones y creencias históricas, políticas y religiosas, que conforman una curiosa cosmovisión organizada principalmente en torno a la fascinación por mitos y desastres naturales y la creencia de que todos los procesos de la historia social y natural obedecen a leyes y causalidades ajenas a la intervención humana. Los esfuerzos del padre por compartir sus “ideales” con su hija, muchas veces no hacen sino sumirla en un estado de

confusión que la deja perpleja frente a la realidad que la rodea. Así, en vez de cumplir el padre el rol de facilitar la relación de la hija con el mundo externo (rol que el psicoanálisis atribuye al padre, en tanto figura a través de la cual los hijos ingresan al orden simbólico), lo que hace es introducirla en un mundo fantasmagórico, de espejismos que distorsionan el acercamiento de Clare a su realidad social. Esto contribuye a la sensación de desconcierto que permea el proceso de crecimiento y maduración de la protagonista de *Abeng*, quien emprende un muy solitario camino de cuestionamiento e investigación de los enredados hilos con los que su medio, su familia y ella misma van tejiendo identidades articuladas en gran medida en torno al mandato de “pasar por”. Clare, que tiene rasgos de blanca, piel clara y ojos verdes, se ve conminada permanentemente –por su familia y su medio social- a aprovechar su físico y las ventajas que le da el “pasar por blanca”. La tensión entre ese imperativo “blanqueador” y la conciencia de las raíces negras que se la conmina a negar, viene prefigurado por la unión oximorónica del nombre y apellido de la protagonista: Clare, el nombre, que la identifica particularmente y remite a su blancura, y Savage, el apellido, la herencia que la liga a lo que el pensamiento occidental racista asocia a oscuridad, a negrura. El título de la novela, *Abeng*, representa estas dos identidades culturales que confluyen en Clare. Como explica Louis James (1999), “Abeng” es el nombre que se le daba a una concha que por su forma redondeada simbolizaba lo femenino. Esta concha era utilizada tanto por los capataces de plantación para llamar al trabajo a los esclavos, como por los ejércitos cimarrones para movilizar la resistencia.

El difícil camino de crecimiento de Clare Savage es seguido desde una posición objetiva por un narrador en tercera persona. Este narrador conoce muy bien los sentimientos y pensamientos de la protagonista, y por momentos se detiene a comentarlos con una distancia crítica, e incluso irónica. El mundo interno de Clare constituye uno de los focos en los que se centra la narración; a los otros personajes los conocemos principalmente en la medida en que entran en interacción con la protagonista, aunque muchas veces ella sabe menos sobre sus pensamientos e intenciones que el narrador. El

relato de las experiencias de Clare –que no sigue un orden cronológico y muchas veces se presenta a modo de instantáneas de distintos momentos de la vida de la protagonista- es intercalado con la presentación de distintos aspectos de la realidad histórica, política, social y cultural de Jamaica, en torno a la cual el narrador desarrolla extensas y bien informadas reflexiones. Estos fragmentos aparentemente no guardan relación directa con el relato principal de la novela, que es la historia de Clare; sin embargo, estos insertos y digresiones son los que permiten comprender la inmensa complejidad del mundo en el que la protagonista está creciendo. Tanto a través de su fragmentada y densa estructura, como por la gran diversidad de temas que logra abordar con profundidad, *Abeng* construye la imagen de una sociedad jamaicana muy compleja, escindida y atravesada por innumerables tensiones. En su segunda novela, *No Telephone to Heaven*, Michelle Cliff profundiza y radicaliza las apuestas de experimentación estética y cuestionamiento político ya presentes en *Abeng*.

Tanto en *Annie John* como en *Abeng* hay un momento en el crecimiento de las protagonistas que es vivido como una revelación profundamente conmovedora: se trata del descubrimiento de la posibilidad de la muerte, de que ésta no sólo le llega a gente desconocida sino también a personas cercanas y, lo que es más impactante, de que puede llevarse también a niñas de la edad de Annie John y Clare.

La novela de Jamaica Kincaid se abre con los recuerdos de la narradora articulados en torno al descubrimiento de la muerte –el cual significativamente es mediado por la madre- que también está asociado a imágenes de animales reproduciéndose, teniendo crías, es decir, a una observación de los distintos ciclos de la vida. Sin embargo, es la muerte la que ejerce la principal fascinación sobre A. John, cuyo relato no es sino el recuento de una doble muerte: la de su niñez y, de la mano de ésta, la de la cercanía con su madre. De hecho, la brecha entre la protagonista y su madre empieza a abrirse cuando la primera ve a su progenitora con una niña muerta entre sus brazos, la cual puede ser considerada como una proyección de sí misma:

One day, a girl smaller than I, a girl whose mother was a friend of my mother's, died in my mother's arms (...). Nalda's [the dead girl's] mother wept so much that my mother had to take care of everything, and since children were never prepared by undertakers, my mother had to prepare the little girl to be buried. I then began to look at my mother's hands differently. They had stroked the dead girl's forehead; they had bathed and dressed her and laid her in the coffin my father had made. (...) For a while, though not for very long, I could not bear to have my mother caress me or touch my food or help me with my bath. I especially couldn't bear the sight of her hands lying still in her lap (*Annie John*, pp. 5-6).

Las manos de la madre, las que la cargaron, acogieron y acariciaron a ella, Annie John, en los momentos de mayor intimidad y apego, aparecen en esta escena como receptáculos de la muerte, antecámaras de la disolución, de la nada. Las mismas manos que pueden acoger y contener, son capaces también de expulsar y repeler. O de traicionar. Este es el sentido de la segunda observación importante de A. John con respecto a las manos de su madre, la cual aparece en la novela en el capítulo posterior a aquel referido a la niña muerta. Se trata del segundo capítulo, titulado "The Circling Hand" en que la narradora-protagonista recuerda las rutinas que comparte con su progenitora y la brusca manera en que ésta va poniendo fin a sus momentos de encuentro (primero le impide comprarse ropa parecida o igual a la de ella: "Oh, no –le dice la madre a Annie John- You are getting too old for that. It's time you had your own clothes. You just cannot go around the rest of your life looking like a little me" (*Annie John*, p.26); luego le comunica que ya no tienen tiempo para dedicarse a la rutina del baúl, en la que recordaban juntas momentos de la infancia de la protagonista). El título del capítulo hace referencia a una escena que observa la protagonista, en la cual su madre acaricia en un movimiento circular la espalda de su padre, en una situación de encuentro sexual. Esta escena viene precedida por una pelea matinal entre la niña y su mamá y el posterior esfuerzo de reconciliación y reconquista de la madre por parte de A. John, quien regresa

apresurada a su casa luego de la escuela dominical, para mostrar el diploma que ha ganado por ser la mejor alumna en el estudio de la Biblia:

When I got to our house, I rushed into the yard and called out to her [the mother], but no answer came. I then walked into the house. At first, I didn't hear anything. Then I heard sounds coming from the direction of my parent's room. My mother must be in there, I thought. When I got to the door I could see that my mother and father were lying in their bed. It didn't interest me what they were doing –only that my mother's hand was on the small of my father's back and that it was making a circular motion. But her hand! It was white and bony, as if it had long been dead and had been left out in the elements. It seemed not to be her hand, and yet it could only be her hand, so well did I know it. It went around and around in the same circular motion, and I looked at it as if I would never see anything else in my life again. If I were to forget everything else in the world, I could not forget her hand as it looked then. I could also make out that the sounds I had heard were her kissing my father's ears and his mouth and his face. I looked at them for I don't know how long (*Annie John*, p.31).

Al poco rato Annie John y su mamá se encuentran en la cocina, donde frente a un reproche de la madre por no estar haciendo nada, la hija por primera vez en su vida se atreve a contestarle directamente, mirándola en forma desafiante a los ojos. Poco después, ante la visión de las manos de la madre, la protagonista piensa: “I was sure I could never let those hands touch me again; I was sure I could never let her kiss me again. All that was finished”(Annie John, p.32).

La escena descrita por Annie John, en la que ve a su madre y su padre en una relación de intimidad, recuerda lo que Freud denominó “la escena primaria o primordial”. El contenido de esta escena –el padre y la madre unidos en una relación sexual, que pudo haber sido fantaseada, inferida o realmente sorprendida por el hijo o la hija- remite al

momento de la concepción del sujeto y tiene para los psicoanalistas un importante papel en la resolución de la crisis edípica (actualiza la amenaza de castración y la prohibición de yacer con los padres, del mismo sexo o del contrario, con posterioridad al momento en que el sujeto es concebido). En el caso de Annie John, resulta interesante la concentración de la niña en las manos de la madre, su posterior mención a los besos en los ojos, orejas y cara del padre y a los ruidos que asocia con éstos. Claramente hay una desviación de la atención hacia partes del cuerpo que aparecen como sustitutas de los genitales; y la mano aparece una vez más claramente investida de cualidades fantasmáticas, mortales, repelentes. El juicio emitido por la protagonista después de esa observación difícilmente podría ser más tajante: nunca más volvería a dejarse tocar por esas manos, ni besar por su madre. Todo había terminado.

¿Qué es ese “todo” que termina con la observación de esa escena? ¿Por qué es tan profundo el dolor de Annie John en todo lo que guarda relación con su madre? Las palabras con las que da por terminado “todo” claramente remiten a una situación de un amor profundo que se ha sentido traicionado. Si bien en el caso de la escena primaria observada/fantaseada por la niña la prohibición más evidente que se actualiza es la de yacer con el padre (resolución del Edipo femenino), se piensa que la atracción homosexual de la niña por su madre también va a ser objeto de represión.

Si bien considero que las pulsiones amorosas/eróticas de Annie John están orientadas hacia su madre, eso no significa que el padre no juegue un rol central en este proceso. Considero que se trata de un triángulo edípico sumamente complicado. El padre es mucho mayor que la madre (35 años los separan, es decir que él podría ser también padre de la madre); por otra parte, la madre es la única mujer que logra que el padre se case con ella. Previamente, él había tenido muchas mujeres con las que además tuvo hijos a los que aparentemente nunca reconoció. Annie John tiene diversos recuerdos infantiles en los que ella y su madre son atacadas por las mujeres con las que su padre no se había querido casar. La madre aparece así como una mujer doblemente poderosa: por

un lado es la única que logra “conquistar” al padre; por otra parte es capaz de proteger a su hija de la envidia de las otras mujeres. El hecho de que éstas ataquen a la mujer y la niña pero no al padre, refuerza la alianza y complicidad entre las dos, las cuales parecen ser infinitas y perfectas durante los primeros años de vida de Annie John. Posteriormente, serán dos las cuñas principales que, en la percepción de la niña, vendrán a interponerse entre ella y su progenitora: por un lado el padre –a lo largo del relato vemos cómo la protagonista se siente cada vez más excluida de la cómplice relación que mantienen sus progenitores- y, por el otro, sus propias transformaciones corporales que la alejan de su niñez.

Para Nancy Chodorow, el complejo de Edipo en las niñas “is characterized by the continuation of preoedipal attachments and preoccupations, sexual oscillation in an oedipal triangle, and the lack of either absolute change of love object or absolute oedipal resolution” (Chodorow, 1978, pp.133-134). La pubertad y la adolescencia son, en opinión de esta psicoanalista, períodos en los que la niña revive las situaciones de apego y ruptura característicos de la primera organización pre-edípica y edípica. En aras de poder salir de su mundo afectivo familiar para ingresar en el universo de las relaciones no familiares, la niña, cuya resolución edípica ha sido menos drástica que la vivida por los varones, debe confrontar el entramado de relaciones familiares en las que continúa estando fuertemente comprometida. Su tarea central en este proceso de crecimiento será el prolongado y penoso esfuerzo de separarse de la madre, con la que sigue manteniendo fuertes lazos, cuyos orígenes y características remiten a los primeros momentos de configuración de la subjetividad. La madre, a su vez, enfrentará la adolescencia de su hija con fuertes sentimientos de ambivalencia. Por una parte, deseará mantener a su hija cerca, mientras por la otra buscará impulsarla hacia la adultez. Esta ambivalencia va a provocar una creciente ansiedad en las hijas, en quienes se agudizarán los impulsos de ruptura.

Para mi lectura psicoanalítica de *Annie John* resulta especialmente interesante esta asociación entre la pubertad y adolescencia y los períodos pre-edípicos y edípicos⁷⁰. En mi opinión, la forma en que la narradora recuerda su relación con la madre en los momentos previos a la ruptura –que se va dando en forma gradual, existiendo momentos de acercamiento e intentos de recomposición posteriores incluso a lo que denominé como “escena primaria” presenciada por la protagonista- remiten claramente a las descripciones del apego en el período pre-edípico: identificación y sensación de continuidad con la madre, experimentación de fronteras del yo como difusas en relación a la figura materna. Algunas de las estrategias que, según los psicoanalistas, utilizan las adolescentes para fortalecer su impulso de diferenciación de la madre se basan en la proyección y escisión de los aspectos buenos y malos de los objetos relacionales: así, la madre y el hogar pasan a representar lo malo, mientras el mundo extrafamiliar encarna lo bueno. La figura de la “mejor amiga” juega un rol extremadamente importante en esta etapa, ya que le permite a la adolescente satisfacer sus necesidades de fusión permitiéndole a la vez continuar con su proceso de individuación con respecto a la madre.

Hay dos momentos claves en el recuento que de su vida ofrece la narradora en *Annie John*, dos momentos de inflexión importantes que a mi parecer sustentan la interpretación del desarrollo de la protagonista como un difícil proceso de separación de una madre con la cual mantiene vínculos fuertísimos que remiten a la etapa pre-edípica. El primero de ellos se refiere a un “ensayo autobiográfico” que Annie John escribe en su nuevo colegio, al que ingresa justo en el período en que se manifiestan las primeras dificultades en la relación con su madre. Esta composición la hace merecedora de la admiración y el cariño de sus compañeras; con una de ellas iniciará una relación que ella

⁷⁰ Soy consciente de las objeciones teóricas que se le plantean a la llamada teoría recapitulacionista de la adolescencia (o mito recapitulacionista como es designado, en una fuerte actitud crítica, por Louis Kaplan (1996)), sin embargo considero que en el caso particular del análisis que estoy realizando resulta sumamente iluminadora. Por otra parte, hay autoras como Gilligan y Apter que afirman que los conflictos con la madre en la adolescencia más que una manera de separarse de la madre constituyen un mecanismo para permanecer en contacto con ella.

misma describe en términos profundamente amorosos: “At the end of the day, Gwen and I were in love, and so we walked home arm in arm together” (*Annie John*, p.33).

La narración que Annie John escribe y lee para su curso desarrolla precisamente el tema de su relación con su madre y está íntegramente reproducida en el cuerpo de la novela. Puede ser leída, entonces, como una versión condensada del tema desarrollado a lo largo de la narración principal, como una verdadera puesta en abismo de la historia. Existe, sin embargo, una importante diferencia entre el relato principal y el que construye Annie John como personaje. En este último, la protagonista se permite mostrar las cosas como quisiera que fueran y no “como son en realidad”. En su escrito, Annie John narra una experiencia de profunda angustia ante una situación de separación de su madre. Esta es superada gracias al reencuentro con la madre. El escenario y los términos en los cuales se desarrolla el relato tienen claras resonancias con lo que Kristeva denomina la *khora* del seno materno y con el estadio pre-edípico imaginario de Lacan. El relato remite acá al momento de mayor unión posible entre la hija y la madre: el mundo acuático y difuso de la vida uterina, en que la madre transporta a la hija a través de la vida, cuyos sonidos, colores y olores percibe el nonato a través de la mediación exclusiva de los sentidos maternos:

(...) my mother had found a place that nobody seemed to have ever seen. Since this bathing in the sea was a medicine and not a picnic, we had to bathe without wearing swimming costumes. My mother was a superior swimmer. When she plunged into the seawater it was as if she had always lived there. (...) I, on the other hand, could not swim at all. (...) The only way I could go into the water was if I was on my mother’s back, my arms clasped tightly around her neck, and she would then swim around not too far from the shore. (...) When we swam around in this way, I would think how much we were like the pictures of sea mammals I had seen, my mother and I, naked in the seawater, my mother sometimes singing to me a song in a French patois I did not yet understand, or sometimes not saying anything at

all. I would place my ear against her neck, and it was as if I were listening to a giant shell, for all the sounds around me –the sea, the wind, the birds screeching- would seem as if they came from inside her, the way the sounds of the sea are in a seashell (*Annie John*, pp.42-43).

En una de estas salidas al mar, la madre deja a Annie John en la costa para irse a nadar hacia el interior. En un momento dado la niña, que se había distraído mirando el paso de tres barcos llenos de gente⁷¹, pierde de vista a su madre; desea gritar pero la angustia la paraliza y se siente caer en un gran hoyo negro que repentinamente se abre delante de ella. No puede pensar sino en que su madre no está cerca de ella. Un tiempo después descubre a su madre sentada sobre una roca en medio del mar; trata de llamarla pero la madre no la oye y la angustia renace ante su imposibilidad de remontar el océano que las separa. Poco después la madre regresa y se reencuentran. Posteriormente, la niña habría de tener innumerables pesadillas con la madre sentada sobre esa roca inaccesible, “only in it my mother never came back, and sometimes my father would join her. When he joined her, they would both sit tracing patterns on the rock, and it must have been amusing, for they would always make each other laugh” (*Annie John*, p.44). La presencia del padre en el momento en que la niña está separada de la madre alude indirectamente a su función en este proceso: la de romper la unidad diádica entre madre e hija, de tal manera que la segunda pueda acceder al universo simbólico regido por la Ley del Padre.

Frente a la reiteración de esta pesadilla la niña se la cuenta a su madre. Y es en este punto que se produce la divergencia entre lo que Annie John escribe para el colegio y lo que, según el relato principal, ocurre en la realidad. Mientras en la primera versión la madre acoge a la niña, la tranquiliza y le asegura que nunca la abandonará, en la

⁷¹ Este episodio también puede ser leído como una escenificación de la irrupción de la conquista (los tres barcos representarían las tres carabelas de Colón) en la vida paradisíaca y armónica del Caribe antes de su “descubrimiento”. El alejamiento de la madre representaría la ruptura impuesta desde fuera con el territorio nativo, con las costumbres propias; la condición del colonizado como un exiliado (de la madre patria) en su propia tierra.

rectificación (cuando cuenta lo “que realmente pasó”) que hace la narradora, la madre simplemente recrimina a la hija por comer frutas inmaduras antes de dormir. Luego le vuelve la espalda.

Este relato muestra la importancia que tienen las narraciones autobiográficas en los procesos de construcción identitaria. La historia personal –en este caso el recuento de una situación vivida por Annie John– es elaborada a través de un activo proceso de selección, apropiación y también acomodación de los sucesos y recuerdos. El carácter intersubjetivo de este tipo de construcciones es relevado por la circunstancia en que la protagonista de la novela produce su narrativa: su primer día de clases en un nuevo colegio. El relato funciona entonces como una suerte de carta de presentación ante sus compañeros y su profesora. Según Annie John, es debido a ellos que decide darle a su historia un mejor final del que realmente tuvo, ya que no podía soportar “to have anyone see how deep in disfavor I was with my mother” (Ibíd., p.45). Pero esta nueva versión también muestra el rol terapéutico que puede jugar la escritura y en general las narraciones en tanto construcciones activas que abren espacio a la elaboración y reconciliación con la historia personal. Por otra parte, como señala Giovanna Covi, este escrito de Annie John puede ser interpretado como una metáfora del carácter autobiográfico de esta novela, la cual demuestra “that ‘lies’ must enter autobiography when this is meant for a public audience” (Covi, 2003, p.74). Esta observación es especialmente interesante considerando la fuerte impronta autobiográfica que tiene toda la obra de Kincaid, aún cuando la autora la presente expresamente como ficción. Volveré sobre este tema en el análisis de *Lucy* desarrollado en un capítulo posterior de esta tesis.

La importancia de la madre y de la mirada materna en la construcción y preservación de la identidad de la hija son puestas de manifiesto en una escena que muestra, además, cómo los cambios físicos de la pubertad de Annie John son leídos por la madre como indicios de una posible y amenazante pérdida de control sexual. En la escena señalada

Annie John camina por una calle, en la que hay muchos negocios, buscando ver su reflejo en las vitrinas. Sin embargo, le toma mucho tiempo darse cuenta que la imagen humana que logra distinguir no es un objeto más puesto a disposición del público, sino que es su propio cuerpo profundamente transformado: “I saw myself among all these things, but I didn’t know that it was I, for I had got so strange” (*Annie John*, p.94). Por la forma en que describe su imagen, queda claro que su dificultad para reconocerse surge de que mientras aún se autopercibe como niña su cuerpo se ha transformado en el de una adolescente. Varias otras miradas convergen en ella: por un lado la de cuatro muchachos que la observan desde el otro lado de la acera y que empiezan a molestarla en cuanto ella los descubre. Durante un tiempo que le parece interminable los chicos le hablan, le gritan cosas sin que ella pueda reaccionar. Sólo es capaz de librarse de la situación cuando reconoce a uno de sus agresores como un antiguo compañero de juegos. Después de saludarlo forzosamente y decirle que tiene que marcharse, logra dejar el lugar. Al llegar a su casa encuentra a su madre, que en forma fría y cortante le pide explicaciones por su tardanza. Annie John inventa una excusa relacionada con el colegio y en ese momento la madre le dice que ella estaba en una tienda comprándole un vestido de regalo, cuando de pronto la vio parada en medio de la calle “making a spectacle of myself in front of four boys” (*Annie John*, p.102). Así como Annie John tiene dificultades para reconocerse a sí misma en su “nueva piel”, tampoco la madre es capaz de ver el mal rato pasado por su hija. Por eso, en vez de protegerla o consolarla la ubica en una posición de culpabilidad, acusándola de haberse portado como una puta. “The word ‘slut’ (in patois) was repeated over and over, until suddenly I felt as if I were drowning in a well but instead of the well being filled with water it was filled with the word ‘slut’, and it was pouring in through my eyes, my ears, my nostrils, my mouth” (*Annie John*, p.102). Si el reflejo en el espejo idealmente permite, a quien se mira, tener una imagen integrada y completa de sí mismo (sobre todo pensando en la descripción que hace Lacan de la fase del espejo, en que el sujeto accede por primera vez a una imagen integrada de su yo), en el caso de Annie John la vitrina y la mirada de los otros no hacen sino distorsionar y desintegrar la imagen que intenta construir con respecto a sí

misma. Ella no es capaz de reconocerse en su transformación corporal; los muchachos que la miran la molestan en función de la mujer que parece ser y no de la niña que siente que es; y la madre le asesta el golpe final a su desorientación calificándola de puta por la forma en que se relacionó con los chicos.

Este episodio en la calle y con la vitrina, en que no es capaz de reconocerse a sí misma ni en su reflejo ni en la imagen que le devuelve su madre, agudiza la crisis interna que vive Annie John desde que aparecieran las primeras señas del distanciamiento materno. En consecuencia, la protagonista cae en una situación de profunda depresión, la cual la deja postrada en cama durante tres semanas. Los esfuerzos de los médicos por averiguar el origen de su mal y sanarla son infructuosos; los conjuros de una mujer *obeah* de la localidad tampoco surten efecto. La única que logra sacarla de su invalidez es su abuela materna, una practicante de *obeah* mucho más poderosa, que llega en forma mágica e inesperada desde Dominica. Más que los baños, emplastes y rezos, lo que parece surtir efecto es la dedicación incondicional y el calor corporal que Ma Chess, la abuela, le ofrece a Annie John:

Ma Chess settled in on the floor at the foot of my bed, eating and sleeping there, and soon I grew to count on her smells and the sound her breath made as it went in and out of her body. Sometimes at night, when I would feel that I was all locked up in the warm falling soot [a nightmare she used to have during her sickness] and could not find my way out, Ma Chess would come into my bed with me and stay until I was myself –whatever that had come to be by then- again. I would lie on my side, curled up like a little comma, and Ma Chess would lie next to me, curled up like a bigger comma, into which I fit. In the daytime, while my mother attended my father, keeping him company as he ate, Ma Chess would fit me my food (...). She bathed me and changed my clothes and sheets and did all the other things that my mother used to do (*Annie John*, pp.125-126).

Lo que va a posibilitar Ma Chess a Annie John es el retorno a ese yo que siente que ha perdido, que se ha ido disolviendo a medida que su madre se ha alejado de él. En términos psicoanalíticos esta curación equivaldría a la que se realiza a través del proceso de transferencia: Annie John establece un vínculo con la abuela –en que es especialmente significativa la adopción de una posición fetal para tranquilizar a la niña después de sus pesadillas- que le va a permitir concluir el proceso de separación con la madre restituyéndole la sensación de un yo (self) entero, no resquebrajado y disuelto⁷². Una vez que la salud de Annie John se ha restablecido la abuela parte, dejando atrás a una joven dispuesta, a su vez, a partir hacia Inglaterra en busca de una vida autónoma.

A diferencia de Annie John, Clare Savage nunca tuvo una relación fuerte y estrecha con la madre, por lo menos no en los períodos de su vida que es capaz de recordar. El padre, en cambio, aparece como una presencia más constante y estable. Si en el caso del personaje de Kincaid el crecer aparece aunado a la necesidad de establecer distancias y sufrir desgarros afectivos interiores, en la novela de Cliff la maduración está asociada al esfuerzo por develar, por retirar los velos que impiden el entendimiento, que buscan ocultar la realidad. La figura del ocultamiento es central en los distintos ejes que articulan *Abeng*. La invisibilización de las memorias de los excluidos, los mitos contruidos en torno a las genealogías familiares, la falta de claridad para explicar procesos históricos, naturales y biológicos, van afectando a Clare, quien se ve cada vez más impelida a desarrollar una mirada propia en torno a los distintos aspectos de la realidad con los que se ve confrontada.

La muerte de dos niñas y la forma en que es enfrentada por la gente cercana a Clare, evidencian esta política de ocultamiento de los hechos de la realidad que aparentemente

⁷² La pesadilla que tiene Annie John durante su enfermedad pone de manifiesto esa sensación de resquebrajamiento del yo. Ella sueña que camina a través de un aire cargado de cenizas calientes, en dirección al mar. Una vez ahí empieza a tomar y tomar agua hasta que todo el mar está dentro de ella, que se infla enormemente. Luego su cuerpo empieza a agrietarse y el agua sale por todos los orificios hasta volver a conformar el mar. Ella vuelve a caminar entre la ceniza caliente, sólo que esta vez está enteramente mojada (*Annie John*, p.112).

resultaría mejor ignorar. Clare se entera a través del diario de la muerte de una compañera de curso llamada Claudia. Ante la resistencia de su abuela –con quien pasa las vacaciones de verano- a hablar de esta muerte, Clare trata de pensar en esa niña como si nunca hubiera existido, con lo cual participa de las estrategias aprendidas de negar las dimensiones de la realidad que son dolorosas o difíciles de aceptar. De hecho, cuando Clare regresa a la escuela “Claudia’s disappearance from this life was never mentioned by the other girls. And it was as though she had never been” (*Abeng*, p.69). Pero con la otra muerte temprana por la que se siente impactada, Clare no puede aplicar la misma estrategia. Se trata de la muerte de Ana Frank, cuyo diario constituye una evidencia incuestionable de la real existencia de esa vida.

Clare descubre a Ana Frank en un momento de intensa búsqueda personal, en el que trata de entender quién es ella, qué lugar ocupa en su mundo, con qué figuras se puede identificar y en quiénes puede confiar. La identificación de Clare con Ana Frank se da en múltiples niveles, desde el más personal de la relación con la madre hasta el más general de la pertenencia a mundos atravesados por la discriminación y desigualdad.

This twelve-year-old mulatto girl, up to this point walking through her life according to what she had been told –not knowing very much about herself or her past- for example, that her great-great grandfather had once set fire to a hundred Africans; that her grandmother Miss Mattie was once a canecutter with a cloth bag of salt in her skirt pocket –this child became compelled by the life and death of Anne Frank. She was reaching, without knowing it, for an explanation of her own life (*Abeng*, p. 72).

Las insistentes preguntas que Clare le dirige a sus profesores y a su padre en su esfuerzo por comprender cómo fue posible que los nazis perpetraran el genocidio contra los judíos y que el resto de la humanidad prácticamente no reaccionara, la llevan a intuir el soterrado antisemitismo de los adultos significativos que la rodean. Éstos no sólo no expresan una unívoca condena moral frente al Holocausto, sino que además tienden a

ofrecer argumentos que explican y justifican el sufrimiento de los judíos –que comparan y hacen extensible a los negros- en virtud de su diferencia religiosa, racial y cultural: “The suffering of the Jews was similar, one teacher went on to say, to the primitive religiosity of Africans, which had brought Black people into slavery. (...) That is, both types of people were flawed in irreversible ways” (*Abeng*, p.71). A partir de estas explicaciones “Clare had learned that just as Jews were expected to suffer in a Christian world, so were dark people supposed to suffer in a white world” (*Abeng*, p.77). De esta manera se le transmite a Clare una visión fatalista de la vida y el devenir histórico, que resulta funcional a la mantención del *status quo*.

La falta de claridad del padre de Clare ante los emplazamientos de su hija para que asuma una actitud de condena frente a las historias de persecución de los judíos, así como su evidente prejuicio contra los negros, hacen que la protagonista confíe cada vez menos en las explicaciones que éste le proporciona. Cada vez va a ser más evidente para la protagonista que su padre carece de la altura intelectual y moral que ella le atribuía. Si bien no es capaz de reconocerlo abiertamente ante sí misma, en este punto va a empezar a buscar sus propios caminos para poder informarse y desarrollar posiciones propias.

Pese a que la madre podría aparecer como una figura de sensibilidad e ideas más cercanas a las de Clare, la distancia afectiva que ésta establece con respecto a su hija impide que fluya una verdadera comunicación entre ambas. La primera identificación de Clare con Ana Frank se establece a partir del reconocimiento de la común distancia que sienten ambas con respecto a sus madres. A lo largo de toda la novela Clare va a añorar instancias de reunión con su progenitora, va a tener fantasías de encuentro que remiten a esa etapa de simbiosis pre-edípica a la que hacíamos referencia al analizar *Annie John*:

At twelve Clare wanted to suck her mother’s breasts again and again –to close her eyes in the sunlight and have Kitty [the mother] close her eyes also

and together they would enter some dream Clare imagined mothers and children shared (*Abeng*, p. 54).

Sometimes Kitty would take Clare to Annie's Hole, a small deep swimming place, where she washed her daughter's hair and the two bathed together in their swimming suits. It would never have occurred to Kitty to be naked with her daughter, and any intimacy between them abruptly stopped here. Clare told herself that it was enough that they were alone (*Abeng*, p.53).

Those mornings and afternoons with her mother in the bush sometimes made Clare think –wish- that they were on a desert island together –away from her father and his theories and whiteness and her sister and her needs. That they would survive on this island with just the fallen fruit her mother gathered. And she wanted this.

Clare did not tell her mother anything that was close to her (*Abeng*, p.80).

Aunque Clare intuye y fantasea que existe un lugar junto a su madre en el cual podría sentirse más cómoda, segura y menos escindida, no sabe cómo podría llegar (¿retornar?) a él sin exponerse a ser rechazada. La madre, por otra parte, no es ajena al estilo de indirectas y ocultamiento que llevan a Clare a apartarse de su padre y del resto de los adultos. De hecho, en su dificultad de acercarse a su hija le encarga al padre que sea él quien le hable a Clare sobre menstruación y sexualidad. Él no es capaz de enfrentar estos temas, por lo que es sólo a través de Zoe, su amiga, que Clare se entera de lo que significa menstruar y cómo son engendrados los niños.

La amistad entre Clare y Zoe juega un rol central en *Abeng*, constituyendo un núcleo simbólico central a partir del cual la narradora va a reflexionar sobre las posibilidades de una relación igualitaria entre niñas de distinto origen racial, social y económico. Zoe es una niña negra, hija de una mujer que vive y trabaja el campo de Miss Mattie, la madre de Kitty. Como Clare pasa los veranos al lado de esta abuela, Zoe es llamada a la “casa

grande” para hacerle compañía a la nieta. Pese a este origen asimétrico de la relación, para Clare Zoe es una verdadera amiga, a la que quiere mucho y considera, o quiere considerar, como su igual. Clare intuye, incluso, que “in her love for Zoe, (...) there was something of her need for her mother. But it felt intangible and impossible to grasp hold of” (*Abeng*, p.131).

Las cosas que no le puede contar a su madre, Clare se las cuenta a Zoe; los cambios que va experimentando en su cuerpo, Clare los comparte con Zoe; lo que no aprende de su madre, Clare lo aprende de Zoe. Pero hay un tema fundamental del que ninguna de las dos es capaz de hablar y que aunque no lo quieran se va a interponer en su relación: las profundas diferencias referidas a sus orígenes raciales y sociales. Zoe tiene una especial conciencia y claridad con respecto al status excepcional de la relación que mantiene con Clare y no olvida nunca –no se le permita olvidar- que es la hija de una vendedora de mercado que vive de inquilina en las tierras de la abuela de su amiga. Por su parte, Clare tiende más a tratar de pasar por alto las barreras que las separan, las cuales en muchos casos ni siquiera puede percibir realmente. A lo largo de toda la novela el narrador se preocupa de resaltar lo difícil que puede ser para quien ocupa una posición de privilegio el entender realmente a quienes están en la orilla opuesta. Además muestra cómo frente a determinadas circunstancias las personas apelan a su mayor prestigio o poder para reestablecer las distancias y defenderse.

En *Abeng* una de las marcas fuertes de diferencia social está dada por el uso del inglés oficial o el jamaicano⁷³. En el texto los personajes recurren a una u otra variedad lingüística en función de su origen y también del interlocutor al cual se dirigen. Así, Clare en el campo de su abuela habla en *patois* con Zoe. Pero, estando en compañía de su amiga y frente a un trabajador por el cual se siente amenazada inmediatamente pasa a

⁷³ El texto muestra la existencia de una situación de diglosia lingüística en la sociedad jamaicana. Como explica Martín Lienhard: “La diglosia remite a la coexistencia, en el seno de una formación social, de dos normas lingüísticas de prestigio social desigual” (Lienhard, 1996, p.72). “La diglosia supone una práctica específica, asimétrica, del bilingüismo” (Ibíd).

hablar el idioma oficial: “‘Get away, you hear. This is my grandmother’s land’. She had dropped her patois –was speaking buckra- and relying on the privilege she said she did not have” (*Abeng*, p.122). Esta cita forma parte de uno de los apartados de mayor densidad simbólica del texto, ya que condensa las distintas temáticas tratadas a lo largo del mismo: los temas de pertenencia de género, racial y social. Se trata de la situación, además, que marca el inicio del fin de la historia, en el que Clare va a verse obligada a romper con todo el mundo de su infancia.

A raíz de una situación de humillación vivida con sus primos, a quienes se les permite participar de la matanza de un cerdo –que ella no puede presenciar- y quienes además la excluyen abiertamente de su hazaña de cortar y cocinar los genitales del animal, Clare planea salir a cazar un jabalí salvaje que se esconde en los montes que rodean el campo de su abuela⁷⁴. De esta manera busca subsanar lo que ha vivido como una profunda afrenta de parte de quienes reiteradamente la excluían de todo aquello que no es para niñas; trata de aliviar su herida narcisista a través de un acto de reparación de connotaciones típicamente masculinas. En sus planes de cacería compromete a Zoe, quien la acompaña en su expedición por las montañas en busca del mítico jabalí. Una vez que ambas se dan cuenta de la imposibilidad de encontrar y capturar al animal, Zoe disuade a Clare de seguir en esta empresa, poniendo en evidencia la falta de criterio y responsabilidad de esta última. Además, pone de manifiesto su mayor lucidez para captar las brechas que las separan:

“Wunna is living inside one dream. Dese pig is fierce. Fierce and brave.
Dem is proud. Him is old pig and him has lived pond is hill fe donkey’s
years. Him no be easy to catch. And if we catch him, what right we have fe

⁷⁴ Este animal refugiado recuerda la imagen del negro cimarrón, es decir del esclavo fugado de las plantaciones para ir a vivir al monte. Esta figura tiene especial importancia en Jamaica, ya que al pasar la isla de manos de los españoles (que la colonizaron a inicios del siglo XVI) a la de los ingleses en 1655, numerosos esclavos se fugaron y permanecieron escondidos en las montañas del país (ver Benítez Rojo, 1989, p.47). Para Michelle Cliff tiene gran importancia recuperar la historia no sólo de las vejaciones sufridas por los esclavos africanos, sino también de su fuerza y rebeldía.

kill him? Dis no is game. Come on, gal; let us give up –what you say”. (...) “Wunna know, wunna is truly town gal. Wunna a go back to Kingston soon now. Wunna no realiza me have to stay here. Wunna no know what people them would say if two gal them shoot Massa Cudjoe [the wild pig]”. (...) “Wunna is town gal, and wunna papa is buckra. Wunna leave here when wunna people come fe wunna. (...) Smaddy? Wunna no is smaddy already? Gil smaddy. Kingston smaddy. White Smaddy. Dis place no matter a wunna a-tall, a-tall. Dis here is fe me territory. Kingston a fe wunna. Me will be here so all me life –me will marketwoman like fe me mama. Me will have fe beg land fe me and fe me pickney to live pon. Wunna will go a England, den maybe America, to university, and when we meet later we will be different smaddy” (*Abeng*, p.118).⁷⁵

Clare fought hard not to believe all that Zoe said. But she knew that she would be leaving for Kingston soon. She knew that Kingston was the place of her existence. She felt split into two parts –white and non white, town and country, scholarship and privilege, Boy [Clare’s father] and Kitty [Clare’s mother] (*Abeng*, p.119).

Zoe knew that Clare could not really understand what she had said. She didn’t think Clare had any idea of what been poor really meant. What been dark really meant. Why these things would always come between them (*Abeng*, p.119).

Zoe logra convencer a Clare de desistir de la caza del jabalí pero esto no impide que la mañana termine con una tragedia. Luego de bajar del monte, ambas niñas van a bañarse desnudas al río, donde son descubiertas por el trabajador al que Clare increpa con las palabras citadas anteriormente. Como el hombre no se aleja del lugar, Clare toma el rifle

⁷⁵ Al final del libro Michelle Cliff incluye un glosario de palabras jamaicanas. Para una mejor comprensión de las palabras de Zoe reproduzco algunos de ellos: “buckra: white person; specifically one representing the ruling class”; “donkey’s years: a long time”; “gal: girl”; “pickney: child, children”; “smaddy: somebody”; “wunna: you”.

que había sustraído de la casa de su abuela para matar al jabalí y hace un disparo al aire. Pero el tiro finalmente alcanza al viejo buey de la abuela, que pastaba en los alrededores. Ante el terror de Zoe de perder por esto el lugar en el que vive con su madre y su hermana, Clare promete no decir nada sobre la presencia de su amiga en el accidente. Entiende, finalmente, que las consecuencias de un mismo acto pueden ser muy distintas en función de la posición desde el cual éste se realice.

Pero las consecuencias para Clare tampoco son menores. Cuando se separa de Zoe ésta tiene claro que se trata de una despedida definitiva. Por otra parte, la abuela reacciona con indignación ante la muerte de su buey y llama a los padres de Clare para que la recojan del campo. Estos, sin escuchar las explicaciones ni tratar de entender a su hija, determinan que Clare vaya a pasar el resto de las vacaciones en la casa de una vieja amiga de la familia Savage, famosa por su racismo, su despotismo y su mal humor. Se ve así triplemente expulsada: de la vida de su amiga, de la casa de su abuela, de la vida con sus padres en Kingston. Se hace evidente entonces que no es menor el precio que hay que pagar por intentar transgredir los rígidos límites que fijan la pertenencia a un género sexual, a una clase social y una raza determinada.

Sin embargo, los párrafos con los que termina *Abeng* socavan en alguna medida el impacto disciplinador de este castigo y cuestionan la concepción de identidades tan rígidamente determinadas por las pertenencias de origen. Esta novela finaliza con un sueño de Clare en el que se ve peleando con Zoe y tirándole una piedra que abre una herida bajo el ojo de su amiga, de la cual fluye un hilo de sangre⁷⁶. Clare se acerca a

⁷⁶ Este final de *Abeng* establece un claro diálogo intertextual con *Ancho mar de los sargazos* de Jean Rhys. Esta novela también termina con un sueño de la protagonista que se confunde con la realidad, en el cual aparece Tia, su amiga negra de la infancia. Por otra parte, al inicio de la novela de Rhys hay una escena en la que Tia le tira una piedra a Antoinette y la hace sangrar. En el caso de ambas protagonistas la amiga negra de la infancia juega un papel muy importante en la búsqueda de lo que se quiere y se puede ser. Ambas quieren tener una amistad profunda, que supere las barreras sociales y raciales y que las compense en gran medida por la distancia de sus madres y su situación de soledad. Por otro lado, estas amigas representan el mundo al cual ellas sólo pertenecen parcialmente en su posición de niñas ubicadas a medio camino entre el mundo del colonizado y del colonizador. La aparición final de estas amigas en los sueños habla también de un deseo de pertenencia a sus lugares de origen.

decirle que lo siente y a curarle la herida. Al despertar, Clare se da cuenta que durante la noche ha tenido su primera menstruación y siente que todo es tal como Zoe se lo había descrito y que está viviendo profundos e importantes cambios: “Something had happened to her –was happening to her. And it didn’t really matter that there was not another living soul to tell it to. (...) She was not ready to understand her dream. She had no idea that everyone we dream about we are” (*Abeng*, p.166).

El aislamiento de Clare hacia el final de la novela coincide con lo que ella misma considera como un hito fundamental en el camino hacia ser mujer (la menstruación) y con su capacidad de reconocer las importantes transformaciones que está experimentando, sin importar que, por el momento, no las pueda compartir con nadie. En su sueño final está Zoe quien, como sugiere el narrador, es su amiga a la vez que una proyección de sí misma. Clare es la niña blanca y la niña negra; su parte blanca ataca a la negra, hasta que de su ojo cae una lágrima de sangre que correrá luego por las piernas de la niña que sueña. Clare cura el ojo de Zoe con un emplasto y luego, ya despierta, pondrá unos paños entre sus piernas. Esta identificación de Clare con Zoe, así como la sensación de aceptación de los cambios y transformaciones que está experimentando, sugieren que hacia el final de *Abeng* la protagonista está consiguiendo vivir en forma menos conflictiva los distintos referentes que su historia personal le ofrece para construir su identidad. En lugar de una elección definitiva y clara entre sus raíces blancas y negras aparece la posibilidad de integrar en sí misma ambas herencias, aceptando que es ambas cosas a la vez y que no puede seguir negando una de ellas por obedecer el mandato de pasar por aquella que le aporta un mayor prestigio. Esta integración no aparece, en ningún caso, como una empresa fácil ni sencilla –no se trata del feliz mestizaje del pensamiento latinoamericano decimonónico-, pero reconocer su conflictividad y dificultad parece ser un primer paso hacia la construcción de una identidad menos desgarrada.

Tanto *Abeng* como *Annie John* terminan con la protagonista fuera o a punto de partir del hogar paterno y emocionalmente muy distanciadas de sus progenitores. Esto diferencia

estas novelas del modelo de Bildungsroman clásico –en que los jóvenes, tanto blancos como negros, inician su desarrollo con la partida fuera del hogar. Las aventuras vividas durante el viaje actúan en los jóvenes como motores del proceso de crecimiento y maduración y les van a permitir, en última instancia, reincorporarse como seres adultos al mundo afectivo y social del cual provienen.

En el caso de *Annie John* y *Abeng* la partida final aparece como el punto de cierre de intensos procesos de exploración relacionados tanto con el mundo personal interno de las protagonistas como con sus relaciones de afecto dentro y fuera de la familia. Asimismo, como veremos con mayor detención en el siguiente apartado, estas jóvenes van a cuestionar cada vez más radicalmente los valores del mundo colonial en el que están creciendo y en el cual se espera que asuman posiciones determinadas en función de su género, raza y pertenencia de clase. Hacia el final de las historias, Annie John y Clare Savage parecen tener más claridad con respecto a lo que son ellas mismas y lo que esperan de la vida, claridad ganada en gran medida a través de la ruptura activa con aquello que sienten como imposiciones externas. La consecución de personalidades más autónomas e independientes no aparece en los casos de estas jóvenes como la condición de posibilidad de su integración madura a la sociedad, sino, por el contrario, como el punto a partir del cual empieza un recorrido por senderos más solitarios y desarraigados.

2.2 Crecer en la colonia

La educación colonial

En *Abeng* y *Annie John* el futuro previsto para las protagonistas contempla la continuación de los estudios secundarios en Inglaterra. Este destino formaba parte del itinerario habitual de los hijos de las familias acomodadas y de clase media en las colonias británicas. Desde sus primeros años de escolaridad estos niños y niñas habían sido formados de acuerdo a programas elaborados en la metrópolis para sus colonias,

con contenidos que no diferían mayormente de los que recibía un niño inglés en su escuela local. La narradora de *Abeng* ofrece una detallada descripción de los contenidos de los programas educativos para las colonias:

Mr. Powell's teaching manuals were forwarded to him by the governor's office, which in turn had received them from a department of the colonial office in London –that department in charge of organizing the state education in the crown colonies. These manuals, for the most part, stressed reading and writing and simple arithmetic. The history, of course, of the English monarchs. The history of Jamaica as it pertained to England (...)– all these things were dated and briefly described, and the class competed to see who had memorized them most perfectly (*Abeng*, p.84).⁷⁷

De esta manera, la enseñanza carecía de una mínima adecuación a la experiencia vital de los estudiantes, a la vez que apuntaba a la creación de una elite negra respetuosa de los valores y logros de la “gran” civilización británica. Esta sensación de alienación aparece en la obra de muchos escritores y escritoras caribeñas en relación al poema “Daffodils” de Wordsworth, el cual todos debían leer y aprender de memoria, aún cuando no hubieran visto nunca un “daffodil” (narciso):

The manuals also contained instructions for teaching literature. Mr. Powell was told to have the younger children read poems by Tennyson, the older ones, poems by Keats (...). To see that all in the school memorized the “Daffodils” poem of William Wordsworth, “spoken with as little accent as possible; here as elsewhere, the use of pidgin is to be severely discouraged.”

⁷⁷ La escritora de Trinidad Merle Hodge, autora del primer *Bildungsroman* caribeño escrito por una mujer, *Crick Crack, Monkey*, y reconocida por el impulso que otorgó con su obra a la escritura de mujeres en la región, expresa una similar sensación de alienación e inadecuación con respecto a los contenidos de los libros con que fue educada: “We never saw ourselves in a book, so we didn't exist in a kind of way and our culture and our environment, our climate, the plants around us did not seem real, did not seem to be of any importance –we overlooked them entirely. The real world was what was in books” (Citada en Gikandi, 1992, pp.201-202).

The manual also contained a pullout drawing of a daffodil, which the pupils “were encouraged to examine” as they recited the verse.

Mr. Powell received the exact same manuals year after year.

The manuals were oblivious to any specific facts about the nature of Mr. Powell’s class. No doubt the same manuals were shipped to villages in Nigeria, schools in Hong Kong, even settlements in the Northwest Territory –anywhere that the “sun never set”, with the only differences occurring in the pages which described the history of the colony in question as it pertained to England.

Probably there were a million children who could recite “Daffodils”, and a million who had never actually seen the flower, only the drawing, and so did not know why the poet had been stunned (*Abeng*, pp. 84-85).

No deja de ser interesante esta fijación con un poema referido a los narcisos, figura asociada precisamente con la constitución de una identidad que se mira a sí misma, recreándose en su propio valor y belleza. ¿Hacia dónde, a quiénes miran los niños caribeños en su proceso de formación, al aprender sobre un mundo inquietantemente cercano y lejano a la vez? ¿Qué identidad propia pueden construir los jóvenes antillanos si, como señala Fanon, en la escuela no cesan de repetir ‘nuestros ancestros los galos’?

Esta orientación de la educación colonial hacia contenidos y valores metropolitanos resulta funcional al establecimiento y la consolidación de un gobierno que busca superar la primera etapa de la colonización sustentada sobre el ejercicio de un poder militar. El concepto gramsciano de hegemonía puede ser productivizado en el marco de la situación colonial, dentro de la cual la propagación de la ideología metropolitana –llevada a cabo en gran parte a través de la difusión de las grandes obras de su cultura- permite ejercer un liderazgo que cuenta con la anuencia de los colonizados.

En su libro *Postcolonial Theory*, Leela Gandhi se refiere a estudios recientes de la literatura producida bajo la égida del imperio británico que muestran la creciente

complicidad que se fue tejiendo entre la ideología colonial decimonónica y la emergencia del estudio de la Literatura Inglesa como una disciplina académica en las colonias. De acuerdo a estos estudios, el “Texto inglés” reemplazó efectivamente a la Biblia como medio principal para la misión civilizadora. El libro de Gauri Viswasnathan, *Masks of Conquest* de 1989, afirma la relación de mutuo reforzamiento entre los estudios literarios y el dominio británico en la India. Según esta autora, la administración británica en la India hacía uso estratégico de la literatura inglesa para contener la amenaza de una posible insubordinación nativa. “Fearful of a native reaction to the coercive features of direct military rule, English administration endeavoured to ‘mask’ or disguise their material investments by presenting English studies as proof of their disinterested humanist commitment to the pedagogic enlightenment of their subjects” (Leela Gandhi, 1998, p. 145). La difusión de la literatura inglesa estaba destinada a contrarrestar, en opinión de Viswanathan, las percepciones negativas del Imperio, no sólo mediante la representación del gobierno colonial como una misión educativa, sino también a través de la circulación y popularización de una cara más humana de la cultura inglesa y de los ingleses. Los “English Studies” habrían tenido, entonces, una importancia estratégica en la confirmación de la hegemonía o “rule by consent” del colonialismo británico (Ibid.).

En el caso del Caribe también es posible reconocer la fuerte influencia que la educación británica y, en particular, el estudio a profundidad de las letras inglesas, tuvo sobre varias generaciones de escritores caribeños. Belinda Edmonson (1999) reconoce en la obra de muchos escritores hombres de la era de las independencias de las naciones del Caribe anglófono, una peculiar mixtura entre esfuerzos nacionalistas y una particular sensibilidad victoriana. En estos escritos –de autores como C.L.R. James, V.S. Naipaul, George Lamming y Derek Walcott, entre otros- la búsqueda de una identidad caribeña aparece ligada a la necesidad de reflexionar sobre y recurrir a figuras canónicas de la Inglaterra victoriana. Esta obsesión con escritores y escritoras victorianas se hace evidente frente a la importancia que tiene en la narrativa caribeña la apropiación y

reescritura de obras canónicas de la metrópolis, siendo *La Tempestad* de Shakespeare la que más ha estimulado la respuesta de los caribeños (y latinoamericanos en general, si nos remontamos al *Ariel* de Rodó). En el caso de las escritoras contemporáneas, *Jane Eyre* de Charlotte Brontë es claramente la novela con la que se establece el mayor y más significativo número de relaciones intertextuales. Sin embargo, a mi parecer, en la actualidad esta intertextualidad ha dejado de ser bilateral para convertirse en triangular: resulta difícil citar *Jane Eyre* en el Caribe sin que se evoque casi automáticamente su genial reescritura en *Ancho mar de los sargazos*, de la escritora de Dominica Jean Rhys. Por lo demás, esta obra expresa muy bien la tensión entre fascinación y rechazo que produce la literatura inglesa en los escritores caribeños, sobre todo en aquellas obras que aspiran a representarlos (y por lo general no hacen más que construir estereotipos).

En *Annie John* la crítica a la educación colonial se realiza desde la perspectiva de una niña que empieza a preguntarse por el sentido de los valores y normas que con tanto esmero buscan inculcarle tanto en la casa como en el colegio. Ella, mirando la realidad siempre a través del prisma de su tormentosa relación con la madre, siente esta educación como parte del esfuerzo materno por alejarla de su lado, el cual aparece asociado a los cambios físicos que la están convirtiendo en una “señorita”:

Because of this young-lady business, instead of days spent in perfect harmony with my mother, I trailing in her footsteps, she showering down on me her kisses and affection and attention, I was now sent off to learn one thing and another. I was sent to someone who knew all about manners and how to meet and greet important people in the world. This woman soon asked me not to come again, since I could not resist making farting-like noises each time I had to practice a curtsy, it made the other child laugh so (*Annie John*, pp.27-28).

Además de no sentir ningún aprecio por y de rebelarse contra los modales de señorita que tanto su madre como sus profesoras intentan inculcarle, A. John empieza a

desarrollar ideas propias con respecto a los contenidos de los cursos de la escuela y a la realidad que la rodea. Estas ideas son expresadas principalmente en el quinto capítulo del libro –titulado “Columbus in Chains”–, en el cual la narradora-protagonista reflexiona en torno a la historia de su isla y manifiesta su rechazo contra la figura de Cristóbal Colón. Por otra parte, en este capítulo se deconstruyen en forma implícita una serie de estereotipos y valoraciones asociadas al color de la piel. Así, mientras A. John es una niña negra muy inteligente que ocupa siempre los primeros lugares en el curso, los peores resultados los obtiene una niña inglesa, blanca, rubia, hija del pastor de la localidad. A. John se divierte cantándole canciones “sucias” que la hacen ponerse roja, pero siente lástima por su incapacidad para aprender nada que tuviera relación con las Indias Occidentales. La para A. John penosa situación de Ruth la lleva a pensar en lo que significará para ella vivir en un lugar donde siempre tiene que confrontar la culpa de sus ancestros:

Ruth had come all the way from England. Perhaps she did not want to be in the West Indies at all. Perhaps she wanted to be in England, where no one would remind her constantly of the terrible things her ancestors had done; perhaps she had felt even worse when her father was a missionary in Africa. I could see how Ruth felt from looking at her face. Her ancestors had been the masters, while ours had been the slaves. She had such a lot to be ashamed of, and by being with us every day she was always being reminded. We could look everybody in the eye, for our ancestors had done nothing wrong except just sit somewhere, defenseless. Of course, sometimes, what with our teachers and our books, it was hard for us to tell on which side we really now belonged –with the masters or the slaves- for it was all history, it was all in the past, and everybody behaved differently now; all of us celebrated Queen Victoria’s birthday, even though she had been dead a long time. But we, the descendants of the slaves, knew quite well what had really happened (...) (*Annie John*, p.76).

A través de la mirada inocente de una niña muy despierta, este texto subvierte una serie de nociones firmemente arraigadas en las construcciones sociales y culturales del mundo colonial. En primer lugar, una niña blanca, inglesa, no es alguien de quien normalmente se tenga pena, sino todo lo contrario⁷⁸: en sociedades en que el color de la piel está tan rígidamente asociado a la posición social, los blancos cuentan –independientemente de sus habilidades y virtudes personales- con un “plus” de valoración que les garantiza más de un privilegio. Pero acá la niña negra siente tal seguridad con respecto a sus capacidades intelectuales y está tan convencida de la superioridad moral de su gente, que su mirada va a invertir la valoración tradicional asociada a uno y otro grupo racial. Los descendientes de esclavos, como ella, pueden mirar a los ojos de cualquiera sin sentir culpa; los blancos, por el contrario, no pueden moverse en un mundo de negros sin verse permanentemente confrontados con la memoria de su pasado esclavista. La superioridad moral de los negros no es un simple producto de la contingencia histórica que los colocó en posición de vulnerabilidad frente a los blancos. Ellos, piensa A. John, hubieran actuado totalmente distinto a los blancos de haber llegado a Europa antes que éstos a África: “I was sure that if our ancestors had gone from Africa to Europe and come upon the people living there, they would have taken a proper interest in the Europeans on first seen them, and said, ‘How nice’ and then gone home to tell their friends about it” (*Annie John*, p.76). Sin embargo, la educación colonial –transmitida y reforzada principalmente por profesores y libros- confunde a los descendientes de amos y esclavos, haciéndolos sentir que forman parte de un presente común divorciado de la historia. Sin embargo, aún cuando celebren el cumpleaños de una reina lejana y ya muerta y aunque pareciera que no saben, para A. John es claro que los descendientes de esclavos no pueden haber olvidado su pasado.

Resultan muy interesantes las reflexiones de A. John en el fragmento citado, sobre todo si las situamos en el marco de los debates sobre los efectos de la educación colonial y

⁷⁸ Como escribe, en tono de amarga ironía, Fanon en *Piel negra, máscaras blancas*: “Uno es blanco del mismo modo que es rico, hermoso, inteligente” (Fanon, 1952, p.52).

cómo estos son abordados por otros escritores caribeños. En el caso de esta primera novela de Kincaid el tema de la raza es abordado muy tangencialmente; A. John es una niña negra en un mundo de negros, en el que esporádicamente aparece algún blanco. Usando una terminología lingüística podría afirmarse que en este mundo el ser negro es el término no marcado (el “default”), mientras lo blanco es lo que sobresale y es notado (la narradora sólo menciona el color de piel cuando la persona a la que se está refiriendo es blanca; se da por sentado que los demás son negros). J. Kincaid no sólo construye un mundo en que lo normal es ser negro, sino que además libra a su protagonista de las marcas características de una posición de subordinación introyectada. Mientras otros novelistas del Caribe denuncian los efectos de la educación colonial a través de la construcción de personajes sometidos y alienados, que sólo a través de experiencias remecedoras son capaces de enfrentar autoimágenes negativas y de cuestionar la superioridad de todo aquello que provenga de la metrópolis, en *Annie John* los discursos racistas son deconstruidos a través de la presentación de una realidad que los contradice. Por otra parte, esta realidad es presentada a través de los ojos de una niña especialmente aguda y crítica pero que también tiene rasgos de ingenuidad propios de su edad. De algún punto intermedio entre su agudeza intelectual y su ingenuidad surgen sus convicciones con respecto a que los descendientes de esclavos saben de su superioridad moral y no desconocen su doloroso pasado. Más adelante veremos como en *Abeng* de Michelle Cliff se cuestiona permanentemente el desconocimiento que tiene el pueblo jamaicano de su pasado y no sólo con respecto a su situación de opresión y sufrimiento, sino también en relación a las dimensiones más rebeldes y combativas de los negros que vivieron en la época de la esclavitud. La misma Jamaica Kincaid, en su ensayo *A small place* -escrito con posterioridad a *Annie John*- resiente la incapacidad de los habitantes actuales de Antigua de comprender las profundas conexiones entre el pasado de esclavitud y colonialismo y un presente neocolonial en el que persisten el racismo, la discriminación y la corrupción.

El núcleo del capítulo cinco de *Annie John*, del cual provienen los párrafos previamente citados, lo constituye el enfrentamiento entre la protagonista y su profesora a raíz de la inscripción que la primera hace bajo una ilustración de Cristóbal Colón. Este dibujo muestra la situación de Colón en su tercer viaje, cuando es enviado de regreso a España después de oponerse a la autoridad de los representantes del rey. En vez de la imagen triunfante de un Colón descubridor, en el libro “A History of the West Indies” que A. John está trabajando en su clase de historia, aparece este retrato de un hombre encadenado y disminuido. Al verlo A. John piensa que eso es lo que se merece, pues no le gusta Colón, y recuerda el comentario de su madre al leer en una carta que su padre tiene problemas para caminar: “So the great man can no longer just get up and go” (*Annie John*, p.78). Estas mismas palabras son las que escribe la protagonista bajo la ilustración de Colón encadenado, lo que es descubierto y castigado por la profesora. Lo interesante de este episodio es cómo A. John recicla las palabras con las que su madre se ríe de su padre (con quien había tenido un conflicto tan grande que la llevó a dejar su isla natal, Dominica, para ir a vivir a Antigua) para burlarse de un personaje cuya valoración se le impone. De esta manera son puestos en relación la burla al poder patriarcal familiar y el cuestionamiento de la grandeza de una figura histórica asociada a los valores patriarcales de descubrimiento y conquista.

De(s)velar la historia

También en *Abeng* aparece la figura de Cristóbal Colón, pero en este caso asociada a lo que considero el *leitmotiv* de toda la novela: la presión que el medio impone a ciertos individuos para que “pasen” por lo que no necesariamente son pero que sí podrían (o deberían) parecer. Esta presión a “pasar por” hace que los sujetos sometidos a ella oscilen permanente y conflictivamente entre distintos referentes identitarios a los que se adjudica valoraciones contradictorias. Por otra parte, el personaje de Colón aparece también asociado al tema de los misterios de la historia y los velos que empañan nuestra visión de ella. La historia aparece a lo largo de la novela como una construcción socio-

cultural que no es desinteresada, sino que por el contrario, muchas veces contribuye a la legitimación y perpetuación de relaciones de poder desiguales e injustas. Así, Colón ha llegado al presente como el “gran hombre”, en palabras de A. John, cuyos viajes y descubrimientos transformaron profundamente el devenir tanto de Occidente como del resto del mundo. Pero así como para A. John este gran hombre de repente puede verse imposibilitado de andar (y por lo tanto de recorrer el mundo, descubrirlo y exponerlo a la conquista), también para la narradora de *Abeng* es necesario desmitificar esta figura histórica de la que verdaderamente se sabe poco:

Christopher Columbus –whose statue stands in the town squares of so many countries of the New World- (...) may well have been a Jew himself. At least some scholars are convinced of this. He came from Genoa –perhaps entering Spain as a Marrano, that group of Sephardic Jews forced to hide their religion –and their identity- behind a pretense of Christian worship. There are Catholic churches in Spain with menorahs on their altars. His surname in Spanish is Colón; in Hebrew, Cohen. It is thought by some scholars that the logs aboard his flagship *Santa María* were kept in Hebrew. This man, whose journeys had such a profound effect on the history and imagination of the western world, is a relatively mysterious figure in the records of western civilization. He left behind him a reputation for dead reckoning –was he in search of a safe place for Jews- a place out of the Diaspora? So many veils to be lifted (*Abeng*, p.67).

Las hipótesis que aventura la narradora con respecto a la identidad y a los propósitos verdaderos de los viajes de Colón –las cuales estarían autoritativamente respaldadas por las investigaciones de “some scholars”, como se repite dos veces en el fragmento citado- revelan una profunda brecha entre lo que podría haber sido el Colón “real” y las imágenes que la historiografía ha tejido en torno a él. En este caso la historia, más que a develar los misterios en torno a la vida de Colón, se habría abocado a encubrirlos para evitar que empañen la figura del descubridor de América. Las reflexiones de la

narradora apuntan a relevar el carácter histórico de Colón, es decir, de alguien que vivió y actuó en un contexto temporal determinado. De esta manera se socava el mito, se develan los intereses depositados en su construcción y mantención e incluso se sugiere que la realidad puede haber sido totalmente opuesta a lo que pretende el relato histórico oficial. El año 1492, recordado pomposamente como el del descubrimiento de América marca también, nos recuerda la narradora en *Abeng*, la fecha en que los judíos fueron expulsados de España (poco después los seguirían los moros) y en que se inició el tráfico de esclavos entre África y las Américas. En este contexto Cristóbal Colón, de haber sido efectivamente un Cohen, se habría visto obligado a ocultar su identidad no sólo para recibir el apoyo de los Reyes de España para sus expediciones, sino para no verse sometido a la persecución y expulsión (además de, posiblemente, buscar otras tierras para su gente).

Isabel Hoving ofrece una interesante reflexión con respecto a la concepción del viaje de Colón a las Américas como momento inaugural de la modernidad occidental. Más que detenerme en su crítica a la concepción de lo moderno a través de la figura del viaje -que inaugura la concepción de un sujeto desplazado, desterrado y escindido, construido en gran parte en contraposición a ese “otro” que los viajes le colocan como espejo negativo- quiero retomar su referencia a ese otro viaje del que tan poco se habla y que para la historia del Caribe es tan o más importante que el viaje de Colón: se trata del Middle Passage. En este caso no estamos frente al viaje elegido libremente por el viajero o aventurero que en el camino va constituyendo su subjetividad de hombre moderno, sino del viaje obligado de millones de negros, de diferentes etnias y orígenes, hacia tierras en las que se verían despojados de su lengua, sus dioses, sus vínculos familiares, en suma, de la posibilidad de una existencia como sujetos. Es por eso que no es posible entender la identidad caribeña sin considerar la inmensa significación que tiene el Middle Passage para su constitución. Como afirma Hoving: “Columbus’s journey marks only one side of the triangular trade that links the new and old worlds together. The

Middle Passage marks another side, without which the new world order cannot be apprehended” (Hoving, 2001, pp.34-35).

Las novelas que estamos analizando muestran claramente la importancia de resaltar el lado más vergonzoso y triste del triángulo (se habla del comercio triangular entre Europa, África y las Américas: de Europa parten los barcos con dinero y baratijas para comprar/atrapar esclavos en África, estos son llevados al Caribe, donde los barcos son cargados con los productos de las plantaciones caribeñas, especialmente azúcar, para llevarlos a los mercados europeos). Tanto en *Annie John* como en *Abeng*, la figura de Colón y el momento del descubrimiento aparecen inextricablemente ligados al tema de la esclavitud, lo que evidencia como “the profitable journey of the European traveler is at the same time the killing Middle Passage for the African” (Ibíd. p. 35).⁷⁹

En *Abeng*, la reflexión en torno a Cristóbal Colón surge a partir de la preocupación de Clare Savage por el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial y, en general, por la persecución histórica que han sufrido los judíos. Como señalé anteriormente, la obsesión de Clare por este tema surge de su lectura del *Diario de Ana Frank*. A través de las preguntas y esfuerzos que hace Clare para entender lo incomprensible (¿cómo puede justificarse/explicarse el asesinato de una niña de su edad?), el texto va conectando historias de persecución e injusticia que normalmente no son puestas en relación. Los adultos a los que Clare recurre para que le expliquen cómo nadie hizo nada para evitar el Holocausto, le dan explicaciones que revelan lo profundamente extendido que están el antisemitismo y el racismo en la ideología de muchos cristianos. De esta manera, la conciencia autorial en *Abeng* muestra cómo existe una ideología dominante que permite que se cometan atrocidades contra negros, judíos, indios y grupos marginados en general, las cuales son justificadas en nombre de una presunta superioridad moral del

⁷⁹ C.L.R. James cita a un escritor del siglo XVI, según él cual “No place on earth (...) concentrated so much misery as the hold of a slave ship” (James, 1963, p.8). Hasta finales del siglo XIX habían sido llevados a las Américas aproximadamente 10 millones de africanos, de los cuales un 47% se quedó en el Caribe (Knight, 1989, p.7).

mundo cristiano occidental. En nombre de esta superioridad es que se construyen sociedades rígidamente estratificadas en torno a una serie de rasgos distintivos que marcan fatalmente a los seres humanos, contradiciendo flagrantemente los ideales humanistas y cristianos de igualdad. Ya Fanon, en *Piel negra, máscaras blancas*, había remarcado los paralelos entre la discriminación a los judíos y el racismo contra los negros:

A primera vista puede parecer extraño que la actitud del antisemita se emparente con la del negrófobo. Es mi profesor de filosofía de origen antillano, quien me recordó un día: ‘cuando oiga hablar mal de los judíos, pare la oreja, hablan de usted’. Y yo pensaba que tenía razón universalmente, entendiéndolo que era responsable, en cuerpo y alma de la suerte reservada a mi hermano. Desde entonces he comprendido que quería decir simplemente: un antisemita es obligatoriamente un negrófobo (Fanon 1952, p.112).

En la obra de Michelle Cliff, la sociedad jamaicana es denunciada como excepcionalmente discriminatoria e injusta. En *Abeng*, su primera novela, esta denuncia se articula principalmente en torno al tema de la discriminación racial -que aparece asociada a la de clase (los pocos blancos ocupan posiciones de poder económico y social, mientras los muchos negros sobreviven como mano de obra barata) y a la dominación colonial:

In 1958 Jamaica had two rulers: a white queen and a white governor. Independence-in-practically-name-only was four years away. The portrait of the white queen hung in banks, department stores, grocery stores, schools, government buildings, and homes –from countryside shanties to the split-levels on the hills above King Harbor. A rather plain little white woman (...). Our-lady-of-the-colonies. The whitest woman in the world. (...) The population of the island was primarily Black (“overwhelmingly”, some

sources said), with gradations of shading reaching into the top strata of the society. Africans were mixed with Sephardic Jews, Chinese, Syrians, Lebanese, East Indians –but the large working class, and class of poor people, was Black (*Abeng*, p.5).

A lo largo de su obra, Michelle Cliff va a destacar la importancia de la historia como instrumento que permite desnaturalizar estas situaciones de fragmentación y desigualdad social. La reconstrucción y reescritura de la historia permiten, por una parte, resaltar el carácter histórico y por lo tanto humano, es decir transformable, de la organización contemporánea de las sociedades. Por otra parte, la recuperación histórica de personajes como Nanny, la líder cimarrona presente como personaje en *Abeng* y *No Telephone to Heaven*, apuntan a “la historización de la memoria como una vía de empoderamiento del oprimido” (Agosto, 2000). El conocimiento de las luchas de sus antepasados les permitiría a los marginados del presente establecer las conexiones entre su situación actual y la historia de esclavitud y colonialismo; por otra parte, contribuiría a que se enfrenten las situaciones de explotación con una mejor autoestima y conciencia de la propia valía.

2.3 Un cierre preliminar: historias de lectura y escritura en *Abeng* y *Annie John*

Cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra de un escritor no es más que una especie de instrumento óptico que él le ofrece al lector a fin de permitirle discernir aquello que, sin ese libro, quizás no habría visto en sí mismo.

Marcel Proust

A lo largo de este capítulo he desarrollado un análisis de *Abeng* y *Annie John* centrado principalmente en la pregunta por las formas que asumen los procesos de construcción identitaria de las protagonistas de estas novelas. En su camino de individualización, Annie John sufre la creciente distancia interpuesta por la madre, mientras Clare Savage

resiente el desapego que siempre mostró su progenitora con relación a ella. Pese a contar ambas adolescentes con madres a las que quieren y admiran, la tarea de crecer se les presenta con el imperativo de la búsqueda personal y solitaria, alejada del soporte de las figuras que hasta entonces constituían sus modelos principales. Esta búsqueda también conlleva el cuestionamiento de los conocimientos y valores que tanto los progenitores como la escuela se esfuerzan por transmitirles. La mirada crítica de estas adolescentes – y los comentarios y observaciones de la narradora de *Abeng*– muestra cómo en sus respectivas sociedades coloniales, los saberes oficiales contribuyen a la estabilización y perpetuación de una situación de dependencia con respecto a la metrópolis y de alienación con respecto a la historia local.

En su difícil tránsito adolescente, Annie John y Clare Savage encuentran apoyo principalmente en sus relaciones con amigas que les permiten reconstituir espacios de intimidad, confianza y apoyo y que ofrecen paliar el vacío dejado por la distancia de la madre. Estas relaciones, sin embargo, suelen quebrarse ante la dificultad de las protagonistas para manejar los distintos conflictos que se interponen entre ellas y sus amigas. En el caso de Annie John se trata de conflictos bastante típicos en relaciones de amistad que exigen la máxima entrega e incondicionalidad y en las que fácilmente se frustran expectativas que desde el primer momento resultan demasiado elevadas. La amistad de Clare y Zoe, por su parte, expresa y encarna la gran división que la sociedad jamaicana tampoco parece ser capaz de resolver: la que separa a negros de blancos, pobres de ricos, descendientes de esclavos y de esclavistas. Clare y Zoe no disponen del lenguaje ni de los recursos que les permitan hablar de sus diferencias y construir una amistad a partir no de su negación sino de su reconocimiento. Sin ese reconocimiento fundamental, no parece posible construir una amistad capaz de resistir la pertenencia a mundos tan dispares, los cuales se disponen en los extremos opuestos de una sociedad rígidamente estratificada. La única posibilidad tanto para esta amistad particular, como para superar la fragmentación que afecta a la sociedad jamaicana, tendría que pasar – según se puede leer del texto– por el reconocimiento de sus miembros de que participan

de una totalidad contradictoria, siendo todos portadores de sus extremos más irreconciliables.

Además de la relación de apoyo con las amigas –más allá de lo mucho o poco que duren estas amistades, o de lo abrupto que sea su final, no es posible dudar de su gran importancia en la vida de estas adolescentes- Annie John y Clare Savage cuentan con un espacio muy propio y personal para la construcción de su subjetividad. Se trata del espacio que les confiere su relación con la lectura y también con la escritura. Vimos cómo a través del relato autobiográfico escrito para la escuela, Annie John construye una imagen de sí misma y de su relación con su madre que se constituye en un acto de elaboración y reparación con respecto a la situación de soledad por la que está atravesando. La escritura de este ensayo y su lectura al grupo le permite a Annie John tender un puente entre ella y sus pares, comunicar angustias y temores con los que otras adolescentes se pueden sentir identificadas. Además, Annie John tiene una relación particular con la lectura, que le permite construir y preservar un espacio de crecimiento y refugio personal. Este espacio fundamentalmente interno se expresa en la construcción por parte de Annie John de un correlato exterior, físico, real: en el sótano de la casa se reserva un lugar secreto en el que no sólo puede leer sin ser interrumpida, sino que puede esconder los libros que se roba, porque “after reading a book, whether I liked it or not, I couldn’t bear to part with it” (*Annie John*, p.55). Desprenderse de un libro que ya leyó significa para Annie John un desgarró que parece amenazar la integridad de su sí misma. La lectura como refugio se expande más allá del espacio físico reservado en un subterráneo, clara metáfora del inconsciente, y pone a disposición mundos que permiten la evasión de las presiones cotidianas. Así, Annie John cuenta que, cuando se siente hastiada con lo que ocurre a su alrededor se entrega a lo que ella denomina “daydreaming” o soñar despierta. En el capítulo titulado “Somewhere, Belgium”, la protagonista construye para sus sueños diurnos un lugar tomado de la vida de Charlotte Brontë, quien pasó un año en Bélgica (acá, como en tantas otras novelas de mujeres del Caribe inglés, *Jane Eyre* es destacada como la novela preferida de la protagonista).

Cuando no quiere estar donde está, Annie John se traslada a una Bélgica imaginaria, en la que puede vivir sola con sus libros, lejos del alcance de su madre.

También en el caso de Clare Savage la lectura aparece como una instancia importante de autoconocimiento, que permite acceder a aspectos desconocidos de sí misma y de la vida en general. Vimos en el análisis de *Abeng*, cómo el descubrimiento del *Diario de Ana Frank*, contribuye a despertar en Clare una mirada crítica con respecto a las prácticas y discursos racistas y excluyentes de su medio familiar y social. Además, el hecho de que la madre de Clare se llame Kitty, que es el nombre con el que Ana Frank bautizó su diario, da cuenta de la relación de intimidad que a la protagonista le gustaría pero no puede tener con su madre (a Clare le gustaría poder contarle a Kitty, su madre, lo que Ana Frank tampoco le puede contar a su madre pero sí le cuenta a su Kitty-diario). Una vez más la escritura y lectura aparecen como espacios en los que se puede (re)construir la intimidad. La relación entre espacio físico y psíquico también está presente en este caso: en el hacinamiento del pequeño escondite compartido con otra familia en La Haya, Ana Frank consigue, a través de la escritura del diario, apartar un lugar que es sólo para sí misma, que la aísla a la vez que la protege de las penalidades del estrecho y amenazado refugio. La distancia que separa la experiencia, la época, y el entorno de Clare Savage del de Ana Frank, parece favorecer el efecto psíquico que ejerce el diario sobre la protagonista de *Abeng*. Como señala Michèle Petit “no siempre un texto cercano a su propia experiencia es el que ayudará a un lector a expresarse, e incluso una proximidad puede resultar inquietante” (Petit, 2001, p.50). Es justamente a través de la sensibilización con el destino de una niña judía, que Clare Savage puede iniciar un camino doloroso de reconocimiento y cuestionamiento de las injusticias que atraviesan su propio entorno. Como señala la narradora con respecto al acercamiento de Clare a Ana Frank: “this child became compelled by the life and death of Anne Frank. She was reaching, without knowing it, for an explanation of her own life” (*Abeng*, p. 72).

Las búsquedas identitarias de Annie John y Clare Savage, que las llevan a confrontar su núcleo familiar y social y ponen especialmente en cuestión la relación con sus respectivas madres, pueden ser leídas también como una alegoría de los esfuerzos desplegados por sociedades coloniales por labrarse una identidad propia. La relación con la madre aludiría así, claramente, al vínculo que une a la colonia con la metrópoli. Éste es claramente conflictivo, difícil y sumamente ambiguo. Por un lado los coloniales aprenden desde muy temprano, como también muestran los textos analizados, a admirar y desear todo aquello que lleva el sello de metropolitano. Por otra parte, resienten el desdén y la relación utilitaria que establece la metrópolis con sus sociedades. De acuerdo a lo que nos dice el desarrollo de Annie John y Clare Savage, la constitución de una identidad plena no puede sino pasar por una ruptura de esa dependencia de la figura materna y una difícil pero necesaria búsqueda de otros caminos. Los espacios que puede abrir la actividad lectora, así como las actividades reflexivas y de autoconstrucción narrativa de los sujetos, son representados como instancias muy importantes para el desarrollo de identidades integradas.

CAPÍTULO DOS

Escenificaciones del desarraigo en *When I was Puerto Rican*, *How the García Girls lost their Accents* y *Breath, Eyes, Memory*

*I wanted to write a carefree poem
For my childhood
Lost too fast
Somewhere in the air
Between Port-au-Prince&New York
City*

Assotto Saint

*I have crossed an ocean
I have lost my tongue
from the root of the old
one
a new one has sprung*

Grace Nichol

Los epígrafes expresan poéticamente lo que muchas de las autoras seleccionadas en este estudio transmiten a través de sus novelas y autobiografías: los sentimientos de desgarró y pérdida asociados al traslado de un país a otro, así como el proceso de reinvencción personal, de regeneración de la propia lengua (e identidad), en gran parte posibles por el natural paso del tiempo y por el recurso a la palabra, la escritura y la recuperación de la memoria. Desde el título, dos de las novelas analizadas en este capítulo refieren a la transformación identitaria asociada a la migración, mientras la tercera destaca la centralidad de la palabra y la memoria. *When I was Puerto Rican*, el provocativo nombre con el que Esmeralda Santiago bautiza su autobiografía, y *How the García Girls lost their Accents*, el título de la novela de Julia Álvarez, resaltan desde la partida la

preocupación principal de estas narrativas: dar cuenta de un proceso de transformación tan importante que conlleva la pérdida o por lo menos la suspensión, de referentes centrales para la construcción de la identidad personal. Así, en el caso de Esmeralda Santiago, el uso del imperfecto “was” (“era”) en el título relega al pasado la pertenencia de la autobiógrafa a una comunidad nacional particular –la puertorriqueña. *How the García Girls lost their Accents*, por su parte, refiere a un proceso a través del cual las chicas García, que llegan a Estados Unidos hablando inglés con acento español, logran finalmente hablar la nueva lengua sin delatar su origen extranjero. A través del análisis de estas narrativas veremos en qué medida estos títulos pueden ser leídos (también) como acercamientos irónicos y críticos a los temas tratados, pero por el momento basta con señalar los procesos que se busca relevar con ellos.

Breath, Eyes, Memory, el título elegido por Edwidge Danticat para su novela, refiere a tres aspectos que juegan un rol central en las narrativas analizadas en este capítulo: *Breath*, respiración o aliento, que alude a la vida, cuyas experiencias se despliegan ante los ojos (*Eyes*) como una película, en cuya elaboración y edición permanente interviene siempre la memoria. Ésta interviene seleccionando algunos episodios, condenando otros al olvido, rearticulando el tejido de lo vivido en función de las nuevas experiencias adquiridas. En la versión en castellano de esta novela, el término *Breath* ha sido traducido como *palabra*, lo que si bien no resulta muy preciso en términos literales, sí tiene sentido en relación a las significaciones que surgen de la lectura del texto. La palabra, y la lengua se vuelcan en esta narrativa, y en las de las otras novelas analizadas en este capítulo, al necesario rescate de una memoria que presiona desde el pasado para seguir teniendo un espacio en el presente, para que éste no se construya dándole la espalda. La identidad de las protagonistas de estas novelas se va tejiendo con los esfuerzos por rescatar las historias personales y colectivas, las cuales son recuperadas y elaboradas en un doble movimiento de acercamiento crítico y analítico pero también afectivo y cercano.

Al igual que el sujeto poético del primer epígrafe, que lamenta la pérdida de su niñez “somewhere in the air/ between Port-au-Prince & New York City”, las protagonistas de las novelas de Danticat y Álvarez y de la autobiografía de Santiago expresan el dolor que sienten por haber sido arrancadas de su país en forma abrupta e intempestiva. Ninguno de estos personajes se entera con suficiente antelación de la inminente partida hacia otro país, ni puede participar de la decisión familiar de migrar. Todas son niñas o adolescentes que tienen que someterse a la decisión de la madre o los padres y seguirlos hacia una vida nueva y desconocida. La pérdida del universo familiar y la confrontación con una cultura que no facilita su integración, son vividas como imposiciones externas con las que resulta difícil reconciliarse. Para que la pérdida de la primera lengua se pueda ver reparada por el nacimiento de una nueva (I have lost my tongue/ from the root of the old one/ a new one has sprung), estas mujeres necesitarán asumir una posición activa con respecto a sus vidas, lo cual en gran medida pasa por construir sentidos propios para las experiencias vividas y por integrarlas en una narrativa coherente de la historia personal. En torno a estos esfuerzos se configuran las obras seleccionadas para este capítulo, las cuales pueden ser leídas como ejercicios de construcción y reconstitución de los lazos que unen a las protagonistas con sus experiencias pasadas, las tradiciones del país de origen, los recuerdos y con los desafíos que les plantea el nuevo país.

Los textos estudiados en este capítulo son la primera obra publicada de sus autoras. Uno de ellos, el de Esmeralda Santiago, es una autobiografía que se identifica expresamente como tal a través de un paratexto y de la realización del pacto autobiográfico. Los otros dos se presentan como novelas (en forma explícita sólo el de Edwidge Danticat), a las que claramente les cabe el adjetivo de autobiográficas. Es decir, nos encontramos frente a escritos en los que la ficcionalización de las experiencias personales juega un rol central⁸⁰. Dada la importancia de los elementos autobiográficos en éstas y otras novelas

⁸⁰ No quiero entrar acá en las polémicas que suelen rodear la reflexión crítica en torno a la autobiografía, las cuales se mueven entre dos extremos. Por un lado están quienes afirman que toda obra literaria es autobiográfica, en tanto no puede surgir sino de la experiencia y cosmovisión particular de cada autor. En

seleccionadas en esta tesis, considero pertinente incluir en este capítulo una breve revisión de los principales desarrollos teóricos en torno a la autobiografía. Esta revisión precede el análisis de la autobiografía de Esmeralda Santiago, que es con la que más directa relación guarda. Sin embargo, muchos de los desarrollos en torno a la autobiografía son también relevantes para la comprensión de los otros escritos analizados aquí. Posteriormente analizo la novela de Edwidge Danticat, centrándome principalmente en la representación de los conflictos y negociaciones entre cultura e identidad, los cuales pasan en gran medida por la relación de la protagonista con su madre y las tradiciones de la cultura de origen. Finalmente, a partir de la lectura de la novela de Julia Álvarez busco establecer un diálogo a tres voces entre los textos seleccionados para este capítulo. Me interesa, en este caso, centrarme en las figuras que sí toman o son partícipes de la decisión de migrar y que tienen una gran relevancia en la vida de las protagonistas: las madres. Ellas son las mujeres que en las estadísticas migratorias aparecen conformando un grupo cada vez más importante, ellas son las que a lo largo de este estudio figuran como los referentes más destacados para las protagonistas, en relaciones atravesadas por el conflicto y las necesidades de apego. Por último, el diálogo entre estas tres novelas permite también mostrar cómo “migrar no es lo mismo que migrar”, es decir que las razones por las que se deja un país y las condiciones en las cuales se llega a otro determinan en gran medida las experiencias y oportunidades de las migrantes.

el otro extremo se ubican quienes postulan la imposibilidad de la autobiografía, en tanto no es posible distinguir, textualmente, las diferencias entre ésta y la ficción del yo. Personalmente considero que toda obra literaria tiene una impronta autobiográfica, cuya importancia varía de caso a caso y que no necesariamente es producto de una elaboración conciente por parte del autor o la autora.

1. La autobiografía de Esmeralda Santiago

1.1 Una breve aproximación teórica al género autobiográfico

La escritura de autobiografías o novelas autobiográficas por parte de las autoras aquí estudiadas, forma parte de una tendencia creciente en las últimas décadas del siglo XX, caracterizada por la revalorización de todo aquello relacionado con la vida “real” y con la expresión de experiencias personales y comunitarias. El creciente reconocimiento del valor de la diferencia y las presiones de las voces marginales y minoritarias por participar y hacerse visibles en la configuración simbólica de sus sociedades, han conllevado un importante incremento en la producción y comercialización de bienes culturales producidos por miembros de sectores no hegemónicos. En la escritura autobiográfica, el acto de emprender un recorrido retrospectivo por las memorias personales, y de dejar un registro escrito de éstas, constituye a su vez una instancia de valorización de la propia historia vital, la cual aparece como digna de ser representada en un medio de alto prestigio. Como señala Aileen Schmidt con respecto a las mujeres que escriben sus autobiografías:

El acto de la escritura se constituye como un proceso de empoderamiento (“empowerment”). *Apalabrándose* se apropian de su historia. Se *autorizan* a sí mismas a través de sus narrativas: la apropiación del discurso autobiográfico es asimismo la apropiación de su subjetividad. La narración de sus experiencias deviene en una forma de conocerse a sí mismas, de entenderse y, por tanto, de validarse. Escribirse es conocerse. El sujeto que narra se va construyendo a sí mismo mientras da cuenta de su paso por el mundo. La autobiógrafa se sitúa por su voluntad en la historia, reclama para ella el protagonismo que “la historia oficial” le ha negado siempre por su condición de género (Schmidt, 2003, pp.15-16).

Así como para las mujeres, también para los miembros de las llamadas minorías o sectores marginales, la escritura y lectura de autobiografías estimula una serie de procesos de conocimiento, reconocimiento, identificación, introspección, que fortalecen la conciencia de la propia valía, así como la confianza de poder asumir roles de agentes activos en la configuración de sus historias y las de su entorno social⁸¹. La recepción crítica de las autobiografías, especialmente notable con el surgimiento de la crítica feminista y de los estudios étnicos, sobre todo en la academia norteamericana, contribuyó notablemente a la difusión y valoración de una producción literaria que durante mucho tiempo fue considerada como un “género menor” o un “no género”:

El reproche más generalizado de los nuevos estudios literarios a la teoría literaria y al comparatismo tradicionales es el que censura su resistencia a aceptar como formas de Literatura –con mayúsculas- el caso singular y verdadero, la confesión, el relato testimonial o la historia de una vida, que, supuestamente, constituirían el racimo de géneros más favorecido por los colonizados. Es más, las nuevas formas literarias identificadas por la crítica radical invocan siempre la experiencia vivida e individual –con valor paradigmático- y las formas de confesión y testimonio como rasgos definitorios de los géneros no aculturados. Es decir, las mismas formas que invocaba una parte de la crítica marxista como propias de la clase trabajadora, y una parte de la crítica feminista como propias de las mujeres: todos los excluidos, pues, se reunirían formalmente en las convenciones del testimonio, del memorialismo, de la confesión o de la autobiografía (Vega, 2003, p.203).

⁸¹ Ya en el siglo XIX la autobiografía aparecía como una forma más cercana que la novela para los obreros que buscaban escribir sus experiencias personales: “Según afirma Williams, la novela, como forma literaria propia de la burguesía, no constituiría un vehículo adecuado para las formas de la conciencia de la clase obrera, que habría preferido otros modelos, preferentemente orales y organizados en torno a un yo narrador y testimonial. La adopción de formas ajenas –de la forma burguesa por excelencia- no habría sido posible más que tras un proceso agónico, que implica a varias generaciones, y que deja huellas o fisuras en el texto y en las convenciones de escritura” (Vega, 2003, p.201).

La centralidad de la escritura autobiográfica –aún cuando no siempre haya recibido la adecuada atención o tratamiento por parte de la crítica- se remonta a los inicios de la era moderna. Es posible afirmar que este género ha jugado un rol muy importante en el marco de los procesos de constitución de la subjetividad moderna. La conformación de un espacio de la interioridad, la necesidad de crear y defender momentos de intimidad, la configuración de un “yo” que reflexiona sobre sí mismo y se interroga, son todos momentos centrales en la experiencia de la modernidad. Se considera así a las *Confesiones* de Rousseau como ejemplo paradigmático del surgimiento de esta conciencia moderna de la singularidad de cada individuo, el cual a través de la escritura es capaz de sondear en las profundidades de ese “yo” que lo particulariza⁸². En la autobiografía de Rousseau, se evidencia también la conciencia del autor de estar inaugurando un nuevo género literario, en el que su propia persona constituye el eje estructurador.

La autobiografía se configuró así, desde sus inicios, como un género de auto-exploración, en el que el ejercicio escritural de reconstrucción de la historia personal se convertía en la principal herramienta para conocerse mejor a sí mismo. A través de la escritura se lograría acceder a ese yo profundo, velado, que para la mayor parte del pensamiento filosófico moderno consta de un núcleo que permanece estable e idéntico a sí mismo pese a las transformaciones y cambios a los que se pueda ver sometido. Además de explorar en aquellos aspectos de sí mismo que se han conservado en el tiempo y que le permiten seguir sintiendo su “yo” como relativamente estable, el autobiógrafo emprende la revisión de sus experiencias del pasado como un ejercicio orientado a una mejor comprensión del presente. Se habla así de la autobiografía como de una escritura de los orígenes: “lo que busca el autobiógrafo cuando se decide a escribir es el origen de sí mismo, el breve momento esencial que programó su personalidad y puso en juego su porvenir” (Miraux, 2005, p.33).

⁸² Las otras *Confesiones* paradigmáticas, las de San Agustín (354-430), adelantan este hallazgo de un yo, el cual, sin embargo, está fundamentalmente orientado hacia la obtención de la gracia divina.

Las reflexiones sobre la autobiografía presentadas hasta aquí corresponden a lo que se podría llamar las definiciones canónicas del género, siendo la propuesta por Phillipe Lejeune la que más resonancia ha tenido en los estudios críticos realizados a lo largo del siglo XX: “La autobiografía es un relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Lejeune, 1994, p.50).⁸³ Lo que para Lejeune distingue a la autobiografía de otros géneros literarios es un pacto que se da a nivel extratextual, entre el autor y el lector, que él llama “el pacto del nombre propio”. Este pacto es la garantía que se le ofrece al lector, de que el autor, el narrador y el personaje principal son efectivamente la misma persona, es decir, que comparten un “principio de identidad”. La otra promesa o compromiso del autor con el lector se refiere a la referencialidad externa de lo que el texto enuncia. Es decir, el texto es presentado como representación fidedigna de algo que ocurrió en realidad, es decir, existe entre él y los hechos que presenta un máximo de correspondencia. “El autor puede equivocarse o confundirse, pero lo cuenta, no sólo convencido o persuadido de su veracidad, sino que (...) se lo anuncia y promete al lector. A este principio le llama Lejeune pacto de referencialidad” (Alberca, s/f, s/p).

Los planteamientos de Lejeune también han sido objeto de profundos cuestionamientos, esgrimidos principalmente por quienes niegan que pueda establecerse efectivamente una correlación positiva entre el “yo” de la enunciación y el “yo” extratextual. Para los críticos postmodernos que se ocupan de la autobiografía, lo que importa no es la “vida” o el “yo” extratextual al que remite la escritura, sino el proceso escritural a través del cual se construye discursivamente una subjetividad. Como señala Vanessa Vilches con respecto a los postulados derridianos sobre la autobiografía:

⁸³ En un artículo reciente Lejeune simplifica al mínimo posible las condiciones del pacto autobiográfico: "Dans mes cours, je commence toujours par expliquer qu'une autobiographie, ce n'est quand quelqu'un dit la vérité sur sa vie, mais quand il dit qu'il la dit" (citado por Alberca, 2005).

Al afirmar que el dictum “Yo soy” es imposible y que no guarda ninguna relación con un referente extratextual, Derrida sacude la seguridad metafísica en la que ha descansado la teoría y la crítica del discurso autobiográfico (...). Si el lenguaje es el medio del juego entre la presencia y la ausencia, la autobiografía sería el escenario donde ese juego se represente con mayor fuerza. La autobiografía esconde, entonces, la determinación del ser como presencia, como existencia. El valor significante del Yo no dependerá de “la vida” del sujeto hablante; la vida, entonces, debe ser pensada como huella y no como presencia, tal cual una configuración de trazos que no puede ser representada excepto por la estructura y el funcionamiento de la escritura (Vilches, 2003, p. 37).

Claramente estas posturas postmodernas continúan y profundizan la brecha entre lenguaje y realidad introducida por las corrientes críticas que ejercieron una posición hegemónica a lo largo del siglo XX, las que según Said se caracterizaron por una “metafísica” pretensión de establecer al lenguaje y el texto en un reino incontaminado por la realidad⁸⁴. Al negarle al lenguaje toda capacidad de representar la realidad, claramente se lo depura de su potencialidad de denunciar y también de transformar las condiciones que imperan en ésta. Por otra parte, mirada desde esta concepción postmoderna, la autobiografía pierde todo el potencial de empoderamiento que otros críticos y autobiógrafos le han otorgado. Si el “yo” que escribe poco o nada tiene que ver con el “yo” del texto y tampoco es identificable con el “yo” del pasado que se reconstruye a través del ejercicio de la memoria y la escritura, ¿cómo hablar de sentidos

⁸⁴ En su introducción al conjunto de ensayos reunidos en el volumen *Reflections on Exile*, Said señala que “one can discern a trend in much of the great Western criticism of the early twentieth century that draws readers away from experience and pushes them instead toward form and formalism” (Said, 2003, p.xvii). En este esfuerzo por abrir la brecha entre el lenguaje/la literatura y la experiencia vital, coinciden figuras tan disímiles y opuestas como Lukács y Eliot: “Both Lukacs and Eliot defined their efforts as establishing a distance between the creative powers of mind functioning primarily through language and immediate history, the former producing a new and daring structure, a “putative totality”, Lukács called it, that would stand against the debilitations and darkness of the latter. Both men were very close in rejecting the pain of experience in favor of poetry in Eliot’s case, insurrectionary theory in Lukács” (Ibid. p.xx).

de vida, de esfuerzos de autocomprensión, de asunción de conciencia y agencia, de inserción en la experiencia histórica de una sociedad?

Sin embargo y pese a estas críticas contra la operación de asepsia que a mi parecer realiza un sector importante del pensamiento postmoderno, considero que es importante detenerse en algunos de estos planteamientos. Me interesa sobre todo centrarme en el tema de la distancia que efectivamente media entre la vida y el relato de la misma, entre las experiencias del pasado y su reconstrucción y articulación desde el presente en que se realiza la narración. Efectivamente, la vida que se construye en el texto no es la vida que se vivió fuera de él y el yo que recuerda y escribe no es exactamente el mismo que protagonizó las vivencias relatadas. En el acto de escribir la vida se produce así una suerte de desdoblamiento: se pasa a ser a la vez sujeto y objeto de la observación; el que busca (el autobiógrafo) se distancia necesariamente de lo buscado (su “yo” en el pasado).

Los escritos de Bajtín proporcionan reflexiones muy interesantes y enriquecedoras con respecto tanto a la relación entre el lenguaje y la vida, como a la naturaleza de la producción autobiográfica. El autor ruso destaca en diversas oportunidades que el vínculo entre la vida y el lenguaje no es mimético, que no existe coincidencia entre la experiencia vivencial y la totalidad artística. Sin embargo, lenguaje y vida no se mueven en esferas distintas e intocadas, sino que están comunicados y se van transformando mutuamente. A partir de la elaboración del concepto de los géneros discursivos,⁸⁵ este crítico preserva la especificidad de las distintas expresiones culturales a la vez que las mantiene conectadas al entramado de la praxis humana. Los géneros discursivos están

⁸⁵ “Las diversas esferas de la actividad humana están todas relacionadas con el uso de la lengua. Por eso está claro que el carácter y las formas de su uso son tan multiformes como las esferas de la actividad humana (...). El uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de otra esfera de la praxis humana. (...) Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos *géneros discursivos*” (Bajtín, 2002, p.248).

inmersos en una historicidad que conlleva una valoración del mundo; de esta manera aparecen como indisociables la dimensión estética y ética de los enunciados.

Para el estudio de textos autobiográficos resulta sumamente enriquecedor el concepto bajtiniano de *valor biográfico*.⁸⁶ En él se entrelazan justamente la dimensión estética y la orientación ética a la que se hacía referencia anteriormente. El valor biográfico es, para Bajtín, lo que impone un orden a la propia vida, lo que determina el orden narrativo y a la vez la orientación ética de la narrativa (auto)biográfica:

Un valor literario biográfico es el que entre todos los valores artísticos trasgrede menos a la autoconciencia, por eso el autor en una autobiografía, se aproxima máximamente a su héroe, ambos pueden intercambiar aparentemente sus lugares, y es por eso que se hace posible la coincidencia personal del héroe con el autor fuera de la totalidad artística. Un valor biográfico no sólo puede organizar una narración sobre la vida del otro sino que también ordena la vivencia de la vida misma y la narración de la propia vida de uno; este valor puede ser la forma de comprensión, visión y expresión de la vida propia (Bajtín, 2002, p.134).

A partir de la lectura y apropiación de los conceptos de géneros discursivos, valor biográfico y de la dimensión dialógica del funcionamiento del lenguaje y la comunicación en la elaboración bajtiniana, Leonor Arfuch propone una hipótesis de lectura de los textos biográficos que a mi parecer resulta aportadora:

Avanzando una hipótesis, no es tanto el “contenido” del relato por sí mismo –la colección de sucesos, momentos, actitudes- sino, precisamente, las estrategias –ficionales- de auto-representación lo que importa. No tanto la

⁸⁶ En su ensayo titulado “Autor y personaje en la actividad estética”, Bajtín distingue dos tipos principales de valor biográfico que han guiado la escritura de las biografías y autobiografías hasta inicios del siglo XX: -el valor heroico trascendente, que alienta deseos de gloria y posteridad y el –valor de cotidianidad social (amor, comprensión, inmediatez) (Ibíd., pp. 136-147).

“verdad” de lo ocurrido sino su construcción narrativa, los modos de nombrar(se) en el relato, el vaivén de la vivencia o el recuerdo, el punto de la mirada, lo dejado en la sombra... en definitiva, qué historia (cuál de ellas) cuenta alguien de sí mismo o de un *otro yo*. Y es esa cualidad autorreflexiva, ese camino de la narración, el que será, en definitiva, significativo (Arfuch, 2002, p.60).

1.2 Cómo se narra Esmeralda

Cuando tenía alrededor de 40 años y por encargo de la editora Merloyd Lawrence, Esmeralda Santiago emprende la escritura, en inglés, de su primera autobiografía: *When I was Puerto Rican*. Cuando era puertorriqueña, la traducción al español realizada por la misma autora, inauguró un año después la editorial Vintage Español y se convirtió en un éxito de ventas en Estados Unidos y Puerto Rico. Cinco años después, Santiago publicó *Almost a Woman*, volumen en el que continúa el relato de su historia personal. Este libro continuó la historia de éxitos de su predecesor, siendo incluso adaptada para el cine por la cineasta Betty Kaplan, quien dirigió la película con el mismo nombre.

Sin embargo, la producción autobiográfica de Esmeralda Santiago también ha sido blanco de numerosas críticas, esgrimidas principalmente por puertorriqueños, tanto de la isla como de la diáspora. El título del primer libro, *When I was Puerto Rican*, parece haber resultado especialmente provocador: ¿qué significa el uso del imperfecto “era” en el calificativo que de sí misma ofrece la narradora? ¿Es que acaso se puede haber sido puertorriqueña y después dejar de serlo? Para la intelectualidad y el mundo literario puertorriqueños, permanentemente abocados a la interrogación de su propia identidad y a la defensa de su singularidad nacional dentro de la situación colonial en la que se encuentran, una sugerencia como ésta (que se puede dejar de ser puertorriqueña) no puede sino despertar inquietudes y generar polémica. Además del título, también se le ha criticado a Santiago su esfuerzo por representarse como una *self-made woman*, que logra

elevarse por encima de sus hermanos y compatriotas, logrando encarnar a la perfección el sueño americano.

According to Lisa Sánchez González, island feminists in particular took Santiago to task for what they perceived as the work's effacement of the collective. This feminist perspective holds that the text contains "feminist trappings" which appear compelling and positive but which in reality "feminize poverty" and embrace assimilationist tenets of the 'American Dream', all of which tends to satisfy a certain hegemonic thirst (and market demand) for the subaltern woman's acceptance –even celebration- of colonial paternalism (Padilla, 2002, p.182).

Rodríguez Vecchini (1995), por el contrario, ofrece una muy positiva lectura del texto de Santiago, el cual en su opinión constituye un logrado ejemplo de autobiografía etnográfica. Ésta, contrariamente a lo que afirman las críticas esbozadas en la cita anterior, representaría la contrahistoria del sueño americano, ya que la integración exitosa que presenta no se construye sobre la base de la negación de la identidad étnica. Es decir, más que de un caso de asimilación se trataría de uno de integración con reconocimiento de la diferencia.

En diversas oportunidades, Esmeralda Santiago ha relatado las circunstancias puntuales que ejercieron un impulso definitivo sobre su labor escritural. Se trata principalmente de situaciones en las que se cuestionó abiertamente su pertenencia a la nación boricua y que llevaron a la autora a plantearse profundas interrogantes en torno a su identidad. En una entrevista Esmeralda responde de la siguiente manera ante la pregunta de qué la motivó a escribir su propia vida:

Era la experiencia de regresar a Puerto Rico justo después de graduarme de Harvard. Eso pasó como doce años después de que me trasladé a los Estados Unidos, y no había regresado a Puerto Rico durante todos estos años. Estaba

muy orgullosa de mí misma: ¡la hija triunfante regresa a la isla de los encantos! Pero para gran sorpresa mía, la gente me recibió de una manera muy negativa. Muchos de los puertorriqueños no quisieron creer que yo fuera puertorriqueña, porque había vivido en los Estados Unidos por tanto tiempo. La cultura puertorriqueña que yo llevaba dentro de mí era la cultura de hace doce años, y estaba tratando de vivir dentro de esta cultura, sin darme cuenta de que todo había cambiado. Por eso, cuando regresé a los Estados Unidos, empecé a escribir sobre estas cuestiones (Entrevista a Santiago, En: <http://www.pbs.org/wgbh/masterpiece>).

El último capítulo de la tesis está centrado en el tema de las construcciones identitarias de los sujetos que viven en condiciones diaspóricas. Ahí se verá cómo lo que narra Esmeralda en la cita anterior es una experiencia compartida por muchos sujetos que sienten que les es negada su identidad nacional por el hecho de vivir fuera de su país de origen. La producción artística y específicamente escritural de muchos de ellos trasunta el esfuerzo por cuestionar e impugnar construcciones de lo nacional que los excluyen y marginan. Frente a discursos que configuran lo nacional como una totalidad homogénea y unificada, Esmeralda y muchos otros autores diaspóricos, defienden concepciones de la identidad nacional que incluyan la diversidad de experiencias fragmentadas y contradictorias que no sólo existen en virtud de la salida del país natal, sino que también pueden ser reconocidas en su interior.

El relato de Santiago sobre los orígenes de su escritura también permite comprender por qué la autora ha sido recibida con animadversión en algunos medios. Su presentación como “¡la hija triunfante (que) regresa a la isla de los encantos!”, muestra la importancia que tiene para Santiago el haber podido salir del círculo de la pobreza en que se movían su familia y otros nuyoricans en Estados Unidos. A diferencia de sus hermanos, Santiago logró acceder a una formación profesional en Harvard gracias únicamente a su inteligencia y tesón. Quiero plantear aquí que de la lectura de *When I was Puerto Rican* se desprende que este punto de la respuesta de Santiago adquiere mucho más relevancia

–actúa como un motor más poderoso– que la tantas veces explicitada (por la autora) necesidad de construir una concepción de identidad más amplia e integradora. Es decir, en la autobiografía que nos ocupa, destaca principalmente el esfuerzo de Santiago por reconstruir su vida en términos de una trayectoria excepcional.

When I was Puerto Rican se inicia en 1952,⁸⁷ cuando la protagonista tenía 4 años, y se desarrolla en forma cronológica hasta el año 1963, con Negui, como familiarmente llamaban a la narradora, viviendo con su madre y sus hermanos en Nueva York. A forma de marcos de apertura y cierre la autobiografía contiene además un prólogo y un epílogo. El primero, con el título “How to eat a guava”, se sitúa en el presente de la escritura de la narradora y describe una situación que de alguna manera prefigura una de las problemáticas centrales tratadas en el relato: la escisión de la protagonista entre su presente norteamericano y su pasado, nostálgicamente idealizado, de jíbara puertorriqueña. Ante la visión de una guayaba, en la sección de frutas exóticas de un supermercado de su país de adopción, la narradora empieza a evocar sus saberes sobre cómo comer esta fruta y sus recuerdos de la época en que comerla era un goce cotidiano. Pese a lo tentadora que es la guayaba que tiene entre sus manos, que al igual que ella ha sido trasplantada a Nueva York, Santiago decide devolverla a su lugar: “The guava joins its sisters under the harsh fluorescent lights of the exotic fruit display. I push my cart away, toward the apples and pears of my adulthood, their nearly seedless ripeness predictable and bittersweet” (*When I was...*, p.4). El impulso de Santiago de reencontrarse con una infancia metaforizada en la guayaba, se ve bruscamente interrumpido por la conciencia de la ruptura que se cristaliza al constatar el carácter artificial de la presencia de la fruta en el supermercado.

En el epílogo, titulado “One of these days”, Esmeralda presenta un momento de un pasado más cercano al narrado en el cuerpo principal de la autobiografía: se trata de una

⁸⁷ En 1952 Puerto Rico adquiere el estatuto de Estado Libre Asociado. Como señala Rodríguez (1995), la parcela de Macún en la que se desarrolla esta primera parte del relato posiblemente fue obtenida por la familia Santiago en la repartición de tierras impulsada por el ELA.

visita que hace, ya como estudiante becada de la Universidad de Harvard, a la *Performing Arts* de Nueva York en la que se graduara diez años antes. A partir de la reproducción del diálogo que sostuvo con una de las profesoras que participó en la audición con la que se cierra el cuerpo principal de la autobiografía –en que el lector queda con la sensación de que la Negui de 14 años fracasó en su esfuerzo por ser admitida en la prestigiosa *Performing Arts*- el epílogo revela los éxitos de la protagonista, la única de once hermanos que hasta ese momento había logrado llegar a la universidad.

Las guayabas del prólogo, sabrosas, olorosas y con semillas, son las frutas de la infancia y pueden ser leídas como metáfora por excelencia de la abundancia y el sabor del trópico.⁸⁸ Al igual que en *When I was Puerto Rican*, en las primeras páginas de *How the García Girls lost their Accent* las guayabas asumen un rol protagónico. En este caso aparecen en el contexto del retorno de Yolanda, una de las chicas García, a Santo Domingo. El reencuentro con la palabra “antojo”, cuyo significado le tiene que volver a ser explicado, gatilla automáticamente en Yolanda el deseo de comer guayabas. El reencuentro con esta fruta lo es también con la posibilidad de sacarlas ella misma del árbol en el que nacen y no de adquirirlas, como lo hubiera tenido que hacer Santiago, en un frío supermercado norteamericano.

El mundo de guayabas olorosas y sabrosas es bruscamente reemplazado, en la vida de Esmeralda, por uno de peras y manzanas agridulces. El traslado a Nueva York es construido en la autobiografía de Santiago como un momento en que se produce un quiebre profundo en el desarrollo de su vida y también en la de su madre:

Across the aisle, Mami’s eyes were misty. She stretched her fingers toward mine, and we held hands as the plane rose above the clouds. Neither one of us could have known what lay ahead. For her it began as an adventure and

⁸⁸ El título de uno de los libros de García Márquez, *El olor de la guayaba*, es expresivo de la centralidad de esta fruta como elemento identificador del trópico.

turned out to have more twists and turns than she expected or knew how to handle. For me, the person I was becoming when I left was erased, and another one was created. The Puerto Rican *jibara* who longed for the green quiet of a tropical afternoon was to become a hybrid who would never forgive the uprooting (*When I was...*, p.209).

Este pasaje es muy interesante por varios motivos. En primer lugar porque aparece como el momento seminal de cambio de rumbo en la constitución de la identidad: de jíbara puertorriqueña a “híbrida” adolorida por el desarraigo.⁸⁹ Es el momento en que Esmeralda empieza a dejar de ser únicamente puertorriqueña, en que comienza un futuro en que el inglés, la cultura norteamericana y las nuevas posibilidades que le ofrecen pasan a tener cada vez más importancia. Este fragmento es, además, el único que presenta en forma clara y abierta una reflexión que no oculta su origen en la conciencia de la autora en el presente de la escritura. Desde ahí Santiago señala ese pasaje, subrayando con su intervención el papel central que juega ese desplazamiento de San Juan a Nueva York: la persona en la que se estaba convirtiendo va a ser borrada y en su lugar se creará una nueva. El término “borrar” y la afirmación de que a partir del borramiento surgió una persona nueva no dejan mucho espacio para los matices: el impacto del traslado es radical. Sin embargo, la inclusión posterior del término *híbrida*, así como el interés de recuperar a través de la escritura autobiográfica sus raíces boricuas, llevan a cuestionar que la palabra “borrar” describa en forma adecuada lo que más bien aparece como un proceso que llevará a la configuración de una identidad heterogénea, fragmentada por la pertenencia a universos culturales distintos.

A diferencia del prefacio (“How to eat a guava”), el resto del relato, que está dividido en trece capítulos, cada uno con un título y un epígrafe que reproduce dichos de la sabiduría popular puertorriqueña, es contado íntegramente desde la perspectiva de la niña. No

⁸⁹ En la introducción a la edición del libro en español, Esmeralda Santiago se autodefine como una “jíbara norteamericana” y habla de la rabia infantil por haber sido llevada a un país en el que no escogió vivir. Esta rabia es, según la autora, la que alimenta sus cuentos.

volvemos a encontrarnos en él con reflexiones elaboradas posteriormente a partir de las experiencias vividas en la infancia y adolescencia. El texto aparece como el retrato de las vivencias de una niña puertorriqueña, que observa la vida y da cuenta de su historia con una mezcla de gran ingenuidad y precocidad. Cada capítulo se estructura en forma de un cuadro costumbrista que en lo fundamental puede ser comprendido por sí mismo, lo que no significa que no estén dispuestos de tal manera de construir una historia que presenta un desarrollo lineal y progresivo.

El posicionamiento de la narradora en un nivel intra- y homodiegético contribuye a crear una ilusión de inmediatez que soslaya el proceso de reconstrucción y producción que se lleva a cabo a lo largo del texto, es decir, que se trata del relato de una vida y no de la vida “en sí”. Pienso que el éxito de las autobiografías de Santiago podría deberse en gran parte a esta depuración del relato de instancias metanarrativas que iluminen la opacidad del texto. Esta opción narrativa, que innegablemente aporta agilidad y fluidez al relato, contribuye, sin embargo, a que la autobiografía tienda a permanecer en el nivel de lo anecdótico, perdiendo la complejidad que podría aportar la confrontación de distintas perspectivas.

Pese a la elisión de la perspectiva de la Esmeralda adulta, la figura de la observación, del yo que se mira a sí mismo, aparece en forma indirecta en un par de oportunidades, en las que Negui se presenta como una niña capaz de desdoblarse y mirarse desde fuera. Sobre todo en situaciones que le resultan dolorosas o humillantes, la protagonista decide permanecer sólo con su cuerpo y enviar a algún lugar más agradable “the part of me that could fly” (*When I was...*, p.139). La niña también experimenta una sensación de desdoblamiento o disonancia en relación a lo que desea o cree ser y lo que los demás le dicen que es. La primera sensación de extrañeza la tiene cuando se entera de que en verdad no se llama Negui, como le dicen cariñosamente, sino Esmeralda, que es su nombre “oficial”: “It seemed too complicated, as if each of us were really two people, one who was loved and the oficial one who, I assumed, was not” (*When I was...*, p.14).

Otras fuentes importantes de desconcierto para Negui están relacionadas con los referentes en torno a los cuales ella quisiera construir su identidad. Enamorada del mundo jíbaro por su vida en el campo, los poemas telúricos que recita su padre y las canciones de la radio que ensalzan la vida de independencia y contemplación de los campesinos puertorriqueños, Negui siente que lo que más quiere en el mundo es ser una jíbara. Pero su madre le dice que no puede serlo porque nació en la ciudad y la recrimina diciéndole “don’t be a jíbara” cuando se muestra ingenua o poco delicada. Por otra parte, más adelante, en la primera de las numerosas mudanzas que la confrontarán con el mundo urbano, será objeto de burla de sus compañeros y profesora por su comportamiento de jíbara. Estas experiencias, que se remontan a la infancia de la protagonista en Puerto Rico, muestran cómo tampoco en la isla –como en ninguna parte– la construcción de identidad es un proceso sencillo ni exento de conflictos. Esta complejidad de los mundos de origen tiende a ser ignorada o minimizada en los momentos de encuentro con culturas nuevas, frente a las que resalta la aparente homogeneidad del universo cultural propio. Frente a las grandes diferencias que separan el universo cultural norteamericano del puertorriqueño aparece la tendencia a presentar cada uno por separado como si fuera menos contradictorio y más sencillo de lo que realmente es.

En su vida adulta, Esmeralda Santiago rescata su apego temprano por el mundo campesino boricua, eligiendo autodefinirse como una “jíbara norteamericana”. Este gesto puede ser leído como un desafío de la autora a quienes ponen en duda su identidad puertorriqueña. Es, asimismo, un esfuerzo por incluir en su autodefinición identitaria tanto lo que fue de niña como lo que es después de haber vivido tantos años en Norteamérica. Más que como una híbrida en el sentido en que postmodernos y postcoloniales usan el término –es decir un sujeto que circula en forma relativamente libre y desapegada entre distintos referentes que nunca llegan a conformar una totalidad– Esmeralda se construye como portadora de una identidad heterogénea, en el sentido que

Cornejo Polar le da al término. Es decir, como alguien que está atravesado por distintos referentes identitarios, que no son fácilmente conciliables y con tensiones que no pueden resolverse a través de una síntesis armonizadora. En su autobiografía, Santiago muestra cómo la mudanza a Nueva York le significó verse obligada a integrar nuevos referentes (un nuevo idioma, otras costumbres, nuevas experiencias) en el proceso de construcción de su identidad, la cual necesariamente se fue haciendo más compleja e internamente contradictoria. En esas contradicciones y conflictos internos ve Esmeralda, precisamente, el impulso de su vocación de escritora.

Al narrar que de niña siempre quiso ser jíbara, y al afirmarse posteriormente como jíbara norteamericana, Santiago busca, por una parte, establecer una relación de continuidad entre la que era y lo que llegó a ser. Por otra parte, Santiago expresa así su profunda convicción de que es ella quien define lo que es y cómo es. Esa es la continuidad principal que yo reconozco tanto al interior de los dos tomos autobiográficos de la autora, como entre éstos y sus escritos o declaraciones no ficcionales: el empeño por proyectar la imagen de un yo autónomo e independiente.

La lucha por la autonomía aparece así como el valor biográfico que guía y organiza la autobiografía de Esmeralda Santiago. En los distintos episodios narrados en *When I was Puerto Rican*, Negui aparece como una niña que se diferencia de los demás por su orgullo y asertividad. Probablemente uno de los momentos en que estos rasgos aparecen en forma más notable es aquel en que Negui logra convencer al supervisor de la escuela pública de Nueva York de que no la ponga en un curso inferior por no hablar inglés:

Don Julio had told me that if students didn't speak English, the schools in Brooklyn would keep them back one grade until they learned it.

"Seven gray?" I asked Mr. Grant, pointing at his big numbers and he nodded.

"I no guan seven gray. I eight gray. I teeneyer."

“You don’t speak English”, he said. “You have to go to seventh grade while you’re learning”.

“I have A’s in school Puerto Rico. I lern good. I no seven gray girl.” (...)

“Meester Grant,” I said, seizing the moment, “I go eight gray six mons. Eef I no lern inglish, I go seven gray. Okay?”

“That’s not the way we do things here,” he said, hesitating.

“I good studen. I lern queek. You see notes.” I pointed to the A’s in my report card. “I pass seven gray”

So we made a deal.

“You have until Christmas,” he said. “I’ll be checking on you progress.” He scratched out “7-18” and wrote in “8-23” (*When I was...*, pp. 226-227).

Con este diálogo –transcrito en un tono costumbrista que, como afirma Vanessa Vilches, busca “traducir fonéticamente la mancha de plátano”⁹⁰ (Vilches, 2003, p.157)- la narradora afirma una vez más la fuerza y decisión de Negui que le permiten sobresalir en las distintas circunstancias que le toca enfrentar. Y no se trata precisamente de situaciones fáciles. El desarraigo, otra de las marcas que caracterizan la vida de la autobiógrafa, es una experiencia que Negui debe confrontar desde muy chica. La difícil y apasionada relación entre su madre y su padre –que abandonaba a su mujer y sus hijos cada cierto tiempo y después de 14 años de relación se negaba a contraer matrimonio con la madre de sus nueve hijos- los llevaba a continuas rupturas que a su vez tenían como consecuencia el traslado de la madre y sus hijos del campo de Macún a algún lugar de la ciudad. Idas y venidas, en busca de “a better life” aunque en realidad muchas veces fuera para ir de “Guatemala a Guatepeor”, como reza uno de los epígrafes, de un colegio a otro, teniendo que adaptarse a una y otra realidad sin saber cuánto tiempo duraría cada tregua, cuánto tardaría en llegar la nueva ruptura entre los padres.

⁹⁰ Dada la importancia del plátano –en sus diversas formas y preparaciones- en la dieta caribeña, la expresión “la mancha del plátano” es utilizada para referirse a la imposibilidad de un antillano de disimular las marcas de identidad incorporadas a lo largo de su vida caribeña.

Las incesantes mudanzas y la gran responsabilidad que debe asumir por ser la mayor de sus hermanos –de quienes se debe ocupar muchas veces cuando la mamá sale a trabajar a una fábrica⁹¹- llevan a Negui a tener una actitud de aislamiento con respecto a su entorno. Lo más íntimo que tiene con sus hermanas son las peleas; por lo demás resulta difícil distinguir a una de otra, reconocer algún tipo de afinidad o intimidad que permita individualizar a alguno o alguna de los diez hermanos que le siguen (hasta antes de trasladarse a Nueva York Negui tiene ocho hermanos; en esa ciudad su madre tiene dos hijos más con dos parejas distintas). El reconcentramiento de la narradora en su propia historia, su esfuerzo constante por dar cuenta de lo difícil que fue su vida y lo exitosamente que logró desenvolverse en ella, la llevan a ahogar cualquier posible perspectiva o voz alternativa que pudieran echar sombras sobre su camino de dificultades y éxitos. Pero, si bien al final de la lectura estos dos puntos quedan absolutamente claros (que Negui sufrió y progresó), el texto claramente se ve perjudicado por el excesivo celo de la narradora.

Lo anterior no significa que Negui aparezca como una niña que crece en un vacío afectivo y se desenvuelva en forma absolutamente solitaria. Quiere decir, más bien, que su historia deja poco espacio para otros desarrollos, para que los que la rodean no sean más que meros comparsas en una historia en que ella es la única protagonista. Hay dos figuras, sin embargo, que logran destacarse por sobre las demás en función de su intensa relación afectiva con Negui. Se trata del padre y de la madre. A éste la une una relación ambivalente, de mucha cercanía y amor cuando está presente, de rabia frente a los continuos abandonos. A la madre la unen lazos intensos; con ella parece estar dispuesta a compartir una porción más significativa del relato de su vida, el cual aparece dedicado “a mami”.

⁹¹ En las descripciones de Negui la madre es retratada siempre como una mujer audaz y dispuesta a buscar distintas alternativas para ganarse la vida, aún cuando por ello se vea confrontada a sanciones sociales. Estos rasgos maternos son importantes para comprender su posterior decisión de migrar con sus nueve hijos a Nueva York.

Como en las otras obras de este estudio, la relación entre madre e hija es muy fuerte y también conflictiva en la autobiografía de Santiago. También aquí está presente el doble deseo de distancia y cercanía, la necesidad profunda de independizarse pero conservando la posibilidad de identificarse con la figura materna. Finalmente lo que prima es la identificación (posible en gran parte después de que Negui deja el hogar materno y emprende una vida propia), principalmente con la fuerza y el tesón de una madre capaz de sacar adelante a sus once hijos y de afrontar continuos desafíos en el esfuerzo por tener una vida mejor. De alguna manera Negui, al lograr ser profesional y luego una escritora famosa, termina por realizar el “sueño americano” perseguido por la madre al trasladarse a Nueva York. Los mencionados valores de autonomía y fortaleza son los que le permiten, primero a la madre, luego a la hija, destacar por encima de otras mujeres, otros migrantes e incluso el resto del entorno familiar.

Este carácter de ejemplaridad de la vida de Santiago constituye otro de los rasgos que ha caracterizado a la autobiografía desde sus inicios. Su modernidad radica precisamente en esta presentación del proceso de individuación que escenifica el luckasiano enfrentamiento entre el individuo y su sociedad. En opinión de John Beverley la apropiación de este género por parte de los miembros de grupos subalternos contribuye a la producción activa de la línea que separa al sujeto dominante del subalterno:

En la autobiografía o *Bildungsroman* tradicional, la posibilidad de hacer literatura –escribir la “vida” de uno mismo- equivale precisamente el (sic) abandono de una identidad étnica y de clase, la pérdida del (sic) *Gemeinschaft*, o comunidad orgánica, de la juventud a favor de una individualización secularizadora y modernizadora (Beverley, 1995, p. 33).

Si bien es cierto que la historia de la vida de Esmeralda Santiago –así como la de Richard Rodríguez en *Hunger of memory*, texto al que hace referencia Beverley para ilustrar la posición citada- se caracteriza por un progresivo distanciamiento de la comunidad de origen, que se da paralelamente a la integración cada vez más exitosa a la

cultura norteamericana, me parece falaz describir a la primera en términos prácticamente de pre-modernidad, siendo la segunda la única que permite (o impulsa negativamente, en la visión de Beverly) el despliegue de procesos de individuación. Por otra parte, estos procesos son más complejos que los que sugiere la oposición entre mantenerse fiel a la comunidad o salir de ella (traicionándola). El sólo hecho de emprender el ejercicio autobiográfico, aunque sea la reconstrucción de un recorrido muy personal, singular y concebido como ejemplar, conlleva una voluntad o necesidad de restablecer lazos con la cultura de origen. Se desencadenan así infinitos movimientos de reflexión, de evaluación, de reconocimientos, acercamientos y nuevos distanciamientos que apoyan un nuevo y más consciente posicionamiento con respecto a las condiciones de la propia vida.

Esmeralda Santiago, al escribir su(s) autobiografía(s), realiza este ejercicio de retorno y reelaboración. En su empeño por reconstruir su vida es posible reconocer cómo, más allá de los importantes cambios que se le imponen desde fuera y de las consecuencias que esto tiene con relación a los referentes en torno a los cuales ella va construyendo su identidad, Santiago busca establecer una relación de continuidad entre la que era mientras vivía en Puerto Rico y la que es al momento de escribir su historia. Más allá del cambio de idioma, de la adaptación a una nueva cultura, del alejamiento de su familia y sus compatriotas, la autora reclama su derecho a autodefinirse en relación a ambas culturas sin que esto signifique renunciar a ninguna de las dos. De esta manera confronta tanto a los puertorriqueños de la isla que la consideran norteamericana, como a los norteamericanos que nunca dejarán de ver en ella “la mancha de plátano” de su vida boricua. Por otra parte, fuera de estos referentes externos (nacionales, étnicos, lingüísticos y culturales), Santiago recurre a lo que podríamos considerar referentes internos o lo que en este texto he identificado como “valor biográfico”. Es este valor biográfico el que le permite mantener la relación de continuidad consigo misma, el que permanece cuando todo cambia. Santiago se reconoce fuerte, independiente y autónoma a lo largo de toda su historia; son estos rasgos de personalidad los que organizan su

proyecto narrativo y los que le permiten tener una posición cada vez más activa en la construcción de su propia vida.

2. Entre cultura e identidad: tensiones y apuestas de Sophie Caco en *Breath, Eyes, Memory*

Al igual que en la autobiografía de Esmeralda Santiago, hay en *Breath, Eyes, Memory* una escena en que Sophie Caco, la narradora protagonista, rememora su sensación de profundo extrañamiento asociada al traslado de su Haití natal a Nueva York. La mañana posterior a la llegada a la ciudad en la que se reúne por primera vez con una madre a la que prácticamente no conoce⁹², es descrita en *Breath, Eyes, Memory* en los siguientes términos:

The sun stung my eyes as it came through the curtains. I slid my hand out of hers [the mother's hand] to go to the bathroom. The grey linoleum felt surprisingly warm under my feet. I looked at my red eyes in the mirror while splashing cold water over my face. New eyes seemed to be looking back at me. A new face all together. Someone who had aged in one day, as though she had been through a time machine, rather than an airplane. Welcome to New York, this face seemed to be saying. Accept your new life.

⁹² Los principales elementos autobiográficos presentes en *Breath, Eyes, Memory* se refieren a la emigración de Sophie de Haití a Nueva York a los doce años de edad. A la misma edad partió Edwidge de Haití, donde ella y su hermano André fueron criadas por unas tías luego que sus padres partieron como migrantes económicos a Nueva York. Al final de su libro *Behind the mountains*, Danticat les cuenta esa parte de su vida a sus jóvenes lectores: “It took eight years for André and me to join our parents in the United States. This was mostly because our parents needed to legalize their status –they had overstayed tourist visas- then prove to the U.S. Immigration Service that they could support us without help from U.S. government programs. In the meantime, my brothers Kelly and Karl were born in Brooklyn, making us a family of two U.S.-born and two Haitian-born children” (Danticat, 2002, pp. 163-164). Los padres de Danticat no le habían contado de la existencia de otros hermanos ni a los nuevos hijos ni a los que quedaron en Haití, por lo que no es difícil imaginar que las dificultades de adaptación no se refirieran solamente al nuevo entorno cultural, sino también a tener que aprender a convivir como familia en circunstancias que recién se estaban conociendo. Ésta es también la situación que confronta Sophie al llegar a Nueva York: el doble desafío de adaptarse a un nuevo país y de aprender a relacionarse con su madre.

I greeted the challenge, like one greets a new day. As my mother's daughter and Tante Atie's child (*Breath, Eyes, Memory*, p.49).

Así como Negui, Sophie recuerda la migración hacia los Estados Unidos como un momento de quiebre, en el que lo que era, o lo que estaba en proceso de ser (pensemos que estos dos personajes están en plena adolescencia, una etapa que de por sí entraña profundos cambios, interrogantes y búsquedas identitarias) es transformado en forma violenta. La sensación de una transformación violenta que se les impone desde el exterior guarda relación con el hecho de que la migración no es, en ninguno de estos dos casos, una decisión tomada en forma voluntaria y autónoma. Se trata de dos adolescentes que dejan su país natal, su idioma, el mundo que conocen y saben manejar, por decisión de sus madres. Son éstas las que deciden o han decidido migrar hace mucho tiempo (el caso de la madre de Sophie) y es su decisión la que, como una ola, las arranca de su lugar de origen para depositarlas en un país desconocido.

Las pruebas de Sophie

En las dos escenas citadas las narradoras vinculan estrechamente sus fuertes experiencias de traslado y transformación a la figura materna. En el caso de Sophie Caco, la madre y la tía Atie –la madre biológica y la que la crió, respectivamente- son invocadas por la narradora como modelos de fuerza y capacidad de enfrentar desafíos: “Accept your new life. I greeted the challenge, like one greets a new day. As my mother's daughter and Tante Atie's child” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 49). Esta doble filiación materna, si bien puede sorprender en un primer momento debido a lo poco que ha podido compartir realmente Sophie con su madre y el rol más explícitamente materno jugado durante la infancia por la tía Atie, puede ser comprendida mejor si consideramos lo que Patricia Hill Collins denomina como la tradición de la “othermother”. Esta tradición está anclada en la herencia afro y ha sido descrita especialmente en relación a las comunidades afroamericanas, en las cuales es frecuente que las mujeres cuiden en

forma colectiva de una comunidad de niños y no únicamente de los propios. De hecho, en la propia historia personal de Danticat, profundamente marcada por la temprana emigración de sus padres a Estados Unidos, está presente el recuerdo del cuidado de muchos niños a cargo de miembros de la familia extendida:

Two years after my father left Haiti, he sent for my mother, leaving André and me behind in the care of my uncle Joseph and his wife, Denise. André and I grew up in the Port-au-Prince neighborhood of Bel-Air, in a house filled with children whose parents had migrated to other countries –the United States, Canada, France and the Dominican Republic- promising to send for them as soon as they were settled abroad (Danticat, 2002, p.162).

En la literatura escrita por mujeres afro-caribeñas, la figura de la “othermother” -anclada en la tradición de cuidar a los niños en forma colectiva más que dentro de los límites de la familia nuclear- puede ser reconocida en la frecuente presencia de una figura materna duplicada. Muchas veces la “othermother” (que quizás podríamos traducir como ‘madre sustituta) de estas narrativas cumple una función compensatoria y sanadora para las hijas, sobre todo a nivel afectivo. Así Ma Chess, la abuela de Annie John en la novela homónima, es la única capaz de sacarla de su postración depresiva a través de una serie de cuidados descritos en términos que remiten a un reencuentro uterino (“I would lie on my side, curled up like a little comma, and Ma Chess would lie next to me, curled up like a bigger comma, into which I fit”, *Annie John*, p. 125). También en *Lucy*, la novela de Kincaid que continúa la historia narrada en *Annie John*, el personaje de Mariah claramente puede ser interpretado como un doble de la madre (ver el siguiente capítulo de esta tesis).

En *Breath, Eyes, Memory* el relato de la historia de Sophie se inicia con una escena que presenta la doble filiación materna de la protagonista y los conflictos asociados a esta situación. En esta primera escena, Sophie y su tía Atie discuten en Haití porque la primera le quiere entregar a su tía una tarjeta por el día de la madre. Ésta rechaza la

tarjeta argumentando que la legítima destinataria no es ella sino la madre real de Sophie, quien acaba de enviar el dinero y el pasaje para que su hija se traslade a Nueva York. El poema escrito por Sophie en la tarjeta remite a esa imagen de fuerza y resistencia buscada en estas figuras maternas:

My mother is a daffodil,
limber and strong as one.
My mother is a daffodil,
but in the wind, iron strong (*Breath, Eyes, Memory*, p.29).

Sin embargo, crecer, dejar atrás la niñez, implica también aceptar la humanidad y fragilidad de quienes durante la infancia parecieron ser omnipotentes. Para Sophie, la madre era un ser abstracto y poderoso que desde Nueva York enviaba casetes con su voz y dinero para que ella, su tía y su abuela pudieran vivir mucho mejor que sus compatriotas del mismo origen social (una familia campesina, de trabajadores de la caña). La tía era la figura cercana, protectora, cariñosa, siempre atenta a sus necesidades. Madre proveedora y madre nutricia, fantasmagórica y fantaseada una, real y sólida la segunda. Este es el pasado que antecede a la historia narrada en la novela. Ésta parte cuando todo ese mundo está dejando de existir, cuando Sophie, ya en Nueva York, descubre los secretos relacionados con su origen y las pesadillas y terrores que han dejado inscritos en el cuerpo de su madre. Más adelante, a su regreso a Haití, verá a su tía Atie alcoholizada sufriendo de desamor.

La palabra y la memoria, como sugiere la traducción castellana del título de la novela, juegan un rol central en la vida de los haitianos y también en la de Sophie. El texto no sólo alberga en su interior las voces de la tradición oral, los cuentos que Sophie escuchó de su abuela, su tía y otras mujeres y que va recuperando en distintos momentos de su vida. El texto, además, da cuenta de cómo somos en función tanto de la historia de nosotros mismos que vamos construyendo a lo largo de nuestra vida, como de los relatos que los otros significativos nos ofrecen con respecto a nuestra existencia. Uno de los

relatos centrales en toda historia, personal y colectiva, es el que dice relación con el origen. En este sentido, la llegada de Sophie a Nueva York es también el arribo a un nuevo relato con respecto a su historia personal:

“Did Atie tell you how you were born?” [Sophie’s mother asked]

From the sadness in her voice, I knew that her story was sadder than the chunk of the sky and flower petals story that Tante Atie liked to tell.

“The details are too much”, she said. “But it happened like this. A man grabbed me from the side of the road, pulled me into a cane field, and put you in my body. I was still a young girl then, just barely older than you”.

I did not press to find out more. Part of me did not understand. Most of me did not want to know.

“I thought Atie would have told you. I did not know this man. I never saw his face. He had it covered when he did this to me. But now when I look at your face I think it is true what they say. A child out of wedlock always looks like its father” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 61).

Si bien la historia de Sophie es narrada siguiendo un orden cronológico, los acontecimientos del pasado que inciden sobre el desarrollo de su vida, aparecen en forma fragmentada y dispersa a lo largo del texto. Su reconstrucción e integración en la línea del relato principal enriquece y permite entender los desarrollos principales al interior de éste. Así, en el pasado de Sophie está la violación de su madre por un desconocido –probablemente un *tonton macoute*, o por lo menos eso es lo que piensa Sophie cuando vuelve a Haití y es testigo de la violencia indiscriminada y brutal que la ex guardia de Duvalier ejerce sobre los habitantes del país-, cuyas consecuencias son la concepción de Sophie y la locura que perseguirá a Martine (la madre) a lo largo de su vida. Después de tener a Sophie, y de haber intentado suicidarse durante y después de finalizado el embarazo, Martine se marchó a Nueva York dejando a su hija a cargo de su hermana. Allá trabajó muy duramente en el sector servicios, que es el que ocupa a la mayor parte de los migrantes haitianos. Gracias a la ayuda de un abogado haitiano, que

terminó por convertirse en su pareja, Martine logró salir de la situación de ilegal y pudo empezar a programar la llegada de su hija. Poco antes de la llegada de Sophie tuvo un cáncer por el cual le tuvieron que amputar ambas mamas.

Sophie se encuentra así, cuando llega a Nueva York, con una madre extremadamente delgada y agotada, perseguida en cada una de sus noches por horribles pesadillas que la hacen gritar y temblar en sueños. Cada noche Sophie la despierta y Martine le agradece por haber salvado su vida. Esta complicidad nocturna entre madre e hija sustenta en gran medida la cotidianidad que comparten en el día. Este vínculo de afecto y protección se triza cuando Sophie se enamora por primera vez y Martine, sabiendo que hay un hombre rondando la vida de su hija, empieza a hacerle la *prueba* a la que han sido sometidas, generación tras generación, las mujeres de su cultura:

“When I was a girl [Sophie’s mother tells her], my mother used to test us to see if we were virgins. She would put her finger in our very private parts and see if it would go inside. Your Tante Atie hated it. She used to scream like a pig in a slaughterhouse. The way my mother was raised, a mother is supposed to do that to her daughter until the daughter is married. It is her responsibility to keep her pure” (*Breath, Eyes, Memory*, pp.60-61).

Así como su madre se lo hizo a ella hasta el día en que fue violada, Martine empieza a probar todas las noches a su hija. Y, así como su madre lo hizo con ella y su hermana para distraerlas en tan desagradable trance, Martine también le cuenta a Sophie, mientras la está probando, una historia de la tradición oral de su país. Si en el contexto haitiano esta prueba es aborrecida por las hijas que se ven sometidas a ella, en el marco de una vida que se desarrolla en los Estados Unidos esta práctica resulta aún más chocante, dado que el contexto más liberal destaca su carácter violento y represivo. En la reproducción por parte de la madre de una tradición que ella misma experimentó como violenta, reconocemos el mecanismo de conservación y perpetuación de un dominio

patriarcal que apela al control materno para consolidarse.⁹³ El control del cuerpo y de la sexualidad de las hijas es encomendado a las progenitoras, quienes asumen la responsabilidad de controlar la pureza de sus hijas hasta el momento en que el padre las entrega formalmente a otro hombre. Circulación de mujeres entre hombres, como diría Levi-Strauss, con anuencia de las madres encargadas de garantizar la ‘calidad’ del ‘producto’ que permite construir y estabilizar las relaciones entre hombres.

En la literatura escrita por mujeres caribeñas migrantes la madre suele asumir una doble tarea: la de preservar las costumbres y tradiciones propias de la sociedad de origen y la de impulsar a las hijas a estudiar y progresar en la sociedad de llegada⁹⁴. Si bien desde fuera estos mandatos pueden parecer contradictorios –en tanto es difícil pensar en un camino de integración que sólo implique la educación formal y el éxito profesional sin incidir sobre los modos de vida y la construcción de la subjetividad- muchas madres emprenden grandes luchas por conseguir ese doble objetivo en su vida de migrantes. El éxito de las hijas es tomado como un logro personal, ya que en gran parte son sus propios sacrificios y su control sobre la vida de las hijas lo que garantizaría que éstas sigan un camino de superación social.

En la novela de Danticat, la *prueba* que le realiza su madre todas las noches se convierte en un verdadero trauma para Sophie. Así como en la vida de su madre un único acto de brutal violencia (la violación) puso término a la cotidiana violencia de la prueba

⁹³ La escritora chicana Gloria Anzaldúa plantea para el ámbito cultural la siguiente división del ‘trabajo’ entre hombres y mujeres: “Culture forms our beliefs. We perceive the version of reality that it communicates. Dominant paradigms, predefined concepts that exist as unquestionable, unchallengeable, are transmitted to us through the culture. Culture is made by those in power –men. Males make the rules and laws; women transmit them. How many times have I heard mothers and mothers-in-law tell their sons to beat their wives for not obeying them, for being *hociconas* (big mouths), for being *callejeras* (going to visit and gossip with neighbors), for expecting their husbands to help with the rearing of children and the housework, for wanting to something other than housewives?” (Anzaldúa, Gloria, 1999, p.38, cursivas en el original).

⁹⁴ Así, apenas llegada, Sophie escucha las siguientes palabras de su madre: “Your schooling is the only thing that will make people respect you” (*Breath, Eyes, Memory*, p.43).

materna, Sophie decide autoinfligirse una también brutal ruptura de himen para verse liberada del control de todos los días:

I was feeling alone and lost, like there was no longer any reason for me to live. I went down to the kitchen and searched my mother's cabinet for the mortar and pestle we used to crush spices. I took the pestle to bed with me and held it against my chest. (...) My flesh ripped apart as I pressed the pestle into it. I could see the blood slowly dripping onto the bed sheet. I took the pestle and the bloody sheet and stuffed them into a bag. It was gone, the veil that always held my mother's finger back every time she tested me.

My body was quivering when my mother walked into my room to test me. My legs were limp when she drew me aside. I ached so hard I could hardly move. Finally I failed the test.

My mother grabbed me by the hand and pulled me off the bed. She was calm now, resigned to her anger.

"Go", she said with tear running down her face. She seized my books and clothes and threw them at me. "You just go to him and see what he can do for you" (*Breath, Eyes, Memory*, pp. 87-88).

Después de esta expulsión, Sophie cruza a la casa de su novio, Joseph, y le anuncia que está lista para contraer matrimonio con él. Joseph es un músico afroamericano de la edad de Martine, a quien Sophie conoce cuando con su madre logran mudarse a una mejor casa. Un aspecto muy destacable de esta novela –que en mi opinión expresa la singular maestría de Danticat para tratar diversos temas muy complejos sin caer ni en la generalización ni en la caricatura- es que los personajes masculinos concretos (Joseph y Marc, el novio de la madre de Sophie) son hombres especialmente sensibles, acogedores y comprensivos. Claramente son personajes que existen en función de su relación con las mujeres de la historia, es decir, no tienen un desarrollo propio a lo largo de la trama. Pero lo interesante es cómo en el marco de una fuerte denuncia de sociedades machistas, la novela muestra que no se trata de un problema de hombres particulares –que aparecen

retratados escueta pero muy positivamente- sino de construcciones culturales muy sólidas que son reproducidas por todos los miembros de la sociedad (en estos casos particularmente por las madres).

Con la salida de Sophie de su casa termina la segunda parte del libro, que está dividido en cuatro apartados y treinta y tres capítulos. La tercera parte se inicia con Sophie en Haití, viajando en un bus con una bebé en brazos. Es la primera vez que retorna a su país, donde se reencuentra con su tía Atie, su abuela y la gente del pueblo. Una vez más, son retazos de conversación y escuetas alusiones los que le permiten al lector entrever los motivos del viaje de Sophie. Está en Haití con su hija para tomarse un tiempo de reflexión y descanso, pues su relación matrimonial se está viendo afectada por sus problemas sexuales. Luego de la auto-penetración que se infligió, tuvo que ser conducida a un hospital y no puede tener sexo sin miedo y dolor. El trauma sufrido se expresa también en el desarrollo de una bulimia y en el rechazo de su propio cuerpo, que siente deformado después del embarazo. En esta difícil constelación, decidió partir secretamente a Haití con su hija aprovechando una de las giras musicales de Joseph. Los diálogos que establece Sophie con su abuela y su tía revelan el motivo profundo de este viaje: confrontar y tratar de entender por qué las mujeres de su familia, de su pueblo, de su país continúan con una tradición tan infame como la de la prueba de virginidad. No se trata solamente de arreglar cuentas con el pasado, lo que busca Sophie, principalmente, es evitar ser ella misma un eslabón más en esta cadena. Busca proteger a su hija de ser sometida por ella, en el futuro, a esta práctica ancestral.

La historia continúa, se acelera, aumenta la carga dramática sin que se pierda el tono contenido y comedido que caracteriza la escritura de Danticat. Al saber por su madre que Sophie está en Haití, Martine, que no ha querido responder ni las llamadas ni las cartas de su hija desde que se fue de su casa, decide viajar a Haití. Ahí las pesadillas la persiguen y atormentan aún más que en Nueva York, por lo que decide quedarse solo por tres días, para tener tiempo de organizar el futuro entierro de su madre y

reencontrarse con Sophie. Juntas vuelven a Nueva York, donde buscan establecer una nueva relación. Pero al quedar embarazada, Martine empieza a tener cada vez más alucinaciones y a penetrar con fuerza en el temido terreno de la locura. Pese a que ya había decidido abortar, tiene antes una alucinación que la lleva a atacar con un cuchillo al bebé que crece en su interior. La novela termina con el viaje de Sophie y Marc a Haití para enterrar a Martine en su tierra. Después del entierro, Sophie se atreve por primera vez a adentrarse en un cañaveral, lugar en el que fue violada su madre. Ya ahí, en una escena de evidentes connotaciones fálicas, Sophie la emprende a golpes contra las cañas: “There were only a few men working in the cane fields. I ran through the field, attacking the cane. I took off my shoes and began to beat a cane stalk. I pounded it until it began to lean over. I pushed over the cane stalk. It snapped back, striking my shoulder. I pulled at it, yanking it from the ground. My palm was bleeding.” (*Breath, Eyes, Memory*, p.233). Aunque todos los testigos buscan detener a Sophie, la abuela consigue detenerlos a ellos y desde la distancia le grita a su nieta: “Ou libére?, Are you free? Tante Atie echoed her cry, her voice quivering with her sobs—Ou libére!” (*Breath, Eyes, Memory*, p.233).

¿Por dónde pasa la liberación? ¿Qué termina y qué comienza para Sophie en este nuevo retorno a Haití? Una vez más remito al título del libro, que parece sugerir que son las palabras, los ojos y la memoria, los que nos pueden guiar hacia mejores formas de construir nuestra vida, hacia la reconciliación con los traumas del pasado. En Nueva York, en el lapso que transcurre entre su primer viaje-escape a Haití y el traslado definitivo del cuerpo de su madre, Sophie visita a su terapeuta y participa de un grupo de fobia sexual. De las conversaciones con la primera y de los rituales practicados con el grupo de fobia sexual, se desprende que el camino de la sanación pasa por una vuelta hacia el pasado, el cual es necesario enfrentar con palabras capaces de nombrar las atrocidades, con ojos capaces de visualizar lo que por no tener rostro ejerce un poder que no parece admitir confrontación. Se trata, en primer lugar, de encarar el trauma original, que puebla de pesadillas las noches de la madre y la hija: la violación de la primera entre

las cañas por un hombre cuyo rostro nunca pudo ver. La culpa de la hija por no parecerse a nadie de su familia, por llevar en su cara las marcas del violador y sentirse responsable del sufrimiento de su madre. Se trata también de poder reconocer que el daño no proviene sólo de fuera, que la violencia también se ejerce en casa y es transmitida como práctica incuestionada de generación en generación. Y pese a eso, pese al dolor, ser capaz de amar sin negar, de identificarse con las figuras femeninas atreviéndose a romper con lo que no debiera, nunca más, volver a afectar a una mujer.

La última página de *Breath, Eyes, Memory* muestra de forma ejemplar el lirismo y la profundidad de la escritura de Danticat y condensa poéticamente lo que traté de expresar en mis palabras en el párrafo anterior:

There is always a place where women live near trees that, blowing in the wind, sound like music. These women tell stories to their children both to frighten and to delight them. These women, they are fluttering lanterns on the hills, the fireflies in the night, the faces that loom over you and recreate the same unspeakable acts that they themselves lived through. There is always a place where nightmares are passed on through generations like heirlooms. Where women like cardinal birds return to look at their own faces in stagnant bodies of water.

I come from a place where breath, eyes, and memory are one, a place from which you carry your past like the hair on your head. Where women return to their children as butterflies or as tears in the eyes of the statues that their daughters pray to. My mother was as brave as stars at dawn. She too was from this place. My mother was like that woman who could never bleed and then could never stop bleeding, the one who gave in to her pain, to live as a butterfly. Yes, my mother was like me (*Breath, Eyes, Memory*, pp.233-234).

Cultura e identidad

La última cita permite reconocer la profunda relación que establece el yo de la enunciación con la cultura de la cual proviene y de la que forma parte. La identificación con la madre aparece también como un momento central para la configuración de este yo, el cual reconoce sus lazos y ataduras pero también adopta una distancia crítica con respecto a ellos. Para comprender este proceso de construcción identitaria fuertemente ligado tanto al reconocimiento de una pertenencia cultural como a la crítica de sus elementos coercitivos, resulta necesario establecer claramente la diferencia que existe entre cultura e identidad:

La relación entre cultura e identidad es entonces muy estrecha en cuanto ambas son construcciones simbólicas, pero no son la misma cosa. Mientras la cultura es una estructura de significados incorporados en formas simbólicas a través de los cuales los individuos se comunican, la identidad es un discurso o narrativa sobre sí mismo construido en la interacción con otros mediante ese patrón de significados culturales. Como dice Thompson, la identidad es un proyecto simbólico que el individuo va construyendo a partir de los materiales simbólicos disponibles. Mientras estudiar la cultura es estudiar las formas simbólicas, estudiar la identidad es estudiar la manera en que las formas simbólicas son movilizadas en la interacción para la construcción de una autoimagen, de una narrativa personal (Larraín, 2003, p.100).

La cultura es entonces la herencia histórica, el repertorio de contenidos simbólicos con los que el individuo se encuentra al nacer en un contexto socio-histórico determinado. La identidad, por otra parte, refiere a la forma en que el individuo se va posicionando con respecto a este acervo cultural. En el caso de Sophie, resulta evidente su fuerte compromiso con la cultura haitiana, siendo su identificación con ésta uno de los principales referentes que organizan su identidad. Sin embargo, no asume todos sus

contenidos y valores en forma indiscriminada, sino que cuestiona aquellos que considera represivos y negativos. Frente a prácticas como la de la prueba de virginidad, asume una actitud crítica activa, ya que su preocupación central no es sólo superar el trauma que ésta significó para su propia vida, sino también cuestionar la participación de las mujeres de su familia en esta tradición y procurar no seguir ella aportando a su reproducción.

El poder diferenciar entre lo que constituye la cultura en general y los posicionamientos que los sujetos toman al interior de ella, ha tenido una importancia central para el desarrollo de los movimientos feministas y de homosexuales al interior de culturas étnicas o minoritarias (en Estados Unidos). Esta diferenciación permite reconocer que las mujeres o los homosexuales (y todos aquellos que escapen a los patrones de normalidad construidos por una cultura dada) pueden aportar a la lucha por mejorar las condiciones de vida de sus comunidades y seguir siendo parte fundamental de ellas, aún cuando critiquen y busquen transformar sus prácticas y discursos machistas y homofóbicos.⁹⁵ De esta manera, la identidad de género y la identidad sexual pugnan por ser reconocidas como componentes esenciales dentro de la identidad cultural. Esto evidencia el carácter dinámico y muchas veces conflictivo y tensionado de la construcción de identidades, tanto personales como colectivas.

La migración a un contexto cultural nuevo contribuye a incrementar el grado de tensión muchas veces inherente a los procesos de construcción identitaria. La distancia con respecto a la cultura de origen, así como la confrontación con patrones de conducta y sistemas valóricos distintos, suele favorecer el cuestionamiento de aquello que hasta entonces se daba por ‘naturalmente’ dado. Algunas construcciones jerárquicas rígidas pueden debilitarse con el traslado, como en el caso de la relación de la mamá de Sophie con un abogado haitiano, posible sólo en un contexto de migración: “In Haiti [Martine says], it would not be possible for someone like Marc to love someone like me. He is from a very upstanding family. His grandfather was a French man” (*Breath, Eyes,*

⁹⁵ Ver Anzaldúa (1999) y Moraga y Anzaldúa (1981).

Memory, p.59). Liberados en parte de las constricciones locales, cuyo carácter construido e histórico se hace más evidente a partir del contacto con otras culturas, los sujetos migrantes se embarcan en procesos de construcción identitaria en que necesariamente deben negociar entre los mandatos de la comunidad de origen (que sigue existiendo y recreando las tradiciones en el caso de situaciones de diáspora como la haitiana) y los procesos de individualización que cada vez adquieren una mayor profundidad en el contexto de la modernidad tardía. Una última cita de la novela de Danticat ilustra bastante bien esta tensión:

- “What are you going to study in college?” he [Joseph] asked.
- “I think I am going to be a doctor.”
- “You *think*? Is this something you like?”
- “I suppose so,” I said.
- “You have to have a passion for what you do.”
- My mother says it’s important for us to have a doctor in the family.”
- “What if you don’t want to be a doctor?”
- “There’s a difference between what a person wants and what’s good for them,”
- “You sound like you are quoting someone,” he said.
- “My mother”.
- What would Sophie like to do? He asked.

That was the problem, Sophie really wasn’t sure. I had never really dared to dream on my own.

- You’re not sure, are you?

He even understood my silences.

- “It is okay not to have your future on a map”, he said. “That way you can flow wherever life takes you”.
- “That is not Haitian,” I said. “That’s very American.”
- “What is?”
- “Being a wanderer. The very idea” (*Breath, Eyes, Memory*, pp. 71-72).

Más adelante nos encontramos con que Sophie ha estudiado para ser secretaria. No es ni el camino del sueño materno –que espera que su hija sea la médica que ella no pudo ser y se eleve por sobre su condición de mujer de servicio, realizando en parte el ‘sueño americano’ en su lugar- ni tampoco la gran elección de la pasión de la cual le habla Joseph. Es, probablemente, lo que pudo hacer dadas sus condiciones reales de vida, dentro de las cuales también se cuenta el ‘no haberse atrevido nunca a soñar por sí misma’. Esa autonomía de ‘sueño’ no es habitual para Haití, menos aún para las mujeres. Aún así, Sophie es capaz de desarrollar un grado de independencia y de fuerza muy grandes en lo que respecta a enfrentar los caminos esperados para el desarrollo de una mujer, cuestionando con firmeza el culto que en su comunidad se le rinde a la virginidad femenina.

3. La familia aquí y allá: tradición y modernidad en *How the García Girls lost their Accents*

Al igual que en la autobiografía de Esmeralda Santiago, en *How the García Girls lost their Accent*, la escritura aparece como el espacio de posibilidad para la recomposición de los vínculos fracturados a partir del proceso migratorio. Como mencioné anteriormente, esta primera novela de Julia Álvarez claramente se nutre de sus vivencias personales. Del mismo modo que la de “las chicas García”, la familia Álvarez está compuesta por padre, madre y cuatro hermanas que se vieron obligadas a dejar la República Dominicana cuando se descubrió la participación paterna en un movimiento político, respaldado por la CIA, que buscaba derrocar al dictador Trujillo. Miembros de la clase alta de su país, las hermanas Álvarez y su contraparte ficcional, las García, pierden a raíz del exilio su privilegiado status social así como su holgada situación económica. El movimiento entonces se da en sentido inverso al descrito por la autobiógrafa en *When I was Puerto Rican*: mientras en su caso la emigración es claramente motivada por la condición de pobreza en la que está inmersa su familia y a la larga le permite acceder a mucho mejores condiciones de vida, en el de las chicas García

el exilio conlleva más bien una pérdida de status, tanto social como económico. Ya en Estados Unidos, las García pasan a ser parte de una minoría étnica y no son pocas las ocasiones en que deben escuchar el despectivo apelativo de “spics”,⁹⁶ así como amenazas e insultos que las conminan a regresar a su país (“Go back to from you came from, dirty spic! *How the García...*, p.153). Sin embargo, si bien estas expresiones de rechazo acercan sus experiencias a las de otras migrantes, claramente también en el exilio su familia cuenta con más recursos para acceder más rápidamente a mejores condiciones de vida. Luego de un par de experiencias negativas vividas en los colegios públicos que visitan –los que invariablemente son descritos, en todas las novelas de esta tesis, como lugares en que confluyen miseria, violencia y condiciones deplorables- las hermanas García son trasladadas a un colegio privado, en el que la madre espera que “we would meet and mix with the ‘right kind’ of Americans” (*How the García...*, p.108). Si bien ahí también son objeto del algún nivel de discriminación (“we met the right kind of Americans all right, but they didn’t exactly mix with us” (Ibid), claramente no se ven expuestas a las agresiones más violentas y de ninguna manera ocupan el marginado espacio de los que migran por razones económicas. El origen económico y sociocultural de las García también les permite una integración tal que, finalmente logran, como indica el título de la novela, perder su acento. Esta integración es facilitada por las características de la vida familiar antes del exilio, que, por lo que presenta la novela, constituía una verdadera isla dentro de la isla: a partir de determinada edad los miembros de la familia parten a estudiar en internados norteamericanos, consumen productos importados, viajan constantemente a Nueva York y regresan cargados de regalos, reciben en su casa a norteamericanos poderosos, etc. En su ensayo "An American Childhood in the Dominican Republic" Alvarez describe vivencias muy similares a las narradas en su primera novela:

⁹⁶ “Spic” es el apelativo despectivo utilizado en Estados Unidos para referirse a los puertorriqueños. Su origen se ubicaría en la pronunciación de “speak” en la frase de los migrantes boricuas: “I don’t speak English”.

What kept my father from being rounded up with the other [political dissidents of the Trujillo regime] each time there was a purge ... was his connection with my mother's powerful family. It was not just their money that gave them power, for wealth was sometimes an incentive to persecute a family and appropriate its fortune. It was their strong ties with Americans and the United States. As I mentioned, most of my aunts and uncles had graduated from American schools and colleges, and they corresponded regularly with their classmates and alumni associations.... The family subscribed to American magazines, received mailorder catalogues, and joined American clubs and honorary societies. This obsession with American things was no longer merely enchantment with the United States, but a strategy for survival (Álvarez, 1988, p.80).

El mundo americanizado y privilegiado de la vida dominicana, así como el más duro de la experiencia norteamericana, son reconstruidos en el texto de Álvarez por distintos narradores. En esta narrativa, los elementos del relato corto se asimilan a los de la novela, por lo que es posible afirmar que se trata de una novela compuesta. Cada relato funciona en forma bastante autónoma, surgiendo la unidad del texto más de la coincidencia de personajes y asuntos tratados en los diversos capítulos, que del desarrollo de una historia con progresión dramática. De hecho, muchos de los eventos narrados en un capítulo no tienen una resolución clara ni vuelven a ser retomados en otro momento. La disposición de estos relatos siguiendo una cronología inversa refuerza el efecto de una construcción textual que, más que contar una única historia, busca reconstruir la experiencia de vida de una familia a partir de la reunión de diversos episodios vividos por sus miembros. Por otra parte, el tiempo de narración de cada uno de estos relatos es casi siempre el presente, presentándose muchos de los acontecimientos como si estuvieran siendo observados por la narradora a medida que se van desarrollando. Además de la presencia de distintas narradoras, es posible distinguir en el texto a distintos *narratees*, o destinatarios del relato, lo que apunta a mostrar cómo las historias se recuerdan y reconstruyen en función del interlocutor. Esto ocurre sobre

todo en los casos en que Laura García de la Torre, la madre de las “chicas García”, les cuenta a distintos personajes algunos de sus recuerdos importantes relacionados con la vida de una de sus hijas: es decir, aporta a la construcción de la historia de las chicas García pero claramente desde su perspectiva de madre que busca, a la vez, construirse a sí misma en ese papel a través de su relato.

Para dar un sentido de unidad y totalidad, y para guiar al lector implícito en la ordenación de los eventos narrados, el autor implícito antecede cada parte de las tres, que componen el texto, de una indicación temporal. Así, la primera parte abarca episodios que tuvieron lugar entre los años 1989 y 1972, la segunda se ubica entre 1970 y 1960, mientras la tercera y última narra eventos ocurridos entre 1960 y 1956. Otra contribución a la integración del texto está dada por una estructuración relativamente circular: el primer capítulo y el último tienen a Yolanda como protagonista principal y transcurren enteramente en la isla. Tanto la situación del primer capítulo –en que se narra en tercera persona el regreso de Yolanda ya adulta a la isla y su reencuentro con la familia de allá luego de cinco años de ausencia- como lo narrado en el último capítulo – un episodio que Yolanda, esta vez también narradora, identifica como el origen de su labor como escritora- permiten identificar a la tercera de las hermanas García como el alter ego de la autora. Al igual que la Jo de *Mujercitas* de Louise May Alcott (miembro también de una familia con cuatro hijas), Yolanda en *How the García...* es la hija que más resistencia opone a los esfuerzos de su familia y su medio por imponerle restrictivos roles femeninos. Pese a esta posibilidad de identificarla con la autora, Yo no se impone como protagonista del texto y en general, salvo por los breves rasgos destacados, no se diferencia significativamente del resto de sus hermanas.

3.1 La búsqueda de la individualidad

Un aspecto curioso del texto de Julia Álvarez es que reproduce justo aquello que a nivel de los enunciados es denunciado una y otra vez: la dificultad de cada una de las García

por ser reconocidas como individuos separados e independientes con respecto a sus hermanas. Así, por ejemplo, en uno de los capítulos se cuenta que Laura de la Torre, la mamá de las García, había ideado una técnica cromática para facilitarse la organización de la vida doméstica: a cada hija se le asignaba un color, en el cual sería comprada toda su ropa, sus útiles, sus implementos de limpieza, etc. Posteriormente la narradora señala que,

As women, the four Girls criticized the mother's efficiency. The little one claimed that the whole color system smacked of an assembly-line mentality. The eldest, a child psychologist, admonished the mother in an autobiographical paper, "I Was There Too", by saying that the color system ha weakened the four girls' identity differentiation abilities and made them forever unclear about personality boundaries (*How the García...*, p. 41).

Al presentar a las chicas García como sujeto colectivo en el título de la novela, al hacer circular entre ellas el papel de narradora, el cual también es ejercido por un "nosotras" colectivo y, principalmente, al no dotar los relatos de cada una de ellas de una perspectiva verdaderamente propia, la conciencia autorial reproduce esa falta de individualidad reclamada por las hermanas ya adultas. Si bien esto puede ser interpretado como parte de la representación de las difusas fronteras que separan la personalidad de las hermanas, me parece que afecta negativamente el esfuerzo de construir un texto estructuralmente más complejo. Así, si bien por su estructura la obra pareciera estar apostando por la presentación de múltiples perspectivas –que podrían generar una gran riqueza y profundidad textuales- en realidad parece estar construida desde una única perspectiva que hegemoniza la totalidad del texto. Probablemente lo que impida el desarrollo de voces y personajes más autónomos y diferenciados sea la presencia, en prácticamente todas las narraciones, de un tono irónico que, si bien aligera el relato y permite establecer una distancia muchas veces crítica con respecto a lo narrado, también tiene el problema de homogenizar el modo de acercamiento narrativo.

Uno de los relatos más importantes de la novela permite ilustrar de forma ejemplar la presencia de una perspectiva narrativa única, que ejerce su hegemonía sobre la aparente pluralidad de perspectivas desde las cuales se presentan los eventos. Se trata del capítulo en que se narra el fallido intento de detención de Carlos García en República Dominicana por agentes de seguridad de Trujillo. Este capítulo inaugura la tercera parte del libro y es el que presenta mayor alternancia de narradores: en primer lugar un narrador en tercera persona relata cómo el padre de las García alcanzó a esconderse a tiempo cuando lo fueron a buscar a su casa para detenerlo, luego se cuenta, también en tercera persona, los sucesos de ese día desde la perspectiva de uno de los agentes. Posteriormente una de las hijas cuenta, desde el futuro, sus escasos recuerdos de ese último día en la isla; finalmente el capítulo se cierra con Chucha -la empleada haitiana que mucho tiempo atrás encontró refugio donde los García ante la matanza desatada contra los haitianos por orden de Trujillo- narrando la decadencia de la casa luego que fue abandonada por sus dueños. Esta es la única oportunidad en toda la novela en que una narración en primera persona es asumida por alguien distinto a las chicas García. Sin embargo, el discurso de Chucha es sumamente estereotipado: está plagado de referencias a creencias y prácticas religiosas africanas; observa todo desde una irracionalidad que podríamos denominar mítica y hasta primitiva. En consecuencia, lo que pudo haber sido una mirada distinta, capaz de presentar la perspectiva de un ser absolutamente marginal dentro de la familia García y de la sociedad dominicana en general, termina por expresar lo que no son sino las proyecciones y construcciones imaginarias de los dominicanos con respecto a los haitianos.⁹⁷

⁹⁷ El hecho de compartir la misma isla -La Española- hace que haitianos y dominicanos compartan una larga y conflictiva historia en común. Después de su independencia en 1804, Haití, convertida en la primera república negra del mundo, invadió el país vecino para liberar a los esclavos. Posteriormente, volvieron a invadir y gobernar República Dominicana entre 1821 y 1844. A lo largo del siglo XX muchos haitianos, huyendo de la pobreza y las dictaduras militares de su país, llegaron a República Dominicana para emplearse como mano de obra barata en las plantaciones de caña y en el sector servicios. En 1937, el dictador Trujillo mandó matar a todos los haitianos que se encontraban en el país, generando una verdadera carnicería que costó la vida a varios miles de personas. Para Trujillo y sus secuaces, así como para muchos políticos e intelectuales conservadores (aún hoy en día), los haitianos representan ese otro abyecto -negro, de costumbres africanas- que necesitan expulsar para poder construir una identidad homogénea y monolítica, que se nutre de la herencia india y española y niega totalmente el aporte afro.

Si la falta de espacios de individualización afecta a las chicas García cuando se encuentran en Estados Unidos, en la vida en la isla esta carencia era aún mayor. En Santo Domingo no sólo eran cuatro hermanas muy seguidas en edad, sino que además, al tener las distintas ramas de la familia de la Torre sus casas en el mismo gran terreno, les toca también compartir con primos y primas con los que conforman un gran colectivo de contornos prácticamente indiferenciados. De cierta manera, el traslado de los García- de la Torre, de Santo Domingo a Nueva York, reproduce el tránsito histórico de la familia extendida a la nuclear. De vivir rodeadas de muchos adultos y niños, poder circular libremente por y quedarse en las distintas casas, estar rodeadas de un cuerpo de empleados y empleadas domésticas que viven en el mismo terreno, las García pasan a conformar un típico hogar de clase media norteamericana, en que no hay más que papá, mamá e hijas.

Uno de los capítulos que transcurre en la isla presenta muy bien cómo funcionaban los de la Torre como familia extendida y cómo sus miembros –sobre todo los menores–podían ver afectada su individualidad en este contexto. En el capítulo titulado “Still Lives”, Sandi, la segunda de las García, cuenta cómo fue “descubierta” de entre el numeroso grupo de primos y primas por tener el talento de dibujar:

Up to this point, I had been an anonymous de la Torre child, second daughter to a second daughter of my grandparents, Don Edmundo Antonio de la Torre and Doña Yolanda Laura María Rochet de la Torre. I was born to die one of the innumerable handsome de la Torre girls, singled out only when some aunt or other would take hold of my face in her hand and look intently at it, exclaiming that my eyes were those of my great-aunt Graciela, that my mouth was Mamita’s exactly! So, you see, even these minor distinctions felt like petty theft. Whatever I, Sandra Isabel García de la Torre, was, personally, was as a dolly on wheels to roll that illustrious de la Torre name from social gathering to social gathering (*How the García...*, p.241).

Por un momento, gracias a sus habilidades artísticas, Sandi es objeto de una atención particular que la distingue de entre la masa infantil en la que se siente inmersa. Sin embargo, no por eso su talento merecerá una atención diferenciada: “the great female democracy of our blue blood dictated that all the de la Torre girls be given equal decorative skills. So, whichever of the girls cousins could control their bladders for several hours and would not try to drink the turpentine were enrolled in Saturday art lessons” (*How the García...*, p.243). Finalmente son 14 niñas de la Torre las que terminan yendo a clases con una profesora que en vez de fomentar el talento de Sandi termina por reprimirlo y hasta anularlo. La consideración del arte en las mujeres como “habilidad decorativa” es el principio orientador del curso al que asiste Sandi, el cual se convierte en otra instancia de anulación de una individualidad que, eventualmente, el arte hubiera podido contribuir a desarrollar.

El primer capítulo, que presenta un contraste entre las historias y situaciones de vida de las primas que se fueron y las que se quedaron, evidencia cómo la salida de las García a Estados Unidos de alguna manera abrió un camino de diferenciación y emancipación. A su regreso a la isla 29 años después de su salida con su familia y tras haber pasado cinco años sin ir allá de vacaciones, Yolanda parece encontrarse con una fotografía conocida⁹⁸, en la que muy poco ha cambiado: la escena la conforman mujeres mayores vestidas en los colores oscuros de la viudez, sentadas sobre cómodas sillas; las primas jóvenes, vestidas en colores alegres, ocupan las menos confortables sillas del comedor y, finalmente, las siempre presentes empleadas, de blanco almidonado y sentadas en bancas ubicadas en el patio, listas a acudir al primer llamado. Todas las mujeres que ve Yolanda

⁹⁸ La descripción que hace la narradora de la escena remite efectivamente al recuento de lo que se puede ver en una foto: “The old aunts lounge in the white wicker armchairs, flipping open their fans, snapping them shut. Except that more of them are dressed in the greys and blacks of widowhood, the aunts seem little changed since five years ago when Yolanda was last on the Island. Sitting among the aunts in the less comfortable dining chairs, the cousins are flashes of color in turquoise jumpsuits and tight jersey dresses. The cake is on its own table, the little cousins clustered around it, arguing over who will get what slice. When their squabbles reach a certain mother-annoying level, they are called away by their nursemaids, who sit on stools at the far end of the patio, a phalanx of starched white uniforms” (*How the García...*, p.3).

están sentadas. Las de fuera son un grupo anónimo de piel oscura, que se irá renovando sin que nadie se percate de si los rostros o los nombres cambiaron, lo importante es que estén listas para servir y puedan ser objeto de las quejas y riñas de sus patronas (uno de los temas preferidos de conversación de las tías viejas es precisamente lo mal que hacen sus labores las empleadas). Las mujeres jóvenes de adentro son las “hair-and-nails cousins”, que es el nombre que recibe el indiferenciado grupo de primas en el árbol genealógico de las García de la Torre, incluido en el texto para orientar al lector por el intrincado mundo de las relaciones de una gran familia. Yolanda sería una más de ellas sino fuera por el exilio paterno y, como conoce su mundo, sabe con qué ojos miran su diferencia: “Before anyone has turned to greet her in the entryway, Yolanda sees herself as they will, shabby in a black cotton skirt and jersey top, sandals on her feet, her wild black hair held back with a hairband. Like a missionary, her cousins will say, like one of those Peace Corps girls who have let themselves go so as to do dubious good in the world” (*How the García...*, p.4).

La escena con la que se encuentra Yolanda en la reunión familiar organizada para agasajarla es eminentemente femenina. Los hombres se encuentran trabajando y, cuando se acerca la hora de su llegada después del “Happy Hour”, las primas se retiran a sus casas para supervisar la preparación de la comida para sus maridos. Años atrás, un primo le había dicho a Yolanda que esa hora debiera recibir el nombre de “Whore Hour”, ya que era “the hour during which a Dominican male of a certain class stops by on his mistress on his way home to his wife” (*How the García...*, p. 7). A diferencia de las mujeres, reducidas a una posición de inmovilidad sobre las sillas a las que se las destina de acuerdo al tramo de edad, los hombres gozan de una gran libertad de movimiento. Las dispensas sexuales que se les concede encuentran su contrapartida en el férreo control al que es sometida la sexualidad femenina. De hecho esta escena y los comentarios sobre la sexualidad masculina, bien podrían estar tomadas de una novela latinoamericana de fines del siglo XIX. Su explicitada ubicación en el año 1989 no hace sino resaltar el anacronismo de ese mundo oligárquico.

En contraposición, la vida de Yolanda y sus hermanas aparece como eminentemente moderna y con un turbulento desarrollo acorde a sus tiempos: “There have been too many stops on the road of the last twenty-nine years since her family left this island behind. She and her sisters have led such turbulent lives –so many husbands, homes, jobs, wrong turns among them. But look at her cousins, women with households and authority in their voices” (*How the García...*, p.11). Por un momento Yolanda desea ser parte del mundo que dejó atrás y que representa la estabilidad y tranquilidad que ni ella ni sus hermanas han tenido. Pero sus planes de viajar sola hacia el norte de la isla, para pasear y comer guayabas frescas, de ninguna manera encajan con los requisitos impuestos a la feminidad isleña: “A woman just doesn’t travel alone in this country” le responde una de sus tías cuando escucha sus planes viajeros. Yolanda viaja y se da cuenta de que es vista y tratada por los lugareños como una gringa. Su exitosa pérdida de acento para hablar inglés, a la que hace referencia el título de la novela, tiene una consecuencia menos feliz: ahora habla castellano con acento y le cuesta decir una frase en este idioma sin intercalar anglicismos. El distanciamiento impuesto por el exilio parece, sin embargo, tener también sus contrapartes positivas. Además del ya mencionado cuestionamiento y contravención de los estrictos roles de género imperantes en su sociedad de origen, Yolanda también parece ser más capaz de reconocer el carácter injusto del ordenamiento social dominicano. La clara situación de privilegio de su familia y los pocos otros que son como ellos, es problematizada indirectamente a través de la presentación de situaciones observadas por Yolanda, en las que miembros de los sectores populares viven en condiciones de pobreza y abandono y se ven constantemente expuestos al abuso de los poderosos. Todo aquello que antes de la partida hacia Estados Unidos aparecía como natural y parte de un orden dado, es visto con otros ojos luego de la experiencia de vivir en una sociedad en la que su familia no ocupaba ningún lugar privilegiado y en que los diversos movimientos por los derechos civiles (feministas, étnicos, afroamericanos, etc) pusieron sobre el tapete los temas de discriminación y desigualdad social.⁹⁹

⁹⁹ El ensayista dominicano-norteamericano Silvio Torres-Saillant, además de otros intelectuales

El tema de la individualidad y de los esfuerzos de las hermanas García por ser consideradas no sólo como parte relativamente indiferenciada de algún colectivo mayor, aparece también como un reclamo esgrimido explícita o implícitamente por muchas de las autoras estudiadas acá. Como he señalado más de una vez a lo largo de esta tesis, las obras de estas escritoras suelen ser incluidas y promocionadas dentro de la categoría de literatura étnica, con lo que directa o indirectamente se asume que representan las experiencias de las comunidades de las que provienen las autoras. Sin embargo, la lectura atenta y no publicitaria de la mayor parte de las narrativas de autoras catalogados como “étnicas” y “multiétnicas” –y muchas veces también las declaraciones que estas autoras realizan a través de entrevistas y de la escritura de ensayos- revelan que sus principales esfuerzos están destinados a construir mundos particulares en los que encuentran espacio voces concebidas como únicas e individuales. Esto no significa que los mundos no se construyan en relación con y en referencia a los contextos socioculturales en los que se vivieron muchas de las experiencias ficcionalizadas, sino más bien que dentro de las determinaciones y características de cada grupo cultural hay espacio para vivir una gran variedad de experiencias que son individuales y únicas. Como vimos en el caso de Esmeralda Santiago, el motor principal de su escritura autobiográfica pareciera ser precisamente el mostrar el carácter excepcional de una trayectoria construida sobre la base del esfuerzo y la capacidad personales (por otra parte, si se quisiera ver esta historia como representativa de alguna comunidad particular lo tendría que ser más de la norteamericana que de la puertorriqueña, por su evidente

dominicanos como el historiador Moya-Pons, el poeta Pedro Mir y el académico Diogénes Céspedes, resaltan los aportes que la migración de retorno puede realizar a la modernización de la sociedad dominicana: “La modernización a la que la diáspora puede contribuir no se circunscribe al marco de la tecnología (...). Vista desde la diáspora, la modernización deberá significar la puesta en práctica de normas sociales y procedimientos legales modernos que fomenten la igualdad y la justicia en todos los renglones: actividades comerciales, acceso al empleo, servicios sociales, cumplimiento de la ley y respecto a la dignidad humana. La diáspora puede asistir en la impostergable tarea de reeducar a la sociedad, prepararla para el necesario rompimiento con fuerzas del pasado cuya sobrevivencia depende de la perpetuación del atraso. La diáspora ha aprendido a vivir en sociedades organizadas donde la eficiencia importa más que el apellido y donde se puede prescindir de un padrino que garantice el empleo. Se ha adiestrado negociando el anonimato y obedeciendo las reglas del juego, lo que la hace apta para enfrentar la responsabilidad y la incertidumbre de la democracia” (Torres-Saillant, 1999, pp. 53-54).

filiación con las narrativas individualistas que nutren los mitos del “sueño americano”). Julia Álvarez, por su parte, tiene evidente conciencia del carácter absolutamente particular de su historia personal, la cual sólo puede tener coincidencias muy superficiales con las de otros dominicanos migrantes en Estados Unidos y no pretende ser representativa de esa experiencia, ni menos aún de la de “los latinos en Estados Unidos”. Por lo demás, tanto el capítulo ya comentado en que Sandi es “descubierta” como dibujante (y luego también frustrada en tal habilidad), como el último, en que Yoyo rememora el incidente que considera como esencial en su labor de escritora, constituyen claras reflexiones del rol individualizador del arte y del carácter estrictamente personal y único de las experiencias de las que éste se nutre. En el último capítulo, Yoyo narra cómo le robó un gatito recién nacido a una mamá gata. Cuando la mamá gata se acerca a ella se acuerda con horror de la historia que contaba la lavandera tuerta sobre cómo perdió un ojo exactamente en las mismas circunstancias que estaba viviendo la niña (atacada por una gata furiosa ante el rapto de su cría). Para protegerse, mete al cachorro en el interior del tambor que traía colgado al cuello y se pone a tocar furiosamente para ahogar sus sollozos. La gata, confundida, sigue a Yoyo hasta que ésta entra a su casa y tira al cachorro por la ventana. Desde ahí ve como éste trata de avanzar rengueando y maullando, sin que su madre parezca estar en las cercanías. Si bien en la realidad no vuelve a ver a la mamá gata, en sus pesadillas ésta empieza a aparecer constantemente, mirándola desde el borde de la cama con sus ojos fosforescentes. A veces maúlla, otras sólo la mira callada y ya desde su vida adulta la narradora cuenta que “there are still times I wake up at three o’clock in the morning and peer into the darkness. At that hour and in that loneliness, I hear her, a black furred thing lurking in the corners of my life, her magenta mouth opening, mailing over some violation that lies at the center of my art” (*How the García...*, p.290). Con estas palabras termina el relato de Yoyo, y con él la novela de Álvarez, producto de ese arte que reconoce sus raíces en un hecho profundamente personal y único. La historia del robo del cachorro y la violenta separación de su madre puede ser leída como metáfora de la violenta separación de

Álvarez de su isla natal y sus rengueantes esfuerzos por regresar y conectarse con ella¹⁰⁰. Sin embargo, aunque haya muchos emigrantes y exiliados políticos como ella, que también se hayan visto violentamente apartados de su mundo de origen, la forma de significar para sí misma esa experiencia y de darle una expresión artística son absolutamente únicas.

3.2 Las madres migrantes

En el primer capítulo de esta tesis, de carácter básicamente teórico, me he referido brevemente a lo que se puede considerar como observaciones o enfoques paradójicos con respecto a la relación entre mujeres y migraciones y los roles que asumen las mujeres que migran en tanto madres. Los resultados de los estudios que cité en el capítulo mencionado suelen mostrar que, pese a todas las dificultades asociadas a la migración, para muchas mujeres ésta puede traducirse en la adquisición de mayores niveles de autonomía y posibilidades de negociación al interior del hogar. Esto ocurre principalmente en el caso de mujeres que acceden por primera vez al mundo laboral, lo que les permite contar con ingresos propios. Asimismo, al entrar en contacto con una sociedad de valores más liberales y con una fuerte historia de movimientos feministas, las mujeres migrantes acceden a una serie de discursos y prácticas que les permiten mirar desde una distancia crítica los roles de género aprendidos en su sociedad de origen.

La aparente paradoja surge al constatar que estas mujeres que migran y que teóricamente acceden a posiciones de mayor emancipación, son las mismas que, en las novelas que

¹⁰⁰ William Luis ofrece una interpretación similar, que incluye en tema de la lengua, de la escena del robo del gatito: “Like the kitten, Yolanda was also uprooted from her nest, her childhood (...) in the Dominican Republic. And the drum beats meant to disguise the meows of the kitten represent a natural language and an imposed one, which in the years to come would cover her accent. Although one can assume that once Yolanda put the kitten out the window, it returned to her mother, Yolanda has spent the rest of her life searching for the origin of her past. From that moment, Yolanda has been haunted by the presence of the mother cat, a continual reminder to her of the incident with the kitten. The nightmares recall that past but most importantly Yolanda’s own trauma of being taken from her natural environment, from her own litter; it was after this incident that her family moved to the United States” (Luis, 2000, p.847).

conforman el corpus de este estudio, aparecen como las madres encargadas de velar por la tradición y de proteger a su hija de los valores “corrosivos” de la sociedad norteamericana. Pienso que la paradoja es sólo aparente y que la observación de estos fenómenos contradictorios debe ser considerada más bien como expresión de la inmensa complejidad de los procesos analizados. Los valores, las tradiciones, la lengua, las construcciones sociales y culturales, no son algo de lo que uno se pueda librar como quien deja un traje usado para ponerse uno nuevo. Las mujeres que migran no dejan como un lastre los valores y roles que les inculcaron durante toda una vida para asumir alegremente otros que, aparentemente, garantizan de mejor manera su libertad e igualdad. El contacto con lo nuevo puede derivar en actitudes muy diversas, que se van transformando en forma dinámica. Por lo general parecen producirse acomodos en los que lo viejo y lo nuevo tratan de convivir en medio de intensas negociaciones, momentos de mayor cerrazón y otros de apertura, selección y apropiación de algunos elementos de la cultura nueva y rechazo total de otros.¹⁰¹ Finalmente, tanto la cultura de origen como la nueva son transformadas a través del encuentro, y los sujetos migrantes – sobre todo cuando forman parte de una comunidad diaspórica- pueden contribuir con nuevas configuraciones culturales a la sociedad de origen y de llegada.

En el caso de las novelas que analicé en este tercer capítulo resulta bastante evidente lo complejo y contradictorio de los roles que van asumiendo las madres-mujeres a partir de la experiencia migratoria. En la autobiografía de Santiago y en la novela de Danticat, las madres son las que deciden migrar y las que implican a las hijas en esta aventura. Antes de tomar esta decisión, ambas son mujeres que destacan en su medio por su autonomía y sus afanes de progresar, rasgos claramente necesarios para atreverse a dejar el mundo conocido y emprender una vida en un idioma, una cultura y condiciones totalmente nuevas.

¹⁰¹ Estos procesos han sido descritos por el antropólogo cubano Fernando Ortiz bajo el término de transculturación. Ver primera parte de esta tesis.

Como señalé en la presentación de *When I was Puerto Rican*, la narradora-protagonista reconoce en su madre una gran autonomía y capacidad de emprendimiento. Ya en su pueblo de Macún, la madre había sido una de las primeras mujeres en salir a trabajar fuera de casa, ignorando expresamente los comentarios malintencionados que mereció su ingreso al mundo laboral:

Mami was one of the first women in Macún to have a job outside the house. For extra money women in the barrio took in laundry or ironing or cooked for men with no wives. But Mami left our house every morning, primed and perfumed, for a job in a factory in Toa Baja. The Barrio looked at us with new eyes. (...) I got the message that Mami was breaking a taboo I had never heard about. The Women in the neighborhood turned their backs on her when they saw her coming, or, when they talked to her, they scanned the horizon, as if looking at her would infect them with whatever had made her gone out and get a job (*When I was...*, p.122).

Ya en Nueva York, la mami de Negui es la única responsable de criar y mantener a sus nueve hijos por lo que la opción de no trabajar ni siquiera se plantea. Las pocas veces que no tiene trabajo debe recurrir a la beneficencia del Estado para sobrevivir. Esto es vivido como humillante por la mami, sobre todo por que ni siquiera puede comunicarse directamente con los asistentes sociales. Negui, que aprende más rápido inglés que ella, será la que oficie de intérprete entre su madre y el mundo norteamericano. Progresivamente Negui se irá internando cada vez con más fluidez y facilidad en ese nuevo universo, lo cual es impulsado con vigor por la madre, sobre todo en lo que respecta al progreso a través de la educación: “I’m not working this hard so that you kids can end up working in factories all your lives. You study, get good grades, and graduate from high school so that you can have a profession, not just a job” (*When I was...*, p.246). Como vimos en las páginas anteriores, Negui es la única de los once hermanos que logra cumplir con el sueño materno. Por otra parte, en *Almost a Woman*, continuación de la autobiografía de Santiago, resulta evidente que el estímulo materno

hacia la integración encuentra su piedra de tope cuando se trata de la sexualidad de sus hijas. Con respecto a este tema trata de preservar un rol más contenedor y tradicional. Sin embargo, ella misma ha llevado una vida amorosa relativamente libre desde que llegó a Nueva York (con 33 años y 9 hijos), por lo que en muchas ocasiones tiene poca autoridad para controlar efectivamente a sus hijas.

Tanto la madre de Negui como Martine, la progenitora de Sophie, salen de sus países de origen por decisión propia. Sin embargo, resulta evidente que la libertad de estas decisiones es relativa. En el caso de la mamá de *When I was..* tanto la pobreza económica como la afectiva de su relación con un marido infiel, la llevan a dar un difícil paso a través del cual busca lograr un cambio radical en su condición de vida y la de sus hijos. Para Martine, la salida del país aparece como la única escapatoria frente al trauma de la violación y de haber sido madre producto de este acto de violencia. Si bien en Nueva York puede vivir un poco más tranquila que en Haití, el desenlace de la novela muestra claramente que Martine no logró superar el trauma que la impulsó a partir. Su vida en Estados Unidos se reduce a trabajar, literalmente, día y noche y a tener una relación muy protegida y casi clandestina con su novio Marc (ya casada, en una sesión con su psicoanalista, Sophie recordará que nunca Marc se quedó a dormir en su casa con su madre y que nunca imaginó que pudieran tener una vida sexual). Es tal el nivel de sufrimiento y angustia de Martine que tampoco es capaz de ver a su hija como un ser independiente, con derecho a tener una historia distinta y liberada de su origen violento. La vida de Martine termina en forma trágica, evidenciando que hay traumas que no pueden ser superados, que dejan una herida abierta que puede crecer hasta llegar a ser más grande que quien la lleva. Sophie, aunque ha heredado muchas de las pesadillas y problemas de su madre, parece contar con más fuerza y recursos para superarlos. Como vimos, la novela relata sus esfuerzos por sanarse psicológicamente a través de un reencuentro con la genealogía materna que rescate sus aspectos positivos y corte con los opresivos.

En *How The García Girls lost their Accents* el tema de la sexualidad de las hijas en Estados Unidos aparece tratado más abiertamente, habiendo varios capítulos con episodios que muestran los esfuerzos de la madre por proteger la virginidad de las hijas, así como el escaso resultado que estos tienen. Lo interesante es que cada vez que sienten que la educación de las hijas se les va de las manos –es decir que están liberalizándose demasiado- los padres de las chicas García las envían a la República Dominicana para que se sometan al más estricto control familiar. Sin embargo, la novela se encarga de mostrar cómo, si bien allá la normativa es mucho más rígida y los controles son más estrictos, tanto las primas de la isla como las visitantes tienen suficientes estrategias para rehuirlos. Con respecto a esto no hay mucho más que decir. Lo que resulta más interesante es detenerse un momento sobre el efecto que tiene el traslado a Estados Unidos en la vida de Laura de la Torre, la madre de las chicas García. Ella parte porque su marido debe salir del país para no ser arrestado y probablemente asesinado por la guardia de Trujillo. Sale de un lugar y una situación en la que no ha conocido ni el hambre ni la necesidad, donde siempre ha sido objeto de respeto y reverencia, donde no ha tenido que mover un dedo ni dentro ni fuera de la casa. Llega a un país donde pasan situaciones de apuro económico, en el que no es reconocida socialmente y en el que ve las dificultades de integración que viven su marido y sus hijas. Sin embargo, frente a su marido y sus hijas asume un rol de relativa autoridad: al ser la que mejor habla inglés por haber tenido unos años de escolaridad en Estados Unidos, suele actuar de intérprete entre su familia y los norteamericanos. Esto subvierte sutilmente la división de roles imperante en una familia tradicional, en la que los varones son los que se relacionan con el mundo exterior. Pero además, Laura desarrolla en Estados Unidos una energía y capacidad que la llevan a pasarse los días recorriendo tiendas en busca de ideas para sus inventos domésticos. Pasa así los días graficando, diseñando y probando inventos que espera revolucionarán y facilitarán la vida de las personas (¡como una maleta que pueda ser llevada por ruedas!). Según sus hijas, la energía de Laura proviene de su necesidad de reconocimiento, la cual en la isla surgía automáticamente “from being a de la Torre” (*How the García...*, p.139). Como no obtiene mucho apoyo de su marido ni de sus hijas,

y al frustrarse por descubrir uno de sus inventos publicado en el *New York Times*, Laura decide reencauzar su ímpetu y se dedica a organizar la consulta médica de su marido. En esa nueva constelación, en que no tiene que estar portando un apellido connotado ni preocupándose del qué dirán social, la mamá de las García llega a sentirse mucho más feliz y útil que en medio de sus privilegios isleños: “Laura had gotten used to the life here [in the United States]. She did not want to go back to the old country where, de la Torre or not, she was only a wife and a mother (and failed one at that, since she had never provided the required son). Better an independent nobody than a high-class houseslave” (*How the García...*, p.144). Más adelante vemos a Laura García tomando activamente cursos de economía y manejo empresarial y “dreaming of a bigger-that-family-size life for herself. She still did lip service to the old ways, while herself nibbling away at forbidden fruit” (*How the García...*, p. 116). Esta última frase, que describe cómo la madre discursivamente sigue adhiriendo a las viejas ideas y tradiciones, mientras en la práctica abre su vida hacia nuevos rumbos, resume muy bien tanto lo que observa Negui de su mami cómo la visión que tienen las chicas García de cómo se va transformando su madre.

CAPÍTULO TRES

Propuestas narrativas e identitarias en *Lucy* y *No Telephone to Heaven*

Among the migrants themselves, only the privileged can live a life of constant mobility and surplus pleasure, between Whitman and Warhol as it were. Most migrants tend to be poor and experience displacement not as cultural plenitude but as torment; what they seek is not displacement but, precisely, a place from where they might begin anew, with some sense of a stable future. Postcoloniality is also, like most things, a matter of class.

Aijaz Ahmad

Abeng y *Annie John*, las novelas de Michelle Cliff y Jamaica Kincaid analizadas en el segundo capítulo de esta tesis, encuentran su continuación en *No Telephone to Heaven* y *Lucy*, respectivamente. En el caso de estas dos novelas de Cliff, la relación de continuidad es evidente, ya que la protagonista conserva su nombre (Clare Savage), así como el entramado de relaciones familiares que la marcaron durante su infancia. Entre *Annie John* y *Lucy* se produce, en cambio, un doble desplazamiento: el nombre de la protagonista cambia (de Annie John a Lucy), así como también el destino del barco abordado por Annie John al final de la novela homónima. Así, mientras *Annie John* termina con la protagonista partiendo rumbo a Inglaterra para estudiar enfermería, en la apertura de *Lucy* ésta se encuentra en Nueva York, a donde ha llegado para trabajar como *au-pair* en casa de una familia acomodada. Pese a estos cambios, la lectura de *Lucy* permite reconocer en forma inequívoca que en ambos casos estamos frente a la misma protagonista, cuya historia presenta, al igual que en *Annie John*, importantes coincidencias con las declaraciones de la autora sobre su propia vida.

Este capítulo de la tesis busca dar cuenta de la forma en que se representan en *Lucy y No Telephone to Heaven* los complicados caminos recorridos por sus protagonistas en el esfuerzo por construirse como sujetos autónomos y críticos. En este recorrido la salida del país natal juega un rol muy importante, ya que le permite a Clare y Lucy tomar distancia y adquirir una nueva perspectiva para reconstruir y comprender las realidades en las que crecieron. La situación de migración va a permitirles, principalmente, revisar y también cuestionar los vínculos con sus madres y sus afectos más cercanos, así como también el más amplio conjunto de relaciones sociales, económicas, culturales de las que formaban parte durante su vida antillana. Al igual que en *Annie John* y *Abeng*, Lucy (Annie) y Clare emprenden, ya en su vida de jóvenes adultas, un proceso de profundos cuestionamientos dirigidos principalmente contra el poder materno –sobre todo en el caso de Lucy- y también contra los poderes coloniales y neocoloniales imperantes en sus tierras natales. La lectura de *Lucy y No Telephone to Heaven* que desarrollo en este capítulo conserva, en lo esencial, la orientación en torno a los dos ejes principales que distinguí en el análisis de las primeras novelas de Kincaid y Cliff: por un lado está el tema de la relación de las protagonistas con su madre y por el otro la visión crítica que estos textos presentan con respecto a la situación política de las islas de origen de las autoras. En ambos casos el principal motor que impulsa las indagaciones y cuestionamientos de las protagonistas es el esfuerzo por comprender tanto su propia identidad como la de las personas y colectivos que las rodean. En este proceso, la salida del país natal va a aportarles a estos personajes nuevas perspectivas para comprender su propia vida y la realidad de sus sociedades antillanas.

La vida en Estados Unidos (y posteriormente en Inglaterra en el caso de Clare) va a significar, para las protagonistas de las novelas analizadas, entrar en contacto con otra cultura y nuevas experiencias. Entre éstas una de las que mayor impacto tienen sobre la subjetividad de Clare y Lucy está relacionada con la nueva mirada sobre sí mismas que les es devuelta por las personas con las que interactúan en los países a los que migraron.

Lo que esta mirada les recuerda permanentemente es su “diferencia”, sobre todo en lo que respecta a su pertenencia nacional y racial.¹⁰² Alejadas así de su país de origen y ubicadas permanentemente como “otras” en el contexto de la migración, Lucy y Clare van a atravesar por solitarios y dolorosos momentos en los que buscarán comprender lo que son a través tanto de la reconstrucción del pasado como de la invención de un futuro. El primer paso en este proceso es de ruptura: ambas protagonistas buscan cortar con todo lo que tuvieron y fueron hasta entonces. De esta manera alimentan la ilusión de poder construirse en forma independiente de las condicionantes y determinaciones del medio en que nacieron y del lugar al que migraron. Sobre todo en el caso de Lucy, la fantasía de autoinvención e independencia absolutas constituyen los elementos más sobresalientes del relato de su vida, el que también muestra cuán difícil es liberarse verdaderamente de los vínculos y apegos más profundos.

En el caso de Clare, la interrogación en torno a la identidad personal se conjuga con una voluntad de rearticular sus lazos y sentidos de pertenencia a un colectivo que la trascienda. No le basta entonces con haber logrado una identidad individual autónoma y reflexiva, necesita también sentirse parte de un colectivo con el que compartir proyectos que trasciendan su destino particular. Así, mientras en Lucy el proceso de interrogación identitaria está básicamente orientado y restringido a las experiencias y expectativas individuales, en el caso de Clare éste contempla también la participación en un proyecto colectivo. Otra importante diferencia entre los procesos de ambas protagonistas es que Lucy no concibe una situación de autonomía e independencia sino es a partir de la ruptura total con la madre, la cual, como veremos, no parece poder lograrse a cabalidad. Clare, por su parte, se irá acercando progresivamente a la figura materna, con la cual se identifica también en términos del proyecto político al que finalmente decide sumarse.

¹⁰² Aún en el caso de Clare, educada para aprovechar sus rasgos blancos y tratar de “pasar por blanca”, los entrenados ojos norteamericanos distinguen en ella la pálida herencia africana. En *No Telephone to Heaven* Michelle Cliff presenta una sociedad norteamericana obsesionada por el tema del color de la piel y por la capacidad de diferenciar adecuadamente a quienes son realmente blancos y quienes ocupan un lugar al otro lado de la “color line.”

En *Lucy* y *No Telephone to Heaven* la complejidad y conflictividad de las problemáticas identitarias representadas se corresponden y entran en resonancia con las formas y lenguajes narrativos a través de las cuales son expresadas. Ambas novelas comparten una estructura cíclica que contiene una serie de episodios que pueden ser leídos y comprendidos en forma independiente pero que, en conjunto, configuran una totalidad compleja y contradictoria. El reconocimiento de esta interrelación e interdependencia entre las distintas partes que dan forma a estas novelas, constituye un aspecto importante de la lectura que quiero proponer. Esto es especialmente importante en el caso de las estructuralmente complejas novelas de Michelle Cliff, en las que es posible reconocer una lograda articulación entre las formas de expresión y las de contenido (Hjelmlev, 1980). Mi lectura de la obra de Cliff se distancia de las interpretaciones ofrecidas por gran parte de la crítica académica, que ven en la autora jamaicana una singular exponente de la sensibilidad “post” que caracterizaría nuestra época. Aunque hay muchas observaciones pertinentes dentro de estas lecturas críticas, me interesa mostrar acá cómo las propuestas narrativas de Cliff también pueden ser leídas a la luz de otros referentes teóricos que considero más fecundos para entender las vicisitudes de las identidades contemporáneas.

Si bien *Lucy* aparece como una novela más sencilla en términos formales y de contenido, la afirmación por parte de la narradora-protagonista de que “in this world one must never assume that things are what they appear to be” (*Lucy*, p. 78), puede ser leída también como una advertencia al lector con respecto al texto que tiene ante sus ojos. Y es que las narradoras de *Lucy* y *No Telephone to Heaven* coinciden en el despliegue de un permanente esfuerzo, que puede llegar a ser doloroso y hasta tener elementos autodestructivos, por ver más allá de lo aparente, por indagar en los procesos que llevan a que las cosas sean como son o parecen ser. Este esfuerzo se sustenta en por lo menos dos experiencias comunes a las protagonistas de ambas novelas: Por un lado la pertenencia cultural a sectores de su sociedad en que se practica y cultiva activamente ritos y creencias afro-caribeñas, los cuales destacan la fluidez y multiplicidad de lo

aparente¹⁰³. Por otra parte, la también común experiencia de haber crecido en islas dominadas por el poder imperial británico y constituidas en forma racista y clasista, lleva a ambas protagonistas a cuestionar abiertamente las categorías cognitivas y culturales con las que se les enseñó a ver e interpretar la realidad. Estas categorías, transmitidas a través de un sistema de formación colonial, les presentan un mundo en que lo “real” (y lo valioso) es todo aquello que proviene de la metrópolis, aún cuando no tenga ninguna relación con las experiencias cotidianas de los que viven en las colonias. En este mundo, por otra parte, se espera que las personas se adecúen y actúen conforme a los roles que el medio les asigna en función de su pertenencia racial, social y de género. Esto es lo que impugnan y contra lo que se rebelan tanto Lucy como Clare Savage, quienes permanentemente se interrogan por lo que son y lo que quieren llegar a ser, buscando construir una identidad, que si bien está profundamente enraizada en la realidad cultural, racial e histórica de sus sociedades de origen, no quiere verse reducida a la realización de roles definidos en función de estas pertenencias. La pregunta que Clare le plantea a su amigo transexual Harry/Harriet, “Harry, how were you able to question, to know to question, so early?” (*No Telephone to Heaven*, p.124), expresa muy bien su preocupación, que es también la de Lucy, por acceder a formas de conocimiento y experiencias más autónomas y críticas.

1. Las huellas de un poema: *Lucy* y “The Daffodils”

En el segundo capítulo de esta tesis analicé de qué manera se representan en *Abeng* y *Annie John* los negativos efectos de la educación colonial sobre los niños del Caribe anglófono y en particular sobre las protagonistas de esas novelas. Este es un tema

¹⁰³ Los ritos Obeah o Voodoo juegan un rol muy importante en la obra de Kincaid y Cliff. En estos cultos de origen africano la transformación, “the power to cause definitions of ‘form’ as fixed and comprehensible ‘thing’ to dissolve” juega un rol central. “The belief in conjure [also known as obeah or voodoo] and its power is based on an African worldview that differs from the Western view. If Western philosophy seeds to comprehend and control fluidity, African conjure means to move the spirit through a fluid repertory of forms. Spirit, then, in this philosophy, cannot be contained in, or defined by, any particular form” (Simmons, 1994, p.34). Como afirma Lucy: “(...) I came from a place where there was no such thing as a ‘real’ thing, because often what seemed to be one thing turned out to be altogether different” (*Lucy*, p.54).

recurrente en la obra de Kincaid y Cliff, quienes también se ocupan de él en sus ensayos y en su obra poética. Coinciden así con los esfuerzos de la crítica postcolonial por denunciar un poder imperial ejercido no sólo a través del control militar, político y económico sino también, y en una medida nada despreciable, a través del control de textos, discursos e imaginarios culturales. La violencia de estas prácticas textuales – ejercidas en gran medida a través de las instituciones educativas en las colonias- es puesta de manifiesto por Kincaid en sus diversos escritos:

I did not know that the statement “Draw a map of England” was something far worse than a declaration of war, for a flat-out declaration of war would have put me on alert. In fact, there was no need for war –I had long ago been conquered. I did not know then that this statement was part of a process that would result in my erasure –not my physical erasure, but my erasure all the same. I did not know then that this statement was meant to make me feel awe and small whenever I heard the word “England”: awe at the power of its existence, small because I was not from it (Kincaid, 1991, p.35).

Kincaid y Cliff coinciden en el esfuerzo por mostrar los perniciosos efectos de una educación colonial que aliena a los niños de su propia realidad y los hace vivir en un mundo artificial, construido a partir de los conocimientos, los productos, los valores y las creencias de una metrópolis poderosa y lejana. La obra de estas dos autoras en gran medida puede ser leída como una obsesiva exploración en cómo la dominación impide la formación de una identidad verdadera. En sus novelas, las protagonistas van dándose cada vez más cuenta de los efectos de una educación que atentó contra su integridad, que se propuso “borrarlas” como denuncia Kincaid. Esta conciencia se convierte en una dolorosa espina que las impulsa a desconfiar e interrogar permanentemente todo lo que las rodea. Construir una identidad no alienada significa, en este contexto, someter a revisión todo lo aprendido y heredado, mucho de lo cual ya es parte de los cimientos

sobre los cuales se fue constituyendo la personalidad. La dificultad mayor es precisamente que lo que se busca atacar o poner a distancia ya es parte de uno.

Al igual que Clare Savage, según podemos leer en *Abeng*, Lucy tuvo que leer y memorizar para la escuela el poema “The Daffodils” (“Los narcisos”) de William Wordsworth. Ya en Estados Unidos, viviendo en una ciudad que nunca es nombrada pero que la crítica identifica en forma unánime como Nueva York (que es, además, la ciudad a la que llegó Jamaica Kincaid a los diecisiete años a trabajar como *au-pair*), Lucy vuelve a oír hablar de los famosos *daffodils*. Mariah, la amable y bienintencionada madre de las niñas que debe cuidar, le ofrece a Lucy ir a un campo de narcisos apenas llegue la primavera. Ante esto Lucy le cuenta a Mariah que de niña había sido elegida para recitar el poema de Wordsworth ante un auditorio de padres, profesores y compañeros. Si bien había sido felicitada por su presentación, Lucy se había prometido olvidar cada palabra de ese poema, debido principalmente a la sensación de falsedad e impostura que la invadió durante su aparición pública. Su rechazo era tal que esa misma noche había soñado “that I was being chased down a narrow cobbled street by bunches and bunches of those same daffodils that I had vowed to forget, and when finally I fell down from exhaustion they all piled on top on me, until I was buried deep underneath them and was never seen again” (*Lucy*, p.18). Claramente, Lucy sintió que su integridad era amenazada por esas flores ajenas e impuestas, a las que ella tuvo que rendir homenaje aún sin conocerlas. La fuerza de la imposición colonial es tal que la protagonista, en su sueño, fue literalmente aplastada por las flores foráneas, bajo las cuales terminó por desaparecer. Es decir, ella percibió como niña el peligro de una educación que buscaba borrarla en tanto antillana para en su lugar intentar construir una mala imitación del modelo inglés.

El episodio de los narcisos no termina ahí. Poco después, cuando efectivamente llega la primavera, Mariah decide llevar a Lucy a ver un campo de narcisos. Piensa que ante la visión de la belleza de las flores, Lucy tendrá que reconciliarse con ellas. Pero Lucy, aún

sin saber qué flores son las que Mariah le señala con tanto entusiasmo, lo primero que siente es un deseo irrefrenable de matarlas, de cortarlas y arrancarlas de raíz. La emoción de Mariah al mostrarle a Lucy algo bello, que pudiera hacerle olvidar el malestar por el poema, rápidamente se transforma en desconcierto cuando la escucha decir: “Mariah, do you realize that at ten years of age I had to learn by heart a long poem about some flowers I would not see in real life until I was nineteen?” (*Lucy*, p.30). Lo que no ve Mariah porque no forma parte de su experiencia de vida, es que pese a su forma bella e inocente los narcisos fueron, para ella y muchos otros niños, un instrumento más de dominación imperial. A través de la poesía aprendida en la infancia, niños y niñas aprenden a admirar la belleza de unas flores que no conocen, en perjuicio de aquellas que ven cotidianamente pero que no entran dentro del “canon” de lo bello y poético.

En sus columnas tituladas “In the Garden” –que aparecieron primero como contribuciones ocasionales en el *New Yorker* y posteriormente fueron reunidas en el volumen titulado *My Garden (Book)*: (1999)- Kincaid ha seguido explorando el tema de la dominación colonial a través de metáforas e historias tomadas de la botánica y la jardinería. En sus columnas sobre jardinería, la autora muestra cómo las plantas han sido, históricamente, parte del botín de los conquistadores, quienes las sacaban de su hábitat natural, les cambiaban de nombre y luego las plantaban en otros lugares. Para Kincaid, estos actos de recolección, cambio de nombre y trasplante son una excelente metáfora de los movimientos de apropiación tradicionalmente perpetrados por los conquistadores.

Sin embargo, así como escribir sobre jardinería puede ser “(the) perfect way of writing about domination” (Simmons, 1994, p.21), las plantas también pueden aparecer como metáforas de resistencia y transculturación. Llama la atención que mientras en muchas novelas del Caribe inglés los narcisos aparecen como símbolos de la alienación impuesta por la colonización, en *Breath, Eyes, Memory* de Danticat las mismas flores son

percibidas de manera muy distinta. El importante y positivo papel que juegan es evidenciado por su aparición en las primeras páginas de la novela, en que Sophie prepara una tarjeta para el día de la madre que lleva en su interior un narciso. El texto del poema, además, alude precisamente a la fuerza y flexibilidad de esta flor (ver capítulo dos de esta tesis). La explicación que da la narradora de la novela de por qué a su madre le gustan tanto los narcisos resalta la dimensión de resistencia y apropiación:

Tante Atie told me that my mother loved daffodils because they grew in a place that they were not supposed to. They were really European flowers, French buds and stems, meant for colder climates. A long time ago, a French woman had brought them to Croix-des-Rosets and planted them there. A strain of daffodils had grown that could withstand the heat, but they were the color of pumpkins and golden summer squash, as though they had acquired a bronze tinge from the skin of the natives who had adopted them (*Breath, Eyes, Memory*, p.21).

En este caso la extracción de especies nativas y adaptación a otros climas se da en sentido contrario al descrito por Kincaid: la planta metropolitana es trasplantada acá a tierra caribeña y logra exitosamente adaptarse a ella, tomando incluso un color que la asemeja a los nativos que la adoptaron. Las diferencias entre los narcisos europeos de Kincaid y de Cliff, y los caribeños de Danticat pueden ser leídas como metáforas de la distinta situación política de cada país. Mientras las dos primeras autoras provienen de territorios que hasta hace muy poco fueron colonia de Inglaterra y en la actualidad están sometidos a una situación de dominio neocolonial, Danticat es oriunda de Haití. Al igual que los narcisos, los negros de África fueron trasplantados –en forma violenta y cruel, habría que agregar- a tierras caribeñas. Pese a las inmensas dificultades que enfrentaron ahí desde los tiempos de la esclavitud, los afro-caribeños se adaptaron a su nuevo entorno, el que contribuyeron a reconfigurar con su presencia y aportes culturales. Y en Haití lograron construir la primera república negra del mundo, con una independencia ganada mucho antes que los demás países de América Latina (1804). La metáfora de los

narcisos releva entonces la importancia de la autonomía e independencia nacionales para poder apropiarse de y transculturar al propio territorio los bienes materiales y culturales provenientes de otras latitudes. El poema escrito por Sophie Caco para su madre refuerza esta interpretación: sólo en un contexto de independencia nacional una niña antillana puede crear su propio poema a las flores ya consagradas por un escritor metropolitano canónico.

2. Una vez más, las madres

En su difícil búsqueda de una identidad y una postura frente al mundo construidas en forma crítica y autónoma, Lucy y Clare buscan figuras con las que identificarse y otras con respecto a las cuales poder definirse en términos de diferenciación. Probablemente uno de los principales aprendizajes de ambos personajes sea que muchas veces una misma persona puede servir tanto de modelo negativo como positivo y, más aún, que ellas mismas son internamente contradictorias y que muchas veces lo que rechazan en otros es lo que ellas mismas son, o por lo menos son en parte. Dentro del concierto de personas significativas en este juego de identificaciones y diferenciación las madres siguen jugando el rol principal. Al igual que en *Annie John*, en *Lucy* la relación de la protagonista con su madre constituye el eje principal del relato. Lejos ya del hogar materno, Lucy intenta en Estados Unidos poner una gran distancia entre ella y su vida anterior, marcada intensamente por el conflicto con la madre. Por su parte Clare, que fue escasamente acogida por su madre durante la infancia y que luego es abandonada por ella en Estados Unidos, trata de emprender un camino contrario. Intenta superar la distancia real que siempre existió entre ella y su progenitora a través de una identificación cada vez más importante con su madre como mujer y como parte de un colectivo con el que se va a ir sintiendo cada vez más cercana y comprometida.

En el análisis de *Annie John* y *Abeng* recalcamos la centralidad de la figura materna en el desarrollo de las adolescentes protagonistas de estas novelas. La relación con las

madres se caracteriza en estas narraciones por el predominio de sentimientos ambivalentes de las hijas hacia ellas. Por un lado son los principales objetos de amor y hasta adoración de las protagonistas, por otra parte son vistas como una amenaza para la constitución de identidades autónomas y plenas. Esta ambivalencia puede ser comprendida mejor si se recurre a los estudios psicoanalíticos sobre los procesos de subjetivación de niñas y adolescentes, sobre todo aquellos realizados por quienes, desde una sensibilidad feminista, se han preocupado de comprender el rol de la madre y de la relación madre-hija al interior de una teoría fundada sobre la asunción de la centralidad de la figura paterna. Las observaciones y reflexiones de estos psicoanalistas han mostrado la importancia, en el desarrollo de niños y niñas, de la unión simbiótica con la madre en la fase pre-edípica. Para poder constituirse como sujetos, los infantes de ambos sexos necesitan separarse de la madre, lo que, como vimos, es estimulado con más fuerza en el caso de los varones y se da en forma más incompleta para las niñas. Esta separación y los distintos niveles en los que es lograda por niños y niñas contribuye en gran medida a las diferencias en los procesos de construcción de la subjetividad femenina y masculina.

La madre es entonces figura deseada y temida, amada y odiada: “Like the boy, the girl begins life psychically merged with her mother, and when she begins to separate from her, she longs for that primal oneness but also fears it as annihilation of self” (Kahn, 1985, p.75). Pero, como muestra Chodorow, mientras las madres tratan a los hijos varones como seres más separados, a los que estimulan a constituirse como seres autónomos, las hijas mujeres son percibidas y tratadas como extensiones del yo materno. Las niñas entonces no cortan nunca totalmente su vínculo con la madre, ni siquiera cuando la figura paterna las lleva a transitar hacia la fase edípica.

La escritura de Jamaica Kincaid retoma una y otra vez el tema de la unión con la madre y la pérdida de lo que es recordado como una etapa paradisíaca. La separación de la madre es percibida como una gran traición inflingida a la hija. Como vimos en el

capítulo 2, en *Annie John* la madre se aparta bruscamente de su hija cuando ésta empieza a mostrar los primeros signos de arribo a la pubertad. En ambas el amor pasional que las unía se transforma en un odio igualmente poderoso que las lleva a enfrentarse y medir fuerzas constantemente. En *Lucy* el recuerdo de esta relación y su brusca transformación está permanentemente presente en el relato de la protagonista, quien narra episodios que le permiten al lector establecer la relación de continuidad – pese al cambio de nombre- entre las protagonistas de las dos primeras novelas de Kincaid.

Si en general la separación de la catexis madre-hija deja en ambas una huella permanente de ansiedad y ambivalencia, en el caso de las madres de la obra de Kincaid estos sentimientos alcanzan niveles extremos. Las entrevistas otorgadas por Kincaid muestran que es la propia relación con su madre la que está siendo permanentemente elaborada a través de sus narrativas. Por la manera en que describe la autora a su progenitora, y por cómo lo hacen las protagonistas de sus novelas, estas madres corresponderían a lo que Alice Miller ha denominado “madres narcisistas”. Éstas se caracterizan por tener un sentido del yo (self) incompleto y por usar a sus hijos para sus propias necesidades emocionales ya que necesitan “someone at their disposal who can be used as an echo, who can be controlled, is completely centered on them, will never desert them, and offers full attention and admiration” (Miller, citada por Simmons, 1994, p.25). La progenitora narcisista acoge y aprueba a su hija mientras ésta le dedique toda su atención y amor. En este contexto, cualquier señal por parte de la niña de estar madurando o buscando su autonomía es percibida por la madre como una traición indignante y dolorosa.

En *Lucy* la protagonista se ha sentido tan traicionada por el abandono materno y a la vez tan sometida al dominio de esta figura que no sólo busca desesperadamente distanciarse de ella, sino que percibe cualquier relación muy cercana e íntima como una amenaza a su integridad. En esta novela, Lucy llega a Estados Unidos –a una ciudad que remite a

Nueva York- a trabajar como *au pair* en casa de una familia acomodada, conformada por Lewis, Mariah y sus cuatro niñas. El relato está compuesto por cinco capítulos, que abarcan todo un año en la vida del personaje principal, desde su llegada a Nueva York en un día frío y gris de enero, hasta su instalación en el mismo mes del siguiente año en un nuevo departamento. El texto contiene muchas descripciones del clima y reflexiones en torno a lo que significa el cambio de las estaciones, algo que la protagonista no conocía en su tropical isla natal. Cada uno de los cinco capítulos corresponde aproximadamente a una estación, lo que permite una estructuración cíclica resaltada por las palabras con que se inicia el último capítulo: “It was January again; the world was thin and pale and cold again; I was making a new beginning again” (*Lucy*, p. 133). Aparentemente se vuelve al punto de partida, en el fondo, sin embargo, Lucy sabe que “everything remains the same and yet nothing is the same” (*Lucy*, p. 78).

Lucy llega a Estados Unidos dispuesta a poner la mayor distancia posible entre ella y su madre. Así como según las creencias afro-caribeñas los demonios no son capaces de atravesar las aguas, Lucy espera que el océano que la separa de su progenitora sea suficiente para poder librarse del poder que ésta ejerce sobre ella. Pero alejarse no deja de ser doloroso y la nostalgia no es algo que se supere fácilmente. El primer capítulo de *Lucy* presenta una magistral reflexión en torno a lo que significa dejar lo conocido para aventurarse en un mundo nuevo. La narradora se siente desconcertada y afligida sobre todo por la pérdida de los referentes sensoriales a través de los cuales estaba acostumbrada a habitar su mundo. Una vez fuera de éste, empieza a percibir que ni siquiera los colores, los olores, las sensaciones, son inmunes al cambio de país. La mañana siguiente a su llegada Lucy despierta relativamente contenta al ver que un sol claro brilla y entra por su ventana. Animada, se levanta y se pone un vestido delgado, “the same sort of dress that I would wear if I were at home and setting out for a day in the country” (*Lucy*, p. 5). Al poco rato, sin embargo, Lucy se da cuenta de cuán equivocada estaba. En ese lugar, que el sol brillara no significaba que hiciera calor:

(...) I did not know that the sun could shine and the air remain cold; no one had ever told me. What a feeling that was! Something I had always known – the way I knew my skin was the color brown of a nut rubbed repeatedly with a soft cloth, or the way I knew my own name- something I took completely for granted, ‘the sun is shining, the air is warm’, was not so. I was no longer in a tropical zone, and this realization now entered my life like a flow of water dividing formerly dry and solid ground, creating two banks, one which was my past –so familiar and predictable that even my unhappiness then made me happy now just to think of it- the other my future, a gray blank, an overcast seascape on which rain was falling and no boats were in sight. I was no longer in a tropical zone and I felt cold inside and out, the first time such a sensation had come over me (*Lucy*, pp.5-6).

A través de este primer capítulo de *Lucy*, Jamaica Kincaid expresa muy bien lo que significa la migración, el traslado de un país a otro desde una perspectiva centrada en las dimensiones cotidianas del extrañamiento y la nostalgia. El cambio de entorno conlleva la interrogación de las certezas más profundas, de aquellos saberes que guían inconscientemente muchas de nuestras conductas y decisiones cotidianas. Sólo fuera del lugar de origen, Lucy puede ver cuestionada lo que consideraba una relación de causalidad incontestable: que cuando el sol sale el aire es tibio. La pérdida de esas certezas básicas hace que la narradora sienta su vida profundamente dividida entre el pasado en su isla natal y el futuro en un lugar frío y gris.

Sin embargo, con el paso de los días y a medida que se va familiarizando con su nuevo entorno, Lucy empieza a reconocer una serie de continuidades entre su vida y sus relaciones en su isla natal y la que está empezando a vivir en Estados Unidos. Su perspectiva de afuerina y su aguda perspicacia, le permiten reconocer en su nuevo entorno las grietas casi imperceptibles que amenazan la integridad de las construcciones aparentemente perfectas que la rodean. Su mirada se detiene e indaga principalmente en el personaje de Mariah, la mamá de las niñas que debe cuidar. Ella es una mujer muy

bonita, buena y acogedora con Lucy, a quien rápidamente empieza a proteger y cuidar como si fuera hija suya. Es por eso que puede ser considerada como una “othermother” para Lucy (ver cap. II de esta tesis), quien claramente ve en ella una figura materna: “Mariah was like a mother to me, a good mother” (*Lucy*, p.110); “The times that I loved Mariah it was because she reminded me of my mother. The times that I did not love Mariah it was because she reminded me of my mother” (*Lucy*, p.58). “Mariah reminded me more and more of the parts of my mother that I loved” (*Lucy*, p.59).

Comparada con la evolución que tiene la relación de Annie John/Lucy con su madre, el vínculo con Mariah presenta un modelo de desarrollo más sano psíquicamente. Así, mientras en el caso de su relación con su madre biológica Annie John/Lucy transita de la simbiosis total al odio más profundo, en su relación con Mariah pasa de una situación en que el afecto se mezcla con la desconfianza y el cuestionamiento a otra de autonomía con respeto mutuo. De alguna manera, Mariah le permite a Lucy revivir una situación de amor similar a la infantil con un desenlace que le permite acceder a la madurez en forma menos dolorosa. A través de su relación con Mariah, el personaje de Lucy se va construyendo nuevamente. Un capítulo entero de la novela, titulado ‘Mariah’, está destinado a presentar las observaciones de Lucy con respecto a este personaje. Su profundo interés por los procesos que llevan a los sujetos a constituirse como tales, se expresa a través de sus continuas preguntas con respecto a la mujer para la que trabaja. Como señala Covi (2003), la pregunta “How does a person get to be that way? –en relación a sus observaciones de los distintos personajes que va conociendo- aparece como un persistente refrán en *Lucy*. Sobre todo en el caso de la relación que establece con Mariah, estas interrogantes muestran cómo Lucy posiciona su identidad en términos relacionales. Por otro lado, revelan también la ambivalencia de Lucy hacia la relación afectiva que va construyendo con su empleadora. Lucy ve en la belleza, confianza y desenvoltura de Mariah los rasgos inequívocos de quien a lo largo de su vida ha recibido todo lo que quería. Es por ello que constantemente la cuestiona, tratando de mostrarle la situación de privilegio excepcional en la que vive. En su afán por mostrarle que el

mundo es mucho más duro y complejo de lo que ella crea, Lucy llega a ser abiertamente agresiva con Mariah. Por la forma en que son narradas, es fácil percibir que estas agresiones son muy similares a las que le dirigía a su madre mientras vivía con ella.

En el primer momento de su relación con Mariah, Lucy busca permanentemente definirse en contra de todas las cualidades positivas que ve en ese personaje. A un nivel más consciente esto es justificado por la aguda conciencia de Lucy con respecto a lo que considera como la ceguera de Mariah frente a las injusticias del mundo. Más profundamente, sin embargo, su rechazo a Mariah está relacionado con el temor que tiene de quererla y de perder su independencia en esta nueva relación que tanto le recuerda a la de su madre. Del poder de su madre siente que se puede proteger gracias al mar que las separa y a que no abre ninguna de las cartas que su madre le envía (“I knew that if I read only one, I would die from longing for her” *Lucy*, p. 91). Frente a Mariah se siente más indefensa, de tal manera que se esfuerza por erigir barreras para conjurar su cercanía.

En general, en el marco de las relaciones que establece en su primer año en Estados Unidos, Lucy se siente más amenazada por quienes son amables y acogedores con ella que por los que la tratan en forma hostil. A diferencia de lo que ocurre con otras protagonistas de novelas analizadas para esta tesis y otros trabajos, Lucy no es objeto de tratos abiertamente racistas ni discriminatorios. Esto probablemente se debe a que llega a vivir en una familia culta, liberal y progresista y a que, en general, se desenvuelve en lo que se podría llamar como un medio de blancos alternativos. Los pocos casos en que es tratada con indiferencia o cierto menosprecio por su situación social y racial, sólo provocan un cierto fastidio en la protagonista pero no llegan a afectarla realmente¹⁰⁴. Lo que sí la preocupa, como decía anteriormente, es sentir que quienes son amables y generosos con ella en realidad lo hacen por que buscan ser reflejados narcisísticamente

¹⁰⁴ Esto no significa que Kincaid no tenga una aguda conciencia del racismo de la sociedad norteamericana, al cual se ha referido críticamente en muchas de sus contribuciones periodísticas. Ver, por ejemplo, su artículo “The Little Revenge from the Periphery.”

por ella. Este es el caso por ejemplo de la relación amorosa que Lucy mantiene con Paul, un artista mayor que ella. Para ella Paul es alguien que “loved ruins; he loved the past but only if it had ended on a sad note, from a lofty beginning to a gradual, rotten decline; he loved things that came from far away and had a mysterious history” (*Lucy*, p.156). Ella es parte de esas cosas lejanas y exóticas que Paul se dedica a coleccionar. Si bien esto no la molesta mayormente, ya que no está ni desea estar enamorada, es consciente de la tendencia de su nuevo entorno social y afectivo a tratarla como un objeto exótico con el cual puede ser conveniente adornarse.

A lo largo de su obra Kincaid muestra cómo los que están en el poder buscan convertir a los demás en proyecciones suyas, en sus reflejos pasivos. Esto ocurre tanto con respecto al poder que ejercen las metrópolis sobre los sujetos coloniales, como en las relaciones personales en que una persona busca dominar a la otra. Y la relación de mayor dominio y dependencia no puede ser sino la que une a una niña a su madre. En un primer momento, Lucy cree reconocer en Mariah el mismo afán de su madre por someter a quienes ama:

Mariah wanted all of us, the children and me, to see things the way she did. (...) The children were happy to see things her way. They would have had to be four small versions of myself not to fall at her feet in adoration. But I already had a mother who loved me, and I had come to see her love as a burden and had come to view with horror the sense of self-satisfaction it gave my mother to hear other people comment on her great love for me. I had come to feel that my mother's love for me was designed solely to make me into an echo of her; and I didn't know why, but I felt that I would rather be dead than become just an echo of someone. That was not a figure of speech. Those thoughts would have come as a complete surprise to my mother, for in her life she had found that her ways were the best ways to have, and she would have been mystified as to how someone who came from inside her would want to be anyone different from her (*Lucy*, p. 37).

Esta cita muestra el carácter narcisista de la madre de Lucy (incluso llama la atención la coincidencia de Alice Miller y la narradora de *Lucy* al describir ese tipo de personalidad como la de alguien que busca convertir al hijo o la hija en un eco de su yo. Ver cita más arriba). Si bien en un primer momento Lucy cree reconocer los mismos rasgos de su madre en Mariah, la convivencia con ella le va demostrando que existen importantes diferencias entre ambas mujeres. A diferencia de la madre de Lucy, Mariah se muestra capaz de respetar deseos y necesidades ajenas aunque no se correspondan con lo que ella esperaría o considera mejor. Así, si bien en un principio no le gusta la amistad que Lucy entabla con Peggy -una chica norteamericana de origen irlandés que tiene un rechazo adolescente por todo lo que sea la familia y el mundo de los adultos- Mariah termina por aceptarla en la medida que le hace bien a Lucy: “I guess you like Peggy a lot, and, you know, you really should have a friend’. This was a way in which Mariah was superior to my mother, for my mother would never come to see that perhaps my needs were more important than her wishes” (*Lucy*, p.64).

Además de observar en Mariah actitudes que claramente la diferencian de su madre (haciéndola mejor), Lucy va a ser testigo de profundos cambios en la vida de Mariah, los cuales harán que ya no la vea como la mujer de vida perfecta, privilegiada e intocada por problemas. A lo largo de ese año la relación aparentemente perfecta de Mariah con su marido llega a su fin debido a que éste se enamora de Dinah, la mejor amiga de su mujer. Mariah queda entonces sola con las cuatro niñas y Lucy la ve cada vez más como una mujer a la que puede querer sin sentirse amenazada. Y si bien Mariah en un principio reacciona mal cuando Lucy le dice que se va a ir de su casa porque quiere vivir con Peggy y tener otro empleo, Lucy sabe que es un enojo pasajero y que la amistad perdurará. Finalmente, Mariah la ayuda regalándole cosas para su nuevo departamento y le expresa su afecto cuando se vuelven a encontrar.

El lazo que Lucy mantiene en la distancia con su madre a lo largo de su primer año de estadía en Nueva York tiene una evolución opuesta a la que tiene su relación con Mariah. Mientras con su empleadora pasa de sentirse avasallada y amenazada a desarrollar una relación de confianza e intimidad, con la madre va a pasar de una sensación de triunfo por sentir que logra mantenerse a salvo de su poder –por ejemplo al decidir no abrir sus cartas- a reconocer que por más que intente expulsarla su madre siempre vivirá con y en ella. Ella misma se lo había advertido al final de *Annie John*, en términos muy similares a lo que recordará luego como Lucy: “It doesn’t matter what you do or where you go, I’ll always be your mother and this will always be your home” (*Annie John*, p. 147). Pese a que confía en que podrá mantener alejada a su madre no abriendo sus cartas ni escribiéndole, la muerte del padre en la isla instala una nueva situación que derrumba las precarias fortalezas defensivas erigidas por Lucy. Al no obtener respuesta de Lucy frente a la desaparición paterna, la madre le pide a una prima que también vive en Nueva York que vaya a visitar y a comunicar la noticia a su hija. Esta prima representa todo aquello que la madre intentó inculcarle a su hija en términos de feminidad, autocontrol y obediencia y fue siempre considerada por Lucy como una hipócrita insoportable. Su presencia en el departamento newyorkino con la noticia de la muerte del padre constituye un golpe muy duro para la protagonista, quien teme sucumbir frente a la lectura de la carta de su madre y su petición de que regresara a su lado. Para defenderse de la nostalgia que la embarga le escribe a su progenitora una carta muy dura y cortante y, cuando se muda, decide no dejar señas de su nueva dirección. Es tal la incapacidad de Lucy para procesar y elaborar la relación con su madre que sólo parece poder sentirse a salvo interponiendo entre ambas distancias y obstáculos físicos que sólo en apariencia son infranqueables. Porque tal como reconoce Sophie Caco al final de *Breath, Eyes, Memory*, en el fondo Lucy también sabe que “I was not like my mother –I was my mother” (*Lucy*, p.90). La gran diferencia entre la evolución de las relaciones que Lucy establece con su madre y Mariah -y la más positiva proyección de esta última- muestra cuán fuertemente nos marcan como sujetos las primeras relaciones afectivas, en especial la que nos une a la madre. Si bien en las

relaciones adultas también reproducimos los patrones aprendidos en los vínculos primarios y los temores y deseos inconfesos que conservamos desde entonces, la evolución de la relación entre Lucy y Mariah podría estar mostrando la posibilidad de una sanación relativa a través del establecimiento de una relación similar pero distinta a la del primer apego (que es en lo que se funda la idea de que la cura psicoanalítica se produce a través de la transferencia).

3. En defensa de la singularidad

Lucy logra tener con Mariah niveles de complicidad e intimidad que nunca pudo tener con su madre. Es a través de una conversación que sostiene con Mariah, que nos enteramos del motivo más profundo de la rabia que siente Lucy contra su progenitora. Lucy había sido hija única hasta los nueve años; en ese momento, y en el lapso de cinco años, su madre tuvo tres hijos varones. Más allá del hecho de ser destronada como hija única, lo que verdaderamente resiente Lucy es la diferencia de trato que reciben sus hermanos y ella, la profunda distancia entre las proyecciones de sus padres sobre el futuro de sus hijos varones y el de su única hija mujer. Mientras imaginan con orgullo que sus hijos irán a Inglaterra a estudiar leyes o medicina para luego ocupar posiciones importantes e influyentes en la sociedad, para Lucy, que ya ha demostrado ser una alumna brillante, no esperan sino una vida como enfermera:

I did not mind my father saying these things about his sons, his own kind, and leaving me out. My father did not know me at all; I did not expect him to imagine a life for me filled with excitement and triumph. But my mother knew me well, as well as she knew herself: I, at the time, even thought of us as identical; and whenever I saw her eyes fill up with tears at the thought of how proud she would be at some deed her sons had accomplished, I felt a sword go through my heart, for there was no accompanying scenario in which she saw me, her only identical offspring, in a remotely similar situation. To myself I then began to call her Mrs. Judas, and I began to plan

a separation from her that even then I suspected would never be complete
(*Lucy*, pp.130-131).

Estas diferencias en el trato de la madre hacia su hija mujer y sus hijos varones muestran de qué manera las madres contribuyen a la reproducción de un sistema patriarcal de distribución de roles en función del género. Asimismo, refrendan las observaciones de Nancy Chodorow con respecto a que las madres tienden a estimular la autonomía y el éxito social de sus hijos varones, mientras procuran mantener a su lado a sus hijas. Los esfuerzos de Mariah por consolar a Lucy explicándole su situación a través de referencias a teorías e ideologías abstractas, tropiezan con el rechazo de la protagonista. A través del relato de las condiciones de vida de “women in society, women in history, women in culture, women everywhere” (*Lucy*, p.131), Mariah intentó rescatar a Lucy de la desazón en que la tenían sumida sus recuerdos infantiles. Para reforzar sus palabras le dio un libro sobre la situación de las mujeres. Pero Lucy se rebeló contra ese esfuerzo por ver su historia particular como un caso más de opresión contra las mujeres: “My life could not really be explained by this thick book that made my hands hurt as I tried to keep it open. My life was at once something more simple and more complicated than that: for ten of my twenty years, half of my life, I had been mourning the end of a love affair, perhaps the only true love in my whole life I would ever know” (*Lucy*, p.131).

La reacción de la narradora en *Lucy* contra la lectura del relato de su infancia como un caso más de fenómenos psico- y sociológicos más generales es válida también como advertencia para quienes, en el papel de críticos o estudiosos de la literatura, nos acercamos al texto que narra su vida. No en vano su relato se preocupa por resaltar los esfuerzos de Lucy por construirse una identidad que no esté predeterminada o sometida a lo que se espera de ella en función de su género, raza, origen nacional o social. Todo lo que puedan ser roles impuestos e introyectados le genera una gran desconfianza y rechazo. Es por ello que pese a que Lucy muchas veces busca hacerse una imagen de sí

misma analizando las relaciones que establece con los demás, finalmente llega a la conclusión de que esta imagen sólo puede ser auténtica si se construye a partir de un recorrido solitario. En concordancia, al final de su historia Lucy ha roto o está por romper prácticamente todos los lazos construidos a lo largo de su primer año en Estados Unidos.

La defensa de la individualidad y el carácter único que esgrime Lucy contra los intentos generalizadores de Mariah, puede ser puesta en relación con el impulso que lleva a Edwidge Danticat a incluir, en la segunda edición de *Breath, Eyes, Memory*, una carta dirigida a la protagonista de su novela: Sophie Caco. En el análisis de esta novela de Danticat, presentado en el capítulo anterior de esta tesis, busqué mostrar las tensiones que pueden generarse entre los contenidos de una cultura dada y la construcción de una identidad personal al interior de ésta. Este tipo de tensiones también puede estar presente en la relación entre la interpretación de una obra literaria como un hecho singular y la pretensión de establecerla como alegórica o representativa de una generalidad más amplia. Es decir, la obra particular producida al interior de un contexto cultural dado (o de diversos contextos culturales) se construye ciertamente a partir de los materiales que éste pone a su disposición, pero no tiene por qué ser leída como una representación mimética de la totalidad de una cultura. Es en este sentido que debe ser leída la carta que Edwidge Danticat le dirige a Sophie Caco. Esta carta aparece como un epílogo a la historia de Sophie y su inclusión persigue una clara finalidad: la de explicar (“Tired of protesting, I feel I must explain”, *Breath, Eyes, Memory*, p.236) a la crítica y los lectores que han querido ver en Sophie un personaje representativo de todas las niñas y mujeres haitianas, que se trata de una historia individual, que no aspira a tener un carácter paradigmático ni mucho menos alegórico:

I have always taken for granted that this story which is yours, and only yours, would always be read as such. But some of the voices that come back to me, to you, to these hills, respond with a different kind of understanding

than I had hoped. And so I write this to you now, Sophie, as I write it to myself, *praying that the singularity of your experience be allowed to exist, along with your own peculiarities, inconsistencies, your own voice* (*Breath, Eyes, Memory*, p.236, cursivas mías).

Danticat responde de esta manera a las lecturas de su obra que, como buena parte de los análisis dedicados a la producción literaria del “tercer mundo” o de los escritores “étnicos” que habitan en Estados Unidos, la ubican en el casillero de representativas de una cultura, de una experiencia nacional o, en el caso de las mujeres, de las problemáticas de género en un contexto tradicional. Ya sea que se la alabe por su capacidad de dar vida narrativamente a la experiencia ‘haitiana’ o se la critique por presentar costumbres haitianas retrógradas que perjudican la imagen de sus compatriotas en Estados Unidos (crítica esgrimida principalmente por estos últimos), Danticat considera que “it would be disrespectful of me to reduce the expresión of an entire culture to my voice” (Entrevista a Danticat, en www.readinggroupguides.com). La autora considera su cultura de origen tan rica, fuerte, orgullosa y diversa que no puede ni siquiera aspirar a representarla entera. Por lo demás, reclama el derecho de dar vida a una historia particular, singular, que exprese muchas de sus propias vivencias, recuerdos y fantasías, a través de un proceso de escritura que es descrito como un viaje de sanación que Danticat y su protagonista han recorrido juntas: “And I write this note to you, thanking you for the journey of healing –from here and back- that you and I have been through together” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 236).

Las industrias editoriales norteamericanas -que desde los años 80 están publicando cada vez más obras de mujeres, negros y otros miembros de grupos minoritarios de Estados Unidos- juegan un rol importante en la orientación de las lecturas de los textos que publicitan y mercantilizan. Así, los textos de autores provenientes de comunidades o grupos minoritarios suelen ser presentados precisamente como representativos de la ‘experiencia’ (como si fuera una sola, homogénea y compacta) de vida en ese contexto particular. Desde la tapa y la contratapa –desde el diseño gráfico hasta la selección de

comentarios críticos destacados- se realza el carácter exótico y “diferente” de la obra presentada. Esto parece actuar como gancho tanto para el público masivo norteamericano, que espera poder acceder así a mundos y vivencias diversas y exóticas, como para los miembros de las comunidades minoritarias, que sienten que finalmente pueden encontrar en la literatura personajes y situaciones con las cuales identificarse directamente. El hecho de que el autor o la autora provengan de un medio o de experiencias similares a las suyas, refuerza este potencial de identificación.

Dentro del ámbito académico norteamericano también es posible reconocer el predominio de lecturas críticas de textos del “tercer mundo” o del “mundo postcolonial” (ambos conceptos singularmente gruesos, que homogenizan territorios e historias muy diversas) como representativos de las experiencias –principalmente nacionales- de las culturas de origen de sus autores. Probablemente el texto que más ha influido en la configuración de esta tendencia crítica es el que publicara Fredric Jameson en 1986 en *Social Text*, titulado “Third-World Literature in the Era of Multinacional Capitalism” (ver Vega, 2003). La hipótesis central de este artículo es que todos los textos producidos en el tercer mundo deben ser leídos como alegorías nacionales; la vida privada de los personajes de estas narrativas es siempre representativa de la vida nacional, de la historia social y política de su nación. A partir de Jameson, muchos otros críticos se han esforzado (aún cuando según Jameson no sea necesario hacer ningún esfuerzo especial para reconocer la centralidad de la representación nacional, ya que “las alegorías del tercer mundo son conscientes y explícitas”) por leer las obras provenientes de los diversos territorios o autores tercermundistas como expresiones de experiencias nacionales.

Este es, a grandes rasgos, el contexto en que se produce la recepción de la obra de Danticat, quien tanto en entrevistas como en la carta que le dirige a su protagonista desmiente que sus personajes y las situaciones narradas aspiren a ser representativas de la realidad de su país de origen. Es también el contexto en el cual la narradora de Lucy

reclama contra una lectura sociologizante de su historia personal. Si bien no se trata de volver a una interpretación de textos sustentada sobre las intenciones manifiestas de sus autores –que pueden tener poco a nada que ver con sus móviles inconscientes y con el producto que finalmente entregan a sus lectores- sí me parece importar prestar oído a la protesta de Danticat frente a la lectura predominante de la que ha sido objeto su primera novela, no muy distinta a la que han recibido muchos otros textos catalogados como étnicos. La autora no está negando aquí las interpretaciones que puedan surgir de distintas lecturas internas del texto -los análisis que puedan hacerse de la trama, de los personajes, de las situaciones, el espacio, la cronología, etc.-, sino que cuestiona el estatus emblemático que se le pretende asignar, a la vez que defiende su derecho a escribir una historia particular, singular.

Creo que es importante prestar oídos a la protesta de Danticat y a la que formula Kincaid, de forma indirecta en *Lucy* y más explícitamente en otras instancias. Ésta nos sitúa frente al importante desafío de no dejar que el texto particular se desdibuje ante el esfuerzo por ofrecer una lectura que tome en cuenta tanto el contexto de producción como el lugar de enunciación del autor o la autora. No se trata de que no se pueda buscar en los textos la expresión de determinadas experiencias, ni de que no sea posible, y también necesario, establecer categorías más abstractas para el acercamiento a la producción artística en general y literaria en particular. Lo importante es que las categorías se establezcan a partir del acercamiento a las obras particulares y no que éstas sean interpretadas en función de expectativas apriorísticas. Es más fácil decir esto que ponerlo en práctica: naturalmente que la lectura se produce, como diría Jauss, en el marco de un determinado ‘horizonte de expectativas’ que orienta lo que vemos y lo que dejamos de ver, lo que esperamos encontrar y lo que no somos capaces de reconocer.

4. De la construcción del sí mismo y la importancia del nombrar

Men with names never truly die. It is only the nameless and faceless who vanish like smoke into the early morning air.

Edwidge Danticat

Hemos visto que la segunda novela de Kincaid termina en el mes de enero, exactamente un año después del arribo de la protagonista a Nueva York. En el último capítulo, titulado “Lucy”, la narradora-protagonista se encuentra viviendo en un departamento que comparte con su amiga Peggy, de la que se ha ido distanciando progresivamente. Ha dejado también a Mariah y las niñas que cuidaba y está a punto de romper su relación con Paul (de quien sospecha, sin que le importe mucho, que está saliendo con Peggy). Se encuentra así, en un estado de soledad similar al que conoció cuando llegó a Nueva York. Sin embargo, ahora tiene muchas más cosas que cuando llegó, siendo los más importantes su cámara fotográfica, los negativos de las fotos que ha tomado y los libros que ha logrado atesorar. Y tiene, sobre todo, mayor confianza de poder tener su persona y su vida en sus manos. Lucy termina el relato de su vida sintiendo que si bien en apariencia no ha cambiado, en el fondo está en proceso de conversión en una persona muy distinta:

(...) the things I could not see about myself, the things I could not put my hands on –those things had changed, and I did not yet know them well. *I understood that I was inventing myself*, and that I was doing this more in the way of a painter than in the way of a scientist. I could not count on precision or calculation; I could only count on intuition. I did not have anything exactly in mind, but when the picture was complete I would know. I did not have position, I did not have money at my disposal. I had memory, I had anger, I had despair (*Lucy*, p.134, énfasis mío).

Lucy ha emprendido así un camino en el que destaca la importancia de la creatividad, sobre todo en lo que respecta a la construcción de su persona. Además ha tomado cursos de fotografía y consigue trabajo como ayudante de un fotógrafo. El interés que manifiesta por el arte y la creación a lo largo de la novela, así como el relativamente logrado acceso a una situación de independencia económica y artística, permiten considerar *Lucy* como un *Künstlerroman* autobiográfico. Como señala Diane Simmons, el carácter autobiográfico de la ficción de Kincaid resulta evidente aún cuando ninguna de sus obras sea presentada explícitamente como una autobiografía:

While none of Kincaid's fiction is formally described as autobiographical, it seems clear that her three fictional Works, when compared with stories Kincaid has told of herself in her journalism and interviews, are based on the personal odyssey of a girl who began life as Elaine Potter Richardson in 1949 on the tiny island of Antigua, a girl who adored her tall, intelligent Dominican mother but who somehow lost that mother's love, a girl who left the Caribbean to work as an au pair for an American family, and who, nurtured by the anonymity and freedom of New York City in the 1970s, reinvented herself as the writer Jamaica Kincaid (Simmons, 1994, p.5).

El término “reinvención” con que Diane Simmons se refiere a la transformación de Elaine Potter Richardson en Jamaica Kincaid resuena en la expresión de Lucy “I was inventing myself”, incluida en la cita precedente. Como hemos visto, para la protagonista de la segunda novela de Kincaid la independencia y el aislamiento constituyen condiciones indispensables para poder construirse a sí misma sin correr el riesgo de estar adaptándose a un rol o actuando como reflejo de los que la rodean. En varios puntos de su relato la narradora expresa el temor que siente frente al amor y a las relaciones íntimas, las cuales son percibidas como amenazas a la integridad de su yo. Teme, en el fondo, volver a pasar por lo que sufrió con la pérdida del amor de su madre, por el cual afirma estar de duelo desde hace diez años.

El último párrafo de *Lucy* muestra cómo, pese a todos sus esfuerzos de prescindencia y autonomía, la protagonista añora un estado de fusión al que piensa que sólo un gran amor la podría restituir. Añora, sobre todo, el tipo de amor que la unió a su madre, en lo que es descrito en términos de un vínculo preedípico. Por eso, estando sola en su nuevo cuarto, teniendo en las manos un cuaderno que le regaló Mariah, Lucy escribió primero su nombre y luego solo esto: “‘I wish I could love someone so much that I would die from it.’ And then as I looked at this sentence a great wave of shame came over me and I wept and wept so much that the tears fell on the page and cause all the words to become one great big blur” (*Lucy*, p.164).

Este último “big blur” de la escritura en gestación de Lucy ha sido objeto de diversas interpretaciones críticas. Para Helen Tiffin, la frase de Lucy sobre su deseo de volver a amar intensamente “indicates a persisting enthrallment to a written cliché.” (Tiffin, citada por Edmonson, 1999 p.83). Con esta frase que inicia el relato de su vida, Lucy estaría reproduciendo lo ya escrito, por lo que estaría siendo incapaz de ser realmente creativa y original. Lo que de alguna manera la salva de este acto de obediencia autorial, son las lágrimas que brotan de su cuerpo. La escritura convencional es borrada por las lágrimas; su inscripción dentro de la tradición literaria a la que fue introducida en su condición de niña colonial y dentro del pensamiento feminista blanco con el que busca familiarizarla Mariah, es resistida gracias a la rebelión del cuerpo. Para Tiffin esto constituye un verdadero acto de resistencia contra la colonización por el discurso imperialista y feminista blanco. Esta lectura de Tiffin es un buen ejemplo de la tendencia de la crítica postcolonial a elevar a la categoría de actos resistentes lo que, visto de otra manera, aparece como una condena a la inacción o al silencio. Como se pregunta Edmonson:

If Lucy’s body is the locus of black, Caribbean female resistance to colonialist/white feminist cooptation, then what does this mean for her *writing* as an oppositional strategy? Is writing for the Caribbean woman

writer then always a form of ‘scriptorial obedience’, a rewriting of already-written narratives –a *treason* to the body’s reality? Is the ultimate authentic narrative for the Caribbean woman writer no narrative at all? (Edmonson, 1999, p.83).

La misma existencia de la novela en la que la narradora protagonista reconstruye su primer año de vida en Estados Unidos –al final del cual se ubica la escena de la escritura borrada por las lágrimas- permite cuestionar la lectura de Tiffin. El relato de la vida de Lucy constituye una indagación en torno a las posibilidades de constituir una subjetividad femenina caribeña que logre liberarse de la dominación materna y colonial. El hecho de escribir constituye en este caso el más importante acto de resistencia, ya que implica pasar de ser objeto de representación de las voces autorizadas a sujeto en busca de un lenguaje con el cual construirse. Se trata de una escritura, además, en la que el cuerpo nunca deja de estar presente. Lucy tiene una relación muy sensorial con el medio que la rodea y con las personas a las que conoce: los olores son importantes, los sabores están siempre presentes; las emociones más físicas y las reflexiones intelectuales no discurren por cauces separados sino que están integradas y se sustentan mutuamente. Acá el cuerpo y la palabra aparecen como portadores igualmente autorizados de una experiencia que se va interpretando y construyendo a medida que se traduce en una narrativa personal.

Creo entonces que la frase final de *Lucy*, más que al borramiento de la escritura y a la resistencia del cuerpo a la perpetuación de una tradición ajena, muestra una vez más la aguda conciencia de la narradora-protagonista con respecto al carácter internamente contradictorio de las experiencias y los sentimientos (a raíz de uno de sus recuerdos ambivalentes con respecto a su madre, la narradora se pregunta, “isn’t it so that love and hate exist side by side? *Lucy*, p.20). En ese momento Lucy aparentemente ha logrado alcanzar la independencia y solidez afectiva que le permiten explorar en sí misma y proyectar un futuro en forma autónoma. Sin embargo, la falta que la moviliza en esa búsqueda seguirá siendo siempre parte de ella. En términos lacanianos esta falta –en

torno a la cual nos constituimos como sujetos- es producida por la pérdida original del vínculo con la madre. Las lágrimas de Lucy borran y difuminan los trazos de su escritura tal como el amor que ella añora borraba los límites de su yo, permitiéndole una fusión acogedora con el cuerpo de su madre.

Lo que probablemente vincula en forma más directa al cuerpo con la palabra es el nombre propio. A lo largo de su obra, Kincaid muestra una clara preocupación por la relación entre el nombre y la posesión, tanto la impuesta desde fuera en forma de dominio colonizador, como la más positiva de poder apropiarse uno mismo del nombre que lo identifica. Las dos primeras novelas de Kincaid, *Annie John* y *Lucy* finalizan con la protagonista reencontrándose con y reapropiándose de su nombre. En la primera novela de Kincaid, la narradora-protagonista amanece en su última mañana en Antigua recitando para sí misma las palabras “My name is Annie John...” (*Annie John*, p.130). Esta es la primera vez que se menciona el nombre de la protagonista, quien se rebela así contra la costumbre de sus padres de llamarla ‘little miss’, con lo que se siente reducida a una condición de inmadurez cada vez más insoportable. Del mismo modo, el nombre de la protagonista en *Lucy* sólo es mencionado en el último capítulo del libro. A partir de la revisión de unos documentos oficiales en su nuevo departamento, Lucy piensa que estos “showed everything about me, and yet they showed nothing about me” (*Lucy*, p.149). Se detiene entonces a mirar su nombre y pensar lo que éste significa. “These documents all said that my name was Lucy –Lucy Josephine Potter” (*Lucy*, p. 149). Cada uno de estos nombres que componen la identidad oficial de la protagonista tiene un origen particular y en un principio todos ellos le desagradan. Josephine fue elegido por los padres pensando que así lograrían obtener para Lucy algo de la herencia de un tío rico llamado Mr. Joseph. Sin embargo, el tío perdió su fortuna y murió sin dejar nada a nadie. El apellido, Potter, el mismo de la autora antes de adoptar su seudónimo, “must have come from the Englishman who owned my ancestors when they were slaves; no one really knew, and I could hardly blame them for not caring to find out.” (*Lucy*, p. 149). Lucy es el único nombre que no la conecta ni con su clase y familia como

Josephine, ni con su raza y nación como Potter. La narradora cuenta que al principio no le gustaba su nombre por que le parecía “slight, without substance” (*Lucy*, p.149). Sin embargo, después de reprocharle por enésima vez a su madre por haberle puesto ese nombre y no otro como Charlotte, Jane, Emily o Enid –los de las autoras de los libros que le gustaba leer- su mamá, fuera de sí, le responde irritada: “I named you after Satan himself. Lucy, short for Lucifer. What a botheration from the moment you were conceived” (*Lucy*, p.152). Esta respuesta de la madre, pensada como una agresión, es recibida como un triunfo por Lucy:

I went from feeling burdened and old and tired to feeling light, new, clean. I was transformed from failure to triumph. It was the moment I knew who I was. (...) Lucy, a girl’s name for Lucifer. That my mother would have found me devil-like did not surprise me, for I often thought of her as god-like, and are not the children of gods devils. I did not grow to like the name Lucy –I would have much preferred to be called Lucifer outright- but whenever I saw my name I always reached out to give it a strong embrace (*Lucy*, p.153).

Una vez más se retoma acá el tema del paraíso de amor que Lucy siente que ha perdido, así como la realidad de la caída y la falta. Sin embargo, la sensación de triunfo de Lucy proviene de la fuerza de oposición que ahora siente asociada a su nombre. Ya no es más una denominación que la debilita, sino una que le permite confrontar la autoridad casi divina de su madre y vivir en un mundo independiente al de ella. El texto muestra así como incluso un nombre impuesto desde fuera puede ser resignificado y reapropiado de tal manera de pasar de ser una marca de sumisión a una de empoderamiento. Por otra parte, la identificación con Lucifer no puede ser interpretada sino como un acto de rebeldía mayor. A lo largo de la obra de Kincaid es posible reconocer la tendencia a construir heroínas que desconfían de la bondad como rasgo deseable y que se esfuerzan por develar sus dimensiones hipócritas y sus imposiciones dominantes. En este sentido, los textos de Kincaid buscan subvertir lo que Sara Suleri considera como una de las trampas de la asociación del discurso postcolonial con lo femenino: “the coupling of

postcolonial with woman almost inevitably leads to the simplicities that underlie unthinking celebrations of oppression, elevating the racially female voice into a metaphor for the ‘good’” (Suleri, 1995, p. 273).

La posibilidad de resignificar el nombre que expresa el reencuentro de Lucy con el suyo, resulta de gran importancia para una región como la caribeña, que desde sus orígenes modernos se ha visto sometida a la imposición de nombres elegidos por las metrópolis europeas: Caribe, Antillas, Indias Occidentales, todas ellas son denominaciones surgidas del imaginario mítico europeo o de los errores de los descubridores (como la creencia de Colón de que había llegado a la India). Esta historia de imposición de nombres continúa y adquiere aún más gravedad si pensamos en la referencia que hace la narradora en *Lucy* al origen de su apellido Potter. Este, que es el apellido original de Kincaid, proviene probablemente –según nos dice la narradora- del inglés dueño de sus antecesores esclavos. Junto a todo lo demás, los africanos que llegaban esclavizados al “Nuevo Mundo” perdían también sus nombres y debían aceptar los que les imponían sus amos. No puede haber expresión más drástica de la pérdida de identidad que el verse arrebatado del nombre que te identifica y con él de la memoria de toda una genealogía. Es por eso que no resulta extraño que una de las primeras medidas tomadas por los esclavos que se liberaron en la antigua Saint Domingue en 1804 fuera la de devolverle a su isla el nombre con el que la conocían los taínos antes de la llegada de los españoles: Haití.

5. El debate sobre las identidades y *No Telephone to Heaven*

También en *No Telephone to Heaven* se presentan importantes reflexiones acerca de los nombres y los sentidos de los que son portadores. En el análisis de *Abeng* vimos cómo el nombre de la protagonista de estas dos novelas –Clare Savage- expresa los contradictorios mundos de los que proviene. El apodo con el que todos se dirigen a su padre –Boy- está en consonancia con la personalidad un tanto inmadura de su portador,

que se relaciona a su vez con lo que Fanon ha descrito como el estado de infantilismo en que es mantenido el colonizado. El nombre de la madre de Clare, por otra parte, coincide con el que Ana Frank le da a su diario, Kitty. Las referencias explícitas a la importancia que tiene la lectura de este diario en la vida de Clare, permiten afirmar que esta coincidencia no es casual, sino que constituye un elemento que resalta el rol que ha de jugar la figura materna en el desarrollo posterior de la protagonista de las primeras novelas de Cliff. Los nombres en *No Telephone to Heaven* muestran, además, la falta de conciencia histórica y de memoria de los jamaquinos que recurren a símbolos de un pasado colonial y esclavista como señuelos para atraer turistas.

En su segunda novela, Michelle Cliff continúa el relato de la vida de Clare Savage iniciado en *Abeng*. Con esta segunda parte de la historia de Clare, la autora profundiza y radicaliza algunos de los aspectos formales que caracterizaron y llamaron la atención en su primera novela. Asimismo, amplía las perspectivas desde las cuales explora los procesos de constitución identitaria en una sociedad tan compleja como la jamaquina, la que es sometida a una verdadera disección que aspira a descubrir y denunciar sus inequidades e injusticias. La novela muestra cómo pese a la recientemente ganada independencia de Inglaterra (en 1962), Jamaica está lejos de ser un país verdaderamente soberano. En la práctica se conserva la misma institucionalidad heredada de la época colonial (Jamaica es parte de la Commonwealth y su jefa de estado es la reina Isabel II) y la sociedad sigue estando escindida entre unos pocos blancos y mulatos con poder económico y político y una gran masa de descendientes de esclavos africanos que viven en condiciones de pobreza extrema. La historia narrada en *No Telephone to Heaven* transcurre en los años del gobierno de Michael Manley (1972-1980)¹⁰⁵, socialista que inició su carrera política como dirigente sindical de los trabajadores de la caña y durante su gobierno buscó profundizar la democracia y mejorar las condiciones de vida de los

¹⁰⁵ Michael Manley (1924-1997) fue hijo de Norman Manley, quien fundó el People's National Party, partido socialista del cual fue presidente durante 31 años. En 1955 se convirtió en primer ministro de Jamaica, posición desde la cual impulsó el sufragio adulto universal, la conformación de la Federación de las Indias Occidentales y, finalmente, negoció la independencia de Jamaica (el 6 de agosto de 1962).

jamaíquinos. La política progresista de Manley –estableció relaciones cercanas con Cuba, nacionalizó algunos sectores de la industria nacional y denunció abiertamente el imperialismo británico- lo condenó a una abierta hostilidad de parte de la élite adinerada de su país y del gobierno norteamericano. Este es el trasfondo de las historias narradas en la novela de Cliff, muchas de las cuales están marcadas por una abierta hostilidad y expresiones de violencia que enfrentan a los miembros de distintas clases sociales.

Si bien sólo una vez se hace referencia al gobierno de Manley en *No Telephone to Heaven*, las fuertes críticas de la narradora con respecto al imperialismo norteamericano son especialmente comprensibles en el contexto de las intervenciones de Washington para frenar los proyectos reformistas de este gobierno. El programa de Manley claramente entorpecía el control político y económico que Estados Unidos busca ejercer en la región desde fines del siglo XIX. En su novela, Cliff muestra cómo en Jamaica este control significa no sólo la explotación económica por capitales extranjeros de las riquezas de la isla, sino también su colonización simbólica por parte de industrias culturales abocadas a convertir a Jamaica en un escenario para la proyección de las fantasías exotizantes del primer mundo.

Esta visión de Jamaica como una nación que no logra integrarse y que enfrenta inmensas dificultades para consolidar un proyecto político propio, es construida en la novela de Cliff a partir de la yuxtaposición de distintas escenas y de la integración de textos de diversa procedencia. Si bien una primera lectura puede transmitir la impresión de que los distintos fragmentos que componen la novela no guardan mucha relación entre sí, un acercamiento más detenido permite reconocer que estos elementos existen en función de su interrelación, que son parte de una totalidad que se sostiene sobre sus conexiones. La estructura circular de la novela favorece la integración de los elementos que la componen más que su consideración como fragmentos aislados. Dentro de los marcos establecidos por la apertura y el cierre de esa estructura se desarrollan los diálogos e interrogantes más importantes a través de los cuales Clare va negociando su identidad,

tanto en relación a la figura materna, como con respecto a su situación al interior de la sociedad jamaicana. Como espero mostrar en mi análisis, estas dos líneas de interrogación se retroalimentan y enriquecen permanentemente, de tal manera que la protagonista va a ser capaz de elaborar su relación con su madre sólo en la medida que reconstituye su vínculo con su tierra materna. Del mismo modo, Clare sólo puede llegar a sentirse como parte de un colectivo con el que comparte ideales y proyectos a partir del reencuentro simbólico con su progenitora.

Al igual que en *Abeng*, en esta segunda novela de Cliff la vida de Clare es relatada por una narradora extra- y heterodiegética, que presenta en forma distanciada y muchas veces crítica los pensamientos y sentimientos de la protagonista. Además de la voz de la narradora, las dos primeras novelas de Cliff albergan en su interior otros textos – epígrafes que reproducen frases de autores caribeños como Aimée Césaire, cantos de la tradición afrocaribeña, proverbios jamaicanos, etc.; definiciones tomadas de diccionarios y enciclopedias; recortes de diarios; citas de textos de otros autores-; además de la historia de Clare, se recogen otras vidas, encuentran espacio otros personajes que en conjunto construyen una compleja sinfonía en la que convergen y a la vez divergen distintas perspectivas y lenguajes, casi siempre organizadas en torno a la realidad e historias de Jamaica.

Un cambio interesante que se puede observar entre *Abeng* y *No Telephone to Heaven*, y que muestra muy bien la señalada radicalización de las propuestas y búsquedas estéticas de Cliff en su segunda novela, se refiere al uso del lenguaje. En el segundo capítulo de esta tesis me referí a la forma en que en *Abeng* se presenta la situación de diglosia lingüística característica de la sociedad jamaicana. Mientras las clases sociales de más poder y prestigio hablan en inglés “oficial”, el inglés jamaicano o creol constituye el sociolecto hablado en los sectores populares –conformados en su inmensa mayoría por población negra. En su primera novela, Cliff muestra esta situación básicamente a partir de la creación de diálogos en los que se puede reconocer el origen sociocultural del

hablante a partir del lenguaje utilizado. La autora muestra cómo los miembros de los grupos hegemónicos por lo general pueden utilizar sin problemas ambas variantes del inglés y cómo la elección de uno u otro código está íntimamente asociado al establecimiento y consolidación de las jerarquías sociales. Sin embargo, Cliff muestra también que estas jerarquías no son absolutas y siempre existen y se mantienen en contextos históricamente determinados. Así, mientras en Jamaica el inglés hablado por Clare Savage y los otros miembros de su familia claramente los distingue como miembros de las clases con acceso a una educación privilegiada, en Estados Unidos pasarán a ser discriminados por el acento que diferencia su inglés del hablado por los norteamericanos.

Si la inclusión de diálogos en inglés jamaicano en *Abeng* podía ser considerada como un esfuerzo por representar literariamente el habla cotidiana de la mayor parte de los habitantes de la isla, en *No Telephone to Heaven* Michelle Cliff da un paso más allá. En esta novela la narradora alterna entre el uso del inglés jamaicano y el oficial sin que medie ninguna justificación aparente (como estar representando un habla particular, por ejemplo). El grado de coexistencia y mezcla entre ambas variantes es sumamente variable en *No Telephone to Heaven*, pudiendo ir desde la introducción de alguna palabra *creol* en medio de una frase en inglés oficial hasta la utilización, a lo largo de varias páginas, de la sintaxis y el vocabulario jamaicano. Este último es utilizado principalmente en aquellas situaciones en que la narración, si bien realizada en tercera persona, presenta un focalizador interno, es decir, ubicado al interior de los eventos narrados¹⁰⁶. Situar el foco al interior de la historia contribuye a generar una mayor empatía con lo narrado. En *No Telephone to Heaven*, la primera narración más larga en inglés jamaicano se da en un contexto en que la narradora oscila entre una posición extra- e intradieгética, la focalización es predominantemente interna y se hace referencia

¹⁰⁶ El término focalización es de Genette y hace referencia a la perspectiva o punto de vista desde la cual se presenta una historia. Es importante distinguir entre el narrador –el que verbaliza la historia- y el focalizador- el que proporciona el prisma a través del cual esta historia es narrada (ver Rimmon-Kenan, 1989).

a un aspecto central del texto: la reflexión en torno al nombre del camión que lleva a un grupo de jamaíquinos, reunidos para luchar por un sueño común, hacia la cumbre de una montaña. El nombre de este camión es “No Telephone to Heaven”, frase que parece expresar singularmente las historias de vida y las desesperanzas de sus ocupantes:

NO TELEPHONE TO HEAVEN. No voice to God. A waste to try. Cut off.
No way of reaching out or up. Maybe only one way. Not God’s way. Not
matter if him is Jesus or him is Jah. Him not gwan like dis one lickle bit.
NO TELEPHONE TO HEAVEN.

The motto suited them. Their people. The place of their people’s labor. So
lickle movement in this place. From this place. Then only back and forth,
back and forth, over and again, over and again –for centuries (*No
Telephone...*, p. 16).

Maybe the line it is engaged and God can’t bodder wid de likes of we. God
nuh mus’ be Hinglish. But we did ‘ear once dat Jesis-him did ‘ave bad ‘air.
Mus’ be one joke ‘pon we.

Sucking their teeth. Throwing words at the moon. Per’aps the line to heaven
is one party line. No telling who will answer or who will listening in.
Taking down our names. How long mus’ we wait to get t’rough? We have
been rollaly deceived. Who God like? NO TELEPHONE TO HEAVEN (*No
Telephone...*, p.17).

Esta suerte de letanía en torno a la frase escrita en el camión –la que da el título a la novela- se repite a lo largo de cinco páginas. La narradora va explorando así en las diversas facetas de la vida de los jamaíquinos humildes que los llevan a sentir que no hay una “línea directa al cielo”. Estas experiencias son las que llevan al grupo que va ascendiendo la montaña en el camión a perpetrar el ataque de cuya naturaleza el lector no se entera sino hasta el final de la novela, en que se retoma el punto de partida de la narración. Además de la pobreza, el trabajo duro, los problemas de salud y la falta de

acceso a una educación formal, esta gente sufre la constante exposición a la humillación y el desprecio de los miembros de las clases dominantes.

Las sociedades coloniales y neocoloniales representadas en la obra de Kincaid y Cliff se caracterizan por la construcción y perpetuación de mecanismos explícitos y también sutiles de consolidación de relaciones de dominación y subordinación. Las autoras muestran cómo en estos mundos resulta muy difícil escapar a una forma de estructuración social que tiene reservado un lugar fijo para cada individuo. Además, sus novelas coinciden en el esfuerzo por mostrar lo difícil que resulta para quienes están en posiciones de privilegio el comprender realmente la situación de los subordinados. Aún cuando este privilegio sea sólo relativo, aún cuando la persona realmente sienta que es sensible y puede comprender a los demás, una verdadera comprensión requiere de una claridad y lucidez muy difíciles de alcanzar. Todo esto es ejemplarmente ilustrado por un episodio de *Abeng* en el que Clare trata de inhumanas a dos compañeras de colegio más oscuras que ella que insultan a una mujer negra y pobre que se acerca a preguntarles la hora. Para tratar de enmendar la situación Clare se acerca a la mujer, le dice la hora y le entrega una propina. Si bien lo habitual sería interpretar la actitud de Clare como expresión de un carácter más justo y sensible, la narradora se preocupa de mostrar cuánto de incomprensión hacia la realidad de su sociedad hay en la actitud de la protagonista:

Clare did not understand enough about her world and her place in it to question why the old lady had approached the other girls and not herself. Nor could she begin to understand why the two dark girls had responded as they had. That old lady, in her ragged clothes and mashed-down shoes, was only a sad person –a sufferer- to her. Clare could not be expected to identify with the old lady or her darkness, her poverty or her position of sufferer. She did not think that it was different for her classmates –that they hoped to pass or were being trained to pass beyond the suffering and the expectation of their oneness with this state of being and to make a separation for

themselves. “A better life.” Again- she did not analyse; she observed. And after that she made her judgement” (*Abeng*, p.78).

Esta crítica observación de la narradora en *Abeng* podría perfectamente haber sido realizada por Lucy con respecto a Mariah. Tanto Clare, que pasa por blanca y por lo tanto asume automáticamente un lugar privilegiado en la sociedad jamaicana, como la rica, blanca y feliz Mariah, pueden ser sensibles, buenas y generosas sin que eso represente una verdadera comprensión de cómo funcionan las estructuras de poder y de privilegio de las que ellas inevitablemente también son parte. Así como Clare no entiende que sus compañeras tienen que defenderse permanentemente ante la posibilidad de ser identificadas o hasta confundidas con una mujer que ocupa los estratos más bajos de su sociedad, Mariah tampoco parece capaz de ver una contradicción entre su estilo de vida opulento y la destrucción de la naturaleza contra la que quiere luchar. Así, sobre Mariah y su grupo ecologista Lucy observa: “Like her, all of the members of her organization were well off but they made no connection between their comforts and the decline of the world that lay before them” (*Lucy*, p. 72).

Veo en el esfuerzo orientado a develar y deconstruir los mecanismos a través de los cuales los sectores hegemónicos construyen y activan permanentemente sus posiciones de privilegio una de las más importantes y significativas coincidencias entre la obra de Cliff y Kincaid. Asimismo, ambas autoras presentan una gran preocupación por mostrar cómo son vividos esos ejercicios de poder por quienes son sometidos a través de ellos:

A man could be kept waiting for hours on end, and the mistress, or the master, or the son, or the daughter, or the relative who lodged with them would never even think to say, “Sorry, Winston, to waste your afternoon, so”. That was the worst of being a servant. The waiting around for cuffy-pretend-backra or backra-fe-true while your life passed, the people in the house assuming your time was worthless. Assuming you could not judge the

beauty of a ginger blossom or arrange roses of peace in a cut-glass vase (*No Telephone...*, p.19).

Esta falta de sensibilidad con respecto al otro, que en el fondo es una forma sutil y denigrante de negarle su humanidad, no afecta solamente al que está en la posición de subordinación. Como en la representación hegeliana de la dialéctica de amo y esclavo (y qué son los esclavos sino personas cosificadas, privadas brutalmente de su humanidad; antecesores por lo demás de los sirvientes y empleados en los modernos *resorts* que presenta Cliff en su obra), la dependencia e interacción entre ambos términos no puede ser ignorada. Es por esto que en la obra de Cliff la violencia ejercida contra un sector social termina por extenderse a todos sus miembros, haciendo que la vida de todos esté permanentemente amenazada por la posibilidad de estallidos de violencia y brutalidad. Es por esto que también frente a un jamaquino rico y privilegiado como Paul la narradora repite su letanía: “NO TELEPHONE TO HEAVEN. Indeed. As Paul H. found out. Returning home to Stony Hill one Sunday morning after an all-night party at Buster Said’s house. A holiday brukins in the seventies. Pool and champagne and live band and true wildness.” (*No Telephone...*, p. 20). Lo que Paul encuentra al regreso a casa es que toda su familia y la empleada que trabajaba para ellos han sido brutalmente asesinados mientras él se divertía en su fiesta. Posteriormente, al pedir ayuda al “yardboy” de la casa para sacar los cadáveres, Paul también es asesinado por él.

El “yardboy” es Christopher. La narradora nos cuenta su miserable vida anterior al ataque a la familia de Paul, la cual lo había “acogido” en su niñez de niño huérfano en los arrabales de Kingston. El relato de la infancia de Christopher, de su miseria material y afectiva a partir de la muerte de su abuela cuando tenía ocho años, constituye probablemente uno de los episodios más crudos y conmovedores de la novela. La familia de Paul se lo lleva de los arrabales para que trabaje con ellos, sintiendo que porque lo salvan de morir de hambre lo pueden someter a humillaciones que lo reducen a una condición incluso inferior que la animal. Pero Christopher no los asesina por eso.

Al menos no directamente. Christopher los mata en un arranque de furia cuando su patrón, a quien ha servido toda su vida, se ríe de su petición de ayuda para tratar de encontrar el cadáver de su abuela y enterrarlo fuera de la fosa común en que la depositaron. La reacción de Christopher es como la de un volcán que se libera en un estallido de toda la rabia contenida a lo largo de una vida. El ataque a los miembros de la familia de Paul es brutal y sanguinario y mientras lo realiza, Christopher siente que escucha a su abuela dirigiéndolo, siente que se apodera de él una fuerza vengadora, casi divina. El ataque no se dirige sólo a los miembros de la familia a cuya sombra ha vivido toda su vida, sino también contra la sirvienta que intenta salir en su defensa y a quien tortura en forma aún más brutal que a sus amos: “Lord Jesus, they were dead and she was still taking care of them. In death, as in life, their faithful servant. He swung the machete and she screamed, knowing there was not a living soul to hear her (...) He cut her like an animal, torturing her body in a way he had not tortured theirs” (*No Telephone...*, p. 48).

Entre el padre y la madre

*Esta mujer angélica de ojos septentrionales,
Que vive atenta al ritmo de su sangre
europea,
Ignora que en lo hondo de ese ritmo golpea
un negro el parche duro de roncós atabales*

Nicolás Guillén

El personaje de Clare Savage no aparece en forma explícita en *No Telephone to Heaven* sino hasta el tercer capítulo, titulado “The Dissolution of Mrs. White”. En el primer y segundo capítulo se presentan los acontecimientos y reflexiones enumerados en la sección anterior: la ascensión de un grupo de guerrilleros a la montaña en el camión que lleva inscritas las palabras que le dan título a la novela y también la historia de Christopher y la matanza de Paul y su familia. Pese a que Clare parece estar ausente de

estas situaciones, a medida que avanza en la lectura el lector implícito se encuentra con señas que permiten reconstruir su participación anónima en ellas: “A light-skinned woman, daughter of landowners, native-born, slaves, emigrés, Carib, Ashanti, English, has taken place on this truck, alongside people who easily could have hated her” (*No Telephone...*, p.5). Es interesante este párrafo ubicado en un contexto en que lo que se describe es un grupo humano en el que hasta ese momento no se han distinguido otros individuos particulares. Es el grupo del cual se dice que no tiene conexión al cielo y cuyas difíciles condiciones de vida la narradora va a enumerar. El personaje descrito en la frase citada –que después sabremos que es Clare Savage- no comparte las mismas características físicas (por su piel clara) ni las mismas relaciones de filiación (por ser en parte descendiente de plantadores) que los otros miembros del colectivo, pese a lo cual ha decidido tomar asiento en el mismo camión y atravesar la frontera que la separaba de gente “who easily could have hated her.” El camino que lleva a Clare a estar sentada en ese camión con gente con la que elige identificarse es reconstruido a lo largo de esta segunda novela de Michelle Cliff.

En el análisis de *Abeng* vimos cómo el personaje de Clare es caracterizado fundamentalmente en términos de su escisión y conflicto entre los referentes identitarios aportados por el mundo blanco-paterno y aquellos pertenecientes al universo negro-materno. En la continuación de esta novela, este conflicto interno de la protagonista va a verse agravado por las consecuencias sobre su trayectoria vital de las diferencias entre sus padres y su parecido físico con el progenitor más blanco.

Luego de la muerte de la madre de Kitty –la abuela de Clare- Boy Savage ve allanarse el camino para la emigración hacia Estados Unidos. Al igual que posteriormente para Clare, también para Kitty la madre aparece como el principal vínculo con la isla natal. Su marido sabe que mientras ésta esté viva no tiene ninguna esperanza de partir en busca del sueño americano. Lo que no sabe es que será la persecución de ese sueño lo que terminará por profundizar hasta la ruptura, los conflictos y diferencias que ya en Jamaica

lo enfrentaban con su mujer. Ya en Estados Unidos él tratará cada vez más de blanquearse y de negar toda filiación africana, de modo de evitar caer en el ominoso lado oscuro de la “color line” que divide a la sociedad norteamericana. El proceso en el que se embarca el padre de Clare es descrito como una verdadera reinención de su identidad: “Boy had no visible problem with declaring himself white. It was a practical matter, he told his wife. There was no one to say different. And he said it in not so many words. He told people he was descended from plantation owners –and this was true. Partly. With each fiction his new self became more complete” (*No Telephone...*, p.62). No se trata entonces solamente de tratar de pasar por blanco para sustraerse al racismo norteamericano, sino de un activo proceso a lo largo del cual Boy se va convenciendo cada vez más de su blancura “originaria”.

La esposa de Boy, por el contrario, no sólo no tiene ninguna posibilidad de “pasar” por blanca, sino que se resiste enfáticamente a intentarlo. Su resistencia es tal que finalmente opta por regresar a Jamaica con su hija menor, la que se parece a ella por tener una piel más oscura. Clare, por su parte, es dejada en el nuevo país con su padre, donde se supone que tendrá más oportunidades de progresar. Así, la familia Savage reproduce en su interior la fractura racial que divide y enfrenta a los miembros de las sociedades norteamericana y jamaicana (aunque en esta última una mulata pueda ocupar una posición de prestigio a la que difícilmente hubiera tenido acceso en los Estados Unidos de los años 70).

La partida de la familia Savage a Estados Unidos, impulsada por el padre que quiere mejorar su situación económica, marcará el inicio de un doble exilio de Clare Savage: exilio de su tierra natal y exilio de su madre, figuras ambas inextricablemente relacionadas en la novela. Después de la partida de la madre y la hermana (que es vivida por la protagonista como un inexplicable y doloroso abandono), Clare queda sola con su padre, quien estimula a su hija a perfeccionar las estrategias para “pasar”, asimilarse y ser cada vez más norteamericana. Pero es justamente en Norteamérica donde ella

aprende a ver su imagen en otro espejo, uno que destaca su pelo enrulado, las zonas en que su piel adquiere tintes más oscuros y el acento distinto con que habla inglés. Si en Jamaica, país en que la gran mayoría es negra, pasaba por blanca, en Estados Unidos no pasa desapercibida su herencia africana.

Este punto es sumamente interesante pues muestra el carácter relacional e histórico-biográfico de las identidades personales. Es la mirada y el reconocimiento de los otros como blanca, en Jamaica, o como más bien negra, en estados Unidos, lo que promueve la emergencia de particulares narrativas y estrategias identitarias a partir de las cuales Clare busca construir un sentido para su experiencia. Como ha señalado Larraín siguiendo a Mead, la construcción de las identidades personales supone siempre la existencia de “otros” en cuyas expectativas, evaluaciones y opiniones sobre nosotros mismos nos reconocemos y a partir de las cuales formamos nuestra autoimagen (Larraín, 2001).

Después de la muerte de la madre, a quien Clare no volvió a ver nunca más desde que retornara con su hermana menor a Jamaica, la protagonista decide ir a vivir a Londres. Su estadía en Estados Unidos ha sido una triste y solitaria lucha por encontrarse a sí misma, por tratar de entender el abandono materno y por defenderse de la presión paterna para que aprenda los secretos del “self-effacement” y los “uses of camouflage” (*No Telephone...*, p.100). Los viajes de Clare y los aprendizajes asociados a estos, se corresponden en forma oblicua con lo que, según Daryl Cumber Dance, constituye el itinerario usual de las protagonistas de las novelas de las Indias Occidentales¹⁰⁷. Este itinerario suele incluir tres grandes desplazamientos principales: en primer lugar el viaje al “white Western World”, que en los primeros textos antillanos estaba representado por Inglaterra (destino crecientemente reemplazado por los Estados Unidos y, en menor medida, Canadá); en segundo lugar el viaje a África y finalmente el retorno a la isla

¹⁰⁷ En su estudio de la narrativa de autoras afrocaribeñas migrantes, Myriam Chancy también reconoce un recorrido común en el que los personajes femeninos atraviesan por las siguientes etapas: “alienation, self-definition, recuperation and return” (Chancy, 1997, p.xxi).

natal. El primer viaje les permite a las protagonistas de estas novelas descubrir su alteridad con respecto al Occidente blanco. La mirada de los blancos descubre la negritud que la educación e ideología coloniales les había conminado a ignorar (e incluso “superar”). Esta experiencia de alteridad en el seno del mundo que se suponía constituía la “tierra madre”, impulsa un proceso de búsqueda que lleva a estos personajes a explorar sus raíces africanas, en muchas oportunidades a través de un viaje al continente del cual fueron arrancados sus ancestros. Este viaje suele marcar un momento de reencuentro y desencuentro, de reconocimiento de similitudes y diferencias. África puede ser construida como el lugar originario ancestral, pero en la mayor parte de los casos el encuentro “real” con sus conflictivas sociedades motiva el reconocimiento de las divisiones introducidas por la historia de quienes se quedaron y quienes terminaron viviendo en las colonias americanas y caribeñas.¹⁰⁸

En *No Telephone to Heaven* el primer viaje de este periplo típico de las heroínas antillanas se realiza en dos etapas. En la primera el desplazamiento hacia los Estados Unidos no es fruto de una decisión autónoma, sino producto de la imposición paterna. En esta etapa se produce el primer distanciamiento con respecto al mundo occidental blanco, sobre todo en su identificación con el dominio patriarcal. Posteriormente Clare decide partir hacia Inglaterra, esta vez en un gesto autónomo que la lleva a enfrentarse sola con el universo metropolitano. En Londres visita museos y estudia arte renacentista, es decir, establece un contacto íntimo y directo con todos aquellos símbolos de la cultura occidental que en el Caribe le enseñaron a admirar. Pero en el momento en que conoce a Bobby –un soldado afro-americano, con un nombre significativamente similar al del padre de Clare- abandona sus estudios superiores para emprender un viaje por Europa, en el que más que conocer nuevos paisajes y ciudades, lo que le interesa es indagar en la

¹⁰⁸ En mi análisis de la novela *Heremakhonon* de Maryse Condé nuestro cómo el recorrido de la protagonista –de Guadalupe, a París, a África y luego a Guadalupe, puede ser leído como una crítica a la idealización y esencialización del continente negro que caracterizó al movimiento de la negritud impulsado por Aimé Césaire. También en el caso de Césaire y los otros poetas e intelectuales que formaron el movimiento de la negritud, el viaje a la metrópolis francesa tuvo un efecto fundamental en el reconocimiento de la alteridad y la búsqueda activa de las raíces africanas (Ver Stecher, 2006).

misteriosa historia y personalidad de su nuevo amante. Leo por esto el personaje de Bobby como metáfora indirecta de lo que Glissant denomina el *détour* africano, es decir, el desvío tomado por muchos antillanos en su esfuerzo por definir una identidad de oposición con respecto al legado europeo. También en *Breath, Eyes, Memory* de Edwidge Danticat, la relación de Sophie Caco con Marc, su pareja afroamericana, puede ser interpretada como el vértice africano del recorrido que culmina con el retorno de la protagonista a Haití. En el caso de Clare, la desaparición de Bobby va a motivar que emprenda el postergado regreso a su Jamaica natal. Al igual que Maryse Condé en su primera novela, *Heremakhonon*, Cliff en este texto parece plantear que las respuestas a las problemáticas identitarias de los caribeños no pueden ser halladas a través de un intento ahistórico de reestablecer una conexión africana perdida. Si bien los recorridos metropolitanos y africanos pueden aportar mucho a la comprensión de la compleja identidad caribeña, ésta debe ser abordada principalmente desde una perspectiva interna, que considere las particularidades aportadas por una historia propia.

La estadía de Clare en Londres le permite contrastar la distancia existente entre lo que según su educación colonial era el mundo del que ella provenía y la que es su verdadera posición en él. A lo largo de su educación jamaíquina, Clare tuvo que aprender de memoria los nombres de los monarcas británicos; por su formación colonial podía trazar el mapa de Inglaterra y sus posesiones de ultramar, así como recitar sin problemas los clásicos del canon inglés. Le enseñaron que Inglaterra era la tierra madre, el origen gracias al cual su país existía. Sin embargo, tal como le pasó a muchos de los escritores del Caribe inglés que emigraron a Inglaterra, la confrontación con esta tierra ‘originaria’ va a constituir, en el caso de Clare, el mejor antídoto contra los efectos alienantes de la educación colonial. Leyendo *Jane Eyre*, el clásico de Charlotte Brontë, Clare va a pasar de una inicial identificación con Jane a un revelador reconocimiento de que en realidad a quien se parece es a Bertha, la antillana loca que permanece encerrada en un ático¹⁰⁹:

¹⁰⁹ Este proceso de identificación con la antillana Bertha Mason –la loca del ático en *Jane Eyre*- constituye el punto de partida de una de las novelas caribeñas más notables. Se trata de *Ancho Mar de los Sargazos* (publicada en 1965), en que la escritora de Dominica Jean Rhys, le escribe una vida propia y le otorga voz

Yes. The parallels were there. Was she not heroic Jane? Betrayed. Left to wander. Solitary. Motherless. Yes, and with no relations to speak of except an uncle across the water. She occupied her mind.

Comforted for a time, she came to. Then, with a sharpness, reprimanded herself. No, she told herself. No, she could not be Jane. Small and pale. English. No, she paused. No, my girl, try Bertha. Wild-maned Bertha. Clare thought of her father. Forever alter her to train her hair. His visions of orderly pageboy. Coming home from work with something called Tame. She refused it; he called her Medusa. Do you intend to turn men to stone, daughter? She held to her curls, which turned kinks in the damp of London. Beloved racial characteristic. Her only sign, except for dark spaces here and there where melanin touched her. Yes, Bertha was closer the mark. Captive. Ragout. Mixture. Confused. Jamaican. Calib. Carib. Caníbal. Cimarron. All Bertha. All Clare (*No Telephone...*, p. 116).

El proceso de búsqueda de Clare, los esfuerzos por definir quién es y a dónde pertenece, la llevan a alejarse progresivamente de aquello a lo que aparentemente es más cercana. Por su color de piel y por contar entre sus ancestros a plantadores blancos, Clare podría asumir una posición de privilegio en Jamaica o integrarse, con menores dificultades relativas que sus otros compatriotas, a la vida en Estados Unidos o Inglaterra. Pero ella desde muy temprano se siente a disgusto con lo que podríamos considerar su identidad de origen, determinada más por las apariencias que por lo que ella siente que es. Es por eso que a su amante negro, que no parece confiar en lo que ella dice que es, Clare le explica:

y autonomía a Bertha Mason, rebautizada en su novela como Antoinette Cosway. El esfuerzo de Jean Rhys en *Ancho mar...*, así como también, aunque en forma menos directa, el diálogo que se establece en *No Telephone to Heaven* con la tradición literaria europea, se inscriben dentro de la tradición de contraescritura, reinscripción (Said) o desplazamiento epistémico que según el pensamiento postcolonial constituye la estrategia fundamental de las literaturas postcoloniales (Ver Vega, 2003, p.235).

'You know, there are people who look one way and think another, feel another. We can be very dangerous, to ourselves, to others. Got to quell one side, honey, so I was taught. Amazing.... amazing how the other side persists.... I can also say 'shit' in five languages... perhaps that's my mother's influence. Like my persistence in drifting to the wrong side, what my father would consider the wrong side, what most of my family would consider the wrong side. Who knows? As time passes my mother becomes harder and harder to bring back- but I know... I feel she would approve of my... the way my sentiments seem to lie' (*No Telephone...*, p.152).

Los cuestionamientos de Clare en la lejana Inglaterra dan cuenta de algunos elementos centrales de los procesos de construcción identitaria. Por un lado, expresan la reflexividad, entendida como la capacidad del sujeto de interrogarse a sí mismo y de construir narrativas identitarias que le den sentido a su experiencia y le permitan orientar su acción en el mundo. Así, la identidad de Clare, más que como una sustancia ya dada o como un mero efecto provisorio de prácticas discursivas, debe ser entendida como un sí mismo reflexivo que se configura y recrea permanentemente a partir de los significados que construye en la interacción comunicativa con otros y con su propia historia (Bruner, 1991). Por otro lado, las cavilaciones identitarias de Clare -¿quién soy?, ¿quién quiero ser?, ¿quién soy para los otros?- dan cuenta del carácter contradictorio y tensional de los procesos de identificación, reconocimiento y diferenciación que configuran las identidades personales. Dicho en otros términos, la identidad personal, entendida como el sentido de sí mismo que se construye reflexiva y narrativamente en el marco de instituciones e interacciones socio-simbólicas históricamente situadas, es siempre un proceso conflictual donde los otros (concretos y abstractos) con los que me identifico, de los que me diferencio y de los que anhelo reconocimiento, son muchas veces heterogéneos y contradictorios.

Este carácter reflexivo, conflictual y procesual de la identidad, se expresa también en el personaje de Harry/Harriet. Él/ella es un mulato, nacido del abuso de un patrón blanco

contra su ama negra, quien es expulsada del trabajo sin poder llevar consigo a su hijo. Harry/Harriet crece “casi” como hijo de la familia, pero más cercano al mundo de la servidumbre, de los negros y la pobreza de los arrabales de Kingston. Tal como Clare, está marcado desde sus inicios por una doble pertenencia, vive a horcajadas entre dos mundos que aparecen como irreconciliables entre sí, en el que uno de los polos se nutre de la marginalidad y explotación del otro. Al igual que Clare, Harry/Harriet atraviesa un proceso que lo lleva a optar por lo negro, lo jamaquino, por lo que, también en su caso, es el mundo de la madre. Hombre/mujer, híbrido entre los dos géneros, opta finalmente por ser solo Harriet.

La opción de Clare y Harriet por lo negro y por la madre, no elimina, en ningún caso, la sombra de *lo blanco* que habita en ellas; sólo en relación a esto lo negro es una apuesta y una opción. Así, pensar la identidad a partir de las narrativas e interpretaciones que un sujeto construye de sí mismo, no supone en ningún caso desconocer las diversas estructuras socio-económicas, biológicas, culturales, geográficas y de diverso tipo que condicionan las biografías personales, si no, más bien, atender al modo singular cómo cada sujeto está *sujetado* a esas condiciones, y al modo particular en que construye una historia de sí mismo en que esas condicionantes adquieren distintas significaciones y se abren a la interrogación crítica del mismo sujeto.

Harry/Harriet es la única persona con la que Clare comparte una profunda intimidad en su vida de adulta joven y es quien va a insistir permanentemente en la importancia de asumir una identidad en función de un compromiso y una convicción que permiten romper con los determinismos del nacimiento. Él/ella le devela todo aquello que su padre intentó ocultarle siempre: la terrible pobreza de Jamaica, los niveles de injusticia y desigualdad crecientes que escinden esa sociedad. En un mundo así, dice H/H, no se puede vivir dividido, no es posible no definir una identidad. Este personaje, que para algunos críticos representa la celebración del travestismo identitario posmoderno, defiende, en realidad, ideales profundamente modernos en tanto apelan a la posibilidad

de una construcción autónoma de sujeto en torno a un núcleo de autenticidad – encontrado/configurado a partir de las relaciones diológicas con los demás- que define una particular perspectiva y manera de estar en el mundo (Taylor, 1997). Además, para H/H es muy importante la consolidación de solidaridades y proyectos colectivos articulados en torno a la identificación con un origen jamaicano común, que celebra su herencia negra y que anhela transformar Jamaica en una sociedad más igualitaria y libre.

Pero al mismo tiempo, la identificación de Clare y Harry/Harriet con la cultura negra, con lo subalterno y lo excluido, pueden ser leídas como apuestas por una política de la diferencia que critica la retórica moderna de un espacio público homogéneo, universal e indiferenciado, donde las particularidades culturales no deben tener ningún valor pues lo único que importa es la igualdad formal entre ciudadanos que poseen los mismos derechos.

Como ha escrito Iris Marion Young “En el acto de reclamar la identidad que la cultura dominante les ha enseñado a despreciar, y al defenderla como una identidad a ser celebrada, las personas oprimidas eliminan la doble conciencia. Soy exactamente lo que dicen que soy –un chico judío, una chica de color, un marica, una tortillera– y me enorgullezco de ello” (Young, 2000, p. 280). Esto es también lo que hace Césaire al bautizar a su movimiento de reivindicación de la herencia africana como negritud: “Algunos pensaban que la palabra *nègre* era muy ofensiva, muy agresiva; entonces me tomé la libertad de hablar de *négritude*. Había en nosotros una voluntad de desafío, una afirmación violenta en la palabra *nègre* y en la palabra *négritude*” (citado por Figueredo, 2002, p.35).

Esta coexistencia, en la apuesta política de Harry/Harriet, de aspiraciones y lógicas de acción colectiva fundamentalmente modernas junto a una sensibilidad, afirmación y valoración de la diferencia y la pluralidad cultural más bien propia de lo tardo (o post) moderno, es un ejemplo claro de la enorme sensibilidad de Cliff para *capturar* las

mixturas y múltiples temporalidades que habitan y definen los sujetos y los procesos sociales contemporáneos.

A instancias de H/H, y luego de la desaparición de Bobby, Clare deja Europa para regresar a Jamaica y dedicarse a algo en lo que se compromete totalmente: en primer lugar, la enseñanza de la historia de la isla a niños pobres y, posteriormente, la participación en un movimiento guerrillero. El (re)conocimiento de la propia historia, en oposición a aquella foránea impuesta por el poder colonial, aparece en la novela de Cliff como un elemento central en la lucha por la descolonización intelectual y emocional. Los esfuerzos de Clare por estudiar en forma crítica la historia de la isla –hablando con los viejos, incursionando en los archivos, las bibliotecas, recuperando las historias de arawaks y cimarrones- constituye parte del esfuerzo por intentar romper con lo que Harry/Harriet llama la fijación de Jamaica en el pasado: “But we *are* of the past here (...) We expect people to live on cornmeal and dried fish, which was the diet of the slaves. We name hotels Plantation Inn and Sans Souci...A peculiar past. For we have taken the master’s past as our own. That is the danger” (*No Telephone...*, p. 127). Jamaica, congelada en un pasado orientado hacia la visión del amo, se ha convertido, según este personaje, en una suerte de set cinematográfico, en un escenario entrampado.

La situación de Jamaica se asemeja perturbadoramente a la de Bobby, el amante negro que Clare conoce en Inglaterra. Ella se siente atraída por él desde la primera vez que lo ve en un bar, con la pierna izquierda apoyada en una silla vacía. Bobby –un soldado norteamericano que peleó en Vietnam- tiene una herida en el tobillo que se abre y supura permanentemente. Clare se aboca a la tarea de curar la llaga; deja Londres para viajar con Bobby por Europa, en busca de remedios para la herida, cuyo origen ansía conocer. Cada vez recibe de Bobby una explicación distinta, quien afirma no poder recordar cómo fue que se le abrió la piel: “¿Did it really matter, he asked her, when his imagination had given up; did it matter that much, all that much, to know how the wound was made? Wasn’t the only important thing that it would always be his –

something he must learn to live with?" (*No Telephone...*, p.147). En realidad, Bobby sí tiene muy claro cuál es el origen de su mal, pero también sabe que necesita olvidarlo, escapar de él, no abrirlo permanentemente como la herida que lleva en la pierna. Defiende, ante Clare, su derecho a guardar sus recuerdos de una guerra que lo marcó para siempre y que, le dice a su novia, "cannot serve your purpose, whatever that might be." Más adelante la confrontará: "I wonder.... I wonder if you would have come along with me... if you'd care... want to know me... if it had been Jamaica, you know" (*No Telephone...*, p.151).

Finalmente, es la sospecha de Clare de estar embarazada lo que obliga a Bobby a reabrir su guerra, a contar el verdadero origen de su herida. Entonces le confiesa por primera vez que es desertor del ejército norteamericano y que la llaga se la hizo mientras rociaba con químicos los campos vietnamitas. Ni los soldados, ni mucho menos los habitantes de Vietnam, sabían de los efectos del envenenamiento de ríos, campos, granjas, casas, etc. Mucho después Bobby supo que eso estaría siempre con él, que por eso su herida nunca cerraría y sus hijos podrían nacer sin ojos, boca, nariz, manos o pies. Clare no necesita tomar una decisión ya que el aborto se da en forma espontánea. Sin embargo, Bobby, que hasta entonces había logrado confinar sus pesadillas al sueño, empieza a verse invadido por sus recuerdos y temores también en los momentos de vigilia. Cada vez más paranoico y sumergido en su pasado, Bobby termina por desaparecer sin que Clare lo pueda encontrar.

Desaparecido su amante, perdido totalmente el interés por los cursos de arte renacentista, Clare regresa a Jamaica. Ahí se entera que la infección uterina provocada por su aborto, probablemente la ha dejado estéril: "She took this in. All that effort for naught. Lightning for naught. Skin for naught. Mule- most likely. Circling the cane crusher" (*No Telephone...*, p. 169). Clare se ve a sí misma como un híbrido en el estricto sentido del término, biológicamente incapacitada para reproducirse, condenada a dar vueltas en círculo sin posibilidad de avanzar. La alusión a la molienda de la caña en las

reflexiones de Clare, remite a la situación de las mujeres y familias esclavas, cuya impronta permanece hasta la actualidad en el imaginario caribeño. Así como en muchas de las novelas analizadas en este estudio, la relación de las mujeres con sus madres aparece como un elemento central en los procesos de configuración identitaria, la temática de la propia maternidad suele ocupar también un lugar importante en la reflexión de las escritoras caribeñas. Lo que llama la atención es que en muchos de estos relatos las protagonistas o son estériles o deciden no tener hijos. Son extraños los casos en que la opción de la maternidad se realiza (de hecho de las ocho novelas analizadas en esta tesis, sólo en una -*Breath, Eyes, Memory*- la protagonista tiene una hija). Para la escritora surinamesa Astrid Roemer (1996), la literatura caribeña contemporánea revela la pervivencia de las marcas dejadas por la esclavitud en la psiquis colectiva. Las experiencias de desarraigo y la amenaza permanente de pérdida afectiva (las parejas podían ser separadas en cualquier momento, los hijos les eran arrebatados a las madres), se expresarían actualmente sobre todo en las dificultades de la comunidad afro-caribeña para desarrollar lazos familiares estables y perdurables. E. Fox Genovese, por su parte, señala que el homicidio, la automutilación y el infanticidio conformaban los principales núcleos de la resistencia de los negros a la esclavitud. El infanticidio era considerado un acto contra la propiedad del amo y en ese sentido "llevaba a algunas de las más desesperadas a sentir que, matando al niño que amaban, lo estaban reclamando de algún modo como propio" (Fox Genovese, citada por Homi Bhabha, 2002, p.34). La novela *Beloved* de la afroamericana Toni Morrison elabora en forma magistral el tema de la maternidad y el infanticidio en el seno de un pueblo esclavizado.

La historia de Clare y su imposibilidad de tener hijos expresan lo difícil que es para una sociedad reproducirse y consolidarse en forma relativamente integrada cuando los elementos que la componen siguen relacionándose en términos de oposiciones dicotómicas violentas y excluyentes: amo-esclavo, blanco-negro. Clare, portadora de estas oposiciones en tanto descendiente de plantadores y esclavos, ve como su tarea más importante la de intentar integrar su dividida identidad. El camino de la integración pasa

para Clare por el retorno a Jamaica y por la opción de recuperar su identificación con el universo materno. La protagonista retorna por primera vez a la casa de su fallecida abuela materna, cuyas tierras se encuentran en estado de abandono, totalmente penetradas por la naturaleza. Este terreno será recuperado por Clare y los guerrilleros a quienes se une de la mano de su amiga Harriet. Juntos conforman un grupo compuesto por gente de distintos orígenes, con historias diversas, pero unidos por el afán de actuar para cambiar la situación de su país:

These people –men and women- were dressed in similar clothes, which became them as uniforms, signifying some agreement, some purpose –that they were in something together- in these clothes, at least, they seemed to blend together. This alikeness was something they needed, which could be important, even vital to them –for the shades of their skin, places traveled to and from, events experienced, things understood, food taken into their bodies, acts of violence committed, books read, music heard, languages recognized, ones they loved, living family, varied widely, came between them. That was all to be expected, of course –that on this island, as part of this small nation, many of them would have been separated at birth. Automatically. Slipped into places where to escape would mean taking your life into your own hands. Not more, not less. Where to get out would mean crashing through barriers positioned by people not so unlike yourself. People you knew should call you brother, sister (*No Telephone...*, p. 5).

Esta cita muestra la importancia que tienen el reconocimiento y la afirmación de rasgos comunes para la construcción de identidades colectivas. Sin embargo, a diferencia de las versiones esencialistas de las identidades colectivas –según las cuales la pertenencia a un colectivo se funda en un origen y una historia común- en este caso se muestra cómo la ropa que uniformiza la apariencia de los individuos del grupo les permite realizar performativamente la unidad que han construido *a pesar* de sus historias y orígenes disímiles. Los individuos descritos se constituyen como un colectivo en base a sus

afinidades electivas y no de origen; y en el caso particular de Clare, en quien recae la focalización en las últimas oraciones citadas, la participación de este colectivo asume incluso la forma de una reacción y un distanciamiento de la identidad que le hubiera correspondido en función de su origen.

Ahora lo interesante, y en gran medida desconcertante, es la naturaleza de la primera acción emprendida por los miembros de esta guerrilla. En un último capítulo titulado “Film Noir” Harriet le avisa a Clare que tendrán que dejar rápidamente el terreno de la abuela porque hay un nuevo plan. A continuación el texto presenta un recorte del *New York Times* en que se ensalzan las favorables condiciones que ofrece Jamaica como set de filmación. Luego se reproduce la conversación entre un norteamericano y un inglés en torno a la película que están haciendo. La actitud de ambos con respecto a Jamaica es tremendamente despectiva, evidenciando una postura neocolonial con respecto a la isla, la cual es explotada abiertamente por la industria turística y cinematográfica norteamericana. La película que se está filmando está centrada en la figura de Nanny, legendaria líder cimarrona que enfrentó a los plantadores blancos. Sin embargo, tal como la conciben los productores, la Nanny filmica tiene poco o nada que ver con la mítica, y está claramente construida con el fin de atraer una audiencia blanca ávida de aventuras exóticas y de un erotismo ‘tropical’. El que el set de filmación sea elegido como blanco de ataque del grupo guerrillero al que pertenece Clare, puede ser leído, entonces, como un acto de resistencia a la violencia simbólica de la que es víctima la isla.

Esta acción parece querer develar el (neo)colonialismo y eurocentrismo presente en muchos de los discursos contemporáneos que apelan al valor de la interculturalidad, legislando –sólo en la letra– sobre el respeto a los otros y a la diversidad, aquellos ‘otros’ que simultáneamente son arrasados por el despliegue hegemónico del capitalismo global. Cliff parece querer mostrar cómo muchas veces el interés académico y público por los temas multiculturales es, en verdad, una nueva fase del eurocentrismo que oculta

una forma de racismo negada. El respeto a la identidad del ‘otro’ sería una ficción, en tanto la alteridad es pensada como una comunidad cerrada que puede ser observada, estudiada, filmada y mantenida a una adecuada distancia por *el multiculturalista*, el cual, bajo la retórica del respeto, reafirma su propia y lejana superioridad. Así, el supuesto respeto a la diferencia se transforma en una indiferencia que vuelve a esencializar al ‘otro’ y a desconocerlo como actor político legítimo; el ‘otro’ queda reducido a su mera y exótica diferencia cultural, negándosele la posibilidad de hacer reivindicaciones en términos de redistribución económica y transformación global de la sociedad (Arfuch, 2002; Žizek, 1998).

Sin embargo, el ataque planeado falla. Al igual que Nanny, que fue delatada por un cimarrón rival, el grupo de Harriet y Clare es traicionado y sus miembros terminan acribillados desde helicópteros que iluminan sus escondites entre los arbustos. La novela termina con las palabras “She remembered language. Then it was gone.”, seguidas por la reproducción de una serie de sonidos onomatopéyicos y una última frase: “Day broke” (*No Telephone...*, p. 208).

¿Qué significa este acto subversivo? ¿Qué nos quiere decir la fácil aniquilación de Clare, Harriet y su grupo en medio de las luces de una grabación? Antes de intentar responder estas preguntas creo necesario vincular este fallido atentado con el primer acto de subversión simbólica perpetrado en el libro. Esta vez la autora es Kitty, la madre de Clare. En el capítulo “The Dissolution of Mrs. White”, se narra la llegada de Boy Savage y su familia a estados Unidos en los años 60. En este país se ven confrontados a innumerables muestras de racismo y actos de discriminación por el color más oscuro de su piel y su origen jamaíquino. El único trabajo que consigue Kitty es como ayudante de Mr. B, dueño de la lavandería “White’s Sanitary Laundry”. Su única función es la de responder el teléfono e insertar, en medio de la ropa, mensajes a los clientes que sintetizan la filosofía de una ficticia Mrs. White, encargada de ensalzar las bondades de la blancura y un rol de esposa cumplido a cabalidad.

Harta de ser rechazada en los empleos a los que postula debido a su piel y su acento, totalmente enajenada de sus orígenes por la prohibición de su esposo de frecuentar los lugares en que se reúnen sus compatriotas, Kitty empieza a cambiar los mensajes que inserta entre la ropa limpia a modo de publicidad. En su lugar escribe frases como: “WE CAN CLEAN YOUR CLOTHES BUT NOT YOUR HEART”, “AMERICA IS CRUEL. CONSIDER KINDNESS FOR A CHANGE”, “WHITE PEOPLE CAN BE BLACK-HEARTED”, “THE LIFE YOU LIVE WILL BE VISITED ON YOUR CHILDREN”, “MARCUS GARVEY WAS RIGHT” (*No Telephone...*, p. 81). Finalmente, su último mensaje será: “HELLO. MRS. WHITE IS DEAD. MY NAME IS MRS. BLACK. I KILLED HER” (*No Telephone...*, p.83). La reacción de los clientes no se hace esperar y Mr. B decide despedir a las dos dependientas negras que trabajan para él, sin dar crédito al alegato de Kitty de que ella es la autora de estos escritos. A raíz de esto, Kitty decide dejar los Estados Unidos para retornar a Jamaica con su hija menor.

Si consideramos los mensajes de Kitty y el frustrado ataque al set de filmación como dos actos de subversión eminentemente simbólicos y vemos que ambos terminan por afectar a inocentes (las dos trabajadoras negras) o condenar a muerte a sus realizadores (los guerrilleros), podemos retomar las preguntas planteadas anteriormente con respecto a lo que significan estas acciones para la historia narrada en la novela y sus propuestas con respecto a la realidad jamaicana contemporánea. Estos actos parecen evidenciar la importancia que Cliff les otorga a los imaginarios culturales para la preservación o transformación de las estructuras jerárquicas y las dinámicas de opresión. El ataque al set de filmación puede ser leído como un acto de defensa de las memorias que no sólo no encuentran un espacio en la historia oficial, sino que además pasan a ser objeto de caricaturización y aprovechamiento comercial por parte de las industrias culturales. La figura de la líder cimarrona Nanny ocupa un lugar central tanto en *Abeng* como en *No Telephone to Heaven*, lo que, como afirma Noraida Agosto (2000), da cuenta del rol

central que juega en la obra de Cliff el esfuerzo por historizar la memoria como estrategia de empoderamiento de los oprimidos.

A los esfuerzos de resistencia simbólica de Clare y su grupo en Jamaica, y de Kitty en Estados Unidos, habría que sumar o contrastar la reacción violenta de Christopher que lo lleva a asesinar brutalmente a Paul, su familia y la sirvienta que trabajaba para ellos. Como vimos, la reacción de Christopher constituye un verdadero estallido de desahogo brutal en contra de toda la violencia a la que fue sometido a lo largo de su vida. Luego de cometer estos asesinatos, Christopher se sume en un estado de locura y alucinaciones que lo conducen a una vida vagabunda por las calles de Kingston. Este personaje reaparece en el último capítulo de la novela como extra de la película norteamericana sobre la vida de Nanny. Lo han elegido por su apariencia trastornada y su única función en la película es la de sentarse bajo un árbol y emitir sonidos inhumanos cuando se lo indiquen. Se conecta de esta manera la historia de Clare y su ataque colectivo a la versión filmica de la vida de Nanny con la historia de Christopher, que en un primer momento no parece relacionada con la línea principal del relato en la novela de Cliff. Esta aparición de Christopher en condición de “material exótico” en la película que Clare y su grupo han decidido boicotear, muestra cómo su acto de violencia y rebeldía no tuvieron otro fruto que su propia locura y degradación. Queda de manifiesto entonces cómo los estallidos puntuales de agresividad, surgidos de personas que actúan únicamente en forma reactiva y sin tener ningún proyecto personal ni colectivo, no conducen a nada más que la reproducción y perpetuación de la violencia de todos contra todos. El texto de Cliff muestra cómo experiencias de miseria y discriminación absolutas como las que marcaron la vida de Christopher, pueden privar totalmente a los individuos de los recursos simbólicos necesarios para construirse como sujetos.

Uno de los más valiosos recursos simbólicos con los que puede contar un individuo y su comunidad es, según nos dice Cliff, la conservación y revaloración de la memoria. Reconocer el carácter dinámico, histórico y complejo de los procesos a través de los

cuales se configuran las versiones oficiales de la historia y las más resistentes y excluidas de la memoria colectiva, permite mostrar y denunciar la construcción de relatos que contribuyen a la segmentación de la sociedad y la dominación incuestionada de un grupo sobre otro. La identidad de individuos y colectivos se constituye en estrecha relación con la historia y la memoria. Es por eso que la recuperación de la memoria de los colectivos oprimidos puede constituirse en una importante herramienta para impugnar jerarquías sociales construidas sobre la base de concepciones identitarias rígidas y excluyentes. A través de Clare y Harriet, Cliff muestra cómo, en una sola persona, pueden convivir mundos opuestos y fragmentados, y cómo las distintas experiencias y opciones vitales –entre las que la migración tiene un papel gravitante- se pueden ir conjugando en la constitución de identidades más integradas y comprometidas.

Uno de los mayores aciertos de Cliff es mostrar cómo esta ligazón entre memoria, identidad y transformación opera tanto en el plano personal como colectivo, y cómo ambos niveles, si bien son irreductibles entre sí, en tanto poseen su propia especificidad, están profundamente imbricados. Así, las biografías (y los cuerpos) de Clare y Harriet son también la actualización singular de la historia de su país, de sus conflictos, violencias y esperanzas.

Lo que *No Telephone to Heaven* nos recuerda es que la problemática de las ‘identidades’ no es sólo un asunto de estilos, costumbres o ‘sentidos’ diversos, sino un campo donde se expresan hegemonías discursivas, entramados de poder y violencia históricamente arraigados, y donde persisten en la actualidad una enorme desigualdad en la distribución de los recursos materiales, simbólicos, y culturales que los sujetos, personales y colectivos, necesitan para construir proyectos autónomos, liberadores y significativos.

Algunas reflexiones finales

Los relatos de la vida de Clare y Lucy dan cuenta de la importancia que tienen en sus vidas la formulación de narrativas identitarias que operan como soportes de sentido y claves de inteligibilidad, desde los cuales estos personajes se interpretan a sí mismos y a los otros, y desde los cuales orientan su acción en el mundo. Estas narrativas se van configurando en el diálogo con otros, en la búsqueda de reconocimiento de ciertos sujetos, en función de específicos entramados relacionales y contextuales en los que Lucy y Clare van quedando situadas. Así, el sentido de sí misma de estos personajes se va transformando en función de su estadía en Jamaica, Antigua, Estados Unidos o Inglaterra, así como en función de los diálogos reales o imaginarios que establecen con los otros significativos con los que se van relacionando. Estos cambios no suponen, como muestran tanto Cliff como Kincaid, un olvido del pasado o un reinicio absoluto, sino más bien la reelaboración de narrativas identitarias que establecen un horizonte temporal donde el pasado y el futuro se reinterpretan a la luz de los acontecimientos y redes vinculares del presente. Por otro lado, las vidas de Clare y Lucy nos muestran también la dimensión opaca, contradictoria y en cierto modo inconsciente de toda narrativa identitaria y de las acciones que posibilita. En el caso de Clare, el viaje a Inglaterra, la tensión entre su educación colonial y la revaloración de sus raíces negras, la relación con Bobby, el retorno a Jamaica dejando sus estudios, la decisión de sumarse al atentado guerrillero, entre otros, muestran también los límites, opacidades y contradicciones de las narraciones que los sujetos construyen. Parte de esas opacidades se vinculan, sin duda, a la presencia de núcleos primarios de identificación y conflicto en Clare que la llevan a transitar ciertos senderos, a padecer singulares dolores y a plantearse ciertas preguntas. Así, los conflictos entre lo negro y lo blanco, entre lo salvaje y lo civilizado, entre lo materno y lo paterno, son campos tensionales, en gran medida inconscientes, que desde su propia historia e infancia interpelan permanentemente a Clare, la que busca a través de sus narrativas identitarias darles un cierto lugar y equilibrio, el que es siempre precario e inestable. En *Lucy*, son estas

opacidades, estos territorios inaccesibles al control racional, los que le impiden desprenderse definitivamente de los vínculos dolorosos con una madre omnipresente. La permanencia e insistencia de esos conflictos es un bello y nítido ejemplo del error de los discursos posmodernos que insisten en pensar la identidad como una secuencialidad contingente de identificaciones, máscaras o posiciones discursivas igualmente significativas y transitorias.

La novela de Cliff muestra además la complejidad de los procesos a través de los cuales se articulan las identidades personales y colectivas. Jamaica y su herencia negra, en tanto referentes simbólicos, operan para Clare y Harriet al final de la novela como representaciones intersubjetivas compartidas que orientan y dan sentido a sus acciones. A partir de la afirmación de esa identidad colectiva, de la pertenencia a esa *comunidad imaginada*, Clare reconfigura su personal narrativa identitaria y decide volver a Jamaica para enseñar historia a los niños pobres y para, finalmente, participar en un movimiento guerrillero. Si Clare se siente interpelada por esta identidad colectiva es porque ésta es fruto de una larga historia de procesos e interacciones sociales en su país, que han condicionado y que habitan en su propia biografía. Cliff, por otro lado, muestra magistralmente cómo la afirmación de toda identidad es siempre una lucha por su reconocimiento por parte de aquellos otros que la niegan y excluyen a partir del control de los campos simbólicos y de los recursos materiales de una sociedad. En ese sentido, la insistencia de Harriet en reivindicar una identidad jamaicana anticolonial, no se limita a la aceptación de la misma de parte de sujetos como Clare, sino que supone la necesidad de luchar por que dicha identidad sea reconocida por aquellos otros que han hegemonizado en la propia Jamaica y en el mundo representaciones del país que mantienen y alimentan una lógica (neo)colonial. Así, el retorno de Harriet y Clare a Jamaica y las diversas acciones de recuperación de la memoria y de crítica del orden establecido que inician, muestran las profundas imbricaciones entre las identidades personales, las identidades colectivas y las luchas políticas en el mundo contemporáneo.

CAPÍTULO 4

COMUNIDADES DIASPÓRICAS: EL CARIBE EN NUEVA YORK

To go away. My heart was pounding with empathic generousities. To go away...I would arrive sleek and young in this land of mine and I would say to this land whose loam is part of my flesh: "I have wandered for a long time and I am coming back to the deserted hideousness of your sores."

I would go to this land of mine and I would say to it: "Embrace me without fear... And if all I can do is speak, it is for you I shall speak."

Aimé Césaire

Middlesex, la última novela de Jeffrey Eugenides, reconstruye la experiencia de un grupo de migrantes griegos en los Estados Unidos de las primeras décadas del siglo XX. Hay una escena en este libro que expresa en forma ejemplar los esfuerzos emprendidos por la sociedad norteamericana a lo largo de la primera mitad de esa centuria para fomentar la asimilación cultural de los migrantes de origen europeo. En esta escena, los empleados en una fábrica de típica organización fordista celebran el fin de su primer curso anual de inglés. La ceremonia es grandiosa, unas dos mil personas esperan en sus butacas el espectáculo preparado para la ocasión:

Se abre el telón y se oyen murmullos de asombro y aplausos dispersos. Un bastidor pintado muestra un buque de línea, dos enormes chimeneas y una sección de cubierta con su barandilla. Una pasarela se extiende en el otro punto iluminado del escenario; un gigantesco caldero gris que lleva

grabadas las palabras: ACADEMIA DE INGLÉS FORD, CRISOL DE CULTURAS. Empieza a sonar una melodía tradicional europea. De pronto, un personaje solitario aparece en la pasarela. Vestido con atuendo balcánico, chaleco, amplios pantalones bombachos y botas altas de cuero, el inmigrante lleva sus pertenencias en un envoltorio atado a un palo. Mira temeroso a su alrededor, y luego baja y se introduce en el caldero. (...)

Ahora SIRIA baja al caldero. Luego lo hacen ITALIA, POLONIA, NORUEGA, PALESTINA. Y, finalmente, GRECIA. (...)

Con chaleco bordado de *palikari*, *pukámiso* de manga ancha y falda plisada *fustanela*, mi abuelo cruza la pasarela. Se detiene un momento a mirar al auditorio, pero los brillantes focos le ciegan. No ve a mi abuela, rebosante con su secreto, que tiene los ojos fijos en él. (...)

En primera fila, Henry Ford mueve la cabeza en señal de aprobación, disfrutando el espectáculo. La señora Ford quiere decirle algo al oído, pero él se lo impide con un gesto. Sus azules ojos de gaviota recorren rápidamente el rostro de los profesores de inglés, que van apareciendo uno tras otro en escena. Llevan largos cucharones, que introducen en el caldero. Los focos lanzan luz roja, que parpadea mientras los profesores remueven las cucharas. Sobre el escenario se alza una nube de vapor.

Dentro del caldero, los hombres, apelotonados, se quitan el atuendo de inmigrantes, poniéndose traje de calle. Hay brazos que se entremezclan, pies que pisan otros pies.

Perdone, discúlpeme –se excusa Lefty, sintiéndose completamente norteamericano mientras se pone la chaqueta y los pantalones azules de lana. En su boca: treinta y dos dientes cepillados al estilo americano. Las axilas: generosamente rociadas con desodorante americano. Y ahora los cucharones descenden desde lo alto, los inmigrantes giran rápidamente de un lado a otro...

...mientras dos hombres, uno alto y otro bajo, se dirigen a los bastidores con una hoja de papel en mano...

... y entre el auditorio mi abuela tiene una expresión de asombro en el rostro...

.... Y el caldero empieza a hervir. Las luces rojas se hacen más intensas. La orquesta acomete el “Yankee Doodle”. Uno a uno, los titulados de la Academia de Inglés Ford van saliendo del caldero. Vestidos de azul y gris, saltan al escenario, ondeando banderas estadounidenses entre aplausos estruendosos (Eugenides, 2003, pp.138-139, cursivas en el original).

Del barco al caldero, a través de una pasarela que indica un camino único y de una sola vía. El mensaje no puede ser más claro: los inmigrantes europeos, a través de la adquisición del idioma inglés y de las costumbres y normas higiénicas norteamericanas, deberán dejar atrás sus particularidades étnicas. El proceso de asimilación a la sociedad receptora implica, de esta manera, tanto una renuncia a un conjunto de contenidos culturales propios como la asunción, sin cuestionamientos, de los norteamericanos. La apropiación de la metáfora del crisol se hace explícita: a la gran olla destacada por la iluminación del escenario, entran con sus atuendos típicos europeos de distintos orígenes; en su interior se desprenden de estos trajes para asumir la sobria vestimenta del ciudadano norteamericano promedio; en torno a este modelo se produce la fusión indiferenciadora de todos los migrantes.

La escena citada de *Middlesex* constituye un punto de partida ideal para las reflexiones que me propongo desarrollar en este último capítulo de la tesis. Las novelas analizadas en este trabajo, así como la reflexión producida por intelectuales de diversas disciplinas y orígenes nacionales en las últimas décadas, muestran cómo el modelo asimilacionista no permite dar cuenta de los modos en que los migrantes de origen caribeño y latinoamericano (y también asiático) se relacionan con la sociedad norteamericana. Me interesa detenerme en las diversas críticas que se le ha realizado a lo que se conoce como “immigrant analogy”, así como en las posturas alternativas que han surgido para interpretar la experiencia de los grupos minoritarios no blancos de los Estados Unidos. Entre estos últimos juegan un rol importante los colectivos de migrantes llegados en los años 50 y 60. Del interior de estos colectivos –muchos de los cuales constituyen en la actualidad verdaderas comunidades diaspóricas- surgen las principales voces artísticas e

intelectuales que propugnan y desarrollan formas de relación con la cultura dominante que les permitan mantener su especificidad y diferencias culturales, a la vez que tener un acceso más igualitario a los bienes, servicios y medios de representación de la sociedad receptora. Dentro de la producción de los intelectuales caribeños diaspóricos destaca asimismo la importancia que tiene la reflexión en torno a la situación de los países de origen y a su muchas veces conflictiva situación identitaria en relación a estos. Por lo general, los autores de la diáspora caribeña abogan por una ampliación de los conceptos de pertenencia nacional, de tal manera de no quedar excluidos de sus naciones de origen por el hecho de no haber permanecido en su territorio.

1. La ‘immigrant analogy’

Como muestra la escena citada de *Middlesex*, la ideología de la asimilación orientó en gran medida la forma en que fueron recibidos en Estados Unidos los inmigrantes europeos en la primera mitad del siglo XX. Esta ideología inspiró el desarrollo de políticas institucionales y discursos públicos que favorecían la integración homogenizadora de los grupos provenientes de Europa en el seno de la sociedad norteamericana. Las características fenotípicas de estos migrantes definitivamente favorecían estas metas: por ser en su mayor parte de raza blanca podían ser integrados sin mayores dificultades al grupo hegemónico de origen anglosajón.

Por el contrario, en el caso de la población afroamericana y de los indígenas norteamericanos, las diferencias fenotípicas y culturales, asociadas a situaciones de marginación histórica, ciertamente afectaban su plena integración en la sociedad mayoritaria. Con el fin de dar cuenta de las dificultades de asimilación de estos grupos, el sociólogo de la escuela de Chicago, Robert Park, planteó una teoría que tendría gran incidencia en el pensamiento racial y de relaciones con grupos minoritarios a lo largo del siglo XX. Park postuló que en la interacción entre distintos grupos raciales era posible reconocer un *ciclo de relaciones raciales* que comprendía cuatro estadios: contacto,

conflicto, acomodación y asimilación. En el caso de los distintos colectivos que convivían en los Estados Unidos, se consideraba que si bien este proceso podía ser largo y no estar exento de conflictos, finalmente terminarían por incorporarse plenamente a la sociedad de origen anglosajón.

Los estudios de los sociólogos de la escuela de Chicago contribuyeron notablemente a subvertir los postulados biologicistas y racistas, hasta entonces hegemónicos dentro de las corrientes de pensamiento sobre las diferencias raciales. Para estos sociólogos, la raza, más que un factor determinante y esencial, era una construcción social que quedaba subsumida bajo la noción de etnicidad. Es decir, para el paradigma etnicista desarrollado por los miembros de esta escuela, la raza era una categoría entre las muchas que determinaban la identidad de un grupo étnico. La etnicidad era comprendida como el resultado de un proceso de conformación de grupo basado en la cultura y en la descendencia, concibiéndose como cultura aspectos tan diversos como la religión, el lenguaje, las costumbres, la nacionalidad y la identificación política. “Descendencia”, por otra parte, involucraba herencia y un sentido de orígenes grupales (Omi y Winant, 1986, pp. 14-15).

Los teóricos de las primeras formulaciones de la etnicidad en Estados Unidos se concentraron en problemas de migración y en el estudio de situaciones en que distintas culturas entraban en contacto. Estas problemáticas fueron abordadas desde dos posturas distintas, la asimilacionista y el pluralismo cultural. El debate entre estos dos enfoques se centraba principalmente en la posibilidad y viabilidad de que los grupos étnicos mantuvieran identidades diferenciadas en el largo plazo; en el fondo, en la viabilidad de la etnicidad en una sociedad caracterizada por lo que se ha denominado la *anglo conformity*, es decir, la existencia de una cultura mayoritaria cohesionada. Pese a las diferencias entre estas corrientes, ambas coincidían en asumir que existe una cultura unitaria básicamente homogénea y en que la raza constituye un componente de la etnicidad. Por otra parte, es importante tener en cuenta que, pese a su interés por la

situación de las minorías raciales en la sociedad norteamericana, tanto el asimilacionismo como el pluralismo cultural elaboraron sus concepciones de etnicidad a partir de la observación de grupos europeos blancos. El supuesto de que a largo plazo no existirían diferencias esenciales entre los grupos étnicos europeos y las minorías raciales o de inmigrantes del tercer mundo con respecto a la posición ocupada en la sociedad norteamericana, es conocido como la *immigrant analogy*. Esta analogía se sustenta sobre la negación de la diferencia racial como un factor central en la determinación de la etnicidad. Sin embargo, esta negación “neglect both the institutional and ideological nature of race in America, and the systemic presence of racial dynamics in such social spheres as education, art, social policy, law, religion and science. (...) Such assumptions make it impossible to grasp the specificity of racism and racial conflict in the U.S” (Ibíd., p.10).

En el caso de la población afroamericana, la *immigrant analogy* no considera lo profundamente distinta que es su experiencia histórica con respecto a la de los migrantes europeos. Los africanos fueron arrancados violentamente de sus territorios de origen para servir como esclavos en Estados Unidos y otras tierras del Nuevo Mundo. Una vez abolida la esclavitud, sus descendientes siguieron viviendo bajo condiciones de explotación, marginalidad y exclusión extremas. Por otro lado, esta analogía tampoco considera que los migrantes europeos, al llegar a Estados Unidos, contaron con el apoyo de una serie de instituciones y voluntades políticas que efectivamente facilitaban y promovían su integración social. Los negros, por el contrario, estuvieron siempre sometidos a condiciones de vida y de trabajo que los mantenían en una posición marginal con respecto a la población blanca.

Fueron precisamente miembros de la comunidad afroamericana y de otras minorías raciales los que empezaron a impugnar los supuestos básicos de los paradigmas de la etnicidad. En el marco de los conflictos raciales de la década del 60, estos grupos rechazaron dos aspectos centrales de estos paradigmas: “the European immigrant

analogy which suggested that racial minorities could be incorporated into American life in the same way that white ethnic groups had been, and the assumption of a fundamental, underlying American commitment to equality and social justice for racial minorities” (Ibid., p.12).

2. Las huellas de los 60: movimientos sociales, nuevas oleadas migratorias y la emergencia del multiculturalismo

De acuerdo al estudio señero de Omi y Winant (1986), el pensamiento sobre temas raciales y diferencias étnicas en los Estados Unidos se fue transformando significativamente a partir de la década de los 60. Los conflictos raciales y los movimientos de lucha por los derechos civiles reposicionaron en ese decenio el tema racial, el cual adquirió una relevancia sólo comparable con la que tuvo durante la Guerra Civil del siglo anterior. La centralidad adquirida por el tema de la raza, conllevó un cuestionamiento a su consideración como una categoría más de la etnicidad y la ubicó como un componente que jugaba un rol fundamental en la estructuración de las relaciones políticas y sociales de la sociedad norteamericana. A diferencia de los años 60, convulsionados por las movilizaciones civiles, las revueltas en los ghettos y las demandas de inclusión planteadas por los grupos marginados, los 70 fueron años de relativa calma política en que los movimientos sociales del período anterior perdieron gran parte de su fuerza. Esta calma en gran parte fue posible por la institucionalización de muchas de las demandas planteadas en la década anterior. En los años 80, los temas de raza empiezan a recuperar vigencia y centralidad, pero esta vez en el marco de los esfuerzos conservadores por revertir las ganancias políticas conseguidas por los movimientos minoritarios en el pasado.

Pero veamos un poco más de cerca los principales procesos vividos por la sociedad norteamericana en las décadas mencionadas. En los años 60, los movimientos por los derechos civiles de chicanos, puertorriqueños, afroamericanos, indios americanos y

mujeres, impulsaron importantes transformaciones en la vida política, cultural, académica y social de los Estados Unidos. Cada colectividad tenía sus demandas, exigencias y reivindicaciones particulares, pero fue su emergencia conjunta lo que dio a sus luchas fuerza política, presencia socio-cultural y potencial de cambio. Los distintos grupos se abocaron a rescatar la memoria de sus orígenes y de sus experiencias particulares, así como a luchar por la revalorización de sus identidades raciales, étnicas y de género. De esta manera, lograron posicionar en el debate público norteamericano una serie de discusiones en torno a los temas de raza, etnia, de diferencia sexo-genérica y de opción sexual. Estos debates se dieron de la mano de y contribuyeron a consolidar una serie de transformaciones societales e ideológicas que conllevaron un cuestionamiento de la centralidad de la categoría de clase como eje articulador de la sociedad capitalista. Por otra parte, a raíz de las luchas por los movimientos civiles y las campañas por la igualdad de oportunidades, se implementaron una serie de medidas que permitieron mejorar las condiciones de vida, el acceso a la educación y las posibilidades de representación pública de los grupos tradicionalmente excluidos. A nivel académico se crearon departamentos de estudios étnicos y de mujeres, desde los cuales se inició el cuestionamiento al canon tradicional, que confería carácter de universalidad a la producción intelectual y literaria de un sujeto particular: el hombre blanco, occidental, de origen anglosajón.¹¹⁰

Por otro lado, las oleadas migratorias de origen caribeño, latinoamericano y asiático que se inician en los años 60 también contribuyeron notablemente a transformar los paisajes urbanos y la composición étnica y racial de la población norteamericana. Esta reanudación de la inmigración masiva a Estados Unidos durante la década de 1960 se dio en el contexto de la expansión de la actividad económica y militar de este país en Asia y la Cuenca del Caribe. La activa participación de Estados Unidos en el desarrollo de la actual fase del sistema económico contribuyó en forma decisiva –tal como lo

¹¹⁰ En Estados Unidos se recurre al término WASP (White Anglosaxon Protestant) para hacer referencia al sujeto hegemónico cuyas experiencias y manifestaciones culturales han sido tomadas como modelo universal de las expresiones de “lo humano”.

muestra Saskia Sassen en sus iluminadores estudios sobre migración- a la creación de potenciales migrantes en los países del Tercer Mundo más estrechamente vinculados a la economía norteamericana y el capital global (ver parte II de esta tesis).

Las nuevas oleadas de migrantes no europeos plantearon importantes desafíos a las concepciones tradicionales con respecto a la identidad norteamericana y al ideal asimilacionista. Artículos como “Beyond the melting pot”, de Glazer y Moynihan, publicado en 1963, dan cuenta del cuestionamiento cada vez más fuerte del que empezó a ser objeto la teoría del crisol de razas, según la cual las distintas oleadas migratorias que confluyen en el territorio norteamericano se irían integrando y asimilando progresivamente al núcleo etno-cultural anglo protestante. Para Glazer y Moynihan, si bien la experiencia migratoria transformaba a los individuos y colectivos, no necesariamente terminaba en su fusión total en la sociedad receptora. A partir de esta experiencia, los distintos grupos de migrantes no sólo se diferenciarían entre sí, sino también de sus comunidades de origen.

En contraposición a los migrantes europeos de inicios del siglo XX, los provenientes de otros lugares del mundo en los años 60 no se encontraron, a su llegada a Estados Unidos, con un sistema institucional equivalente encargado de facilitar su “americanización”. Además, el racismo de la sociedad norteamericana no facilitaba la integración de los “otros” raciales. Hay que considerar además, que mientras las migraciones europeas eran concebidas como desplazamientos definitivos que muchas veces implicaban cortar totalmente los lazos con la comunidad de origen, los nuevos migrantes, sobre todo los latinoamericanos y caribeños, mantenían vínculos muchos más estrechos y constantes con sus países de procedencia. La naturaleza circular de muchas de las nuevas migraciones, las mayores facilidades de comunicación y desplazamiento, así como la existencia de importantes comunidades de recepción en Estados Unidos, permiten que los nuevos migrantes conserven y cultiven sus vínculos con sus sociedades natales. Todas estas diferencias llevan a los nuevos inmigrantes a impugnar la llamada

“immigrant analogy”, que postula una equivalencia fundamental en las experiencias de las distintas oleadas de migrantes. Y la cuestionan no sólo porque asume que los migrantes post-60 tienen las mismas oportunidades de integración que sus predecesores de origen europeo, sino también porque consideran que la asimilación total al grupo mayoritario, es decir el borramiento de sus diferencias, conlleva a la larga una condena de desaparición de su especificidad cultural. De esta manera, estos grupos, y también los de afroamericanos e indígenas norteamericanos, no sólo reclamaban un mejoramiento de sus condiciones de vida y de sus posibilidades de acceso a los bienes y servicios de la sociedad mayoritaria, sino también el desarrollo de políticas que les confirieran derechos diferenciados.

Como señalamos anteriormente, en la década de 1970 la institucionalización de las reformas surgidas a partir de las demandas de los grupos minoritarios en Norteamérica, contribuyó a consolidar un ambiente de mayor tranquilidad social y racial. Estas reformas supusieron una mejoría en las oportunidades educativas para las minorías en Estados Unidos, así como en sus condiciones de vida en general. Desgraciadamente, esta situación no habría de durar mucho, ya que, como escribe Loic Wacquant, de la política de “guerra a la pobreza” de Lyndon B. Johnson se pasó a la de “guerra a la seguridad social” impulsada por Ronald Reagan a comienzos de los ochenta. El fuerte giro neoconservador que marcó esta nueva década, conllevó la reducción de las metas de la política gubernamental: “en vez de perseguir la erradicación de la pobreza (...) y la disminución de las disparidades raciales, el Estado se conforma hoy con supervisar la contención de la primera en ruinosos enclaves para minorías (y en las cárceles que se construyeron a ritmo asombroso en la década pasada para absorber a sus ocupantes más disociadores) y con la ‘ignorancia benigna de las segundas’” (Wacquant, 2001, p.37). Se producen así, a partir de los ochenta y con creciente fuerza en los noventa, importantes retrocesos en los avances políticos obtenidos por los movimientos de las minorías en las décadas anteriores. Con la aplicación de las políticas neoliberales se incrementó en los últimos años la polarización de la estructura de ingresos, se redujo el aporte estatal a

instituciones sociales y se impulsó la privatización del espacio público. Las comunidades minoritarias, ya empobrecidas por la desaparición o recolocación en el extranjero de muchas empresas manufactureras, vieron radicalizarse sus situaciones de marginalidad económica y social.

En este contexto de un neoconservadurismo que a partir de los años 80 empieza a adquirir carácter hegemónico en la política norteamericana, se desarrollan un sinnúmero de debates en torno a temáticas de diversidad cultural, las cuales son abordadas desde perspectivas muy disímiles. Gran parte de estos debates se articulan en torno al término multiculturalismo, el cual es interpretado de formas muy diversas y hasta contradictorias, tanto por sus defensores como por sus detractores. De esta manera, más que como un concepto analíticamente claro y bien definido, el multiculturalismo aparece como un espacio de amplios intercambios políticos y culturales. Desde el neoconservadurismo, se le atribuye al multiculturalismo la responsabilidad de lo que es considerado como una profusión de políticas con contenidos discriminatorios para la mayoría blanca. Las discusiones en torno a la revisión y reformulación del canon literario, los programas de acción afirmativa en muchas universidades, la ampliación de derechos a los migrantes, entre otros, son logros de las minorías asociados por la derecha al triunfo de posturas multiculturalistas.

Por otra parte, filósofos como Charles Taylor y Will Kymlicka consideran estas políticas de discriminación positiva como parte de los logros de las políticas multiculturalistas. Desde su perspectiva, el multiculturalismo constituye una “postura moral y políticamente favorable al pluralismo cultural y a los modelos de integración social y de gestión política que persigan su fomento” (Colom González, 1999, p.105). La aceptación del multiculturalismo con todas sus consecuencias constituye entonces la alternativa más progresista y democrática que puede asumir un Estado liberal frente a situaciones de diversidad cultural. Para justificar la entrega de derechos diferenciados a grupos minoritarios, los filósofos multiculturalistas –que se inscriben dentro de la corriente de

pensamiento liberal, para la cual el sujeto-individuo constituye el centro en torno al cual se articulan unos derechos por principio ciegos a las diferencias- le otorgan al reconocimiento un rol central en la constitución de identidades personales y grupales. Éstas solo pueden alcanzar una articulación plena e integrada, en la medida en que el medio social les devuelve una imagen positiva de sí mismas. En este sentido, no otorgar reconocimiento a una persona o grupo puede constituirse en una forma de opresión. Fue sobre estos fundamentos que Canadá se convirtió, en 1971, en el primer país en abrazar el multiculturalismo como una política oficial; Australia es otro de los países pioneros en asumir la práctica política del multiculturalismo.

Pese a esta asociación entre multiculturalismo y transformaciones políticas favorables a minorías marginadas, muchas de las críticas contra esta postura filosófica provienen de sectores progresistas que apoyaron las luchas de los grupos minoritarios en los años 60. Algunos miembros de estos sectores consideran que es erróneo identificar el multiculturalismo con la filosofía o postura política que sustentó estas luchas. Muy por el contrario, éste representaría la forma de pensamiento que a partir de los años 80 empieza a ganar hegemonía en la política y la cultura norteamericanas, logrando cooptar las reivindicaciones y demandas radicales planteadas por los movimientos por los derechos civiles en el decenio de 1960. Un rol semejante le cabría a los paradigmas de la etnicidad en esta etapa de su desarrollo, ya que de operar entre 1930 y 1965 como el sentido común liberal/progresista con respecto a los temas de raza, habría pasado, en la etapa post-65, a defender los valores del neoconservadurismo. En este marco se deben comprender las fuertes críticas esgrimidas desde su interior en contra de las políticas de discriminación positiva promulgadas en la década de los 70, a las cuales se les atribuía un carácter anti-democrático (ver Omi y Winant, 1986).

Por su parte, el filósofo Slavoj Žižek considera que el multiculturalismo es la ideología del capitalismo global, ya que mientras discursivamente parece favorecer la diversidad, en la práctica avala la homogenización sin precedentes del mundo contemporáneo. Žižek

crítica la actitud multiculturalista que trata a cada cultura local como el colonizador trata al pueblo colonizado: como “nativos” cuya cultura debe ser estudiada y respetada cuidadosamente. En esta postura se reconoce una distancia eurocéntrica condescendiente para con las culturas locales, que consolida a la cultura occidental como el universal frente al cual se mide la diferencia de los “otros”. Por otro lado, Eliana Ortega critica a las posiciones multiculturalistas por su tendencia a reunir bajo un mismo paraguas todas las diferencias, como se evidencia en la agrupación de todos los migrantes latinoamericanos o del Caribe hispánico, bajo la categoría de “hispanics” o “latinos”, sin considerar la inmensa heterogeneidad de sus orígenes nacionales, historias, situaciones de migración, condiciones de inserción en la sociedad norteamericana, etc. Este mismo tratamiento indiferenciado es denunciado por Omi y Winant (1986) como característico del acercamiento de los paradigmas de etnicidad a los negros. La frase “they all look alike”¹¹¹ describiría ejemplarmente este tipo de aproximación, que ve a los negros como un grupo étnico entre otros, sin considerar sus distintos orígenes nacionales, religiones, lenguajes y costumbres como fuentes de etnicidad diferenciada.

3. El auge de la literatura ‘étnica’

Para los que entienden el multiculturalismo como una filosofía que aspira a la construcción de una sociedad capaz de acoger a sus distintos grupos étnicos y raciales, respetando sus diferencias y generando las condiciones para el desarrollo de una cultura cívica común, los años 80 constituyen una época de crisis de la sociedad multicultural norteamericana. A lo largo de esa década se fue haciendo cada vez más evidente la coexistencia de la diferencia con la indiferencia, cuando no con el rechazo y la discriminación abiertas. Como señala Sennett, en las postrimerías del siglo XX, en ciudades como Nueva York es posible reconocer “una voluntad de vivir con la

¹¹¹ En el *Cahier d'un retour au pays natal*, Césaire parodia la tendencia a homogenizar a los negros y muestra sus connotaciones racistas : “(niggers- are- all- alike, I tell you / vices-all-the-vices, believe-you-me, /nigger- smell, that’s-what-makes-cane-grow/ remember-the-old-saying: beat-a-nigger, and you feed him)” (Césaire, 1984, p.25).

diferencia, pero, al mismo tiempo, la negación de que ello implique un destino compartido” (Sennett, 1997, p.394).

En este contexto, Yolanda Martínez-San Miguel (2003) llama la atención sobre el desfase existente entre la orientación neoconservadora de la política norteamericana -que provocó la crisis de las concepciones multiculturales de las décadas anteriores¹¹²- y una cultura comercial que se tradujo en un auge sin precedentes de la llamada literatura ‘étnica’. Con respecto a la escritura de mujeres, Eliana Ortega observa una paradoja similar, esta vez entre los desarrollos al interior del mundo académico y la orientación de las industrias del libro:

In spite of the vicissitudes experienced by women’s studies programs and departments in the academy, in the publishing world women’s literature is a “commodity”, particularly when it is the production of a group often depicted as “exotic”. What the academy marginalizes as “other”, the market exploits as profit (Ortega y Saporta, 1989, p.11).

En Estados Unidos, el tema de la relación entre el mercado editorial y los escritores que pertenecen a distintas minorías es sumamente complejo. Durante mucho tiempo estos autores tuvieron dificultades inmensas para publicar y difundir sus obras, las que rara vez lograban trascender el círculo de los amigos y conocidos. El ‘descubrimiento’ de esta escritura por parte de la industria editorial, sobre todo a partir de la década de los 80, forma parte de un proceso mayor de reorientación de la producción para el consumo. Mientras en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial las políticas de producción masivas apuntaban a generalizar la adquisición de bienes muy similares, la

¹¹² En la experiencia personal de Martínez-San Miguel esta crisis se ve ilustrada por (1) la aprobación de la Proposición 187 (1994), que limitaba el acceso de los inmigrantes indocumentados a la educación y a los servicios médicos; y (2) la eliminación de los programas de acción afirmativa en el sistema de la Universidad de California (1995). Por otra parte, la autora observa el endurecimiento progresivo de las fronteras internas y externas de la sociedad estadounidense y la agudización de los prejuicios que separan y enfrentan a las diversas minorías que conviven en enclaves migratorios norteamericanos como Chicago, San Francisco, Nueva York y Miami (Martínez-San Miguel, 2003, pp. 21-22).

cual señalaba la pertenencia a una creciente clase media que habitaba viviendas similares y se servía de los mismos electrodomésticos, prendas de vestir, etc., en las últimas décadas del siglo XX el consumo se empieza a publicitar como un mecanismo que permite establecer diferencias y construir particularidades. En una época de creciente individualismo, asociado a la búsqueda de caminos y sentidos elegidos en forma autónoma, la posibilidad de acceder a muchos y muy distintos objetos materiales y simbólicos pareciera cimentar la ilusión de libertad. El mercado, y la industria editorial en el caso que nos ocupa, han sabido aprovechar esta sed de signos de diferencia a través del fomento y la publicación de obras de literatura étnica. Como señala la feminista afroamericana bell hooks:

En los debates actuales acerca de raza y diferencia, la cultura de masas es la que declara públicamente y perpetúa la idea de que puede ser placentero reconocer y disfrutar las diferencias raciales. Convertir la Otridad en mercancía ha tenido mucho éxito porque se ofrece como un nuevo deleite, más intenso y satisfactorio que los modos comunes de hacer y sentir. En la cultura comercial, la etnicidad se convierte en especie, condimento que puede animar el platillo aburrido que es la cultura blanca dominante (hooks, 1996, p.17).

Ahora bien, este interés del mercado también ha beneficiado a escritores hasta entonces ignorados por la industria, quienes finalmente pueden ver su obra publicada y difundida a través de importantes sellos editoriales. Por otra parte, esto también favorece a los lectores pertenecientes a grupos minoritarios, los cuales por primera vez empiezan a encontrar representadas a nivel literario experiencias de vida mucho más cercanas a las suyas que las narradas en los libros canónicos de la tradición anglo-sajona. Idealmente, también se podría esperar que la posibilidad abierta a los miembros de sectores hegemónicos de acceder a la literatura producida por los “otros” de su sociedad, estimulara el interés por acercarse más abierta y desprejuiciadamente a otras formas de vida.

Es importante considerar que la relevancia adquirida en las últimas décadas del siglo XX por los escritos de autores provenientes de sectores minoritarios, también es fruto de las políticas educativas y de discriminación positiva implementadas a raíz de los movimientos por los derechos civiles de los años 60. Estas políticas abrieron las puertas de las universidades a miembros de sectores marginales, quienes accedieron a la cultura de la letra en un momento en que se discutía fuertemente la necesidad de revisar y ampliar los programas de estudios y el canon literario. Así, si bien a partir de la década de los 80 estas políticas más inclusivas empezaron a sufrir serios retrocesos, su implementación ciertamente incidió en la emergencia de escritores y lectores entre colectivos que hasta entonces habían ocupado un lugar muy marginal con respecto al mundo académico.

El acceso de algunos escritores étnicos, de cada vez más mujeres, y de otros grupos tradicionalmente marginados a un mercado editorial prestigioso y de alcances masivos, no sólo significó la aparición de nuevas oportunidades, sino que también se tradujo en una nueva situación de exposición a una serie de demandas provenientes de diversos frentes. A nivel estético e ideológico, una de las demandas más frecuentes y también ambiguas a las que se ven enfrentados estos escritores es la de autenticidad, asociada a una concepción de la identidad enraizada en ideales de pureza y en la necesidad de establecer claros y definitivos límites entre lo propio y lo ajeno. En consecuencia, muchas miradas parecen permanentemente orientadas a evaluar el grado de correspondencia entre la producción artística de los grupos étnicos y lo que vagamente es considerado como la experiencia cultural que compartirían todos aquellos que provienen de un mismo lugar. De esta manera, recupera fuerzas una tradición de crítica literaria que nadie esperaba encontrar ni cultivar en otros contextos. Me refiero a la lectura de los textos literarios como reflejos de la realidad, como si en lugar de crear sus propios universos de ficción debieran documentar fielmente lo que ocurre en el mundo exterior. Si bien esta formulación puede parecer un poco exagerada, considero que

difícilmente algún otro grupo de escritores se ve cuestionado con tanta frecuencia por no expresar en forma “adecuada” una determinada experiencia cultural. De ellos parece esperarse que cumplan un rol de voceros de su comunidad, más que de sujetos capaces de crear obras singulares que ciertamente surgen de un contexto particular pero que no tienen porque estar unívocamente determinadas por éste.

No es muy claro cuáles son las características y los límites de la experiencia cultural que, supuestamente, estos autores deberían expresar. Por un lado, los que leen la obra de sus compatriotas emigrados desde su propia experiencia de permanencia en el territorio nacional, suelen condenar la presencia en ella de cualquier traza de contaminación con la cultura de la sociedad receptora. Por otra parte, el público norteamericano masivo acostumbra esperar de esta producción que satisfaga sus necesidades de exotismo. En el primer caso se ubican los críticos que, arrogándose una pertenencia más legítima a su comunidad cultural, asumen una actitud de sospecha cuando un autor que lleva muchos años en los Estados Unidos escribe un texto ambientado en la ciudad caribeña que abandonó. Esto es ejemplificado muy bien por uno de los comentarios negativos que ha recibido la novela *Dreaming in Cuban* de Cristina García: “García nunca ha visto a una mujer en un porche mirando por binocular (...) Sus memorias de Cuba se restringen a las dos semanas que pasó allá en 1984”.¹¹³ Quizás García previó de alguna manera estas críticas y se adelantó a ellas construyendo un personaje que funciona como su *alter ego* –Pilar Puente- y que, pese a haber salido de Cuba a tan temprana edad como la autora, es capaz de recordar vívidamente sus experiencias en la isla: “I was only two years old when I left Cuba but I remember everything that’s happened to me since I was a baby, even word-for-word conversations.” (*Dreaming in Cuban*, p.26). De esta manera, la novela destaca el rol que les cabe a los emigrados en el cultivo de la identidad nacional y la preservación de la memoria¹¹⁴. De hecho, Pilar Puente es elegida por su abuela como

¹¹³ Italia Hillel, citada en Ween, 2003, pp.137-138.

¹¹⁴ Según relata Torres-Saillant, el poeta quisqueyano Pedro Mir incluso llegó a la conclusión de “que los valores patrios sólo podrán preservarse gracias a la avidez dominicanista de nuestra emigración” (Torres-Saillant, 1999, p. 53).

depositaria de la colección de cartas que a lo largo de su vida le fue escribiendo a un antiguo amor y que nunca llegó a enviar. En la última de estas misivas, con la que finaliza el texto de García, Celia se despide de su amado con las siguientes palabras: “The revolution is eleven days old. My granddaughter, Pilar Puente del Pino, was born today. It is also my birthday. I am fifty years old. I will no longer write to you, *mi amor*. She will remember everything” (*Dreaming in Cuban*, p.245, cursivas en el original). De esta manera queda claro tanto que la actividad epistolar de Celia debía contribuir, en primer lugar, a la conservación de los recuerdos personales y familiares, como que Pilar Puente estaba destinada, desde el momento de su nacimiento, a heredar los relatos de su abuela.

Pretender que los escritores solo pueden escribir sobre la base de sus experiencias personales es condenar a la literatura a perder todo su potencial creativo. Pero esta condena –y este tipo de críticas- no suelen dirigirse a la literatura en general, sino que se orientan específicamente a la producida por miembros de grupos minoritarios. Probablemente esto se pueda atribuir al auge experimentado a partir de los años 60 por el género testimonial y autobiográfico, el cual contribuyó a la visibilización de las historias de vida personales y colectivas de miembros de sectores marginales de la sociedad. Esto, sin embargo, no tiene por qué significar que desde estos sectores sólo se pueda esperar una producción de corte autoreferencial.¹¹⁵

Las críticas dirigidas contra escritores que, como García, ubican sus narraciones en espacios o momentos históricos en los que no pudieron participar directamente, muestra cuán extrema es la exigencia de mimetismo que se le plantea a la literatura ‘étnica’. Pero, como ya vimos, se espera también que los autores inscritos en esta corriente representen una identidad cultural arraigada en sus orígenes y conexiones ancestrales

¹¹⁵ Por otra parte, esto se relaciona también con el auge que experimentan en el último tiempo todas aquellas historias que se presentan como surgidas de la “vida real” y que conllevan a la profusión de realities, talk shows, libros de no ficción testimoniales, que caracterizan la producción masiva de este momento de la historia cultural occidental (ver segundo capítulo de la tercera parte de esta tesis).

(esto sería lo más puro y auténtico a lo que se puede aspirar). La paradoja y las tensiones asociadas a esta doble demanda son evidentes. Por un lado, se espera que del ejercicio mimético surja una obra que de alguna manera encarne esa caribeñidad, o identidad nacional, de la que el autor debiera ser portador y portavoz a la vez. Pero, por otra parte, se cuestiona que quienes están fuera del territorio nativo puedan efectivamente transmitir lo que significa formar parte del colectivo que cotidianamente practica esa identidad nacional. En el fondo, estas posturas están ancladas en concepciones de la identidad como algo homogéneo, coherente, que debiera mantener su carácter esencial pese a los cambios y transformaciones asociados a la experiencia migratoria y al contacto con otras culturas.

Además de algunos esfuerzos de inspiración detectivesca,¹¹⁶ orientados a corroborar la adecuación entre el mundo ficcional y sus referentes en la realidad, se puede encontrar en las críticas y reseñas de la obra de escritores ‘étnicos’ la tendencia a prestar atención a aspectos tan indefinibles como el “sentimiento o sentido latino” (*latin feel*). Su presencia en un texto literario sería prueba de la autenticidad de los sentimientos identitarios representados. Así, se espera que en la obra de un caribeño o latino sea posible encontrar ciertas “marcas” de caribeñidad (la imborrable, y ciertamente indescriptible, “mancha del plátano”, por ejemplo) o latinidad, respectivamente.

Basta echar una rápida ojeada a las portadas de las novelas de escritores caribeños publicadas en Estados Unidos, así como a los comentarios seleccionados para promocionarlas, para reconocer cómo las industrias culturales explotan estas “marcas” como signos de diferencia. Estos comentarios suelen destacar los componentes exóticos de estas producciones, a la vez que tienden a neutralizar sus dimensiones políticas e

¹¹⁶ No puedo describir de otra manera el comentario incluido en otra reseña crítica de *Dreaming in Cuban* de Cristina García: “Me ofenden el primitivismo, los procesos mentales rudimentarios y la cursilería que la autora nos atribuye a los cubanos... Me molestaba también la distorsión del folklor y las costumbres. La sospecha que los rituales de santería del libro no tienen correspondencia alguna con la realidad me llevó a verificarla con una santera, cuyo diagnóstico fue que [la novela debía llamarse] Soñando en Americano” (Patricia Duarte, 1993, p.10).

ideológicas más inconformistas. Así, por ejemplo, la novela *The Farming of Bones*, en la que Edwidge Danticat reconstruye la matanza de trabajadores haitianos en República Dominicana bajo la dictadura de Trujillo, es publicitada en una de sus ediciones como una historia de amor entre dos jóvenes separados por la violencia. Lo que constituye el tema principal de la novela es rebajado a la categoría de escenario emocionante para el desarrollo de una historia de amor, que podría haber tenido lugar en cualquier otro período histórico y locación geográfica. A nivel de las ilustraciones de portada, ocurre exactamente lo contrario a lo que observa Borges con respecto a la indudable filiación árabe del *Alcorán*, la que quedaría precisamente demostrada por la ausencia de camellos desfilando por sus páginas. Siguiendo el razonamiento borgeano, la profusión de palmeras y paisajes tropicales en las portadas, más que demostrar la indudable “caribeñidad” de muchas de las novelas publicadas en Estados Unidos, debiera hacernos sospechar, por lo menos, de su utilización como ganchos comerciales.

Uno de los graves problemas asociados a esta tendencia a resaltar los contenidos exóticos de las obras de grupos minoritarios radica en que puede llevar a algunos artistas a “otrizarse” a sí mismos, es decir, a caer en un autoexotismo¹¹⁷ en respuesta a las demandas de “primitivismo” y diferencia planteadas por la industria editorial. Las celebraciones de la diferencia como un valor en sí misma, pueden ser menos liberadoras de lo que parece a primera vista, contribuyendo en última instancia a la consolidación de prejuicios y estereotipos sobre sectores que por su posición marginal han tenido escaso acceso a la representación y generación de discursos propios. No deja de ser problemático que actualmente su producción artística se vea sometida a la exigencia de mostrarse como “auténticamente otros.” Entre las escritoras estudiadas en esta tesis, claramente es Esmeralda Santiago quien más se adapta a las demandas de exotismo, singularmente satisfechas por la confección gráfica y las historias narradas en *When I*

¹¹⁷ El curador cubano Gerardo Mosquera advierte de este peligro en relación a los artistas plásticos que forman parte de lo que se conoce como el “boom de la periferia.”

was Puerto Rican. Sobre el exotismo de esta novela escribe acertadamente la crítica puertorriqueña Vanessa Vilches:

Si se mira bien el texto en su edición original, la portada y el glosario ya denuncian el exotismo de la autoctonía a la que recurre el relato; inventario de los emblemas de la puertorriqueñidad. La portada de María Dolores Rodríguez, postalita nostálgica de tierra adentro para consumidores de lo latino light en el mercado étnico norteamericano, está pintada de colores brillantes. Aparecen como elementos centrales a la composición: una casa de madera de dos aguas, niños –muchos y descalzos-, madre tendiendo ropa al viento –también descalza-, palmera (...), un platanal, pajaritos y gallos. El texto, al igual que su portada, es una formulación parcial de la visión de la esencia cultural que aísla ciertos elementos y los presenta como la totalidad de la experiencia cultural (Vilches, 2003, p.159).

La demanda de autenticidad también está estrechamente ligada al idioma de escritura y suele enraizarse en concepciones de la relación entre lengua y cultura heredadas del romanticismo alemán. Según éstas, la cultura sólo puede ser expresada en forma auténtica a través de la lengua original. Es por ello que entre los principales cuestionamientos dirigidos a los miembros de las comunidades diaspóricas, se encuentra el referido a la pérdida o deformación del idioma natal a raíz del contacto cotidiano con el inglés. Así, para la lingüista dominicana Irene Pérez, los dominicanos ausentes constituyen “un agente nocivo para la salud de la lengua”, mientras para la periodista Lucy Placencia el ‘spanglish’ hablado por los dominicanos en Estados Unidos es “una mezcla de inglés y español llena de disparates” (citadas por Torres-Saillant, 1999, p.48). También entre los puertorriqueños de la isla, el *pocho* es considerado como un “cultural traitor, one who speaks the oppressor’s language by speaking English, thus ruining the Spanish language” (Ferreria, 2004, p.90). Estas actitudes explican también que movimientos culturales como el de los “nuyoricans” en Nueva York tengan entre sus principales reivindicaciones la rehabilitación del spanglish, del cual se sirven no sólo

para comunicarse en las calles, sino también para expresar poéticamente sentimientos de fractura identitaria y de marginalización asociados a los procesos de migración y de socialización escindida entre dos universos culturales.

La vida entre dos culturas en las que se hablan idiomas distintos lleva asociada la necesidad de llevar a cabo permanentes esfuerzos de traducción. Tradicionalmente se asocia el original con lo auténtico y la copia con lo inauténtico. En las reseñas y análisis de obras de literatura ‘étnica’ esta relación de original-copia no sólo se establece con respecto a la lengua en que se escribe un texto y aquella a la que posteriormente es traducido, sino también en relación al idioma en que se vivió una determinada experiencia y aquél en el cual ésta es relatada más adelante. Habría entonces, sobre todo en la obra de los miembros de la generación 1.5 que suelen escribir en inglés, múltiples procesos de traducción asociados a la escritura. Al elegir el inglés -idioma en que fueron escolarizados y que, por lo tanto, constituyó la principal puerta de acceso al universo letrado- para escribir sobre experiencias vividas en su idioma natal, estarían realizando una primera traducción. Ésta ciertamente escapa el ámbito estrictamente lingüístico para abarcar lo cultural y nacional. Porque escribir en inglés también tiene implicancias con respecto a la audiencia a la que, en primer lugar, se dirige el texto. Así, las experiencias vividas en la lengua natal no sólo tendrán que ser expresadas en una lengua adquirida posteriormente, sino que además deberán ser descritas y presentadas de tal manera que el lector anglo pueda comprenderlas. Por otra parte, muchos de estos escritores participan activamente en la traducción de sus escritos al idioma de su niñez, de tal manera que también sean accesibles a los miembros de su comunidad natal.

La pretensión de poder distinguir tan nítidamente entre la lengua en la que se vivió una experiencia y aquella en la que se la representa literariamente no deja de ser problemática. Los recuerdos, la memoria, no tienen una existencia exterior a las personas o colectivos; no permanecen, por lo tanto, inmunes al acopio de nuevas vivencias y a la adquisición de nuevos discursos o conocimientos a la luz de los cuales

pueden verse continuamente resignificadas. Por otra parte, estas experiencias tampoco pueden ser desligadas del idioma en el que fueron vividas y procesadas originalmente. Los escritores y escritoras que en la edad adulta recurren a otro idioma para narrar su infancia, se relacionan con esa etapa de su vida desde la perspectiva que les otorga el haber migrado, entrado en contacto con otra cultura y aprendido otra lengua. No se trata entonces de reconstruir una infancia suspendida en un pasado que permanece intocado, sino de reelaborarla y reinterpretarla a través del prisma de recuerdos y aprendizajes posteriores. La tarea de la crítica debiera ser precisamente dar cuenta de la complejidad y riqueza resultantes de la interacción de distintos registros lingüísticos y culturales, reconociendo que entre lo referido y las formas de representarlo no es posible establecer fronteras tan nítidas.

Por lo general, cuando se afirma con respecto a una obra que refleja en forma auténtica una identidad cultural, se asume que también puede ser considerada como representativa de las ideas, costumbres, formas de ser de las personas y colectivos que se identifica como sus referentes en el mundo real.¹¹⁸ Ésta, que podríamos llamar como demanda de representatividad, lleva asociados problemas semejantes a los referidos con respecto a la de autenticidad. Mientras por un lado es importante para un colectivo sentir que sus experiencias son representadas por uno de sus miembros, que de esta manera puede contribuir a afianzar y perfilar la identidad del grupo, por otra parte es necesario no perder de vista el carácter singular de la obra de un individuo particular. Además, pese a que aparentemente están arraigadas en una concepción muy realista de la literatura, muchas veces lo que está por detrás de estas demandas es una necesidad ideológica de ver confirmados una serie de estereotipos y sentidos comunes referidos al universo cultural con el que se relaciona el autor y el mundo representado en su obra. Como he procurado mostrar a lo largo de este apartado, existen en relación al Caribe una serie de tropos y paradigmas que referirían a una “caribeñidad” esencial, los cuales, según cierto

¹¹⁸ Ver el capítulo anterior de esta tesis, en el que se analizan las reacciones de Edwidge Danticat y Jamaica Kincaid ante las pretensiones de universalizar y convertir en ejemplares lo que conciben como experiencias particulares.

tipo de lectura, no debieran estar ausentes de las obras realmente “auténticas” y “representativas”.

4. Identidades compuestas: de migrantes a étnicas

Para poder comprender la producción literaria de las escritoras ‘étnicas’ en Estados Unidos, resulta necesario detenerse en las particularidades de sus situaciones de enunciación. Las comunidades a las que pertenecen muchas de estas autoras se encuentran en un momento de tránsito entre una autodefinición y percepción como migrantes o exiliados a una de grupo étnico y/o diaspórico. Más adelante me ocuparé de las coincidencias y diferencias entre estas dos últimas categorías. Pero antes me interesa detenerme en la caracterización que ofrece el artículo “From Immigrants to Ethnics”, de Eliana Rivero, de las transformaciones sufridas por la escritura de mujeres que ya no se definen sólo como cubanas, sino más bien como cubano-americanas. Esta adscripción identitaria compuesta –expresada a través del uso del guión- la encontramos sobre todo entre quienes migraron como niños y adolescentes a Estados Unidos y entre los miembros de la segunda generación.

El caso de la migración cubana en Estados Unidos, analizado por Eliana Rivero en el artículo citado, muestra la heterogeneidad que caracteriza en términos sincrónicos y diacrónicos a la producción artística de los miembros de comunidades exílicas. Según Rivero, aquellos escritores cubanos que llegaron a Estados Unidos como adultos y con una trayectoria literaria previa, suelen presentarse a sí mismos como exiliados y desarrollar una literatura abocada principalmente a recrear espacios internos y externos intensamente relacionados con su isla natal. Su obra está marcada por la nostalgia y muchas veces también por la necesidad de exponer su posición disidente con respecto a la revolución cubana. En esta literatura la experiencia norteamericana prácticamente no aparece representada.

Recién a mediados de los años 70 emerge una literatura producida por cubanos en Estados Unidos que da cuenta de la experiencia de vivir en ese país, así como las escisiones y fracturas asociadas al desarrollo de una identidad doble. Rivero identifica a Lourdes Casal –poeta, cuentista, ensayista, académica y activista política- como la primera autora cubana-americana, “exemplary in marking the transition from a consciousness of immigration to a certainty of permanent dualism, existential as well as sociocultural” (Rivero, 1989, p.192). El poema de Casal, “Para Ana Velfort” (que salió a la luz en 1976) expresa muy bien esta escisión identitaria y la imposibilidad de establecer una relación de pertenencia unívoca:

Pero Nueva York no fue la ciudad de mi infancia
no fue aquí que adquirí las primeras certidumbres,
no está aquí el rincón de mi primera caída
ni el silbido lacerante que marcaba las noches.
Por eso siempre permaneceré al margen,
una extraña entre estas piedras
aún bajo el sol amable de este día de verano,
como ya para siempre permaneceré extranjera
aun cuando regrese a la ciudad de mi infancia.
Cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos,
demasiado habanera para ser neoyorkina,
demasiado neoyorkina para ser,
-aun volver a ser-
cualquier otra cosa (Casal, citada por Rivero, 1989, p.193).

El posicionamiento explícito del sujeto poético en el cruce de dos culturas -de las que se siente parte y a la vez extraña-, se expresa en este poema en y desde el castellano. El lenguaje elegido para la enunciación no presenta huellas de la interacción con el inglés; la dualidad y alienación representadas no estallan aún en las formas desarrolladas para su expresión. En los textos de autores posteriores que tematizan el tránsito de una

identidad única a otra bicultural o étnica, el bilingüismo y el recurso a un permanente *code switching*, así como la reflexión explícita en torno a la relación no “natural” con cualquiera de los idiomas hablados, constituyen recursos frecuentes utilizados para expresar la conciencia de una doble pertenencia conflictiva. Esta situación de tránsito, de vivir a “horcajadas entre dos culturas” como decía Albert Memmi, muchas veces es vivida como una carencia de lugar, de lenguaje, de posibilidad de pertenecer:

DEDICATION

The fact that I
am writing to you
in English
already falsifies what I
wanted to tell you
My subject:
how to explain to you that I
don't belong to English
though I belong nowhere else,
if not here
in English (Pérez Firmat, en www.gustavoperezfirmat.com).

Las reflexiones identitarias de Casal y Pérez Firmat también muestran cómo los migrantes contemporáneos –que suelen mantener lazos estrechos con el lugar de origen y aspiran a participar en la sociedad de recepción sin verse obligados a asimilarse totalmente a ella- despliegan enormes esfuerzos para crear nuevas formas de concebir las relaciones con el territorio y las culturas nacionales y de acogida, así como de desarrollar nuevos lenguajes para la expresión artística y la comunicación interpersonal. Si los sujetos poéticos de estos poemas no tienen un lugar al cual retornar, un espacio en el cual sentirse realmente “en casa”, es porque, de alguna manera, este espacio se está gestando con ellos, está naciendo de su experiencia que no es ni caribeña, ni

norteamericana, sino que se ubica en un punto intermedio, en lo que Homi Bhabha denominaría un in-between.

La pregunta por la pertenencia constituye uno de los ejes que orientan la escritura de *Dreaming in Cuban*, la primera novela de Cristina García, quien expresa más una identidad étnica que de migrante, en los términos propuestos por Eliana Rivero. La misma García se autodefine como cubana-americana y tiene clara conciencia de pertenecer a una nueva generación de escritores de origen latino que eligen el inglés como idioma de escritura:

Creo que mientras más educados los escritores latinos y más cómodos se sientan escribiendo en inglés, mejor literatura habrá. Los inmigrantes deben abrirse paso en los Estados Unidos. Llega el momento en que el inglés se convierte en la primera lengua en lo que respecta a interacción social, a la educación. Quienes estamos a horcajadas entre las dos culturas nos encontramos en una posición singular para narrar nuestras historias, para contar las historias de nuestras familias. Estamos todavía muy cerca de la inmigración, a raíz de ella y, sin embargo, ésta no nos afectó tan directamente como a nuestros padres y abuelos. De modo que somos verdaderamente bilingües, verdaderamente biculturales, en una forma que no lo fueron las generaciones anteriores (Entrevista de Iraida López, 1993-1994, p.241).

Como mencioné anteriormente, García salió de Cuba a los dos años de edad, por decisión de sus padres que se oponían al régimen revolucionario. Pese a formar parte del exilio anticastrista, la familia García no se radicó en Miami, sino en Nueva York. En esa ciudad, la autora vivió en una barriada judía de Queens y posteriormente en Brooklyn Heights, donde interactuó con una población heterogénea en términos de composición étnica y racial. García, entonces, no tuvo la típica infancia de los exiliados cubanos de

Miami, quienes, según los que desconfían de la “autenticidad” de *Dreaming in Cuban*, cultivarían la *cubanía* de forma más cotidiana. Este dato biográfico es importante para comprender la perspectiva de doble distanciamiento que adopta Pilar Puente, la protagonista de *Dreaming in Cuban* y alter ego de la autora, que es el único personaje de la novela que no se alinea ni con la Revolución ni con el extremismo de los exiliados. La ecuación de exilio y distancia crítica, tan importante para el modernismo, se vería en esta caso duplicada por la no participación de García de la comunidad de cubanos en Miami, por la cual, además, ha sido duramente criticada.

La situación de los cubanos en Estados Unidos tiene un cariz distinto al de otras migraciones. Por una parte, desde la revolución cubana han sido mucho mejor acogidos que los provenientes de otros países de América Latina, el Caribe y también de Asia, debido a los intereses norteamericanos de fortalecer la oposición a Castro tanto dentro como fuera de la isla. Dado el carácter fundamentalmente político de este exilio y a su composición socioeconómica –sobre todo hasta antes del desembarco de Mariel, que condujo a costas norteamericanas a cubanos de sectores socioeconómicos más bajos que los del exilio anterior-, sus integrantes no sufrieron, en territorio norteamericano, las dificultades legales, económicas y la discriminación social y racial que siguen dificultando la integración de quienes llegan de otros territorios.

La novela de García muestra las divisiones que se han producido en el seno de la ‘familia cubana’ a partir del triunfo de la revolución castrista. Las semejanzas destacadas por el crítico William Luis entre el personaje de Celia –la abuela de Pilar Puente- y el de Cecilia Valdés, protagonista epónima de la novela fundacional decimonónica de Cirilo Villaverde, permiten reconocer las filiaciones de *Dreaming in Cuban* con una tradición latinoamericana en que el romance familiar y el nacional se encuentran profundamente imbricados. Este texto pone de relieve cómo las fronteras entre lo público y lo privado son mucho más porosas de lo que se suele asumir. La política afecta los aspectos más íntimos de las relaciones personales y, a su vez, los conflictos privados se traducen en la

asunción de posturas políticas que permiten actuar públicamente los conflictos afectivos. Así, los profundos problemas de comunicación que dividen a los miembros de las tres generaciones de mujeres cubanas retratadas en la novela, se traducen en posicionamientos políticos radicalmente opuestos. Madres e hijas militan, en consecuencia, en bandos contrarios, que constituyen verdaderas trincheras de incomunicación y rencor. Tironeada entre el anticastrismo militante y furibundo de una madre autoritaria y el igualmente fanático culto a Fidel de una abuela añorada desde la distancia, la protagonista de *Dreaming in Cuban*, busca entender las divisiones entre sus familiares desde un ángulo más personal y matizado. Pero, sobretodo, aspira a definir más claramente sus sentidos de pertenencia y diferencia con respecto a los miembros de su familia y a los universos culturales en los que ha crecido.

El relato de las historias de los miembros de las tres generaciones de la familia materna de Pilar está a cargo de narradores en primera y tercera persona, cuyas versiones se ven complementadas, además, por la inclusión de secciones que reproducen cartas que la abuela Celia nunca envió a un antiguo amor. Un aspecto que llama la atención en la disposición de voces narrativas de *Dreaming in Cuban*, es que la narración en primera persona corresponde siempre a los más jóvenes de la familia, es decir, a Pilar Puente y sus primos en Cuba. Esta es la generación menos contaminada por las animosidades políticas, la única que parece capaz de distinguir entre problemas generados por la incomunicación y los rencores personales y las diferencias políticas, que en realidad se reducen a estar a favor o en contra de Fidel. De esta manera la novela destaca, una vez más, el rol que han de jugar las generaciones más jóvenes en la recomposición de los lazos familiares y del entramado nacional.

Debido a que la novela de García promete más de lo que finalmente logra ser –por ejemplo, no logra adquirir un carácter verdaderamente polifónico pese a estar construida por muy diversas voces narrativas- resulta más interesante analizarla en términos de su relación con otras escrituras de migrantes o de su tratamiento de temáticas generales,

que a nivel de su propia textualidad. Ésta rápidamente se ve afectada por el recurso a una serie de lugares comunes con respecto a la cultura afrocubana, quizás motivados, consciente o inconscientemente, por la necesidad de la autora de no ver cuestionada su ‘auténtica’ pertenencia cultural. La novela decae sobre todo en aquellos puntos en que busca afirmar su filiación con la corriente del realismo mágico o mostrar sus conocimientos de los ritos de santería y los cultos afrocubanos. Probablemente es ahí donde más se nota el esfuerzo de la autora por construir desde fuera un escenario que intenta abarcar en forma exhaustiva las más diversas dimensiones de la realidad cubana. No se trata, en mi opinión, de una ambición desmesurada debido a la falta de experiencias directamente cubanas de la autora—como afirman algunos críticos de la ‘autenticidad’ de García—; se trata, más bien, de dificultades a nivel de la construcción narrativa de personajes y situaciones, independientemente de la experiencia y pertenencias identitarias que estos busquen expresar.

Al igual que otras novelas de migrantes o de escritores étnicos en Estados Unidos, entre ellas las de otras escritoras analizadas en esta tesis, *Dreaming in Cuban* destaca la importancia de la memoria colectiva como espacio de creación y de recreación de lazos de pertenencia que se percibe como fragilizados por la distancia física con respecto al territorio natal y el contacto cotidiano y permanente con otros universos culturales. Esta novela muestra también lo peligroso que puede ser construir una identidad colectiva exclusivamente en términos de oposición radical a otra y, principalmente, a través de discursos casi mesiánicos que se arrogan la posesión de una verdad única e indiscutible. El caso de la comunidad cubana en Estados Unidos resulta especialmente interesante para reflexionar en torno a los riesgos de traducir al lenguaje de la identidad lo que en realidad resulta ser expresión de distintos posicionamientos políticos. Como escribe lúcidamente el crítico cubano Ambrosio Fornet:

With this I want to say that the debate between the supporters and adversaries of the Revolution should not be around the theme of identity –

who is the most Cuban, what are our respective levels of *cubanía* –but around the theme of our expectations. Let us acknowledge that both sides are equally Cuban, but our respective projects of nation building are different (Fornet, 2002, pp.94-95).

En este sentido, cabe destacar que *Dreaming in Cuban* muestra acertadamente cómo los sujetos también pueden (y deben) pronunciarse en forma activa frente a las memorias conservadas por la comunidad, la que también suele dictaminar cómo deben ser los olvidos. Como cualquier colectivo, las comunidades exílicas son heterogéneas y en su interior se libran disputas por la hegemonía. En el caso cubano, ésta claramente ha sido liderada por el sector más conservador, que se ha autoerigido en representante de toda la comunidad residente en Estados Unidos. Como manifiesta García en una entrevista, “la gente que dice hablar por la comunidad en general no habla por toda la gente que cree. Sin embargo, tiende a dominar los medios de comunicación y tiene el dominio absoluto del debate sobre Cuba. Acalla muchas opiniones y a muchas personas e impide a gritos que se les oiga” (Entrevista de López, 1993-1994, p.238). Gracias al éxito alcanzado por su primera novela, Cristina García ha expuesto en el escenario norteamericano otras formas de ser cubana-americana y ha procurado mostrar, asimismo, la urgente necesidad de superar categorías dicotómicas para explicar la realidad de la isla y del exilio.

5. Comunidades diaspóricas o de la imposibilidad del retorno

La mayor parte de las novelas analizadas en esta tesis le otorgan un lugar central a los temas relacionados con la reconstrucción del pasado, la recuperación de la memoria y la reflexión en torno a la posibilidad de regresar al país que se dejó en la infancia. Forman parte así de un corpus extenso de narrativas caribeñas postcoloniales centradas en temas de retorno y reconexión cultural. Sin embargo, aún siendo innegable su relación con esa tradición literaria, también es cierto que muchos de estos textos se apartan en aspectos importantes de los principales desarrollos de ésta y presentan argumentos alternativos,

que muestran cómo las fantasías y posibilidades de retorno y reintegración están atravesadas por marcas determinadas sexo-genéricamente.

En las escrituras de mujeres caribeñas migrantes, el retorno a la isla de origen está fuertemente asociado al reencuentro con la figura materna. Más aún, muchas veces es a través de las hijas y de su necesidad de volver al país de nacimiento, que las madres logran reconciliarse con la cultura y la familia que tuvieron que dejar atrás. En este sentido, los personajes maternos suelen ser muy complejos e incluso contradictorios. Por un lado aparecen como las encargadas de mantener, en el exilio, las tradiciones y los valores de la comunidad de origen, oponiéndose tenazmente a la penetración de las costumbres liberales norteamericanas en sus hogares. Pero por otra parte, hacen suya más rápidamente que los hombres una ética del trabajo y el ahorro que confían les permitirá mejorar sus condiciones de vida en el nuevo país, asumiendo más prontamente el carácter definitivo de su emigración (ver Nair, 1999).

Durante toda su infancia y juventud, Pilar Puente fantaseó con la isla y la abuela que tuvo que abandonar debido a la decisión de sus padres de partir al exilio. La idealización y la nostalgia dan forma a estas fantasías, las que de alguna manera se interponen permanentemente con su realidad actual, cotidiana, de joven residente en Estados Unidos. Al igual que Pilar, muchas protagonistas de las otras novelas analizadas en esta tesis viven la experiencia de la emigración como un corte abrupto, que conlleva la interrupción de una vida que se estaba desplegando fluidamente en su contexto natural. Obviamente, esta fluidez y naturalidad pueden ser leídas también como construcciones hechas *a posteriori*, que exacerban la sensación de paraíso perdido asociada al momento de la emigración. En este contexto, es natural que se deposite en el movimiento de regreso grandes expectativas, asociadas a la necesidad de restablecer la integridad perdida a partir del exilio.

Sin embargo, pese a estas expectativas, el retorno, más que como el cierre de un ciclo iniciado al momento de partir, aparece como una etapa más en la constitución de nuevas subjetividades. En la mayor parte de las narrativas estudiadas en esta tesis, el regreso a la isla natal obliga a las protagonistas a reconocer que, al igual que en la sociedad de destino, en la de origen aparecen como “otras”, difícilmente asimilables a algún estrato definido del cuerpo social. La triste pregunta de una emigrante africana en Estados Unidos que confronta a la hija ansiosa por regresar a su país natal, muestra cuán generalizado puede ser este sentimiento de no pertenencia para la población migrante transnacional: “’Girl’, she said, ‘they barely want us here. What makes you think they want you over there’” (Chastity Pratt, citada por Nair, 1999, p. 195).

Además de confrontarlas al rechazo de quienes consideran como sus compatriotas – muchos de los cuales logran sobrevivir sólo gracias a las remesas que con mucho esfuerzo les envían sus parientes emigrados-, el retorno obliga a los migrantes a reconocer la impronta dejada en ellos por haber aprendido otro idioma u otra manera de hablar el mismo, en el caso de las migrantes de origen anglófono, interactuado con miembros de otras culturas y conocido otras realidades. La fantasía de la identidad pura, coherente, unitaria no puede sino ceder espacio al reconocimiento de una constitución profundamente heterogénea y atravesada por múltiples tensiones internas. Doloroso pero, por qué no, también enriquecedor.

Pilar Puente, luego de descubrir en Nueva York que es hija de Changó (en lo que considero uno de los episodios menos logrados de la novela), logra convencer a Lourdes, su madre, de hacer una visita a la familia en Cuba. La rigidez de Lourdes le impide aprovechar verdaderamente el viaje, a lo largo del cual se preocupa de confirmar y reforzar su rechazo por su madre y por la revolución castrista, figuras que difícilmente logra separar en su indignada imaginación. Para Pilar, por el contrario, el traslado a la isla sí aparece como una importante instancia de aprendizaje y crecimiento, si bien con un desenlace distinto al proyectado inicialmente. Pues si bien al volver a Cuba la

protagonista se reencuentra con los olores, colores y sensaciones de la infancia, logrando incluso volver a soñar en cubano, finalmente se ve obligada a emprender, una vez más, la partida:

I've started dreaming in Spanish, which has never happened before. I wake up feeling different, like something inside me is changing, something chemical and irreversible. There's a magic here working its way through my veins. There's something about the vegetation, too, that I respond to instinctively –the stunning bougainvillea, the flamboyants and jacarandas, the orchids growing from the trunks of the mysterious ceiba trees. And I love Havana, its noise and decay and painted ladyness. I could happily sit on one of those wrought-iron balconies for days, or keep my grandmother company on her porch, with its ringside view of the sea. I'm afraid to lose all this, to lose Abuela Celia again. But sooner or later I'd have to return to New York. I know now it's where I belong –not *instead* of here, but *more* than here. How can I tell my grandmother this? (*Dreaming in Cuban*, pp.235-236, cursivas en el original).

La breve estadía en Cuba, le ha permitido a Pilar darse cuenta de que hay experiencias de la vida en Nueva York que no podría haber tenido en la isla, como haber sido punk, amante de la música de Lou Reed y pintora irreverente. Si mientras estaba en Nueva York las vivencias más significativas y formadoras y los lazos que la conectaban a la historia familiar parecían haberse quedado en La Habana, su retorno a esa ciudad le permite reconocer que ella también es lo que su vida en Norteamérica ha hecho de ella. Al punto de sentir que pertenece más a Nueva York y que desea regresar allá.

La obra de Jamaica Kincaid, y de manera especial su novela *Lucy*, puede ser leída también como un proyecto deconstructivo de los discursos que idealizan el retorno, la reintegración al colectivo de origen y el recurso obsesivo a la importancia de la memoria y el pasado. Este esfuerzo deconstructivo, sin embargo, está a su vez atravesado por

tensiones y contradicciones, que evidencian el carácter complejo y polisémico de la obra de Kincaid. Con respecto al status acordado a los recuerdos y las revisiones del pasado en *Lucy*, cabe destacar que mientras la narradora-protagonista manifiesta abiertamente su rechazo hacia las narrativas de la nostalgia, la idealización de la tierra natal y la posibilidad del retorno, el relato de su vida se estructura en términos de una obsesiva revisión del pasado. La autora implícita o conciencia autorial introduce así una relación de tensión entre las afirmaciones y reacciones de la narradora –que manifiesta su aspiración a liberarse de todas las herencias con las que carga desde su infancia- y una estructuración del material narrativo en términos autobiográficos, necesariamente orientada hacia la reconstrucción de una historia personal. Las contradicciones entre la necesidad de recordar y olvidar, de separarse y no perder la conexión, se hacen especialmente evidentes en términos de la relación de Lucy con su madre. Mientras más enfáticamente manifiesta su deseo de separarse de la figura materna, más fuerte resulta la necesidad de recordarla y de, a partir de este ejercicio, desarrollar estrategias para conjurar su poder.

La escritura de Kincaid cuestiona que la reintegración a la tierra natal sea un momento realmente deseable, sobre todo en la medida en que es asociada a un retorno al espacio maternal. Este escepticismo está fundado en la homologación que se produce en la obra de esta autora de la figura materna con el poder colonial, los cuales aparecen como perpetuadores cómplices de una estructuración social patriarcal y eurocéntrica. Así, en *Lucy* la necesidad de mantenerse a distancia de la madre no está motivada únicamente por su historia personal –por más intensa y dolorosa que ésta aparezca-, sino que tiene también una importante connotación política. Separarse de la madre es necesario también para liberarse de la herencia colonial, que ha buscado moldear su mente y controlar su cuerpo y su sexualidad. Pero, una vez más, la liberación o el olvido sólo parecen posibles a través de un ejercicio radical de reconstrucción de la memoria. Como vimos en el capítulo anterior, Lucy, en Nueva York, es asaltada a menudo por la rabia asociada a su educación en el marco de una ideología colonial empeñada en convertirla

en la copia mal hecha de una dama inglesa. En *Lucy*, a diferencia de otras novelas que reconstruyen la experiencia de la migración o el exilio, los dolores más fuertes no están asociados al abandono de la tierra natal, sino que llevan la marca de la situación colonial a la que ésta se encuentra sometida. La pena no nace de la distancia, sino más bien, de la dificultad de establecerse en ella en forma segura y permanente. En este sentido, *Lucy* también puede ser leída como un texto que subvierte los términos en que es narrada tradicionalmente la experiencia del exilio (ver Sugg, 2002).

En *Lucy*, el retorno no aparece nunca como una fantasía deseable, sino más bien como una amenaza y una tentación que la protagonista necesita evitar. También en relación a este tema es posible reconocer en el texto de Kincaid una disonancia o paradoja significativa entre la forma de contenido y de expresión. Mientras la primera adopta una estructura explícitamente circular (ver capítulo 4 de esta tesis), a nivel de la forma de contenido es evidente el esfuerzo por romper con la concepción cíclica de la narrativa del exilio, para instalarse en una temporalidad lineal. Finalizado su primer año en Nueva York, Lucy, con el pragmatismo e implacabilidad que la caracterizan, ha decidido desarrollar en esa ciudad una vida de artista alejada de toda comunicación con su familia. De hecho, se ha mudado de la casa de Mariah sin avisar a su madre su cambio de dirección. De esta manera, Lucy aspira a constituirse en un sujeto eminentemente moderna, capaz de avanzar en el tiempo interponiendo la mayor distancia posible con su pasado. Éste claramente está asociado a la madre y a la comunidad natal, que representan tradicionalmente el tiempo circular de la naturaleza, que regía las concepciones de la vida en las sociedades premodernas. Lo notable del texto de Kincaid es que logra generar un máximo de tensión entre las concepciones de temporalidad lineal y circular que coexisten en el relato, mostrando cómo las dos participan de la constitución de la subjetividad de Lucy, personaje que a la vez que tiene fuertes lazos con su pasado también es capaz de construirse un presente e inventarse un futuro en términos autónomos. Una frase de la narradora sintetiza muy bien la apuesta de la conciencia autorial por no resolver la paradoja o tensión entre las distintas

temporalidades: “Everything remains the same and yet nothing is the same” (*Lucy*, p. 78).

La ruptura del ciclo del exilio en el punto del retorno es uno de los aspectos más importantes en las caracterizaciones que actualmente se hacen de las comunidades diaspóricas. De acuerdo a Torres-Saillant, el momento en que una comunidad migrante, como la dominicana en Estados Unidos, renuncia a la idea de regresar, marca un hito clave en su constitución como diáspora:

Ya muchos dominicanos, al igual que otros tantos haitianos, han comprendido y aceptado la irreversibilidad de su emigración. Con frecuencia el discurso del regreso recurre apenas como un dejo de nostalgia que permea al imaginario popular en su articulación del futuro de la comunidad. Pero una buena parte de la población dominicana en Norteamérica ha trascendido la transitoriedad mental típica de la etapa inicial en la experiencia migratoria. Ya mucha gente se reconoce como parte de un asentamiento permanente, como una minoría étnica dentro de la población estadounidense. Ya despliega los atributos y los colores de una diáspora (Torres-Saillant, 1999, p.35).

De acuerdo a William Safran, las diásporas contemporáneas son comunidades minoritarias expatriadas, que “1) are dispersed from an original ‘center’ to at least two ‘peripheral’ places; 2) maintain a memory, vision, or myth about their original homeland; 3) believe they are not –and perhaps cannot be- fully accepted by their host country; 4) see the ancestral home as a place of eventual return, when the time is right; 5) are committed to the maintenance or restoration of this homeland; and 6) whose consciousness and solidarity as a group are ‘importantly defined’ by this continuing relationship with the homeland” (Safran, 1991, pp.83-84). Safran propone esta conceptualización basándose en lo que se considera la experiencia canónica de diáspora, que es la vivida por el pueblo judío. Para nuestra discusión resulta importante destacar,

principalmente, que si bien el retorno juega un rol importante en las ideologías diaspóricas, éste suele estar ubicado en el territorio de la fantasía y verse constantemente pospuesto a un futuro remoto, muchas veces de carácter mítico. En el caso de las comunidades a las que hace referencia Torres-Saillant, el retorno no puede ser considerado como una opción viable mientras persistan, en los países emisores, las condiciones sociales y económicas que impulsaron a sus habitantes a emigrar. Como en el poema de Casal citado más arriba, la marginalidad de los caribeños en Estados Unidos resulta “inmune a todos los retornos.”

Otro aspecto a destacar de la caracterización de diáspora propuesta por Saffran es la importancia que en ésta se le atribuye a la preservación y el cultivo de los vínculos con la tierra natal. Este punto diferencia a las comunidades diaspóricas de las de inmigrantes en su comportamiento más clásico, a través del cual alcanzan, en el lapso de tres generaciones, un status de minoría étnica al interior de la sociedad mayoritaria. Sin embargo, en la práctica las fronteras que diferencian a una comunidad diaspórica de una étnica tampoco son tan claras¹¹⁹ y las formas de nostalgia, memoria e identificaciones normalmente asociadas a las diásporas, actualmente son desplegadas también por otras poblaciones minoritarias y de migrantes. En efecto, en las últimas décadas ha ocurrido que muchos grupos que se describían como minoritarios han empezado a reclamar orígenes y afiliaciones diaspóricas (ver Clifford, 1997). Esto guarda relación tanto con el resurgimiento y la importancia alcanzada por las identidades culturales y la valorización de la diversidad, como con las mayores facilidades que existen actualmente para mantener o retomar la comunicación y el intercambio con los países de origen.

¹¹⁹ Como señala Tölölian, actualmente existe una gran diversidad de términos que confluyen en el esfuerzo por caracterizar las zonas de contacto entre naciones, culturas y regiones y que comparten un mismo dominio semántico: “Diasporas are the exemplary communities of the transnational moment. (...) the term [diaspora] that once described Jewish, Greek and Armenian dispersion now shares meanings with a larger semantic domain that includes words like immigrant, expatriate, refugee, guest-worker, exile community, overseas community, ethnic community” (Tölölian, citado por Clifford, 1997, p.245).

Es importante, sin embargo, que las dificultades teóricas para diferenciar entre comunidades de migrantes, étnicas y diaspóricas, no lleven a ignorar que en el caso de las últimas suele haber asociada una historia de desplazamientos violentos y pérdidas radicales. La conservación y transmisión de las memorias asociadas a estos acontecimientos juegan un rol central en las narrativas identitarias de las comunidades diaspóricas, las que además cultivan conexiones horizontales con sus miembros radicados en otros lugares del mundo. Debido a la profundidad de sus traumas y a las conexiones transnacionales que mantienen, las comunidades diaspóricas no responden a las políticas asimilacionistas de países como Estados Unidos del mismo modo en que lo hicieron los inmigrantes europeos de principios de siglo. Por otra parte, muchas de estas comunidades enfrentan en la sociedad de recepción prejuicios estructurales y políticas discriminatorias que de ninguna manera facilitan su integración. Esto muestra que las experiencias de migración, exilio y constitución de diásporas deben ser abordadas desde una perspectiva integrada, que tome en cuenta los factores sociales, raciales, étnicos, nacionales y de pertenencia genérico-sexual que las constituyen.

Tradicionalmente se ha tendido a ignorar la importancia del género en la configuración de las experiencias diaspóricas. O más bien, se ha tendido a normalizar las experiencias masculinas de viaje y desplazamiento, otorgándoles un carácter universal (Clifford, 1997, p.259). Como señala Supriya Nair, las actuales migraciones laborales de mujeres caribeñas, no sólo subvierten la asociación tradicional de lo femenino con lo doméstico y la labor no remunerada, sino que perturban “the (...) gendered discourse of diaspora that etymologically implies the scattering of seed, rooting women while making travel the privileged terrain of the errant male” (Nair, 1999, p. 185). La literatura de mujeres que ficcionalizan sus desplazamientos transnacionales, irrumpe en los imaginarios simbólicos que asocian el desplazamiento a lo masculino, forzando su paulatina ampliación para poder incorporar las experiencias femeninas. Éstas muestran que los efectos del desplazamiento sobre el machismo y la subordinación de género no son unívocos. Mientras por una parte el acceso al mundo del trabajo y a un ingreso propio a

raíz de la emigración puede empoderar a las mujeres y sustentar una renegociación de las relaciones de género al interior del hogar, por otro lado, también las expone a nuevas situaciones de discriminación y vulnerabilidad, sobre todo frente a la sociedad de acogida (ver parte II de la tesis). Como señala Clifford, “Diaspora women are caught between patriarchies, ambiguous pasts, and futures. They connect and disconnect, forget and remember, in complex, strategic ways. The lived experiences of diasporic women thus involve painful difficulty in mediating discrepant worlds. Community can be a site both of support and oppression” (Clifford, 1997, pp.259-260).

Para Clifford, el esfuerzo de Saffran por caracterizar lo que es diáspora, al estar fundado sobre el modelo ideal de la historia judía, restringe demasiado el abanico de experiencias que pueden ser descritas por este concepto. Quedarían excluidas de él, por ejemplo, la dispersión de los africanos a raíz de la trata de esclavos; tampoco las experiencias de los armenios, magrebíes, turcos, palestinos, cubanos, griegos y chinos podrían ser consideradas, en sentido estricto, como diaspóricas (ver Saffran, 1991). Debido a lo restrictivo que resulta pensar este concepto en torno a una serie de características ideales, Clifford propone aproximarse a él en términos diacríticos. Es decir, en lugar de buscar rasgos esenciales que describan a una comunidad diaspórica, habría que preguntarse por los límites y diferenciaciones a partir de los cuales ésta se define a sí misma. Dentro de las categorías de auto-adscripción que, en conjunto con la adscripción por otros, identifican a las comunidades (ver Barth, 1976), el establecimiento de una frontera entre un “nosotros” y un “ellos” juega un rol central. El trazado de esta frontera se realiza en función de diacríticos identificatorios que los mismos actores consideran como significativos.

En la constitución de comunidades, el establecimiento de límites con respecto a otros se da de la mano del desarrollo de sentidos de identificación y pertenencia. Ambos procesos confluyen en la configuración de una comunidad, cuyos miembros participan así de sentimientos de pertenencia colectiva. La creación de narrativas identitarias

colectivas, que contribuyen a dar forma a los recuerdos y olvidos de un grupo determinado, tiene gran incidencia en la consolidación y recreación de estos sentidos de pertenencia. Las apelaciones al pasado, entonces, constituyen un campo privilegiado para crear lazos comunales y para fundar las representaciones que la comunidad construye sobre sí misma.¹²⁰

Con respecto a los procesos de comunalización expresados en la producción ensayística y narrativa de miembros de las comunidades caribeñas en Estados Unidos, es posible reconocer dos ejes principales en torno a los cuales se orientan los esfuerzos de diferenciación. Por un lado, se trata del establecimiento de diacríticos frente a la población que permanece en el país natal; si bien se reclama el derecho a seguir participando de la identidad nacional de origen, también se destaca la legitimidad de que ésta sea concebida y practicada de tal manera que incorpore las experiencias aportadas por la emigración. Por otro lado, resulta interesante que al interior de los Estados Unidos el principal grupo frente al cual parece necesario establecer límites es el de los afroamericanos. Claramente, los sectores hegemónicos resultan tan evidentemente distintos que sería superfluo esforzarse por distinguirse de ellos. En cambio existen muchos más “riesgos” de ser asimilados al grupo de los negros americanos, con quienes comparten una situación similar de marginalidad, que los lleva a percibirse mutuamente como competidores por los puestos de trabajo, por las prestaciones de la seguridad social y por ocupar un lugar simbólico menos estigmatizador. Sobre todo en las novelas de escritoras caribeñas negras, los afro americanos aparecen como especialmente hostiles frente a los migrantes caribeños. En estas escrituras destacan los esfuerzos de ambos grupos por no verse confundidos con el otro.¹²¹

¹²⁰ En el caso de las comunidades diaspóricas, actualmente se considera muy relevante la capacidad que éstas tengan para representarse como tales, tanto internamente como frente a los países de acogida y de origen. Es decir, el concepto de diáspora se “extiende a todos los grupos contemporáneos que muestren, en una tierra adoptiva, los recursos materiales, la estructura sociopolítica y los incentivos discursivos para representarse a sí mismos como diásporas” (Torres-Saillant, 1999, p.36).

¹²¹ De las novelas analizadas en esta tesis, sólo *Breath, Eyes, Memory* de Edwidge Danticat desarrolla en forma positiva el vínculo entre afroamericanos y afrocaribeños. En este texto se destaca en forma explícita la importancia de cultivar relaciones de solidaridad entre grupos marginales que comparten una historia

Los esfuerzos de diferenciación de los caribeños diaspóricos frente a sus comunidades de origen pueden ser comprendidos, en gran parte, como una reacción frente al rechazo que experimentan cuando retornan a su país natal, ya sea de visita o con la intención de reincorporarse a ella definitivamente. La experiencia de verse rechazada en su lugar de nacimiento fue uno de los factores que impulsó a Esmeralda Santiago a interrogarse sobre su identidad y a darle a su primera novela el título irónico de *When I was Puerto Rican*. La hostilidad de los puertorriqueños de la isla frente a los que regresaban desde Nueva York constituye un tópico recurrente en la poesía de los primeros poetas nuyoricans como Miguel Algarín, Pedro Pietri, Miguel Piñero, Tato Laviera,¹²² así como también en la de sus seguidores contemporáneos. Asimismo, intelectuales como Silvio Torres-Saillant, autor del importante ensayo que anuncia “El retorno de las yolas”¹²³, denuncian el trato discriminatorio del que son objeto los emigrados dominicanos cuando intentan reintegrarse a su país. En estas actitudes de rechazo claramente hay un componente clasista, ya que la mayor parte de los emigrantes del Caribe contemporáneo ocupan los estratos más bajos en la sociedad de destino y en la de procedencia. Como

común de expatriación y esclavitud. Por el contrario, en la obra de Michelle Cliff y Jamaica Kincaid, los negros norteamericanos aparecen como personajes especialmente discriminadores con los caribeños, quienes a su vez critican su carácter sometido y servicial frente a los blancos.

¹²² Las siguientes líneas escritas por Tato Laviera expresan el sentimiento de frustración compartido por muchos migrantes de retorno frente a la fría acogida de sus compatriotas de la isla: “yo peleo por ti, puerto rico, sabes?/ yo me defiendo por tu nombre, sabes?/ entro a tu isla, me siento extraño, sabes?/ (...) me desprecias, me miras mal, me atacas mi hablar/ mientras comes mcdonalds en discotecas americanas/y no pude bailar la salsa en san juan, la que yo/ bailo en mis barrios llenos de todas tus costumbres (Lavieria, 1985, p.54). El sujeto poético no sólo denuncia el trato discriminatorio recibido por sus compatriotas, sino que además sugiere que estos han cultivado menos fielmente la puertorriqueñidad (comen mcdonalds en discotecas americanas) que los que migraron a Nueva York. Esmeralda Santiago también manifestó su asombro ante el grado de americanización de la misma sociedad que la criticaba por haber perdido su identidad puertorriqueña.

¹²³ Yola es el nombre que reciben en República Dominicana las embarcaciones que transportan emigrantes ilegales (lo que en Cuba se denomina balsas). El mismo ensayo de Torres-Saillant ilustra muy bien la importancia que juega la diferenciación con respecto a la comunidad de origen dentro del proceso de construcción de una identidad diaspórica. Con el título “El retorno de las yolas”, el autor hace referencia a la potencialidad de la diáspora para contribuir a modificar los discursos vigentes en torno a la dominicanidad. La experiencia norteamericana de los dominicanos puede aportar a la modernización de la sociedad de origen: “Combínese, entonces, la agudización de la memoria, que alimenta el sentido de la indignación, con la adquisición de una conciencia de derechos civiles, para dar una idea de la tesitura mental de la diáspora como una *comunidad epistémica distinta* a sus compatriotas en la sociedad emisora” (Torres-Saillant, 1999, p.72, cursivas mías).

señala Torres-Saillant, en ambos lugares el migrante se encuentra con estereotipos que contribuyen a su marginalización y lo condenan a ocupar, permanentemente, el precario espacio de la “otredad”:

(...) desprovisto de complejidad, el dominicano residente en los Estados Unidos ha pasado al discurso público de la tierra natal como un ser caracterizado por desviaciones. Esa representación monolítica de nuestra emigración ha generado la imagen del *dominican-york* como un individuo pintoresco y peligroso cuyas fichas de identidad lo ubican al margen de la nacionalidad dominicana. Concebido como un ente externo a la nación, el *dominican-york* aparece confinado al plano de la alteridad. Esa alterización conlleva su exclusión del concierto de voces consideradas legítimas para dialogar sobre lo nacional (Torres-Saillant, 1999, p.44).

La producción literaria e intelectual de la diáspora caribeña constituye un espacio sumamente importante para impugnar los discursos discriminatorios y excluyentes con respecto a los emigrantes, los cuales ocupan un sitio hegemónico tanto en la sociedad de recepción como en la de origen. A través de esta producción van emergiendo nuevas representaciones de la vida en la diáspora, más complejas y matizadas. Cada vez más los miembros de la diáspora caribeña reclaman su derecho a participar en términos igualitarios de los debates y decisiones que se toman en las dos sociedades de las que participan y a las que realizan aportes insoslayables (Recordemos que entre las principales fuentes de ingreso de la mayor parte de las economías caribeñas se cuentan las remesas enviadas por los emigrantes a sus familiares. Por otro lado, las formas contemporáneas de organización económica dependen fuertemente de la fuerza de trabajo barata aportada por quienes migran a los países desarrollados).

Una ausente presencia: el mundo norteamericano en Breath, Eyes, Memory de Edwidge Danticat

En el apartado anterior me referí a cómo en la obra de escritores caribeños residentes en Norteamérica la identidad (y la diferencia) es elaborada principalmente en diálogo con las construcciones de lo nacional provenientes de sus países de origen. La novela *Breath, Eyes, Memory* es especialmente representativa de lo que podríamos denominar el desequilibrio entre el componente antillano y el norteamericano a nivel de los mundos representados. Quiero volver sobre este texto de Danticat, ya analizado en el tercer capítulo de esta tesis, para reflexionar en torno a las interpretaciones posibles del mayor énfasis sobre el mundo de origen que es posible reconocer en gran parte de las narrativas de escritoras caribeñas migrantes.

Llama la atención la relevancia que tiene Haití en la obra de Danticat. Si uno considera que la autora migró a los doce años de su país, vivió toda su adolescencia y juventud en los Estados Unidos y se sirve del inglés como idioma de escritura, asombra también que este nuevo país aparezca tan escasamente representado en su narrativa. A diferencia de otras escritoras de origen caribeño que viven en Estados Unidos, muchas de las cuales dedican gran parte de su obra al tema del contacto y los encuentros/desencuentros entre culturas, en el caso de Danticat sólo un pequeño volumen, titulado *Behind the Mountains* (2000) y orientado a un público adolescente, se detiene sobre el tema de la adaptación en el nuevo país, aunque siempre con el énfasis puesto sobre la cultura haitiana.

En el mundo representado en *Breath, Eyes, Memory* destacan, como vimos en el capítulo anterior, las reflexiones en torno a la relación madre-hija y al rol de las tradiciones culturales, algunas de las cuales son valoradas muy positivamente, mientras otras son fuertemente cuestionadas. No es fácil distinguir entre los aspectos positivos y los negativos; ambos suelen estar encarnados en los mismos personajes, que aparecen así en toda su complejidad y humanidad. Es el caso, por ejemplo, de la abuela de Sophie, quien

pese a la gran sabiduría que muestra en distintas situaciones, también ha servido de eslabón en la cadena que mantiene vigente la costumbre de probar la virginidad de las hijas. No se trata, entonces, de culpar a personas individuales y responsabilizarlas por sufrimientos que ellas mismas han sufrido, sino más bien de reconocer las estructuras que operan para estabilizar y reproducir las prácticas machistas.

El otro aspecto que destaca al interior del mundo representado se relaciona con la violencia imperante en Haití. Esta violencia asume distintas formas, desde la pobreza y la falta de oportunidades que marcan la vida de la mayor parte de la población, hasta la más evidente y brutal impuesta por los *tonton macoutes*, que circulan por el pueblo de Sophie e imponen el terror entre sus habitantes. En diversas partes de la novela se evidencia la relación que existe entre el caos, la impunidad política y la falta de oportunidades y los deseos/necesidad de los haitianos de salir del país. La misma emigración de Martine, que podría ser vivida por Sophie como un abandono que duró demasiados años, asume un cariz distinto si se lo observa, primero a la luz de su trauma personal y, segundo, en el marco de una situación social de carácter expulsivo. En consonancia con el estilo de la novela, estas reflexiones no son desarrolladas in extenso por la narradora, sino que aparecen condensadas, con una gran fuerza expresiva, en frases como esta: “-We come from a place -my mother said- where in one instant, you can lose your father and all your other dreams” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 165).

En *Breath, Eyes, Memory* la organización del texto revela claramente la señalada focalización de la narración sobre las experiencias de la protagonista que dicen relación con su país de origen. Si bien la novela reconstruye la vida de Sophie desde sus doce hasta sus diecinueve o veinte años, en realidad sólo se detiene sobre los momentos de su vida que están más estrechamente relacionados con Haití: los primeros capítulos se dedican al relato de su vida antes de la emigración, luego unos pocos a su encuentro con su madre en Nueva York (en que el mundo representado, como veremos, no deja de ser haitiano), mientras los otros apartados se detienen extensamente en los dos retornos

consecutivos a Haití. Los seis años que transcurren entre el final del primer apartado y el comienzo del segundo son presentados en forma resumida en una página. Son los años de la escolaridad y los del aprendizaje del inglés, a los cuales, sin embargo, no se les dedica más espacio que el señalado. Para la reflexión que busco desarrollar acá lo más importante es la forma condensada en que la narradora describe su experiencia escolar:

I never said this to my mother, but I hated the Maranatha Bilingual Institution. It was as if I had never left Haiti. All the lessons were in French, except for English composition and literature classes. Outside the school, we were “the Frenchies”, cringing in our mock-Catholic-school uniforms as the students from the public school across the street called us “boat people” and “stinking Haitians” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 66).

En el caso de los migrantes que llegan a Estados Unidos durante la niñez o la adolescencia, la escuela suele ser el principal lugar de socialización en la nueva cultura: lugar de aprendizaje del nuevo idioma, de construcción de vínculos con miembros de distintos medios y culturas, etc. No es para nada un proceso fácil. Los niños migrantes suelen sufrir las burlas y la discriminación de sus compañeros, hasta que empiezan a manejar mejor la lengua, los códigos de relación y son capaces, ellos mismos, de reírse de los recién llegados.¹²⁴ Suele suceder, sin embargo, que los recién llegados se van integrando —aun cuando en un principio puedan ser rechazados— a los grupos conformados por sus pares étnicos, raciales, nacionales o culturales. En este sentido, el hecho de que Sophie vaya a un colegio para haitianos forma parte de una lógica de organización social que contribuye más a la segregación de los migrantes que a una incorporación más igualitaria. Esta segregación es favorecida tanto por la estructura de la sociedad a la que llegan, como por la necesidad estratégica de conformar

¹²⁴ Se observa en estos procesos un mecanismo de reproducción de conductas sufridas que puede ser equiparado a lo discutido anteriormente con respecto a las madres y las pruebas a las que someten a sus hijas. Es asimismo lo que se observa con respecto a los niños golpeados y su tendencia a repetir, ya de adultos, la misma conducta con sus niños. Por eso resulta tan importante la búsqueda de la protagonista, orientada a romper esos ciclos de reproducción de la violencia.

comunidades de migrantes y escuelas propias que los protejan de la fuerte discriminación de la que son víctimas. En el caso de los haitianos las experiencias de discriminación y racismo son especialmente fuertes. Sophie es advertida de esto desde el primer día por su madre:

My mother said it was important that I learn English quickly. Otherwise, the American students would make fun of me or, even worse, beat me. A lot of other mothers from the nursing home where she worked had told her that their children were getting into fights in school because they were accused of having HBO –Haitian Body Odor. Many of the American kids even accused Haitians of having AIDS because they had heard on television that only the “Gour Hs” got AIDS –Heroin addicts, Hemophiliacs, Homosexuals, and Haitians (*Breath, Eyes, Memory*, p. 66).

Si bien Martine resalta la importancia de que Sophie aprenda rápido a hablar inglés, finalmente opta por ponerla en un colegio en el que va a interactuar principalmente con otros francófonos, lo cual no favorece especialmente la inserción lingüística. En esta elección parece primar un criterio de proteger a su hija de las casi seguras agresiones de las que podría ser víctima en un colegio público norteamericano. La asistencia a la escuela Maranatha, por otra parte, produjo en Sophie la sensación de haber estado suspendida, durante años, en una tierra de nadie: ni Haití ni Estados Unidos, sino un espacio intermedio, indefinido, que no favorecía ni la integración ni semejaba un retorno real.

Las únicas escenas del libro que se desarrollan en la ciudad de Nueva York dan cuenta de cómo las comunidades de migrantes viven entre sí, lo cual tiene una dimensión positiva de posibilidad de apoyo mutuo pero también la negativa del aislamiento de los guetos (cuya constitución suele ser favorecida por las políticas públicas actuales).¹²⁵ Es

¹²⁵ En su libro *Parias urbanos*, Wacquant (2001) muestra cómo las políticas norteamericanas de las décadas de los 80 y 90 han tendido a favorecer la polarización urbana y la configuración de estructuras de

interesante detenerse un momento en el Nueva York que encuentra Sophie a su llegada y en sus primeros paseos con su madre por la ciudad. En el trayecto nocturno del aeropuerto a su nueva casa, lo único que logra distinguir son calles mal iluminadas y sucias; en una de las esquinas del camino debieron esquivar las latas que unos jóvenes les tiraban a los autos que pasaban. Al día siguiente, su primera observación con respecto al barrio en que vive con su madre es que le recuerda al pueblo en que vivía en Haití. Los lugares adonde se dirigen tienen nombres haitianos y están abarrotados por sus compatriotas (entre ellos, el *Haiti Express*, desde donde Martine enviaba las remesas y casetes a su hija); los puestos donde compran son de haitianos, luego van a comer a un local de comida haitiana; en toda una jornada en Nueva York no hay una sola observación que sugiera que se está en esa ciudad (y no en Haití), ni alguna situación en la que el idioma de comunicación no sea el creole.

La madre de Sophie trabajaba de día lavando a ancianos en un hospital y de noche cuidando a una anciana en su casa. Las otras trabajadoras del hospital eran casi todas haitianas como ella. Estas mujeres conforman lo que Saskia Sassen denomina “la cara oculta de la globalización”, es decir, todo ese contingente humano que migra hacia los nuevos centros de la economía mundial, que lo ocupa básicamente en empleos subordinados y mal remunerados en el sector servicios. Las ciudades globales como Nueva York —que constituyen los nuevos centros que concentran y administran el poder financiero— tienden a desarrollar una estructura dual, de ricos y pobres con una escasa clase media (la cual se ha ido debilitando con la crisis de los sectores industrial y de manufacturas). La ciudad se ve escindida y fragmentada en función de la capacidad

guetos. Javier Auyero, en la introducción al libro de Wacquant, se refiere en los siguientes términos a las transformaciones sufridas por muchas ciudades en las últimas décadas del siglo XX: “Durante buena parte de la década del ochenta y del noventa, la imaginación crítica y la literatura sociológica adoptaron, tanto en Estados Unidos como en Argentina, la metáfora de la *ciudad dual* para describir los efectos que la polarización económica ha tenido y tiene en la geografía y ecología urbanas. A pesar de sus muchas limitaciones empíricas y conceptuales, la imagen de una ciudad dual y fracturada (...) tiene la virtud de dirigir nuestra atención hacia las nuevas desigualdades que, provocadas en parte por la eliminación de miles de puestos de trabajo y por la retirada del Estado en función de welfare, no sólo caracterizan a las ciudades postindustriales como Nueva York o Chicago, sino también a las ciudades del antes llamado “Tercer Mundo”, como Buenos Aires” (Auyero, 2001, pp. 11-12, cursivas en el original).

adquisitiva de los habitantes de sus distintos sectores, conformándose en su interior verdaderos guetos de haitianos, puertorriqueños, afroamericanos, jamaicanos, dominicanos, etc.

El escenario urbano que presenta Danticat en su primera novela encuentra una clara correspondencia a nivel de los personajes. Es decir, así como las calles de Nueva York, por las que ella y su madre transitan, tienen poco o nada que ver con la imagen de ciudad norteamericana moderna y desarrollada, las personas con las que se relaciona tampoco guardan mucha relación con lo que estamos habituados a considerar como el norteamericano promedio: blanco, anglosajón y protestante. El único personaje de origen y nacionalidad norteamericana es Joseph, quien es afroamericano y destaca, en su encuentro con Sophie, que él también habla una forma de creole (de Louisiana) y es parte de la diáspora africana. Probablemente la terapeuta de Sophie, descrita como una “gorgeous black woman who was an initiated Santeria priestess” (*Breath, Eyes, Memory*, p. 206), también sea afroamericana, aunque esto no se explicita. Los otros personajes que encuentra en su vida en Estados Unidos son todos migrantes y pertenecen a alguna minoría étnica: la pediatra de su hija es de la India y las mujeres que conforman su grupo de fobia sexual son una etíope, una chicana y ella.

Si bien la novela de Danticat está volcada principalmente sobre el mundo haitiano, el cual convoca la mayor parte de las reflexiones y al cual se refieren los principales sentidos que surgen en la lectura, las elipsis y los silencios con respecto al mundo norteamericano también son significativos. En un contexto en que los principales debates filosóficos, sociológicos, políticos, etc., se centran en torno a los conceptos del multiculturalismo e imponen las nociones de lo ‘políticamente correcto’, y en el que, por otra parte, el mercado acumula ganancias a través del recurso a la diferencia y a la comercialización de productos ‘étnicos’ (las mismas novelas de Danticat entran dentro de esta categoría), mostrar el aislamiento y la fragmentación de la comunidad haitiana y otros grupos minoritarios desmitifican tanto la ya obsoleta imagen del ‘melting pot’

norteamericano como el recurso más actual a la idea de una sociedad multicultural. Salvo las dos escenas citadas en que se hace referencia a la discriminación sufrida por los haitianos, la novela no se detiene especialmente sobre estas experiencias en la vida de Sophie. Por una parte, porque es claro que sus mayores problemas y urgencias tienen que ver con su relación con su madre y las otras mujeres de su familia, pero también porque ella entra en un circuito de relaciones e intercambios que se desenvuelve en forma marginal respecto del mundo norteamericano hegemónico.

REFLEXIONES FINALES

El carácter contemporáneo de la actividad literaria de las autoras estudiadas en esta tesis le plantea a la labor de crítica e interpretación una serie de desafíos particulares. Estos no sólo están relacionados con el hecho de que estas escritoras actualmente sigan produciendo, por lo que sólo es posible tener una visión parcial e inconclusa de su obra, sino también con el tipo de acercamiento e interrogantes que han guiado mi acercamiento a su actividad narrativa. Mi interés por estudiar en las novelas del corpus las formas de representación de las construcciones identitarias de mujeres caribeñas migrantes en Estados Unidos, supuso interrogar elaboraciones simbólicas que están en pleno proceso de formación. Por lo tanto, no existe, en esta aproximación, la posibilidad de establecer una distancia histórica con respecto los procesos sociales y culturales subyacentes a las expresiones literarias analizadas. No se puede interrogar la contemporaneidad desde fuera, por lo que es importante tener conciencia del propio grado de participación en las transformaciones y procesos que se busca describir. Estas descripciones, a su vez, actúan sobre los sentidos e interpretaciones que van configurando las construcciones simbólicas de nuestra cultura. Reconocer este carácter recursivo de la actividad intelectual, no implica renunciar ni a la posibilidad de establecer cierta distancia epistémica, ni al posicionamiento crítico.

A lo largo de esta investigación, he procurado establecer la distancia necesaria para abrir espacios que me permitieran acceder a los diversos niveles de significación presentes en las narrativas estudiadas, así como a las diversas formas de subjetividad y construcción identitaria ahí articuladas. Me ha interesado, en primer lugar, escuchar a los textos, encontrar en ellos las claves y sugerencias necesarias para orientar mis indagaciones. Mis lecturas también estuvieron orientadas por la convicción de que la interpretación de un texto requiere de la consideración del contexto de enunciación, el que comprende tanto la realidad social, histórica y económica en la que se produce la obra, como también el

universo de discursos y construcciones simbólicas de la que ésta emerge y que contribuye a conformar. Asimismo, he comentado y discutido algunos aspectos de la recepción crítica de las novelas estudiadas y he buscado mantener un diálogo permanente con otros discursos y posturas críticas referidas a las problemáticas tratadas en la tesis.

Las novelas estudiadas elaboran mundos de ficción en los que las temáticas de construcción identitaria juegan un rol central. A través de la creación de personajes femeninos, estas narrativas representan procesos de individualización profundamente marcados por las experiencias de migración y que se desarrollan en permanente diálogo y negociación con los contenidos de las distintas culturas y colectivos de los que participan. Un aspecto interesante es que, en todas las novelas analizadas, las protagonistas orientan sus búsquedas identitarias sobre todo con respecto a los valores y contenidos que les ofrece la cultura de origen, que en el contexto migratorio es reproducida principalmente por los progenitores y el barrio o la comunidad de inmigrantes. En la mayor parte de los relatos del corpus, el mundo de ficción representa algún territorio del Caribe, pero observado desde la distancia introducida por la emigración. Los referentes norteamericanos aparecen principalmente como elementos que tensionan e introducen contradicciones en la relación con el universo cultural de procedencia. Salvo por *When I was Puerto Rican* de Esmeralda Santiago, y en menor medida por *Lucy* de Jamaica Kincaid y *How the García Girls lost their Accents* de Julia Álvarez, suelen ser muy escasas las descripciones de las experiencias de adaptación e integración a la sociedad norteamericana. Esto puede deberse a la importancia que tiene el entorno en el que transcurre la infancia sobre el desarrollo personal y la trayectoria de vida. Debido al rol que juegan las comunidades de migrantes en la recepción de los recién llegados, tanto en términos de obtención de vivienda, acceso a empleo y desarrollo de vínculos afectivos, los miembros de la diáspora caribeña siguen encontrando, en la cultura de origen, los principales referentes en torno a los cuales construir su identidad. Esto no significa, sin embargo, que estos referentes no se

transformen en la interacción con la sociedad de recepción y con migrantes de otros orígenes.

Las relaciones que establecen los personajes femeninos de las novelas con sus culturas de origen son intensas, dinámicas y complejas. Ellas se esfuerzan por mantener y recrear las costumbres y las memorias que las conectan con sus sociedades de origen y reclaman la continuidad de su pertenencia a ellas pese a haber dejado el territorio nacional. En estas narrativas se plantea así la necesidad de ampliar y hacer más inclusivo el concepto de identidad nacional, más allá de la territorialidad y del estatuto jurídico de ciudadano nacional. Además, las protagonistas de estas historias asumen posiciones activas frente a las construcciones simbólicas de las culturas con las que interactúan, cuestionando sus tradiciones y costumbres más represivas –sobre todo en relación a la concepción de los roles de género y del control de la sexualidad- y apropiándose de los contenidos que les ayudan a significar sus experiencias y a orientar sus decisiones de vida. No se trata de procesos que se den necesariamente a un nivel consciente o que puedan ser orientados por la voluntad, aunque en la mayor parte de los casos sí se desarrollan reflexiones explícitas en torno a los esfuerzos de las protagonistas por construirse como sujetos autónomas y críticas. Por otra parte, con respecto a sus identificaciones colectivas, algunos de estos personajes presentan recorridos interesantes que los llevan a optar por criterios de adscripción basados en afinidades y proyectos comunes, que permiten establecer solidaridades en términos de raza, clase y pertenencia nacional, a la vez que cuestionar las jerarquías rígidas sustentadas sobre esas divisiones.

En prácticamente todas las novelas analizadas, la representación de la infancia en la isla natal constituye un elemento preponderante de la historia narrada. Como se mostró en este estudio, en sus novelas las autoras ficcionalizan y elaboran sus propias experiencias. Construir protagonistas con una niñez que transcurre en su país de origen, les permite acercarse a la realidad de éste en un movimiento doble, de acercamiento y distanciamiento. La narración en primera persona desde la perspectiva de una niña

ofrece una mirada cercana; la organización del material narrativo y las reflexiones de muchas de las narradoras sobre estas vivencias favorecen el despliegue de distintos niveles de significación. Una de las instancias más importantes y más cuestionadas en esta etapa de crecimiento es la escuela, la que, sobre todo en la obra de Michelle Cliff y Jamaica Kincaid, aparece como una institución colonial que transmite contenidos eurocéntricos y alienantes. Estas novelas destacan la importancia de contar, en la educación formal y también informal, con modelos y discursos adaptados a la propia realidad, en los cuales las personas se puedan reconocer y a través de los cuales se sientan valoradas en términos individuales y colectivos. La revisión de la historiografía oficial, con miras a construir una historia que acoja las memorias silenciadas, que hablan de opresión y resistencia, de los “otros” del sistema colonial (colonizados en general, esclavos, mujeres y homosexuales, en especial), constituye un paso sumamente importante para lograr una verdadera descolonización.

En la infancia y en el desarrollo posterior de las protagonistas de estas novelas, la madre aparece como el principal “otro significativo” en torno a la cual éstas construyen su identidad personal. En todas las novelas del corpus, la relación madre-hija constituye uno de los ejes centrales de articulación del relato y una de las grandes fuentes de dolor para las protagonistas. Entre los principales desafíos que éstas enfrentan en su desarrollo se cuenta el de resolver los conflictos con la madre, con la que se identifican y a la que rechazan al mismo tiempo. Esta ambivalencia se ve agudizada en las situaciones de migración, en que las progenitoras aparecen como las encargadas de preservar los valores de la cultura de origen. Los discursos maternos suelen ser contradictorios, ya que impulsan a sus hijas a integrarse exitosamente en la sociedad de origen, a la vez que las conminan a no asumir sus formas de vida más liberales. Como se mostró en los capítulos de análisis, si bien este tema está presente en todos los textos, las formas de tratarlo y los desarrollos y desenlaces presentados varían considerablemente.

Pese a los distintos tratamientos que recibe el tema de la relación con la madre y a las diferencias en los otros conflictos o problemas que pueden enfrentar las protagonistas en sus vidas, las capacidades de reflexionar y de narrarse aparecen, en general, como los principales recursos internos que sustentan los procesos de subjetivación. Las estructuras narrativas, que en su mayor parte presentan los relatos como recuentos autobiográficos realizados por una narradora-protagonista favorecen la elaboración de reflexiones sobre el pasado y sobre la misma actividad de recordar y narrar. A través de la inclusión de diálogos y de narradores intradieгéticos, muchas novelas muestran cómo los personajes se van construyendo al contarse a otros, cómo van siendo en función de las narraciones a través de las cuales desarrollan y consolidan vínculos intersubjetivos. Sus relatos y las miradas de los otros, van ayudándole así a significar sus vivencias, a darle sentido y coherencia a lo que de otra manera podría parecer como fragmentado y disperso. Esto no significa, en ningún caso, negar la presencia de elementos disonantes, de presencias contradictorias, que también forman parte de las identidades personales.

Dentro de la crítica literaria contemporánea se tiende a asociar la escritura de los miembros de grupos subalternos o que no forman parte de los sectores dominantes, ya sea por su género, raza, pertenencia étnica, opción sexual, etc., con el despliegue de formas narrativas contrahegemónicas. Éstas subvertirían el modo de aproximación falocéntrico a la realidad, que ha hegemonizado la producción literaria en la historia occidental. Descripciones de la escritura de negros, latinos y mujeres, entre otros, destacan su carácter no lineal, que rompe con la cronología y las concepciones teleológicas de la filosofía occidental, su fragmentariedad, su polifonía, su multiperspectivismo y su tendencia a transgredir las fronteras que separan los géneros narrativos y a hibridizar los textos. Considero que esta celebración de estos rasgos como si se presentaran por primera vez en la historia de la literatura forma parte de una tendencia, común en la crítica “post”, a celebrar como novedosas, manifestaciones que ya tienen todo un camino recorrido. Lo que sí es cierto, es que en las últimas décadas se han publicado cada vez más libros con las características señaladas o, por lo menos, con

la apariencia de tenerlas. Es decir, se cuentan historias al revés, se rompen las cronologías, se hace participar a distintos narradores, pero eso no necesariamente se traduce en una novela polifónica, que ofrezca muchas posibilidades significativas. Eso tampoco significa que los discursos ahí desarrollados sean efectivamente transgresores o progresistas. Es el riesgo de convertir en fórmulas lo que debiera ser resultado de búsquedas expresivas más sólidas. A través de los análisis literarios realizados en la tercera parte de la tesis, se vio cómo novelas aparentemente muy sencillas –de estructura lineal, con una prosa económica, con una sola narradora protagonista, como las de Kincaid y la de Danticat- pueden resultar mucho más complejas y abrir múltiples posibilidades de interpretación, que otras de estructuración más compleja, pero también más artificiosa. En el caso de las novelas de Michelle Cliff, sí es posible reconocer una articulación entre formas de expresión y formas de contenido que vuelven significativas cada una de las muy complejas dimensiones de su estructuración narrativa.

BIBLIOGRAFÍA

1. Novelas analizadas:

Álvarez, Julia (1992) [1991]: *How the García Girls lost their Accents*. Plume, New York.

Cliff, Michelle (1996) [1987]: *No Telephone to Heaven*. Plume, New York.

Cliff, Michelle (1995) [1985]: *Abeng*. Plume, New York.

Danticat, Edwidge (1994): *Breath, Eyes, Memory*. Vintage Books, New York.

García, Cristina (1992): *Dreaming in Cuban*. Ballantine Books, New York.

Kincaid, Jamaica (1997) [1986]: *Annie John*. Farrar, Straus and Giroux, New York.

Kincaid, Jamaica (1990): *Lucy*. Farrar, Straus and Giroux, New York.

Santiago, Esmeralda (1994): *When I was Puerto Rican*. Vintage Books, New York.

2. Otras obras de las autoras estudiadas:

Alvarez, Julia (1988): "An American Childhood in the Dominican Republic". En: *The American Scholar* 57 (1): 77-87.

Cliff, Michelle (1980): *Claiming an Identity the Taught Me to Despise*. Persephone Press, Watertown.

Danticat, Edwidge (1998): *The Farming of Bones*. Soho, New York.

Danticat, Edwidge (1999): *¿Cric?, ¡Crac!*. Editorial Norma, Bogotá.

Danticat, Edwidge (ed.) (2001): *the butterfly's way. Voices from the Haitian Diaspora in the United States*. Soho Press, New York.

Danticat, Edwidge (2002). *Behind the Mountains*, Scholastic, U.S.A.

Kincaid, Jamaica (1991): "On Seeing England for the First Time." In: *Transition*, N°51, pp. 32-40.

Kincaid, Jamaica (1997): "The Little Revenge from the Periphery." In: *Transition*, N°73, pp. 68-73.

Kincaid, Jamaica (2000) [1988]: *A Small Place*. Farrar, Strauss and Giroux, New York.

Santiago, Esmeralda (1999): *Almost a woman*. Vintage Books, New York.

1. Bibliografía sobre las autoras

Agosto, N. (2000): *Michelle Cliff's Novels: Piecing the Tapestry of Memory and History*. Peter Lang, New York.

Balutansky, Kahtleen (2002): "On Gardening" (Entrevista a Jamaica Kincaid). En: *Callaloo* 25.3, pp.790-800.

Covi, Giovanna (2003): *Jamaica Kincaid's Prismatic Subjects. Making Sense of Being in the World*. Mango Publishing, London, UK.

Chancy, Myriam (1997): *Searching for safe spaces. Afro-caribbean women writers in exile*. Temple University Press, Philadelphia.

Chodorow, Nancy (1978): *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press, Los Angeles.

Edmonson, Belinda (1999): *Making Men: Gender, Literary Authority, and Women's Writing in Caribbean Narrative*. Duke University Press Durham and London, USA.

Elia, Nada (2000): "'A MAN WHO WANTS TO BE A WOMAN' Queerness as/and Healing Practices in Michelles Cliff's No Telephone to Heaven". En: *Callaloo* 23.1, pp.352-365.

Entrevista a Esmeralda Santiago en:

http://www.pbs.org/wgbh/masterpiece/americancollection/woman/ei_santiago_s.html.

Consultado el 03 de marzo de 2006.

Entrevista a Edwidge Danticat:

www.readinggroupguides.com/guides/Breath_eyes_memory_author.asp#interview.

Consultado el 22 de setiembre de 2005.

Ferguson, Moira (1994): *Jamaica Kincaid: Where the Land Meets the Body*: University Press of Virginia, Charlottesville.

Hoving, Isabel (2001): *In Praise of New Travelers. Reading Caribbean Migrant Women's writing*. Stanford University Press, California.

James, Louis (1999): *Caribbean Literature in English*. Longman, London and New York.

Ledent, Bénédicte (1996-1996): “‘Aquí, allá y en todas partes’: la (con)versión de la identidad caribeña por Michelle Cliff”. En: *Anales del Caribe*, vol. 16-18, pp. 297-306.

Luis, William (2000): “A Search for Identity in Julia Alvarez's: How the García Girls lost their Accents”. En: *Callaloo* 23.3, pp. 839-849.

Luis, William (1997): *Dance Between Two Cultures. Latino Caribbean Literature Written in the United States*. Vanderbilt University Press, Nashville and London.

Olivier, Christiane (1984): *Los hijos de Yocasta. La huella de la madre*. Fondo de Cultura Económica, México.

Padilla, José Torres (2002): “When I became Ethnic: Ethnogenesis and Three Early Puerto Rican Diaspora Writers”. En: *CENTRO Journal*, Volume XIV, Number 2, Fall 2002.

Raiskin, Judith (1996): *Snow on the Cane Fields. Women's Writing and Creole Subjectivity*. University of Minnesota Press, Minneapolis.

Rodríguez Vecchini, Hugo (1995): “Cuando Esmeralda ‘era’ puertorriqueña.” En: *Nómada* 1 (abril 1995), pp. 145-160.

Rodríguez, María Cristina (2005): *What Women Lose. Exile and the Construction of Imaginary Homelands in Novels by Caribbean Writers*. Peter Lang, New York.

Simmons, Diane (1994): *Jamaica Kincaid*. Twayne's United States Authors Series, New York.

Vilches, Vanessa (2003): *De(s)madres o el rastro materno en las escrituras del yo (a propósito de Jacques Derrida, Jamaica Kincaid, Esmeralda Santiago y Carmen Boullosa)*. Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile.

4. Bibliografía secundaria

Abel Elizabeth, Hirsch, Marianne y Elizabeth Langland (eds.) (1983): *The Voyage In. Fictions of Female Development*. University Press of New England, Hanover.

Abréu, Diógenes (2004): *PEREJIL. el ocaso de la "hispanidad" dominicana. celebración de la multiplicidad cultural desde New York*. Impreso en República Dominicana (sin dato editorial).

Aizenberg, Edna: "El Bildungsroman fracasado en Latinoamérica: El caso de Teresa de la Parra". En: *Revista Iberoamericana*. Vol. LI, No. 132-33 (1983). pp. 539-46.

Aja Díaz, Antonio (2001): "La emigración cubana entre dos siglos". *Rev. Temas* N°26 julio-setiembre de 2001.

Alberca, Manuel (s/f): "En las fronteras de la autobiografía". En: <http://www.uhb.fr/alc/cellam/soi-disant/01Question/Analyse2/FRONTERA.htm>

Appiah, Kwame Anthony (1990): "Race". En: Lentricchia, Frank y Thomas McLaughlin, *Critical Terms for Literary Study*. The University of Chicago Press, Chicago and London.

Arfuch, Leonor (2002): *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Anzaldúa, Gloria, (1999): "Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan". En: *Borderlands. La Frontera*. Aunt Lute Books, San Francisco.

Auyero, Javier (2001): "Claves para pensar la marginación." En: Wacquant (2001).

Balbus, Isaac D. (1990): "Michel Foucault y el poder del discurso feminista". En: Benhabib, Sheyla y Drusilla Cornella (1990).

Bajtín, M. M. (2002): "La novela de educación y su importancia en la historia del realismo". En: Bajtín, M (2002).

Bajtín, Mijail (2002): *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Bajtín, M. M (1983): *The Dialogic Imagination*. University of Texas Press, Austin.

Barcellona, P. (1996): "Pensar la alteridad". En: *Debate Feminista*, Año 7, Vol.13, México D.F.

Bauman, Zigmunt. (2001): *La posmodernidad y sus descontentos*. Ediciones Akal, Madrid.

Bhabha, Homi (2002): *El lugar de la cultura*. Ediciones Manantial, Buenos Aires.

Bhabha, Homi (2003): “El entre-medio de la cultura”. En: Hall, Stuart y Paul du Gay (2003, comps.)

Beck, Ulrich. (2001): “Vivir nuestra propia vida en un mundo desbocado: individuación, globalización y política”. En: Giddens, A & Hutton, W. (2001): *En el límite. La vida en el capitalismo global*. Tusquets Ediciones, Barcelona.

Benhabib, Sheyla y Drucilla Cornella (1990): *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política*. Edicions Alfons El Magnànim, Generalitat Valencia.

Benítez Rojo, Antonio (1989): *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Ediciones del Norte, Hanover, USA.

Beverley, John (1995): “¿Hay vida más allá de la literatura?”. En: *Casa de las Américas*, Año XXXV, N°199, abril-junio de 1995.

Bondi, L. (1996): “Ubicar las políticas de la identidad.” En: *Debate Feminista* Vol.14, Año 7, México, D.F.

Buck-Morss, Susan (2005) [2000]: *Hegel y Haití. La dialéctica amo-esclavo: una interpretación revolucionaria*. Grupo editorial Norma, Buenos Aires.

Bueno, Raul (1996): “Sobre la heterogeneidad literaria y cultural de América Latina”. En: Mazzotti y Zevallos (coord.) (1996).

Bueno, Raúl (2004): *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura latinoamericana*. Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Bruner, J. (1991): *Actos de significado*, Alianza Editorial, Madrid.

Castells, M. (2001): *La era de la información, Vol. 1 y 2*, Alianza Editorial, Madrid.

CEPAL (2002): *Globalización y Desarrollo*. Documento elaborado por la Secretaría de la CEPAL para el vigesimonoveno período de sesiones de la Comisión (Brasilia, mayo de 2002)

Césaire, Aimé (2000) [1955]: *Discourse on Colonialism*. Monthly Review Press, New York.

Césaire, Aimé (2001) [1947]: *Notebook of a Return to the Native Land*. Wesleyan University Press, Connecticut.

Ciplijauskaitė, Biruté (1994) [1988]: *La novela femenina contemporánea (1979-1985): Hacia una tipología de la narración en primera persona*. Anthropos, Colombia.

Clifford, James (1997): *Routes. Travel and Translation in the Late Twentieth Century*. Harvard University Press, Massachusetts.

Colom, F. (1999): *Razones de identidad, Pluralismo cultural e Integración política*. Anthropos, México D.F.

Cornejo Polar, Antonio (1982): *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Caracas.

Cornejo Polar, Antonio (1994): *escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Editorial Horizonte, Lima.

Cornejo Polar, Antonio (1996): “Mestizaje, Transculturación, Heterogeneidad” (Apéndice al artículo de Fernández Retamar: “Comentarios a ‘Mestizaje, Transculturación, Heterogeneidad’”). En: Mazzotti, José Antonio, Zevallos, Juan (coord.) (1996).

Cornejo Polar, Antonio (1998): “Mestizaje e Hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes.” En: Escajadillo, Tomás (1998): *Perfil y entraña de Antonio Cornejo Polar. Homenaje del departamento de literatura de la universidad nacional mayor de San Marcos*. Amaru Editores, Lima.

Curtin, Philip (1999): *The Rise and Fall of the Plantation Complex. Essays in Atlantic History*. Second Edition. Cambridge University Press, Cambridge.

D’Agostini, Franca (2000): *Analíticos y continentales: Guía de la filosofía de los últimos treinta años*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Daroqui, María Julia (1998): *(Dis)locaciones: Narrativas híbridas del Caribe hispano*. Tirant lo blanch libros, Valencia.

Dash, Michael (1995): *Edouard Glissant*. Cambridge University Press, Cambridge.

Dash, Michael (1998): *The Other America. Caribbean Literature in a New World Context*. University Press of Virginia, Charlottesville and London.

Dávila, Arlene (2004). *Barrio Dreams. Puerto Ricans, Latinos, and the Neoliberal City*. University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London.

De Mojica, Sarah (2002): "Sujetos híbridos en la literatura puertorriqueña: Daniel Santos y Yo-Yo Boing. Literaturas heterogéneas y créoles." En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año XXVIII, N°56, 2do semestre de 2002, pp.187-203.

Derrida, J. (1971): *De la gramatología*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Duarte, Patricia (1993): "Cultura/ Reflexiones sobre dos novelas: No todo lo que brilla es cubano." *Mundo Hispánico*, 15 de abril.

Eagleton, Terry, Jameson, Fredric y Edward, Said (1990): *Nationalism, Colonialism and Literature*. University of Minnesota Press, Minneapolis.

Edmonson, Belinda (ed.) (1999): *Caribbean Romances: The Politics of Regional Representation*. University Press of Virginia, Charlottesville.

Engelmann, Jan (Hrsg) (1999): *Die kleinen Unterschiede. Der Cultural Studies Reader*. Campus Verlag, Frankfurt.

Eugenides, Jeffrey (2003): *Middlesex*. Anagrama, Barcelona.

Fanon, Frantz (1952): *Piel negra, máscaras blancas*. Schapire Editor, Buenos Aires.

Fanon, Frantz (2001) [1961]: *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica, México.

Ferré, Rosario (2000): *A la sombra de tu nombre*. Alfaguara, México.

Ferreira, Adriane (2004): "La Bodega Sold dreams: a reading of Miguel Piñero's poetry-seeking identity." En: *Textura*. Julho-Dezembro 2004, pp.89-94.

Figuereido, Eurídice (2002): "Construcciones identitarias: Aimé Césaire, Édouard Glissant y Patrick Chamoiseau". En: Pizarro, Ana (ed.): *El Archipiélago de fronteras externas*. Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, Santiago de Chile.

Gandhi, Leela (1998): *Postcolonial Theory. A Critical Introduction*. Columbia University Press, New York.

García Canclini, Néstor (2001): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo, México.

García Ramis, Magali (1997): *La ciudad que me habita*. Ediciones Huracán, Puerto Rico.

- González, José Luis (1989): *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Ediciones Huracán, Puerto Rico.
- Güell, Pedro (1996). “Historia cultural del programa de identidad”. En: *Persona y Sociedad*, Vol X, N° 1.
- Guillén, Nicolás (1998): *Sóngoro cosongo. El son entero*. Editorial Losada, Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1993): *Consecuencias de la modernidad*. Alianza Editorial, Madrid.
- Giddens, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1997): *Modernidad e Identidad del yo*. Península, Barcelona.
- Gikandi, Simon (1992): *Writing in Limbo. Modernism and Caribbean Literature*. Cornell University Press, Ithaca and London.
- Gilroy, Paul (1993): *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Glissant, Edouard (1989): *Caribbean Discourse. Selected Essays*. University Press of Virginia, Charlottesville.
- González, José Luis (1989): *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Ediciones Huracán, Puerto Rico.
- Halbwachs, Maurice (1992): *On Collective Memory*. University of Chicago Press, Chicago.
- Hall, Stuart (1989): *Ideologie, Kultur, Rassismus. Ausgewählte Schriften*. Argument Verlag, Hamburg.
- Hall, Stuart (2001): *A identidade cultural na pós-modernidade*. DP&A Editora, Río de Janeiro.
- Hall, Stuart (2003): “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”. En: Hall, Stuart y Paul du Gay (comps.) (2003).
- Hall, Stuart y Paul du Gay (comps.) (2003): *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Halperín Dongui et. al (1997): *Historia Económica de América Latina. Desde la Independencia hasta nuestros días*. Crítica, Barcelona.

Hirsch, Marianne (1989): *The Mother/Daughter Plot. Narrative, Psychoanalysis, Feminism*. Indiana University Press, Bloomington and Indianapolis.

Hjelmslev, Louis (1980): *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Gredos, Madrid.

Hoffman, Michael y Patrick Murphy (eds.) (1988): *Essentials of the Theory of Fiction*. Duke University Press, Durham and London.

Horno-Delgado, Asunción, Ortega, Eliana, Scott, Nina y Nancy Saporta (eds.) (1989): *Breaking Boundaries. Latina Writing and Critical Readings*. The University of Massachusetts Press, Amherst.

James, C.L.R (1963): *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*. Random House, New York.

Jay Gould, Stephen (1988): *La falsa medida del hombre*. Ediciones Orbis, Buenos Aires.

Kelley, Robin (2000): "A Poetics of Anticolonialism". Introducción a Césaire, Aimée (2000).

Knight, Franklin y Palmer, Colin (eds) (1989): *The Modern Caribbean*. The University of North Carolina Press, USA.

Knight, Franklin, (ed.) (1997): *General History of the Caribbean. Vol. III. The slave societies of the Caribbean*. UNESCO Publishing, London and Basingstoke.

Kolodny, Annette (1985): "A Map for Rereading; or, Gender and the Interpretation of Literary Texts". En: Nelson, Shirley, Kahane, Clare y Madelon Sprengnether (eds). (1985).

Lagos, María Inés (1996): *En tono mayor: relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica*. Cuarto Propio, Santiago de Chile.

Lamming, George (1960): *The Pleasures of Exile*. Allison and Busby, London.

Larraín, J. (1996): "El postmodernismo y el problema de la identidad". En: *Persona y Sociedad*, Vol X, N° 1.

Larraín, J. (2001): *Identidad Chilena*. LOM, Santiago de Chile.

Larraín, J. (2005): *¿América Latina moderna?*, LOM, Santiago de Chile.

Laviera, Tato (1985): *Ame Rícan*. Arte Público Press, Houston.

Lechner, N. (2002): *Las sombras del mañana*. LOM, Santiago de Chile.

Lejeune, Philippe (1994): "Autobiografía e historia literaria". En: Ángel Loureiro: *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Megazul-Endymion, Madrid.

Le Seur, Geta (1995): *Ten is the Age of Darkness: The Black Bildungsroman*. University of Missouri Press, Columbia.

Lienhard, Martin (1996): "De mestizajes, heterogeneidades, hibridismos y otras quimeras". En: Mazzotti y Zevallos (coord.) (1996).

López, Iraida (1993-1994): "Entrevista a Cristina García: 'y sólo está mi imaginación en el lugar en que debiera estar nuestra historia'". En: *Anales del Caribe*, Vol.13. pp.235-245.

Loustau, Laura (2002): *Cuerpos errantes. Literatura latina y latinoamericana en Estados Unidos*. Beatriz Viterbo Editora, Rosario.

Lukács, Georg (1970) [1920]: *Teoría de la novela*. Grijalbo, Barcelona.

Mariátegui, José Carlos (1969) [1928]: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Amauta, Lima.

Martínez-San Miguel, Yolanda (2003): *Caribe Two Ways. Cultura de la migración en el Caribe insular hispánico*. Ediciones Callejón, San Juan.

Martínez-San Miguel, Yolanda y Frances Negrón-Muntaner (2006): "En busca de la 'Ana Veldford' de Lourdes Casal: exilio, sexualidad y cubanía." En: *Debate Feminista*. Año 17, Vol.33, abril 2006, pp.166-197.

Mayor, Federico (1997): "Preface". En: Knight, Franklin (ed.): *General History of the Caribbean. Vol. III. The slave societies of the Caribbean*. UNESCO Publishing, London and Basingstoke.

Mazzotti, José Antonio y Juan Zevallos (coord.) (1996): *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Asociación Internacional de Peruanistas, Estados Unidos.

Melucci, Alberto (2001): *Vivencia y convivencia*. Trotta, Madrid.

Memmi, Albert (1972) [1957]: *The colonizer and the colonized*. Beacon Press, Boston.

Mendible, Myra (2001): *Growing Up Cuban in Miami: History, Storytelling and the Politics of Exile*. Florida Gulf Coast University. En: <http://social.chass.ncsu.edu/jouvert/v6i1-2/Mendib.htm>

Mintz, Sydney (1986): *Sweetness and Power. The place of Sugar in Modern History*. Penguin Books, USA.

Mirau, Jean-Philippe (2005): *La autobiografía. Las escrituras del yo*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

Moi, Toril (1985): *Teoría literaria feminista*. Cátedra, Madrid.

Moraga, Cherríe y Gloria Anzaldúa (1981): *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*. Kitchen Table: Women of Color Press, New York.

Moreno Fragnals, Manuel (1997): "Economías y sociedades de plantaciones en el Caribe español, 1860-1930". En: *Historia Económica de América Latina. Desde la Independencia hasta nuestros días*. Crítica, Barcelona.

Moya Pons, F. et al (2001): *Historia del Caribe*. Crítica, Barcelona.

Muraro, Luisa (1995): "El orden simbólico de la madre" En: *Debate Feminista*, Año 6, vol. 12, Octubre de 1995.

Nelson, Shirley, Kahane, Clare y Madelon Sprengnether (eds). (1985): *The (M)other Tongue. Essays in Feminist Psychoanalytic Interpretation*. Cornell University Press, Ithaca and London.

Omi, Michael y Howard Winant (1986): *Racial Formation in the United States. From the 1960s to the 1980s*. Routledge and Kegan Paul, New York and London.

Orlandini, R. et al (eds) (1993): *Conflictos culturales en la literatura contemporánea. 17 ensayos y una discusión*. Editorial O.G.S- Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

Ortega, Eliana y Nancy Saporta (1989): "At the Threshold of the Unnamed: Latina Literary Discourse in the Eighties". En: Horno-Delgado et al. (1989).

Otero, Garabís (2000): *Nación y Ritmo, "descargas" desde el Caribe*. Ediciones Callejón, San Juan.

Oyarzún, Kemy (1996): "Literaturas heterogéneas y dialogismo genérico-sexual". En: Mazzotti y Zevallos (coord.) (1996).

Patterson, Orlando (1982): *Slavery and Social Death. A Comparative Study*. Harvard University Press. Cambridge, Massachussets.

Pérez Firmat, Gustavo: "Dedication". En: www.gustavoperezfirmat.com. Consultado el 17 de noviembre de 2005.

Petit, Michèle (2001): *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.

Phaf-Rheinberger, Ineke (ed) (2005): *Memoria de la fragmentación. Tierra de libertad y paisajes del Caribe*. Wissenschaftlicher Verlag, Berlin.

Pizarro, Ana (2002): *El archipiélago de fronteras externas. Culturas del Caribe hoy*. Editorial Universidad de Santiago, Santiago de Chile.

Polkinghorne, Donald (1988). *Narrative Knowing and the Human Sciences*. SUNY Press, Albany.

Price-Mars Jean (2000) [1928]: *Así habló el tío*. Editora Manatí, República Dominicana.

Pratt, Mary Louise (1997): *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Rama, Ángel (2004) [1982]: *Transculturación narrativa en América Latina*. Siglo xxi editores, Buenos Aires.

Richardson, Bonham (1989): "Caribbean Migrations, 1838-1985". En: Franklin W. Knight and Colin Palmer (ed.) (1989).

Rimmon-Kenan, Shlomith (1989): *Narrative Fiction. Contemporary Poetics*. Routledge, New York.

Rivero, Eliana (1989): "From Immigrants to Ethnics". En: Horno-Delgado et al. (1989).

Rodríguez Chávez, Ernesto (2001): "Migración internacional y desarrollo en el gran Caribe". En: Rev. TEMAS N° 26 julio-setiembre.

Rodríguez Juliá, Edgardo (2002): *Caribeños*. Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, Puerto Rico.

Rogozinski, Jan (1999): *A Brief History of the Caribbean. From the Arawak and Carib to the Present*. Plume, New York.

- Rojo, G. & Salomone, A. & Zapata, C. (2003). "Postcolonialidad y nación: algunos aspectos de la discusión teórica", En Castillo, A. & otros (edit.): *Nación, estado y cultura en América Latina*, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Rojo, Grínor (2006): *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?* LOM Ediciones, Santiago de Chile.
- Rojo, Grínor (s/f): Capítulo inédito sobre Pedro Henríquez Ureña en libro sobre crítica latinoamericana.
- Rothenberg, Paula (1995): *Race, Class and Gender in the United States. An Integrated Study*. St. Martin's Press, New York.
- Rubin, Susan (1985): "Writing and Motherhood". En: Nelson, Shirley, Kahane, Clare y Madelon Sprengnether (eds). (1985).
- Salmerón, Miguel (2002): *La novela de formación y peripecia*. A. Machado Libros, Madrid.
- Sanz, Ileana (1987-1988): "La gestación de una narrativa jamaicana." En: *Anales del Caribe*, Vol. 7-8.
- Spivak, Gayatri Chakravorty (1988): "Can the subaltern speak?" En: Nelson y Grossberg (1988) (eds): *Marxism and the interpretation of culture*. Macmillan, London.
- Sánchez, Luis Rafael (1994): *La guagua aérea*. Editorial Cultural, Puerto Rico.
- Sánchez, Luis Rafael (1998): *No llores por nosotros, Puerto Rico*. Ediciones del Norte, Hanover, USA.
- Said, Edward (2001): *Cultura e Imperialismo*. Anagrama, Barcelona.
- Said, Edward (2003): *Reflections on Exile and Other Essays*. Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Sassen, Saskia (1997): *Migranten, Siedler, Flüchtlinge. Von der Massenauswanderung zur Festung Europa*. Fischer Taschenbuch Verlag GmbH, Frankfurt am Main, Deutschland.
- Sassen, Saskia (2003): *Los espectros de la globalización*. Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.

Scott, J. (1992): "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista", En: *Debate Feminista: Conquistas, reconquistas y desconquistas*. Año 3, vol. 5.

Schmidt, Friedhelm (1996): "¿Literaturas heterogéneas o literatura de la transculturación?" En: Mazzotti y Zevallos (coord.) (1996).

Schmidt, Aileen (2003): *Mujeres excéntricas. La escritura autobiográfica femenina en Puerto Rico y Cuba*. Ediciones Callejón, San Juan.

Stecher, Antonio (s/f): *El devenir de las identidades en la sociedad contemporánea. Elementos para la discusión*. Documento inédito.

Stecher, Antonio y Lucía Stecher (s/f): "No Telephone to Heaven o de las vicisitudes de las identidades contemporáneas. Reflexiones a partir de una novela de Michelle Cliff". Artículo inédito.

Stecher, Lucía (2006). "De exilios, retornos y memorias: propuestas narrativas de Maryse Condé y Edwidge Danticat". En: *Discursos/Prácticas. Revista de literaturas latinoamericanas (ex-Signos)*. Universidad Católica de Valparaíso. N° 1, año 1.

Suárez Orozco, Román Marcelo (2001): "La inmigración latinoamericana a Estados Unidos" En: Rev. TEMAS N° 26 julio-setiembre de 2001.

Suleri, Sara (1995): "Woman Skin Deep: Feminism and the Postcolonial Condition." *The Post-Colonial Studies Reader*. Ed. Bill Ashcroft, Gareth Griffiths, and Helen Tiffin. New York: Routledge.

Taylor, C. (1997): *Argumentos filosóficos. Ensayos sobre el conocimiento, el lenguaje y la modernidad*. Paidós, Barcelona.

Torre, Carlos Antonio, Rodríguez, Hugo y William Burgos (1994): *The Commuter Nation. Perspectivas on Puerto Rican Migration*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

Torres-Saillant, Silvio (1999): *El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad*. Ediciones Librería La Trinitaria y Editora Manatí, República Dominicana.

Torres-Saillant, Silvio (2000): "The Tribulations of Blackness: Stages in Dominican Racial Identity". En: *Callaloo*, vol.23, N°3, Dominican Republic Literature and Culture. Summer 2000. pp.1086-1111.

Torres-Saillant, Silvio, Hernández, Ramona y Blas R. Jiménez (eds.) (2004): *Desde la orilla. Hacia una nacionalidad sin desalojos*. Editora Manatí, República Dominicana.

Tugendhat, Ernst (1996): "Identidad: personal, nacional y universal". En: *Persona y Sociedad*. Vol. X, N° 1.

Vattimo, G. (1992): *Más allá del sujeto*, Paidós, Barcelona.

Vega, Ana Lydia (ed.) (1988): *El tramo ancla. Ensayos puertorriqueños de hoy*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.

Vega, María José (2003): *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Crítica, Barcelona.

Vergara, Jorge: (2003): "Aproximaciones al concepto de identidad cultural." En: Vergara, J. y J. Bustos: *Esa oscura vida radiante: Juventud, infancia y nuevas identidades culturales*. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

Vergara, Jorge (2005): "Aproximaciones al tema de las identidades culturales en la sociedad chilena actual." En: Sepúlveda, M., Bravo, Carlos y Oscar Aguilera: *Nuevas geografías juveniles. Transformaciones socioculturales*. Universidad Diego Portales, Santiago de Chile.

Vilar, G. (1996): "La identidad y la práctica." en Cruz, Manuel (comp.) *Tiempo de subjetividad*, Paidós, Barcelona.

Wagner, P. (1997): *Sociología de la modernidad*. Herder, Barcelona.

Ween, Lori (2003): "Translational Backformations: Authenticity and Language in Cuban American Literatura". *Comparative Literary Studies*, vol. 40, N°2.

Violi, Patricia (1991): *El infinito singular*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Wagner, Robert (1997): *Sociología de la modernidad. Libertad y disciplina*. Editorial Herder, Barcelona.

Wacquant, Loïc (2001): *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Ed. Manantial, Buenos Aires.

Williams, Patrick y Laura Chrisman (1994): *Colonial Discourse and Post-colonial Theory. A Reader*. Columbia University Press. New York.

Williams, Raymond (2001): *Cultura y Sociedad. 1750-1950. De Coleridge a Orwell*. Nueva Visión. Buenos Aires.

Wright, Richard (1995): "The Ethics of Living Jim Crow". En: Rothenberg, Paula (1995).

Young, Robert (1995): *Colonial Desire. Hybridity in Theory, Culture and Race*. Routledge, New York.

Young, I. M. (2000): *La justicia y la política de la diferencia*. Ediciones Cátedra, Madrid.

Zizek, S. (1998): Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional, En Zizek & Jameson, *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires.